

COLECCION

DE

SERMONES PANEGÍRICOS.

JAEN, 1860.-Imp. de Francisco Lopez Vizcaino.

B-909

COLECCION
DE
SERMONES PANEGÍRICOS

PREDICADOS

POR EL DOCTOR

D. MANUEL MUÑOZ Y GARNICA,

PREDICADOR DE S. M., COMENDADOR DE LA REAL ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA DE JAEN, ETC. ETC.

TOMO II.

MADRID:
AGENCIA GENERAL DE LA LIBRERIA,
PRECIADOS, 38.

PARIS.-RUE SAINT-ANDRE-DES-ARTS, 27.

1860.

SERMON

para el día

DE SANTA TERESA DE JESUS.



I.

*Mihi autem adhærere Deo bonum
est. Ps. LXXII. v. 28.*

Mas á mí bueno me es el ape-
garme á Dios.

Señores: yo no puedo decir hasta dónde llega mi entusiasmo por Santa Teresa de Jesus. Repaso los lances de su vida, á cuál mas peregrinos: no hay para mí otro regalo como sus cartas: aunque en las fundaciones no busquemos otra cosa que la pronta disposicion y el genio para acometer empresas difíciles, hay mucho que admirar en las que llevó á cabo Santa Teresa: pero sobre todo, el que quiera penetrar en

los secretos del corazon humano que tan bien conocia la Santa, y ahondar en el misterio de las operaciones divinas; el que quiera observar cómo obran la naturaleza y la gracia, unas veces de acuerdo, otras desunidas; cómo sube y baja la criatura en el camino de la perfeccion; por dónde va Dios, por dónde el mundo: por dónde va el alma cuando va derecha, y cómo tiran de ella los sentidos, que lea y medite mucho los escritos de la inspirada Doctora. Digo que lea y medite mucho sus escritos, porque no basta leerlos una vez: es preciso leerlos amenudo; tener fácilmente á la mano cualquiera de sus libros tan admirables, hojearlos principalmente en las situaciones criticas de nuestra vida, y estrecharlos contra nuestro corazon como á un buen amigo que nos ha deparado la Providencia para nuestro consuelo. Siempre me ha sabido muy bien esta lectura; es dulce como la miel; tiene la ligereza y movimiento de una conversacion discreta y agradable; abunda en pasages pintorescos y muy bellos; se encuentra uno á cada paso los pensamientos mas sublimes, celestiales, dichos en estilo humilde y llano; y ¡qué admirable es la Religion cuyos mis-

terios se dan á entender de esta manera! Leyendo algunas cosas de Santa Teresa, y mirando embelesado algunas páginas escritas con humildad, pero de las que podríamos decir—*auro cedroque dignas*—dignas del oro y del cedro, ó como se dice comunmente, dignas de esculpirse en marmoles y bronces, he pensado que asi son todas las páginas de nuestra Santa Religion. El niño Dios nace en un pesebre: un ángel se aparece á los pastores de Belen; y como es de admirar que los ángeles se acomoden al entendimiento de los ignorantes, y que Dios se reduzca con su majestad á lugar tan estrecho y pobre y se deje tratar antes que de nadie de los infelices, asi veo que guardan consonancia con estos misterios los escritos de Santa Teresa, humildes y llanos como pocos, sabrosos como el pan cuotidiano, pero tan elevados que no hay águila que levante mas el vuelo; tan luminosos que deslumbran la vista; tan encarnados en la ciencia divina, que á poco de engolfarse en su lectura, raro será el que nó se quede como distraido y *embobado*, por decir una de las palabras favoritas de la Santa, con imágenes de la eternidad, de la gloria, ó con

algunos estupendos reflejos de la esencia divina. Entonces ya no sabe uno lo que hace, ni si lee; ó mas bien está uno seguro de que no lee; lo que pasa es que estamos oyendo á la Santa, de cuyo acento y cuya sonrisa amable y graciosa todos tenemos formada una idea particular, de la que ya no podemos desprendernos; porque la hemos sacado de sus escritos, que son el mejor retrato, y le tenemos mucho cariño como á obra nuestra.

¿A quién no le viene pesado el mundo, y mas pesado el aire que se respira, y la atmósfera que nos rodea? Nos adherimos á la tierra que se va, al horizonte que se muda mil veces durante nuestro viaje; los cielos dan vueltas, la rueda de los amigos, de los propios y extraños los roba á nuestra vista en su continuo movimiento; así se van las esperanzas, los placeres, las ilusiones; en vano hacemos hincapie; queremos ser el único punto fijo en medio de las cosas que nacen y mueren, y es imposible. Ser inmortales en la tierra es la ilusion de los que suben, y se acercan, y tocan en la plenitud de la vida; no pensar en la muerte es la mayor locura y la mayor desgracia de los que

bajan despeñados la pendiente por donde todo se precipita.

Pero mientras que todo muere, hay una cosa que no perecerá. El espíritu que nos anima no morirá: la luz interior que nos alumbrá, la llama que nos vivifica, más parece criada por Dios para otras regiones que para esta en que habitamos. Aquí estamos comprimidos, ó somos esclavos; ni somos reyes y señores, ni somos felices, ni estamos del todo á ciegas ni enteramente alumbrados, ni somos buenos ni dejamos de quererlo ser, y finalmente, hay en nosotros una mezcla de bien y de mal, de luz y de tinieblas, de debilidad y de fuërza, de corrupcion y de inmortalidad, de paraíso y de infierno, que nos vemos obligados á reconocer que esta es una situacion transitoria, en el hecho de ser para nosotros y para todos los hombres universalmente incompleta. Adherirse á la tierra hasta tomar nosotros su forma ó ella las nuestras, como los fósiles, es la obra del pecador que se aparta de Dios y renuncia á las promesas y esperanzas y dones muy ricos de que las almas viven. De los dos hombres que hay en nosotros, el primero es celestial: *primus homo de*

cœlo cœlestis: el segundo es terreno: *secundus homo de terra terrenus*. El segundo muere; el primero es inmortal. ¿Qué tiene de extraño que tanto suframos en este mundo, si el hombre del cielo está constantemente contrariado? Cuando se dice que el cuerpo es la cárcel del alma se dice una verdad: todos oímos y á todas horas cuál gime nuestra esclava. La esperanza en Dios es el único y mas dulce consuelo de esta reina destronada. *Mihi adhærere Deo bonum est*; decia el Santo Rey David: adherirme á Dios que no se muda, luz que no muere, llama que no se estingue; adherirnos á Dios que es nuestro padre, nuestro salvador, el sumo bien y el principio y fin de todas las cosas, es bueno: esta debe de ser nuestra aspiracion constante. Mas ¿cómo unirnos á Dios? ¿dónde está? ¿Es posible esta union en la tierra? Ved aquí, señores, la ciencia mas sublime de todas las ciencias; y como su objeto es buscar á Dios para poseerle, diremos con propiedad que se ocupa de la direccion de las almas.

Santa Teresa de Jesus ha sido uno de los espíritus que mas han penetrado en esta divina ciencia. Hagamos un esfuerzo para conducir los

espíritus por los caminos de esta celestial doctrina, como lo espero confiado en los auxilios de la divina gracia. *Ave Maria.*

Todos los sábios y todos los cristianos proclaman á una con la Iglesia la santidad y sabiduría de Santa Teresa de Jesus. ¿Conoceis por ventura una celebridad mas notoria, un magisterio mas irrecusable, una gloria mas clara entre todas las reputaciones que la posteridad levanta ó deshace? No: ninguna. Como somos peregrinos y necesitamos luz y guia en nuestra peregrinacion sobre la tierra, no hay cosa que más excite el entusiasmo que la noticia de un descubrimiento que nos abre el camino y nos permite ensanchar la vista en nuevos horizontes. Un navegante descubre el camino de la Améri-

ca; otro el de la India; un practico imagina una vereda en los mares, y la sigue describiendo curvas, guardándose con maravilloso instinto de las barras y de los escollos. La noticia de estos descubrimientos se recibe con entusiasmo: asi pasaria con los Israelitas cuando peregrinaban por el desierto: porque el pueblo y su caudillo, cuando pasaron el mar rojo, entonaron un cántico de accion de gracias al Todopoderoso que separó las aguas para que pasaran á pie enjuto los hijos de Israel, y las juntó para ahogar á los Egipcios. El deseo de abrir comunicaciones para enlazar á todos los puntos del globo es muy ardiente; vosotros teneis noticia de los grandes proyectos que á estas horas se realizan, y de los que hay en ciernes para el dia de mañana. La inauguracion de un camino, la bendicion de una locomotora, el experimento hecho con un cable que nos pone en comunicacion casi instantanea con naciones remotísimas, son acontecimientos que se reciben en todo el mundo con asombro y alegria. Y todos nos asociamos para aplaudir el genio del hombre y las maravillas de la ciencia, y para glorificar el nombre de Dios, que preside á las obras del genio. «Glo-

ria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad:» este ha sido el primer parte telegráfico que ha transmitido el cable submarino que atraviesa el Atlántico, abriendo una comunicacion instantánea entre la Europa y la América.

Ya tiene el hombre, decimos, un camino más para llegar en breve tiempo al centro de los pueblos mas apartados que no esperaba conocer; porque, señores, si él no va materialmente en pocos minutos, va su palabra, por la que reina en el mundo.

¿Pero y los caminos para ir á Dios? Porque al fin, el hombre pasa, el mundo pasa, los cielos pasan, la tierra pasa, y la palabra de Dios permanece. Mirad; si estuvierais colocados en algun planeta de los que hay tan lejos de nosotros, y vierais desde allí la tierra tan pequeña, y á nuestros sabios ocupados en hacer caminos, sin duda para convencerse de que este mundo es en realidad mas chico de lo que parece á primera vista, no os parecerian tan sublimes los esfuerzos del hombre, que, ya se ve, como está pegado á la tierra, cree que la grande obra que hay que acometer consiste en trazar una línea á traves de los

montes mas elevados, que, vistos desde la luna por ejemplo, nos parecerian manchas ó arrugas de este pequeño globo que habitamos. Más pronto nos cansariamos del mundo en viendolo todo; y sin aguardar á que llegue el dia en que se pueda mas fácilmente que hasta aquí hacer una experiencia que no deseamos, lo que queremos es un camino seguro para ir al cielo; un buque bien remolcado para escapar salvos de las borrascas de esta vida; una luz mas viva que la luz eléctrica que alumbre la densa oscuridad del sepulcro; un cable bien amarrado para llegar con su auxilio á las alturas de la celestial Sion. Quere-
mos vientos favorables, cielo sereno, luz templada, frescas brisas, mar en bonanza y naves veloces como flechas, para llegar al puerto seguro de la salvacion. Este sí que es el gran viaje; porque aqui abajo, por mucho que se camine, nunca se sale del valle de lágrimas: pero en el viaje á la eternidad, hay dos mansiones para los espíritus; la una es el paraiso, la otra el infierno; podemos elegir el camino que lleva á Dios, ó el que lleva á las tinieblas exteriores. En esa region tenebrosa hay llanto eterno y recrugar de dientes, segun la frase del Evangelio.

Santa Teresa de Jesus conocia tan á fondo el mundo y sus encantos baladíes, que puede servirnos de guia para dar con el camino del cielo. «Con no haber en este tiempo veinte años, dice, me parecia traer el mundo debajo de los pies.» Ya se ve, habia caminado tan lejos y subido tan alto, que *casivió la Esencia Divina*, segun la valiente expresion de Bourdaloue: tenia en tan poco las humanas grandezas, que sin cesar las llama vanidades, lazos, enredos, boberías y novadas; y el gran remedio contra ellas, dice que es «traer muy contino en el pensamiento la vanidad que es todo, y cuán presto se acaba.» Con estos pensamientos escribió el *Camino de perfeccion*, enseñando al alma que hay mucho que andar, que hay estorbos é inconvenientes en el camino. «Hay muchas cosas, dice Santa Teresa, para quitar esta santa libertad de espíritu que buscamos, para que pueda volar á su Hacedor sin ir cargada de tierra y de plomo.» (1)..... Trabajemos «por salir de tierra de Egipto..... que hallareis el maná: todas las cosas os sabrán bien: por mal sabor que al gusto de los del mundo tengan, se os harán dulces....» ¡Oh Se-

(1) Camino de perfeccion, cap. x.

ñor, que todo el daño nos viene de nó tener puestos los ojos en vos! Que sino mirásemos otra cosa sino al camino, presto llegaríamos: mas damos mil caidas y tropezones y erramos el camino, por nó poner los ojos, como digo, en el verdadero camino.»

Bien sabeis, mis queridos hermanos, sin que para esto necesiteis de consejo, que tenemos el conocimiento de Dios, y que podemos recoger-nos en su presencia, y confiarnos á su miseri-cordia, adorarle como á nuestro Rey y Señor, pedirle con amor y confianza como hijos ar-repentidos que se acercan á tan bondadoso Pa-dre. La oracion es, pues, el camino por donde subimos hasta Dios. Dios se comunica por mu-chos á sus criaturas: él mismo es camino: *ego sum via*. Caminos hay por donde el justo se pasea á lo ancho y á lo largo: *ambulavi in lati-tudine*, como dice el Santo Rey David. Estre-cho es el camino que lleva á la vida, segun lo que está escrito: *arcta est via quæ ducit ad vi-tam*: pero dá con él el que teme á Dios, y lo recorre con presteza, á la carrera, cuando sigue con el corazon dilatado á impulsos del amor divino, el camino de los divinos mandamien-

tos: *viam mandatorum tuorum cucurri cum dilatasti cor meum*. El Señor tiene caminos conocidos, y caminos invisibles; *vias investigabiles*, y atajos para hacer en el hombre sus apariciones súbitas; caminos misteriosos; y canales de la gracia por donde se desliza con el torrente de sus misericordias. Tomemos este camino, que si nó, no haremos cosa de provecho. Pero «hay unas almas y entendimientos tan desbaratados, dice Santa Teresa, como unos caballos desbocados, que no hay quien los haga parar: ya van aquí, ya van allí, siempre con desasosiego.» Es muy malo apegarse á la tierra y seguir sus caminos; ya sabemos adonde llevan: á las honras, á los pecados, á la perdicion. ¿No será lo mismo á espaldas de esos montes, que mas allá de los mares, en las ciudades mas populosas de Europa que en las virgenes florestas de la América? Lo mismo. No es preciso hacer largos viajes para conocer el mundo: á mí al menos me sucede algo de lo que le sucedia á aquel pastor de Virgilio, que en su cabaña creia formarse una idea de lo que era Roma. Para conocer bien el mundo basta conocer al hombre; porque el hombre es el mundo. No marchemos como caballos desboca-

dos; detengámonos aquí; porque descubiertas las relaciones del hombre con Dios, lo que importa es seguir este camino, perseverar en la oracion, desprendernos de las cosas terrenas, para unirnos á Dios con quien tienen las almas que le buscan secretos y amorosísimos coloquios. Pararse á considerar el sumo bien y apetecerlo, todo es uno; y luego vienen deseos, impetus grandes de llegar á él; hambre de este alimento celestial, sed de esta fuente de agua viva; y el alma descaece viendose sin méritos y con muchas miserias; y tiénese por indigna y cae de golpe en el suelo; todo es sollozos, y lágrimas, y asomos de desesperacion: y luego la saca Dios de estas turbaciones y le pone deseos de mucha mortificacion: y asi anda con trabajos, ya cae, ya se levanta, ya se retira de Dios, ya se acerca, hasta que al fin, Dios se apiada de esta *miserable ave-cilla del espíritu*, como la llama Santa Teresa, y en pago de su constancia le da muchas virtudes, y se da él mismo desposándose con ella. *Mi amado para mí y yo para mi amado*: divina union, castos y santos esponsales que bien merecen las fatigas y ánsias que se pasan en el camino del cielo, mas que hayamos de divor-

ciarnos de las cosas de este mundo, que de todos modos dejaremos.

Digo del premio habiendo dicho poco de la batalla: mas ¿quién puede llevar cuenta con todos los delirios de la imaginacion, con todas nuestras flaquezas? El que se aparte un punto de las doctrinas de la Iglesia, va perdido: el que nó busque á Dios con humildad, va perdido: es preciso que sometamos nuestra conciencia á la prudente direccion de un confesor que sea nuestro guia espiritual, y con cuyo parecer nos aquietemos: porque de otro modo, si queremos á nuestro arbitrio seguir los caminos que se nos antoje, ó no acertaremos con el verdadero, ó por buscar á Dios en nosotros, divinizaremos las pasiones humanas. La antigüedad anduvo en este punto tan desatentada, que como nó conocia dónde estaba el Sumo Bien, admitió doscientas y ochenta opiniones sin tener seguridad en ninguna: y aunque la divina revelacion ha hecho imposibles tamaños extravios, con todo, hay espíritus que se aturden, como el de cierto hermitaño de quien nos habla Casiano, el cual desorientado y sin juicio se arrojó en un pozo por ver á Dios cuanto antes. Es una cien-

cia muy alta la de la direccion de las almas; es estrecho el camino que lleva á la vida; *arcta est via quæ ducit ad vitam*: es temerario seguir el propio consejo en materia en que caben tantas ilusiones; y cuando la Iglesia aconseja que nos alimentemos con el precioso pábulo de la celestial doctrina de Santa Teresa de Jesus, la célebre Doctora, la reformadora del Carmelo, á quien rinden vasallaje sin una sola escepcion los críticos mas desabridos y los hombres mas eminentes en letras sagradas y profanas, bien podrá asegurarse que su *Camino de perfeccion* es camino seguro para llegar al cielo. ¿Tiene algo que oponer la crítica? ¿ha dicho algo la impiedad? Teresa de Jesus ha sido honrada con este sublime magisterio, y confirmada en él por todos los sufragios.

Sigamos á Santa Teresa y encontraremos á Dios. Con la fé oye el alma las grandezas del Salomon de los cielos, como dice el V. La Puente: y quiere ver lo que oye, y experimentar lo que cree. Quiere salir de su tierra, y olvidar la vida vieja y las costumbres del mundo, por acercarse á Dios. Es preciso resistir al mundo, hacerse superiores á la carne, buscar la soledad,

el retiro, el silencio, para conversar con Dios: San Gerónimo buscaba los riscos mas altos para orar.

¿Y adonde se convierte el alma para encontrarse con Dios? San Agustin lo halló dentro de sí mismo; y así tambien procede Santa Teresa. «Hagamos cuenta, dice la Santa, que dentro de nosotros está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras preciosas,..... y que en este palacio está este gran Rey, y que ha tenido por bien ser vuestro huesped, y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazon (1).» Este palacio ó castillo tiene varias moradas, unas dentro de otras, y representan los grados de aproximacion á Dios: y mientras el alma está mas abstraída del mundo, más se acerca á su Dios, hasta que se juntan en uno. Perla oriental, árbol de vida es este hermoso castillo en el language de la Santa: tinieblas hay afuera, que son el pecado. ¡Cuántos flacos se rinden á las primeras jornadas! ¡Qué son las enfermedades, y persecuciones, y los sentidos para fatigar al caminante y quitarle el aliento! «Hemos de andar, dice la Santa, como los que tienen

(1) Cam. de perfec. cap. xxviii.

los enemigos á la puerta, que ni pueden dormir, ni comer sin armas, y siempre con sobresalto (1).» Se ha de pasar por sequedades antes que tener gustos en la oracion: es menester humildad; es menester penetrarse de nuestra miseria y de la grandeza de Dios; esperar todo de su misericordia, y confiar en que alumbrará nuestra ceguedad y se dignará venir á nosotros; limpia el alma de pecado y desasida de la tierra. Nos enviará el Señor una luz clara y creciente como el alba del dia, dice San Francisco de Sales: con esta luz el entendimiento se ilustra, y ahonda en los secretos de la ciencia; la voluntad se inflama; y aquellas *noticias divinas* de que nos habla San Juan de la Cruz, son ya la misma union con Dios; que es sentido y gustado por tan *subido y alto toque de noticia y sabor, que penetra en lo mas íntimo del alma. Mihi adhærere Deo bonum est*: «¡ah cuán bueno es unirme á Dios!»

Estas palabras de desengaño y arrepentimiento en David, fueron de puro gozo en la Esposa de los Cantares; y fueron de alegría en Teresa de Jesus, como lo pueden ser de espe-

(1) Moradas terceras.

ranza en nosotros. ¿Os parece que todo ha de ser lágrimas y lamentos en esta vida? No, que la presencia de Dios mitiga los dolores, y convierte los trabajos en dádivas, fortalece los corazones, los ensancha, los abrasa, y hace santos de los pecadores. ¿Dudais que Dios permita á las almas acercarse tanto á su trono? Esto sería decir que el espíritu no puede volar hasta Dios; esto sería quitar al alma sus alas, limitar su horizonte, rebajarnos, y mentir á nosotros mismos: porque nosotros sentimos que nuestro espíritu busca á Dios por todos los caminos, y que tiende á él, desea unirse á él, abrazarse á él, vivir de él, yendole á buscar por el camino mas corto. ¿Dudais que quiera humillarse para ensalzarnos? No lo penseis siquiera en presencia del Augusto Sacramento, que profundamente adoramos. Se deja ver de nosotros, y recibe nuestras pobres alabanzas, y tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres. Si nó nos unimos á Dios, nó quedará por él, sino por nosotros: él baja á la tierra, y nosotros podemos con su ayuda subir al cielo. Este lugar que el mismo Dios preside es una imagen de la gloria, que podría ser mas cabal si nuestros espí-

ritus estuvieran á él presentes con el amor que estarán ante el trono de Dios y del Cordero los espíritus bienaventurados. No, mis queridos hermanos, esta union es posible; creed que Dios vendrá á nosotros si nosotros queremos ir á él; para que esto no suceda es menester que la multitud de sus misericordias, tanto es su amor, no alcance á cubrir la multitud de nuestros pecados. Si Dios nó pudiera ó nó quisiera venir á nosotros ¿qué recurso tendríamos sino la desesperacion? Si nó pudieramos ser santificados ¿habria una criatura mas vil ó mas desgraciada que el hombre? ¿cómo ha de ser nuestro fin la tierra si somos inmortales? Toda criatura busca su fin; si es capaz de instinto, el instinto se lo revela; á él se encamina y lo alcanza. Ahora bien, nuestro fin es Dios, le conocemos por fé; las almas perfectas van á él derechas, y dejan abierto el camino que siguen los que quieren salvarse; ¿ha de ser imposible que acertemos? No, mis queridos hermanos; lo que estorba nuestra union con Dios es el pecado: aborrezcámosle con un odio perfecto; reunamos todas nuestras fuerzas para detestarlo, y todo el poder del mundo, del demonio y de la carne no podrá impedir

este vuelo del alma enamorada del Sumo Bien, cuya union es la felicidad de la tierra y la bienaventuranza del cielo. Si alguno de vosotros, que pienso habrá no pocos en un auditorio cristiano, ha sentido en la oracion ó en la práctica difícil de algunas virtudes, un tanto de esa dulzura y sabor que indica la aproximacion del alma á su Dios, si le habeis sentido presente y os ha enamorado con su gracia, no os turbeis, ni seais incrédulos, mas que seais á vuestros ojos indignos de tales favores. Guardad el secreto de estas operaciones divinas; seguid confiados vuestro camino; haga Dios lo que quiera, y no dudeis que en los que le buscan poniendose en sus manos, obrará maravillas que nó se pueden comprender ni menos explicar. Siempre habrá quien dude de esas comunicaciones, y crea que suponiendo que haya Dios, estará separado de nosotros por insondables abismos: error gravísimo que se desvanece con solo replegarse al interior y con leer los escritos de Santa Teresa. Es entrar en otro mundo; en el mundo de las almas, desde el que os quiero llamar con este reclamo, para que entreis y veais qué moradas tan hermosas, y qué caminos tan

anchos, y qué castillos y palacios de oro y piedras preciosas, como los vió Santa Teresa, y qué aguas vivas las que salen del trono de Dios, que viene á nuestro corazon, y se hace el huésped, el Rey, el Señor, el Médico, la puerta, el camino, la verdad, la vida y el esposo de las almas. Los que ultrajan la dignidad del hombre dudarán de la posibilidad de esta aproximacion divina, como muchos dudaron de las gracias recibidas por Santa Teresa. Pero «sed sencillos, decia Fenelon, hacéos pequeñuelos, convertíos en niños: abatid, abatid, almas altivas, vuestro corazon. Entretanto, ¡callad! y en vez de poner en duda las mercedes que el Señor otorgó á Teresa, procurad con ánimo resuelto percibir en vosotros mismos las dulcísimas corrientes de sus gracias (1).»

¿Qué nos estorba para elevarnos á Dios, mis queridos hermanos? El pecado? Santa Teresa lo personifica en el ángel de las tinieblas para infundirnos horror. El mundo? La Santa le da con el pie, y místicos y mundanos estan conformes en mirarlo con desprecio, aunque unos sigan sus caminos, y otros no. ¿Es la vida con

(1) *Sermon pour la fête de Ste Thérèse.*

sus ponzoñosos encantos y malditos atractivos la que adormece la voluntad y nos amarra á su cadena? «¡Oh vida enemiga de mi bien, decia Santa Teresa, y quién tuviese licencia de acabarte! Súfrote, porque sufre Dios; y manténgote, porque eres suya: no me seas traidora ni desagradecida (1).» ¿Será que nó queremos seguir por áspero camino, ó que nó amamos á Dios sino de palabra? «Ya que su desventura, dice Santa Teresa hablando de los pecadores, los tiene puestos en estado que no quieren venir á vos, venid vos á ellos, Dios mio. Yo os lo pido en su nombre; y sé que como se entiendan y tornen en sí y comiencen á gustar de vos, resucitarán estos muertos.» ¡Ah hermanos míos! Este sí que es estorbo: Dios tiene que hacer mucho en nosotros: estamos muertos por el pecado, y es menester que él nos resucite. Pero alentáos á pedir esta gracia con los mas vivos deseos. Dirán algunos desconfiados, que para sus muchos pecados es mucho pedir: pero á este proposito decia Santa Teresa con muchísima gracia: «¿Qué nos cuesta pedir mucho si pedi-

(1) *Exclamaciones del alma á Dios.*

mos á poderoso? Vergüenza seria pedir á un gran emperador un maravedí (1).»

Tengamos resolucion, mis queridos hermanos, para comenzar y seguir este camino espiritual, que es el de la salud eterna. Sufriendo trabajos y recibiendo consolaciones nos desprenderemos del amor del mundo, y nos apegaremos al amor de Dios. Esperemos en él y no seremos confundidos. Que se conozca en nuestra peregrinacion sobre la tierra que tenemos otra patria, y en los caminos que frecuentemos, que tenemos en otra parte mas elevada puestas las miras. Confesemos á Dios nuestros pecados y sus misericordias, que nos ha de dar la gloria en premio. Nó nos desampares, Señor, en nuestras necesidades, que son muy grandes, de todos los dias, de todos los momentos, para que alcancemos al fin de nuestro penoso viaje por el mundo verte y gozarte por una eternidad en la gloria, con el Padre y el Espíritu Santo. *Amen.*

(1) *Camino de perfeccion*, cap. XLII.

SERMON

para el día

DE SANTA TERESA DE JESUS.



II.

*Nisi Dominus ædificaverit domum,
in vanum laboraverunt qui
ædificant eam. Ps. 126. v. 1.*

Señores: paréceme muy sabrosa tarea la de hacer el panegírico de Santa Teresa de Jesus. Ver sus obras, venerar sus reliquias, visitar algun monasterio fundado por esta mujer insigne, y no sentirse estimulados á prorumpir en entusiastas exclamaciones, no lo espereis jamás de los cristianos, y mucho menos de los españoles. He hablado en otra ocasion de sus célebres *Cartas*, monumento literario que dió

lustre y gloria al reinado de Felipe II: son una joya preciosa del siglo XVI, siglo de oro para nuestra literatura. Alabadas por un sabio como el venerable Palafox, admiradas de un Fray Luis de Leon, y habiendo sacado de ellas tantos ejemplos como pasages los mas delicados humanistas (1), la inspirada escritora nos ha ofrecido bajo este aspecto abundante materia para estudiarla y conocerla, hallando en esta tarea un motivo de alabar á Dios. Y porque no es bueno, ni conforme á la verdad, ni guardan proporcion las obras de la naturaleza con las obras de la gracia, por esto he condenado las groseras comparaciones que suelen hacerse de esta heroina con las mujeres celebres del Paganismo: celebridad eclipsada, muerta, que ya no puede revivir; porque desde que Jesucristo enseñó á los hombres que la grandeza estaba en la humildad y en su obediencia la fuerza, ya no son los soberbios los fuertes ni los grandes; perdieron su renombre las celebridades paganas; la grandeza de los espíritus y de los corazones ya no se mide sino por esta regla divina de la humildad que hace los santos.

(1) Capmany entre los mas ilustres.

Hoy me propongo hablaros de la grande obra de la reforma, en que consumió Santa Teresa hasta los últimos años de su vida. Era de Dios el espíritu que la movia y daba aliento, para que se llevara á cabo lo que tenazmente resistia el hábito de relajacion, que se iba por entonces introduciendo en la observancia de la vida religiosa. De aqui nacieron sinsabores, molestias, persecuciones, y muchas contrariedades, que resistieron y resistirán siempre todo lo bueno. ¿Creeis acaso que las circunstancias favorecieran sus proyectos? No venia de fuera ningun impulso favorable; al contrario, lo que venia de Alemania era la heregía de Lutero. Tampoco podia consolarse Santa Teresa de Jesus con el progreso que hiciera el catolicismo en las mas apartadas regiones; al contrario; recibiendo tristes nuevas de la India y de la China, se acongojaba de considerar la suerte infeliz de tantas almas que no conocian al verdadero Dios, ni habian querido recibir la luz del Evangelio. Como si esto no bastara para desalentarla, añadiase la contradiccion y pugna aun de los buenos: eran sus enemigos los que amaba; y en cuanto á la proteccion de los poderosos, sobre nó ser cierta, nó quiso po-

ner en ella su esperanza. En el ánimo de Santa Teresa de Jesus produjo esta tan triste perspectiva efectos contrarios á los que debia producir. Quiso oponer á los males que amenazaban á la Iglesia el único remedio y el mas eficaz que se podia oponer; consistia en reformar por la austeridad, la oracion y la penitencia, la vida religiosa; restableciendo en la religion del Carmelo el fervor y observancia de la regla primitiva. Este remedio no seria local, no; porque cuando el espíritu de un solo hombre va á Dios, estiende á sus hermanos, aunque vivan en regiones apartadas, los favores de aquella comunicacion divina que han de transformar toda la tierra. La Santa, queriendo atajar los males que amenazaban á la Europa, quisiera volar al Asia para llevar la luz á los que estaban sentados en las tinieblas y sombras de la muerte: sentia su corazon oprimido; y deshecha en amargo llanto que ofrecia por la salvacion de las almas, suspiraba por la gracia del martirio, que Dios no le quiso conceder. Y ¿quién era Santa Teresa para arrostrar tan penosas dificultades? ¡Ah Señores! Una pobre mujer, sin recursos, sin apoyo, sin salud, afligida tenazmen-

te por dolores físicos y morales que á penas la concedían un momento de descanso; pero con un alma tan grande, señores, como se conoce en sus hechos verdaderamente extraordinarios, y en los admirables conceptos que el Espíritu de sabiduría dictó á su pluma.

Me complazco ademas en hablaros de Santa Teresa de Jesus como fundadora de tantas casas de oracion y de virtud, para condenar una tendencia barbara y funesta de nuestro siglo, ese afan por destruir instituciones y monumentos seculares, dándose la preferencia á los templos que consagró al verdadero Dios la piedad de nuestros mayores. Hemos visto demoler con la piqueta en poco tiempo Iglesias y monasterios empezados á fabricar de limosna, mirados por los fieles con santa veneracion, sin dejar de tener en respeto sus ruinas. Fueron tasados á vil precio; derribólos el odio á las instituciones monásticas; hasta se vió con gusto que desaparecieran algunas maravillas artísticas solo porque no somos hoy capaces de imitarlas; todos los malos agentes, hasta la ignorancia, y una ciega imprevision que ya por fortuna todo el mundo se atreve á confesar, hicieron que profanas manos

impulsadas por sordida avaricia, acabáran con tantos monumentos erigidos con un fin eminentemente social y religioso. Ahora bien, esas fundaciones ilustres son nuestra gloria. Comenzáronse y fueron continuadas por los santos y los sabios: las ciencias y las virtudes tuvieron en ellas un albergue; fueron el consuelo y alegría de los fieles, y el refugio de los pobres. La historia no miente, y esta es una de las verdades que han dejado escapar aun aquellos mismos que pudieran tener un interés en falsearla. Y, señores, si esas fundaciones ilustres componen el patrimonio de nuestra gloria, esos montones de escombros cubiertos de inmundicia y de malezas son la vergüenza y el oprobio de los pueblos que decaen de su antiguo esplendor, para ser presa de la irreligion y la codicia.

Hoy se cogen los amargos frutos de una educacion anticristiana; hoy se quisiera de repente moralizar las clases de la sociedad: hoy se dice que es necesario fomentar la religion, porque todo pueblo que no obedece al freno de la religion es una fiera; hoy se tiene por una imprevision al menos el haber derribado instituciones antiguas que no han sido reemplazadas

por otras nuevas, monumentos utiles cuya desaparicion no ha sido compensada con razonables ventajas en obsequio del bien público: mas hoy por último, teniendo necesidad de trabajar con todas nuestras fuerzas en la obra, ya en muchas partes comenzada, de la restauracion católica, tendemos la vista, y ¡oh dolor! no encontramos á los fundadores y reformadores de otros tiempos.

Yo me aprovecharé de esta triste ventaja para que admireis á esta reformadora del Carmelo. Teresa de Jesus, como todos aquellos espíritus que Dios suscita para cumplimiento de sus adorables designios, es una prueba de que ni la flaqueza de la criatura, ni la guerra de las pasiones, ni nuestra condicion tan miserable, ni todas las contradicciones y estorbos que se imaginen, son parte á frustrar la voluntad de Dios. Creed, mis queridos hermanos, que se ha de cumplir tambien en nosotros con infinita misericordia, porque está ordenada para la salvacion de los hombres. *Ave Maria.*

Estaba Santa Teresa en el monasterio de la Encarnacion de Avila cuando Dios la llamó á una vida mas penitente y contemplativa, eligiéndola por instrumento de la reforma que reclamaba en tiempos de laxitud la regla dada por San Alberto hacia cinco siglos, pero mitigada por los Sumos Pontifices Inocencio IV y Eugenio IV. La Santa veia con dolor en lo que venian á parar las primeras austeridades; estaba mortificada de la regalada vida que traia, viviendo en un convento espacioso y sin clausura: crecia por momentos aquel amor divino que más tarde habia de taladrar sus entrañas

con una flecha de fuego, y en sus éxtasis y arrobamientos oyó la voz de Dios, que para este fin de la reforma la llamaba con todo empeño. Fuera imposible decir cuántos trabajos pasó Teresa de Jesus, esta monja desvalida, y además ultrajada por infames rumores que de pueblo en pueblo se corrian, en la fundacion del primer monasterio de San José, ilustre ornamento de la ciudad de Avila. Ya se ve, son tan penosas las obras en sus principios, que nunca pasára esta de los cimientos, si el Señor, en sus pensamientos y trazas, nó fuera tan maravilloso. Pasando por alto las revelaciones, los éxtasis y tiernos coloquios con la divina Majestad, no os contentaréis con suponer el llamamiento de Dios, la ciega sumision de la austera carmelita, y esta serie de prodigios más bien secretos que públicos, que, á la comenzada obra de la reforma, ó seguian ó acompañaban. ¿Cómo penetrar en los arcanos de esa comunicacion sobrenatural y divina? Solo Santa Teresa, instrumento de Dios, pudiera revelarnos lo que sentia bajo la presion de la gracia. Cuando ella se atrevió á decirnos cómo fué el sentir esa fuerza interior que la obligaba á hacer algo por el bien de las

almas, entonces alcanzamos el secreto de esa comunicacion divina, viendo con claridad que las fundaciones de tantas casas religiosas fueron la expresion de esa fuerza. Sintióla por primera vez en San José de Avila, cinco años despues de su fundacion. Los estragos del Luteranismo en Francia fueron ocasion de que crecieran sus deseos; pedia á Dios con vivas instancias el remedio de tantos males; las relaciones de un viagero, Fray Alonso Maldonado, que venia de las Indias, la movian á fervoroso llanto por la suerte infeliz de tantas naciones sumidas en la idolatria y en la barbarie. «Habia gran envidia, dice la Santa, á los que podian por amor de Dios nuestro Señor emplearse en esto (en la conversion de las almas) aunque pasasen mil muertes (1).» Santa Teresa lo ha dicho todo, haciendo sensibles y patentes las mas preciosas y ocultas maravillas, cuando dejó caer de su pluma esta magnifica revelacion: «Muchas veces me parecia, como quien tiene un gran tesoro guardado, y desea que todos gocen dél (2).»

Un gran tesoro! ¡qué revelacion, hermanos

(1) Libro de las Fundaciones, cap. I.

(2) Ibid. cap. I.

mios! En este tesoro teneis el secreto de su fuerza; el amor de Dios la obligaba á hacer el sacrificio de su vida por la salud de los hombres. Preguntar ahora porqué Santa Teresa de Jesus, sin arrimo alguno, débil y desamparada en la tierra, pudo fundar tantos monasterios y restituirlos á la primitiva austeridad de una órden religiosa que cuenta entre sus Patriarcas á los Profetas Elías y Eliséo, seria lo mismo que preguntar porqué fundaron instituciones santas é imperecederas San Agustin, San Benito y San Bernardo, San Francisco de Asis y Santo Domingo de Guzman, San Juan de Dios y San Juan de Mata, San Felipe Neri y San Francisco de Sales, San Ignacio de Loyola y San Vicente de Paul. Esto es lo que tienen de comun los Santos fundadores que veneramos en los altares; un tesoro en su corazon, y la caridad lo prodiga en obsequio de las almas, sin tasa ni medida.

Fué Medina del Campo, despues de Avila, el lugar primero que vió con asombro la santidad de esta humilde religiosa. Fué con otras compañeras á fundar un monasterio, con poquísimo dinero, *unas blanquillas*, como dice la Santa con mucho donaire, aunque provistas de patentes

y autorizadas por el General de la órden, que vino desde Roma á Avila. Por lo que hace á las gentes de los lugares, se habian desatado en tales invectivas y murmuraciones, aguardando el término de aquel desatino, que hasta el buen obispo de Avila D. Alvaro de Mendoza, que amaba mucho á la Santa y queria con afan que se fundaran casas nó solo de monjas sino de religiosos, acobardó y tuvo por irrealizable semejante empresa. La misma Santa titubeó un momento; por fin se resolvió á hacer Iglesia de un portal con las paredes caidas; luego se trasladó á mejor casa con mucho aplauso del pueblo; y nó bien asentada, pensando en la fundacion de conventos de religiosos descalzos, ofreciósele el primero el Prior de Medina, que dejó en la Religion un nombre ilustre. En aquel punto acertó á pasar por allí un mozo de poca edad, que estudiaba en Salamanca, y habia dejado la ciudad con determinacion de hacerse cartujo: habló con la Santa, y en vez de abrazar el instituto de San Bruno, se resolvió á profesar en la Religion reformada del Carmelo. Me apresuro, señores, á decir el nombre de este carmelita: era nada menos que San Juan de la Cruz.

Bien veis, señores, de qué manera se iban enlazando los sucesos para que se cumplieran los designios de Dios. Nó bien se dan los primeros pasos en la obra de la reforma, cuando quedan delineadas las primeras figuras, los dos santos que han de llevarla á feliz término. Se necesitaba una mujer de gran corazon y elevado entendimiento, que profesando en la misma órden hubiera conocido los inconvenientes de la inobservancia de la regla mitigada, para enardecerse con los deseos de una reforma tan santa como necesitaba la vida religiosa: y ved aquí á Santa Teresa de Jesus. Se necesitaba un hombre, decidido enemigo del mundo, que perteneciendo al mismo instituto hubiera conocido los mismos males, y ved aquí á San Juan de la Cruz. Convenia que se encontraran al marchar cada uno por el camino de su vocacion, y se encontraron: ambos tenian mucho talento y una fé ardentísima: no tardaron en comprenderse, porque estaban animados de los mismos deseos; y ya identificados, se consagraron por entero á la virtud y al sacrificio. Mas al encontrarse en Medina del Campo, ignorado el uno, escarnecida la otra, ¿quién pudiera reconocer en estos per-

sonages á las dos grandes columnas de la reforma, y á las mas brillantes lumbreras de la ciencia mística? Por esto se le puede perdonar al mundo que á Teresa Cepeda y Ahumada la llamara *mujer antojadiza y andariega*, y que nó tuviera á Juan de Yepes y Alvarez sino por un estudiante aprovechado en el colegio de Carmelitas de Medina, y todo lo mas, un buen teólogo de la universidad de Salamanca.

Para la Santa se quedaban los trabajos y mortificaciones de la reforma, pero la obra comenzada no parecia ya locura ni desatino. La opinion de los hombres es movediza y vária, y por esta razon valen tan poco los aplausos del público cuando son arrancados á la fuerza, dispensados de mala gana, y por nó haber otro remedio. Animáronse con esto los piadosos fieles de Castilla, importunando á la Santa con el empeño de que fuera á fundar monasterios en donde mas se necesitaban. Fué á Malagon, pero el lugar era hartó pobre: á todo proveyó una hermana de la Duquesa de Medinaceli, quien escribió á la Santa desde Toledo, y la fundacion de una casa de religiosas se llevó á cabo. Por semejantes medios se hizo la de Valladolid:

ayudó mucho D.^a Maria de Mendoza, mujer del ilustre Comendador Cobos, Secretario del Emperador Carlos V; que sin esta señora que cedió á las religiosas su casa, murieran todas de calenturas por estar el primer monasterio junto al rio. Temeraria cosa parecia querer fundar en Duruelo, lugar que nó tendria veinte vecinos, el primer convento de religiosos. Tan mala era la casa que cedió para este fin un caballero, que cuando la Santa fué allá no pudo alojarse en ella. Para encerrarse allí no reparó en nada Fray Antonio de Jesus renunciando el Priorato de Medina, ni San Juan de la Cruz, que en divisando á Duruelo, fué tanta su alegría, que sin tener qué comer ni dónde dormir, sepultóse, como si fuera el paraíso, en aquella humilde casa, compuesta de un portal, una cámara con su desvan, y una cocinilla. Donosa ocurrencia tuvo la Santa, porque dispuso que del portal se hiciera Iglesia, del desvan coro, y dormitorio de la cámara. Nó os daré lugar para que saboreeis este gracioso chiste de Santa Teresa: semejantes toques, agudos y delicados como su ingenio, envolvian la parte seria de su pensamiento, la idea cardinal de la reforma. La

Santa se alegraba de verse en medio de la pobreza y soledad de Duruelo: y condenando el lujo y demasiado regalo de los palacios, dice así: «Por grande que sea la casa, ¿qué provecho nos trae? Pues solo de una celda es lo que gozamos contino, que esta sea muy grande y bien labrada, ¿qué nos vá? Sí, que nó hemos de andar mirando las paredes (1).» Profesando estos principios y haciendo tan austera vida fué como pudo resistir los trabajos que se le ofrecieron en la fundacion de Toledo. Allí se vió cercada de contradicciones, sin licencia para fundar, con solos tres ó cuatro ducados, y sin mas abrigo que una capa desayal. En situacion tan apurada, solicita la Princesa de Éboli que acabado lo de Toledo, vaya á fundar á Pastrana. ¿Pensaréis acaso que la pobre carmelita, que nó tenia qué comer en Toledo, ni cama, ni lumbre con que calentarse, veria el cielo abierto con la proteccion de la Princesa, y más sabiendo que el Principe Rui Gomez su marido tenia mucha cabida con el Rey? No fué así; y bien se vió con cuánto acierto caminaba, pues nó pudo condescender con algunas exigencias de la Princesa.

(1) Libro de las Fundaciones, cap. xiv.

La fundacion de Pastrana se llevó á cabo; pero muerto el Principe, hubo que trasladar las religiosas al convento de Segovia. El suceso abona la prevision de la Santa: fiaba en Dios, nó en los hombres, porque de Dios era la obra, nó del mundo.

Iban las cosas bien, pero sufrió mucho la Santa en la fundacion del monasterio de Salamanca. Lo que nos dice de la fundacion que hizo despues en Alba de Tormes es señal de la fortaleza de ánimo con que se hacia superior á todas las dificultades. «Para hacer muchos monasterios de pobreza sin renta, escribe la Santa en el *Libro de las fundaciones*, nunca me falta corazon y confianza, con certidumbre que nó les ha Dios de faltar (1).» Pero los trabajos mas recios, de enfermedades y contradicciones, los pasó mientras fundaba el monasterio de Segovia. *Seis meses de calenturas y hastío, de males interiores de sequedad y escuridad grandísima en el alma* (2) nó apuraron sus fuerzas ni su sufrimiento: y bien necesitaba de toda su fortaleza para conllevar pleitos y disgustos sin fin, á

(1) Cap. xx.

(2) Cap. xxi.

proposito de lo cuál dice la Santa fatigada: «¡Oh Jesus! ¡qué trabajo es con entender con muchos pareceres!» Los mismos regalos de angustias y sinsabores sufrió para fundar en Veas, cuyo monasterio ha sido de los más ilustres y venerados en la Religion: las mismas dificultades se ofrecieron en Caravaca; resistíase á dar la licencia el Consejo de las órdenes, pero la Santa escribió á Felipe II; y como ella dice, «hizome tanta merced el Rey, que en escribiéndole yo, mandó que se diese (1).» No se puede leer sin pena su viage á Sevilla. Caminaba en un carro; iba tan enferma que estuvo para morirse en el camino; el sol y la calentura la abrasaban; y por remate de todo, la esperaban en Sevilla tantos inconvenientes y tropiezos, que ella misma dice: «nunca me ví mas pusilánime y cobarde en mi vida que allí me hallé: yo cierto á mí mesma no me conocia (2).» Todo se allanó al fin, y de tan buena manera, que el Arzobispo llevó el Santísimo Sacramento al nuevo monasterio con extraordinaria solemnidad y mucha alegría del pueblo, estando

(1) Cap. xxvii.

(2) Cap. xxv.

aderezadas las calles del tránsito con altares, músicas y tan graciosas invenciones, entre las que sobresalia una fuente que daba agua de azahar, lo que causó á la Santa mucha devocion.

¡Qué desesperacion sería para los enemigos de toda cosa buena el ver cómo se habian tan miserablemente engañado al juzgar desatinada la obra de Santa Teresa! ¡qué papel tan desairado harian sus enemigos contemplando tan rápidos triunfos! El infierno de los envidiosos es ver que no alcanza el odio, ni la difamacion, ni la intriga, ni el cobijarse con la falsa piedad, ni con el falso celo, ni con ningun arbitrio para sofocar y abatir lo que está destinado á levantarse y florecer con lozanía. La prudencia hubiera aconsejado medidas prudentes; pero el amor propio ofendido, el despecho, echó mano de otras armas. La Santa fué perseguida y molestada sin descanso; se atizó el fuego de las rivalidades y pleitos que siembran la desunion en las corporaciones; á penas hubo discolo que nó diera la razon á los mitigados contra los religiosos de la reforma; estas quejas se llevaban á los Capítulos, al Trono, á la Nunciatura apostólica, y á Roma: se repitieron, aunque sin fruto,

las amenazas de llevar las quejas á la Inquisicion; y añadiéronse por último los dichos y murmuraciones de gente mal intencionada, que viendo á la Santa por los caminos la ofendieron con tales calumnias, que de una de ellas, dice Santa Teresa que *era gravísima*. Todo se sosegó prohibiéndole fundar mas casas, y mandándole que se retirára al Convento de Toledo.

Como vió la Santa la recia tempestad que se habia levantado contra la reforma, se alegró mucho de sufrir; que por lo que hacia á dejar de fundar, ya lo deseaba por acabar la vida *en sosiego*; y más que ya estaba vieja, y á penas tuvo dia bueno con padecer de calenturas. Si pudo sobreponerse á tan continuos padecimientos, fué porque se desentendia de trabajos y dolores asi físicos como morales, teniéndolos por pasajeros. Tan ligeras y mudables le parecieron las cosas del mundo, que llena de este pensamiento, escribió en un registro de su Breviario para meditar la siguiente letrilla:

Nada te turbe,
Nada te espante,
Todo se pasa:
Dios no se muda;
La paciencia

Todo lo alcanza:
 Quien á Dios tiene
 Nada le falta:
 Solo Dios basta.

Ved aquí la fuerza de Santa Teresa: tenia á Dios, y aunque mujer desvalida y flaca, fué invencible. Por esto arrostró veinte años de trabajos; con paciencia sufrió tantas persecuciones y contrariedades; á fuerza de amor venció á sus enemigos; muy alegres pasó los tres años que estuvo en Toledo como en una cárcel: ella sola conservó la fé y nó se acobardó en vista de la deshecha borrasca que amenazaba á sus monasterios, cuando los parciales de la reforma estaban amedrentados y con pocas esperanzas de que las cosas de la Religion mudáran de semblante. Pero la calma se restableció, y Santa Teresa prosiguió su obra. Fundó en Villanueva de la Jara; despues tomó el camino de Valladolid, donde estuvo muriéndose, para ir á fundar en Palencia; y acabada esta fundacion, fué á Soria donde hizo tambien otro monasterio. Se vieron cosas maravillosas en los caminos y lugares que recorria; las gentes apiñadas se abrian paso como podian para verla y tocar su habito: la fama de su santidad se habia estendido mucho; las

masas del pueblo se sentían tocadas de devoción, porque además de los prodigios que unos vieron y revelaron otros, las persecuciones dieron á Santa Teresa una celebridad que la mortificaba. Cuando á penas podía moverse, anciana y achacosa, paralítica, agravándose sus dolencias hasta mover á compasión, hizo un esfuerzo supremo. Con aquel espíritu siempre elevado, tratando al cuerpo como si fuera extraño ú enemigo, dirigió desde Avila la fundación que se hizo en Granada; fué á fundar el monasterio de Burgos en el rigor del invierno, conviniendo todos en tener este viaje por cosa temeraria; y volviendo de Burgos á Avila, se detuvo en Alba de Tormes, donde murió.

Si creéis, señores, que he agrupado con arte los sucesos para que abulten, oid á la Santa: «No pongo en estas fundaciones los grandes trabajos de los caminos, con frios, con soles, con nieves, que venia vez no cesarnos en todo el día de nevar; otras, perder el camino; otras, con hartos males y calenturas, porque, (gloria á Dios) de ordinario es tener yo poca salud (1).» Si os parece inverosímil que nunca se acabar-

(1) Cap. xviii.

dara al ver tantos elementos en su contra, oid á la Santa: «nunca dejé fundacion por miedo del trabajo.» Si pensais que se diera parabienes por la fama de que gozaba, ni menos que se desviviera por acrecentarla, oid lo que dice: «Ha fundado estas casas la mano poderosa de Dios..... ¿de dónde pensais que tuviera poder una mujercilla como yo para tan grandes obras, sujeta, sin un solo maravedí, ni quien con nada me favoreciese (1)?» Nada hizo por la celebridad. Ya veis cuán admirados son por todo el mundo sus escritos; pues sabed, señores, que la célebre Doctora hubiera muerto sin escribir un solo libro, á no ser obligada por la obediencia á sus confesores. Fray García de Toledo la mandó que escribiese sobre la fundacion del monasterio de Avila; el Padre Ripalda, las de los otros. Empezó su tarea, y la interrumpió; Fray Gerónimo Gracian mandó que la acabase; y diciéndole la Santa que no tenia lugar y que se cansaba mucho en escribir, la dijo que escribiera poco á poco ó como pudiese.

El que dió aliento á esta humilde Carmelita

(1) Los pasages citados son del libro de las fundaciones y otros escritos de la Santa.

para fundar tantos monasterios puso la pluma en su mano para escribir sus *Constituciones*. ¡Qué sabiduría para tratar puntos de oracion, para la enseñanza de las novicias, para la eleccion de Confesores, para tratar de la pobreza, del trabajo de manos, de la mortificacion, de las ceremonias, del habito, de la recreacion, y de cuanto se refiere al gobierno de estas santas casas! ¡Qué conocimiento del mundo y de los negocios, como de la soledad del retiro! ¡Qué suaves miramientos al considerar la feble condicion de la mujer, por más que se doliera en extremo de las quiebras que vienen por esta parte! No es extraño que recomiende tanto la discrecion, y asi se afana porque sean prudentes las Prioras, y hombres de letras los Confesores. Con esto, y con las advertencias que escribió para los Prelados sobre el *modo de visitar los Conventos*, en que daba reglas de economía, decencia y austeridad, sin olvidarse del canto ni de infinitos pormenores, terminó la Santa su obra de fundaciones y reforma en lo material y formal, amen de todas sus obras sábiamente escritas, y de sus cartas, con las que fué removiendo el espíritu de los mundanos, y dando

fuego á muchas almas que se sintieron arrebatadas con el santo deseo de la perfeccion. La Santa pudo alcanzar en vida cómo era verdad lo que al tratar de la fundacion del primer monasterio le escribió San Luis Beltran, á quien pidió consejo: «Madre Teresa, (le decia en carta desde Valencia) nó pasarán cincuenta años sin que vuestra Religion sea una de las mas ilustres que haya en la Iglesia de Dios.»

Esta fué la obra de Santa Teresa de Jesus; y en hacerla conocer, algo ayudamos á la restauracion católica de que tenemos tanta necesidad. ¿Quién hará que las ruinas de tantos monasterios vuelvan á ser cimientos, arcos y claves, el dia en que las instituciones monásticas reaparezcan para salvarnos de esta civilizacion materialista y pagana que á todos nos devora? No se sabe. Aparecerán fundadores con aquellas formas, espíritu y tendencias acomodadas al tiempo y estado social en que Dios los exponga á la vista de los hombres; tendrán su mision que cumplir, y la cumplirán: esto es lo cierto. Y para reanudar sus trabajos, vosotras, hijas de Santa Teresa, teneis que hacer algo mas que entregaros á la alegría y regocijo que os ins-

pira en este día la preciosa vida y gloriosa muerte de vuestra Santa Madre. ¿Porqué afligirse al ver que el mundo repugna las casas de oracion y los institutos religiosos? Si lo que hoy se predica es la rehabilitacion de la carne, y todos nos afanamos por las riquezas, por los placeres y la sensualidad, si la sangre corre á torrentes, faltando en los ricos la caridad y la resignacion en los pobres, ¿qué mucho que ni estos comprendan la pobreza voluntaria ni aquellos la vida mortificada y penitente? Además que siempre hubo guerras entre el siglo y el claustro; y vosotras, aunque os entierren mañana bajo los ladrillos de esta clausura, teneis que mirar al porvenir, esperando que nuevos coros de virgenes vengan atraídas por el amor de su celeste esposo, aborreciendo al siglo y cayendo en tierra, encima de vuestros helados sepulcros. Si teneis por señal de que todo se acaba el ver que Dios nó concede á las presentes las mercedes que otorgaba á las de otros tiempos en que medraban y florecian las órdenes religiosas, tened presente lo que dice vuestra Santa Madre: «Siempre habeis de mirar que sois cimiento de las que están por venir; y

si ahora los que vivimos no hubiesemos caido de lo que los pasados, y los que viniesen despues de nosotros hiciesen otro tanto, siempre estaria firme el edificio (1).» Entre tanto, mis queridos hermanos, ya veis cómo Dios lo mantiene: Dios lo protege y lo salva; y pues que hasta vuestros enemigos os tratan muchas veces con benevolencia, con generosidad, rindiendo el tributo de su admiracion á la santidad de estas fundaciones, hacéos mas y mas dignas de la misericordia de Dios, mas y mas aceptas por la austeridad de una vida santa á los ojos de los hombres. Si por las turbaciones de los tiempos juzgárais excusable cualquiera descuido en la observancia de la regla, mirad que vuestra Santa Madre, señalando á cada una con el dedo os dice en sus escritos: «cada una haga cuenta que en ella torna á comenzar esta primera regla... y en ninguna manera se consienta relacion (2):» y que nó podeis quejaros de los males y contratiempos que vinieren, cuando os dice Santa Teresa: «yo no me puedo quejar; ni ninguna es bien que se queje, sino que si viere

(1) Cap. iv.

(2) Cap. xxvii.

va cayendo en algo su orden, procure ser piedra tál, con que se torne á levantar el edificio, que el Señor ayudará para ello (1).»

Estas y otras advertencias son utiles á los que viven en el siglo ó en el claustro. Hoy que se destruye más que se edifica, tenemos necesidad de conservar lo que nos resta, y preparar los ánimos para la obra de una restauracion, que tiene en lo venidero su época y dia fijo. Y tanto mas vigoroso será el arranque, cuanto más hayamos resistido la corriente destructora de las nuevas ideas; cuanto más hayamos defendido las instituciones seculares, gloria del Catolicismo; cuanto mejor hayamos adoctrinado los espíritus; cuanto más hayamos respetado las buenas y sanas tradiciones; como quiera que la obra del porvenir ha de levantarse sobre los cimientos de lo pasado.

Ved, mis queridos hermanos, si nos está reservada una mision importante. Mas para preparar los nuevos tabernáculos del Señor, preparémos nuestros corazones, á fin de que sean otros tantos templos suyos, santos y muy dignos. Desarraiguemos los vicios, destruyamos las malas obras,

(1) Cap. iv.

edifiquemos con celo, y plantemos en nuestros corazones la preciosa semilla de las virtudes cristianas. Y mas que sintiéreis que los cimientos de la Religion vacilan, y viéreis desprenderse rayos del seno de las nubes que encapotan el cielo, la esperanza os mostrará un punto azul en el dilatado horizonte; y la preciosa semilla de las virtudes cristianas, que preparan el porvenir de la Iglesia en mejores dias, acaso no muy lejanos, os pondrá en el camino seguro de la vida eterna, que á todos os deseo. *Amen.*

SERMON

para el día

DE SANTA TERESA DE JESUS.



III.

*De excelso misit ignem in ossibus
meis, et erudivit me. Jerem.*

Lament. C. 1. v. 13.

*De lo alto envió fuego en mis
huesos, y me ENSEÑÓ.*

Mis amados hermanos: ¿pensais que Dios no se cuida de las criaturas? que vive en las altísimas regiones de la gloria sin que se interese por nosotros, sin que sus ojos que todo lo ven y su conocimiento que todo lo sabe se conviertan á las cosas del mundo? nó: felices ó desgraciados, malos ó buenos, Dios tiene cuenta con nosotros. A todos nos habla; á unos con amor, á otros con dureza; á unos con favores, á otros

con trabajos; á este por llamamientos interiores, á aquel poniéndole á la vista catástrofes ejemplares; á todos nos visita este Dios tremendo y clementísimo; á unos en el día de su ira, á otros en el día de sus misericordias.

Cae fuego de los cielos para escarmentar á Jerusalem, ciudad impia; y cuando Dios quiere convertir á sí algun corazon extraviado por terrenales afectos, combina, como para formar una nube con elementos que nó conoce la ciencia, ignorados agentes del órden sobrenatural; crea un fuego nuevo, que abraza el corazon y el espíritu de los mortales; nó los derriba como á las piedras de Jerusalem, nó los abrasa como á los muros de esta ciudad incendiada por los Caldéos, sino los purifica y renueva por el amor y el dolor todo junto; cruel y dulcísimo martirio, el más intolerable y el más dulce, cuyos sangrientos estigmas llevan en la frente los elegidos de Dios.

Ved aquí una mártir, mis queridos hermanos, si olvidais por un momento las espirituales delicias y las obras de edificacion cristiana de Santa Teresa de Jesus. Sin verdugos que hagan rodar su cabeza, sin quedar expuesta sobre la

arena de los circos para entregar su cuerpo al diente de los leones y tigres del desierto, Santa Teresa de Jesus es destinada al suplicio mas doloroso y mas santo de todos los suplicios: es quemada á vivo fuego que Dios envia desde lo alto, y traspasado su corazon con dulces saetas del amor divino, y domadas sus pasiones aun antes de asomar su rebeldía, y el espíritu vencido, y del todo muerta para sí misma.

Venid todos á contemplar este espectáculo. Los que llevais una vida penitente y procurais la mortificacion de los sentidos, como los que admirais con ojos profanos la transformacion de una mujer grande, acudid todos. Veréisla consumida por el fuego de la gracia, mártir de celestiales amores que sofocan sus afecciones mundanas; y cuando se entra hasta los huesos, (valiéndome de las palabras del profeta), el rayo de Dios que todo lo vence, de la abnegacion cristiana, de la muerte, del sacrificio y de la victima puestos ante el altar del Santo de los santos, se levanta ligeramente agitada por el viento una hermosa llama de vida, que renueva el espíritu, ilumina, calienta y dá el ser á nuevas creaciones de la gracia, por virtud de aquel

que toca los montes y los disipa como el humo, *qui tangit montes et fumigant*, que todo lo deshace y renueva la faz de la tierra.

Si en la terrible noche de las venganzas hemos de caer como el reprobó, agobiados con nuestras culpas y un infierno de dolores que no tiene fin, muramos á nosotros mismos, como Santa Teresa de Jesus, por el recogimiento y renuncia de cuanto nos sujeta á esta vida, que sin ser del todo buena, tan malamente se acaba. Yo deseo y espero confiado en los auxilios de la divina gracia persuadiros y persuadirme tambien de una verdad que todos alcanzamos, á saber; de cuánto nos importa sacrificarnos á Dios valerosamente en todas y en cada una de nuestras acciones. *Ave María.*

Cayendo y levantándose muchas veces, Teresa de Jesús, mujer de singular talento y elevado espíritu, pobre monja y reformadora austera, hubo de resolver al fin con ayuda de la gracia el combate entre sus mundanas afecciones y su vocación religiosa. Si Dios no la hubiera amado de tal manera, ¿quién la habría detenido en el camino de todos los errores, en la perdición de sus gustos, en el desarreglo y vanos delirios á que pudo ser su espíritu violentamente arrastrado? Cuando nos engolfamos por curiosidad en arduas cuestiones, al momento nos acude este buen sentido de cristianos que

nos advierte de muchos errores extravagantes, de los que nó nos librarémos sino á fuerza de humildad. ¿Qué seria de nosotros, hermanos míos, si fatigados de luchar, acá y allá impelidos por el viento de contrarias doctrinas, nó plegáramos las alas y huyéramos de las fábulas de los hombres, para convertirnos á la verdad que es de Dios? Porque entendido bien: de este penoso combate no nos salvará el talento, sino la fé: más bien que los fuertes se salvarán los pobres de espíritu. La conversion á la verdad por medio del discurso es muy difícil, cuando hay soberbia de entendimiento: sabed que el pensamiento libre, abandonado á sí mismo, resistiendo los dogmas y entregando las doctrinas mas incomprensibles á las varias interpretaciones del sentido privado, ha engendrado la última heregia, de donde provienen todos los males de la Iglesia y de la sociedad católica que vemos nosotros, que han visto nuestros padres, y que verán nuestros descendientes. La superioridad del talento no es siempre una garantía del acierto; antes es muchas veces un peligro. La rectitud es unicamente la guia mas segura para el genio privilegiado, y lo que

puede consolar á las medianías de la enorme distancia que las separa de las inteligencias mas altas.

¿Podeis imaginaros que todo desarreglo proviene de la sublevacion de las pasiones, y que un entendimiento fuerte, una razon de privilegio puede contener los desordenados impulsos del corazon humano? Pues sabed que nó es un caso raro la íntima alianza de la mas elevada inteligencia con las pasiones mas fuertes: unas veces luchan; otras, llevando el corazon á la inteligencia sus mas nobles y generosos arranques, se auxilian, componiendo el más feliz y hermoso conjunto, con todos los elementos de accion y de vida que tiene el hombre. Pero señores, todo lo que se hace naturalmente, como nó sea en virtud de leyes necesarias, se deshace con facilidad y con pequeñas contradicciones; se carga el peso de una arista, y se rompe el equilibrio; y una vez roto, no hay grados en el espacio, ni siglos en el tiempo, ni gotas en el mar, ni en el desierto arenas, ni estrellas en el cielo, para contar los pecados que puede cometer el hombre, ni para medir la distancia que le separa del camino de la verdad, ni el desvío

que le retira y aleja del recto y estrecho sendero de la justicia.

Y esto va dicho solamente de aquellas pasiones que resisten. Sin embargo, como si el des-arreglo de todas ellas nó llevara al mal, el hombre no encuentra porqué avergonzarse, por ejemplo, de la pasión de la gloria, de la pasión de la sabiduría, siendo como son un peligro de vanidad y soberbia. Pues, ¿qué será de aquellos movimientos francamente desordenados y groseros, cuya fuerza nó puede naturalmente aprovecharse para el bien, que nó serán nunca el principio de buenas acciones, ímpetus sin dulzura ni nobleza, viles agresiones del sentido, que han de matar el alma si la carne nó muere abrasada por el fuego de Dios? Si San Agustín no hubiera sido arrastrado en su juventud á la contemplación de las verdades eternas, los sistemas filosóficos no le habrían dado lo que su espíritu necesitaba y buscaba. Si de la lectura del Hortensio no hubiera pasado á las Santas Escrituras, como sabio, nó habria sido mas que un iniciado, nó un catecúmeno; habria sospechado un nuevo mundo, una nueva tierra, que llegára á vislumbrar, nó mas que á vis-

lumbrar, desde la cima de un monte fronterizo. Como hombre, Ciceron no habria hecho de él un ciudadano pacifico, y San Ambrosio le hizo un santo: Roma pagana le dió una cátedra de retórica con el apostolado del error, y la Iglesia le hizo sacerdote y le cometió el santo apostolado de la verdad. Infundióle Dios un amor santo y una vivísima luz, euando al maniqueismo no le debió mas que espesas tinieblas que llevaron su espíritu á la duda universal, ni á la literatura y comercio con los sabios debió otra cosa que el desarreglo de su imaginacion ardiente, y el pernicioso fomento de aquellas pasiones que tiranizaron su corazon, hasta hacerle esclavo de sus miserables ídolos. Su inteligencia descaminada por la filosofía, y sus pasiones halagadas por el mundo, le perdieron; su espíritu tan alto llevaba la degradacion á sus afectos; sus pasiones daban alas al alma que volaba en un mundo de delirios; hasta que al fin, la gracia de Dios, ilustrando su entendimiento é inflamando su voluntad, rompió aquella funesta alianza de errores profundos y de apetitos violentos; salvóse su corazon por el alma, y el alma por su corazon. El demonio pier-

de, como Dios salva: las saludables inspiraciones de la gracia son siempre en sentido inverso de las sugestiones del espíritu maligno.

Si tál no fué la victoria de la gracia en Santa Teresa de Jesus, por lo menos, la grandeza de su talento y la exaltacion de sus pasiones pusieronla en peligro de grandes caidas. Protegida por la religion á quien consagra sus primeros sollozos y sus primeros amores; enamorada de Dios en quien pone sus ojos y su pensamiento; sintiéndose con la vocacion del martirio, con la pasion del martirio, aun antes de que germinaran en su corazon las pasiones humanas; amando la verdad antes de que pudiera darse en su entendimiento la discusion de las doctrinas; buscando la humildad antes de conocer las emociones de la soberbia; la abnegacion cristiana antes de sentir el orgullo; la renuncia de todas las cosas antes de alcanzar la posesion de ninguna; amando la muerte desde el principio de su vida, ¿quién pudiera pensar que Dios tenia mucho que hacer para traer á sí á la hija amantísima que le buscaba, para encender aquel corazon sediento de amores, y ganarse las miradas de aquellos ojos que le buscaban por el

cielo, enviando sus resplandores á las estrellas? ¿Qué podria hacer el mundo, aunque se valiera de todos sus recursos, para hacer que le amara quien desde luego le aborrecia; para adormecerla, cuando estaba en vela y prevenida contra sus falsos halagos; ni para cautivarla y retenerla en la tierra, cuando Teresa de Jesus nó quería pertenecer á ella sino como el desterrado al lugar de su destierro, ni pasar por ella mas que en cuanto fuera preciso para ir dejándose acá y allá entre las malezas los girones de su carne penitente, ni vivir sino como el mártir, ni morir sino abrasada en purísimos y celestiales amores?

Si Dios todopoderoso no necesita hacer un esfuerzo para salvar al hombre, si nadie puede haber de él tan apartado que nó le lleve á sí como se lleva los suspiros de los que tiernamente le aman, ¿qué no tendria que hacer el mundo para detener el raudo vuelo de aquel espíritu, enemigo de la carne, y contentar aquel corazon con nada satisfecho, y llenar, en fin, aquella vida, tan apartada de los sucios manantiales donde, para morir, tantos la toman?

Aprendan, pues, á temer á Dios aquellos que

se fían de sus propias virtudes, arraigadas al parecer por el tiempo en un alma bien inclinada, sostenidas por un temperamento dulce, exaltadas por la fama, y como glorificadas en la tierra. ¿Veis aparecer por esos tiempos la heregía luterana? ¡oh, nó creais que el trastorno general de las ideas se ha obrado para arrebatár en sus turbias é impetuosas corrientes el espíritu de esta mujer insigne! Guerras y revoluciones se encienden ó se preparan en ese siglo, pero nó se la busca como caudillo aunque fuera buena para acaudillar, y tuviera el ánimo esforzado; se siente hervir una famosa y como desconcertada conspiración en las córtés de Europa, y nó se espera encontrar á esta mujer en el camino de los palacios, impuesta en el secreto de todos los planes, ayudando á la revolución universal, puesta su boca en el oído de los reyes, y soltando su palabra en medio de los teólogos, de los filósofos y soldados. Tan hondas revoluciones no se hicieron para hacer de Teresa de Jesus una víctima, ni un agente corrompido; para servirse de su inteligencia como de un arma de guerra, para dar otro pábulo á la vehemencia de sus pasiones, y ofrecer á los

reformadores el edificante ejemplo de una mujer perdida que luce por sus talentos, y brilla por sus gracias; cuyo valor es á prueba; que extraviará cuando quiera extraviar, pues tál es la viveza de su genio; que subyugará cuando se proponga disciplinar los entendimientos, pues que tiene el raro don de imponer á los demas sus opiniones y su doctrina. Ahora bien, sin el huracan ó el rayo ¿cómo se derribará el roble corpulento y duro? Sin una vasta y universal conspiracion, ¿cómo caerá Teresa de Jesus de lo mas alto de su Tabor excelso?

Aprendan pues á temer á Dios los que fien locamente en sus propias virtudes, dándose por muy satisfechos de sí mismos. «Una madre imprudente y una vecina vana,» como dice Fenelon con una indignacion sencillísima y amable, fueron causa de las vacilaciones en que Teresa de Jesus estuvo para perder eternamente á su alma y á su Dios. Ya lo veis: el mundo hace muy poco para perderla; Dios hace mucho para salvarla: pero ¿quién diria que estaba segura una vírgen oscilando entre la tierra y el cielo, aunque el divino esposo llamara amorosamente en la puerta de la esposa? Teresa

de Jesus fué perseguida por las vanidades y deseos del siglo: la sublimidad del talento lleva consigo, como un peligro, la extravagancia; y Teresa de Jesus tuvo apego á los héroes romancescos y á las hazañas fabulosas. En la lectura de los libros de *caballerias*, como entonces se llamaban las extravagantes historias cuajadas de principes encantados, castillos, trovadores, duelos, juramentos y extrañas aventuras, pudo sentir menos repugnancia por aquellos atractivos en que hallaban su embeleso y divertimento las personas disipadas. Aprended pues en este ejemplo mis amados hermanos, que si á la santidad no se llega sin abundantes gracias y divinos y muy poderosos auxilios, el camino de la perdicion es mas fácil y mas llano; podemos condenarnos sin una vasta conspiracion de las potestades del infierno: sin que el mundo nos tienda muchos lazos, caerémos en la enredada ó en el llano. Los ángeles se alegran de la conversion de un pecador mas que de la salvacion de noventa y nueve justos; así, el reprobó que se pierde entre la masa de los reprobos, encuentra indiferente y desprevenido al principe de las tinieblas: porque el abismo no re-

tiembla de alegría ni se estremece de rabia sino por la caída de los justos, y por el triunfo de los santos.

Santa Teresa de Jesus nos cuenta estos combates, acongojada con plegarias y amargos sollozos. Lee las cartas de San Gerónimo, que nó hay cosa como esta lectura para combates. Se sale purificados de esa lucha en que la vehemencia de las pasiones se hace dulce, y el fuego se torna en luz templada, y el ruido en amable sosiego de las potencias y del espíritu, y el descanso del alma en alegrías anticipadas de la gloria. Teresa de Jesus se retira del mundo para castigarse de haberle amado; rompe todos los lazos que la sujetaban á la tierra; y al sepultarse en el claustro, exclama como si hubiera sentido caer en su corazon el fuego de lo alto: «entonces sentí todos mis huesos qué iban á desprenderse los unos de los otros, y quedéme como muerta.» Conoce á su enemigo, y le llama para salirle al encuentro; le teme, y le amenaza; se siente débil, y quiere quebrantar su cabeza: se reprende, se ayuda, clama al cielo, pone los ojos en Jesus crucificado, su corazon en el de su esposo amantísimo, con él llora, bebe de su

sangre; «bebe, alma mia, se dice, por quien fué derramada» postrase en la tierra adorando y besando sus sacratísimos pies, llorando como la pecadora, cubriéndolos de aromas y bálsamos, y sepultándose con Jesus para morir con el primogénito de los muertos. Pero arráncala de sus éxtasis con importuno llamamiento la naturaleza flaca; cae de su Tabor; precipítase de la gloria; ¡ah Dios mio! ¿qué le faltó para llegar al cielo?

El mundo tiene muchas miserias; pero si tuviera mas, parece que debiera ser mayor el número de los que se salváran. En general, la prosperidad es mala; los trabajos, el sufrir, es bueno. ¿Porqué confundiremos estas cosas? el equivocarnos nos mata sin remedio. Todos vamos huyendo del padecer, que es muy bueno, inclinándonos al gozar, que es muy malo; y sucede, que como la prosperidad que se busca es poca, y los que la buscan son infinitos, por más que alcanzada no satisface, el mundo presenta el ingrato espectáculo de una guerra desatinada, en que el vellocino de oro de las mas antiguas y fabulosas empresas ha venido á ser, por la codicia general de los hombres, la

verdadera fabula de los modernos argonautas. Mas siendo cierto que los trabajos y miserias son sin tasa, se podrá decir, que en el verdadero sentido de la palabra, los dichosos serán los más, y los desgraciados, los menos. No es así mis amados hermanos, aunque todos los hombres padecen. La naturaleza humana ha venido á ser heredera de dos grandes males, del mal físico y del mal moral, duros eslabones de esta cadena de hierro que sujeta al genero humano á la muerte del cuerpo y á la muerte del alma, caudalosos brazos de dos anchos mares que arrastran al individuo y á la raza, precipitándolos, como á la hoja del árbol en sus espumosas olas, al oceano inmenso de todos los dolores. Pero va mucho de padecer resignados, á perderse increpando á los cielos; de luchar con valor, á morir desesperados; de esperar en Dios, á maldecirle; de tener fé, á no ver mas que la mano ciega del destino. Para todos hay enfermedades, trabajos, tribulaciones, calumnias, injusticias, hambre y sed, tormentos y sequedades del espíritu: pero ¿sufren todos de la misma manera? nó; y aquí está la diferencia de los buenos á los malos. Llevar la cruz como Jesu-

cristo y abrazarse estrechamente á ella, es conformarse cada uno con su condicion que no cambiará en este mundo; amar lo que Jesucristo amó, sus mismos dolores, las mismas persecuciones que sufre la Iglesia, el mismo dolor de los santos; y en amar esto que es aborrecido, y en alegrarse en las tristezas, alabar á Dios por los trabajos y adversidades que nos envia, sufrir con paciencia, y recibir, como una gracia que no merecemos, todas las tribulaciones, en esto consiste la felicidad de la tierra, sin que despues del pecado haya otro medio que la penitencia para llegar al cielo.

Tuvo al fin el Señor misericordia de su pobre esclava; y como escogiendo una de las gracias mas ricas de su tesoro, envióle la parálisis, con dolores agudos que la tuvieron por tres años muy cerca de la muerte. No se queja ya como el hombre que vanamente se agita y revuelve contra Dios, luchando con el mal que es natural condicion de la criatura, sublevándose contra las prescripciones severas del órden eterno, como si pudiera traspasar los limites que la retienen en tál y nó en aquel grado, en esta y nó en otra mas elevada gerarquia. Teresa de

Jesus comienza á alegrarse de que se la destine para el martirio: lee el comentario de San Gregorio sobre el libro de Job, y á fuerza de oraciones, de meditaciones y de lectura, fortifícase para el dolor, acercándose mas y mas por la paciencia al hombre de los dolores. Ella misma condena, como San Agustín en sus Confesiones, la soberbia de su génio, cuando dice: «yo no habia sido pobre de espíritu, sino loca de espíritu (1).» ¿Pudo darse por acabado el combate en que se purificaba Teresa de Jesus?

Si no sabeis, mis amados hermanos, qué género de perfección requiere la santidad, todos sabemos por experiencia qué género de combates cuesta el sobreponernos á un vicio que nos domina, el vencer las malas costumbres que tenemos por inclinación, por temperamento, ó por una educación perversa arraigadas en el ánimo. Llega un día en que el ladrón quisiera no robar; el que se embriaga, no embriagarse; no matar, el que mata; moderar sus pasiones, el hombre disoluto; no mentir, el que lo tiene por oficio; refrenar su ira, el colérico; vivir con arreglo, sobriedad y templanza todos los malos

(1) *Camino de perfección*, Cap. II.

hombres, y malos ciudadanos, y malos cristianos que turban la tranquilidad de la república, y causan el escándalo, y corrompen con su ejemplo. Pues bien, de estos, ¿cuántos se enmiendan? Aun á muchos les cuesta trabajo esconder sus faltas, disimularlas, y esto sin imaginar siquiera que puedan alcanzar una victoria completa sobre sus malos hábitos.

Aun saliendo victorioso de estos combates, se habrá hecho muy poco por la salud del alma: desarraigadas las malas costumbres, quedará un hombre de bien, valiéndome del lenguaje del mundo y de los juicios humanos; pero ¿qué son estos hombres á los ojos de Dios? Ya no serán monstruos, pero sí hombres de pecado: pues ¿cómo serán, mis amados hermanos, los combates entre la santidad de la perfección á que aspira el alma, inundada de gracias y estimulada por sus flaquezas, vacilando entre la gloria y el pecado venial, entre el éxtasis y la inocente distracción de los sentidos, entre el purgatorio y el cielo, y que nó obstante las gracias, el auxilio de Dios, el sosiego de las potencias, el amor y ardiente caridad que comunica su fuego á todas las virtudes, parecele al

alma que nó ha de ver á Dios, y que ha de llorar eternamente en el infierno el dolor de haberle perdido?

Si podeis representaros por un momento las fatigas de este combate, figuráos lo que será estar combatiendo diez y ocho años, en cuyo tiempo confiesa Santa Teresa que tenia desgarrado su corazon. Cuando el espíritu se levanta, el sentido la humilla; si la regala Dios con celestiales visiones, las gentes quieren á fuerza de exorcismos librarla de todo mal: el desabrimiento espiritual entibia su fé tan ardiente; y fué algunas veces la oracion su mas amarga pena, cuando tuvo en ella sus mas grandes delicias. Ella, tan alta, tan sublime, águila que sube de un paso hasta los cielos, y allí se entretiene en amorosos coloquios con Jesus crucificado, baja de repente á la tierra dudando de su elevacion altísima; duda de las visiones que ha visto, de los reconditos misterios que se le han revelado; y como hasta los doctos hablan de insomnios, y achacan sus visiones al calor de la fiebre, habla con humildad á San Pedro Alcantara y á San Francisco de Borja, llena de

vergüenza, como si fuera á confesarles grandísimos pecados.

Ya no se aparta de su Dios; Dios le ha hecho la merced de triunfar de malignas sujestiones; su anhelar es porque cuando se remonta, cae; porque al abismarse en Dios y en sus amores, se acaban por el despertar aquellas delicias, y el dulce tormento en que se consume; porque no tiene mas sentidos ni mas almas con que adorar la Majestad divina. Su espíritu no se cansa, pero el cuerpo ya no le sirve; se queja, se descompone, se muere, y porque no acaba de morirse pronto, se muere Santa Teresa. Da saltos el alma, y el corazon quiere seguirla, y los ojos dar paso al corazon y al alma, cautivos en cárcel dura, que dan gritos á la muerte y lá encomiendan su libertad. La Santa parece sentir en su cabeza ruido de «muchos rios caudalosos, y por otra parte, que destas aguas se despeñan muchos pajarillos y silbos (1).» La fiebre intensa del amor, que es la vida del espíritu, deja «abiertos los pulsos» y descoyuntado el cuerpo; lo que para el alma es la vida, para la carne es la tisis: por fin dejala quebran-

(1) *Moradas cuartas*, Cap. 1.

tada y la mata en el último desmayo, que es la primera señal de libertad para el espíritu oprimido.

«Oh várame Dios, Señor, dice la Santa, y cómo apretáis á vuestros amadores! Mas todo es poco para lo que les dais despues (1).»

La Santa murió en un éxtasis de amor divino. Ella nos habia pintado, como se ve, este vuelo del alma, en las congojas y dulzuras de sus desmayos y arrobamientos. Sufre y goza á un mismo tiempo; ya se duerme en la oracion, ya se traspone y deja de sentir; ya se levanta del suelo, ya pierde el pulso y se queda la sangre como parada: corto trecho la separa del otro mundo, y lo adivina, lo entreve, lo goza. Se confunden los términos del ser y del no ser; ella se adelanta; no sabe si vive ó si muere: permanece abstraída del mundo; sus pies dejan la tierra, y su cabeza toca las nubes. «Es un sueño de las potencias (dice la Santa hablando del éxtasis) que ni del todo se pierden, ni entienden cómo obran.... Es un glorioso desatino, una celestial locura, adonde se deprende la verdadera sabiduría: y es deleitosísima manera

(1) *Moradas sextas*, Cap. xi.

de gozar el alma.... Acá no hay sentir, si no gozar, sin entender lo que se goza.... ocúpanse todos los sentidos.» En la oracion se conoce que le va faltando la vida, cuando dice: «Estando asi el alma buscando á Dios, siente con un deleite grandísimo y suave desfallecerse toda, con una manera de desmayo, que le vá faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales, de manera que sino es con mucha pena no puede aun menear las manos.... los ojos se le cierran sin quererlos cerrar.... ni si lee acierta á decir letra.... Hablar es por demas.... porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las del alma, para mejor poder gozar de su gloria.»

¿Qué le falta para morir? Sus sentidos se adormecen, su alma se remonta, su corazon está traspasado por una saeta del amor divino. En el abandono de sus purísimos deleites, la Santa reclina su cabeza con dulzura, y exala el último abrasado aliento de su amor. «Érame imposible, dice, resistir á la fuerza de Dios, sino que me llevaba el alma; y aun casi de ordinario, la cabeza tras ella, sin poderla tener; y algunas, todo el cuerpo, hasta levantarle....

Algunas veces se me quitan todos los pulsos.... y las manos tan yertas, que yo no las puedo juntar..... Toda la ansia es morirme entonces: ni me acuerdo del purgatorio, ni de los grandes pecados que he hecho, por donde merecia el infierno: todo se me olvida con aquella ansia de ver á Dios; y aquel desierto y soledad le parece mejor que toda la compañía del mundo (1).»

Como han quedado sus escritos y sus fundaciones para demostrarnos el poder de su genio, y la historia de su vida para darnos á conocer su grandeza, asi la *transverberacion de su corazon* consagrada por la Iglesia con una fiesta pública, atestigua sus vivos sufrimientos (2). Afli-

(1) Estos varios pasages estan tomados de su *Vida*, de las *Moradas* y de otros escritos, tantas veces citados.

(2) Los prodigios que obró el Señor por el corazon de Santa Teresa, movieron á los Carmelitas descalzos á pedir el Oficio y Misa de la *Transverberacion* que concedió á dicha órden el Papa Benedicto XIII, en 25 de Mayo de 1726. Por otro decreto, su fecha 15 de Diciembre de 1733, esta concesion se hizo extensiva á toda la Iglesia de España. Por la comunidad de privilegios entre Italia y España, segun el Bulario Romano, se extendió en Italia.

En las lecciones propias del oficio de la Santa del *Breviario Ambrosiano*, hallamos este pasage relativo á la *transverberacion de su corazon*: *Non defuit æstuantí*

giola Dios como hace con sus amadores á quienes ama; dióle en galardón la vida santa del espíritu, y la inundó de inefables y santas delicias.

¿Qué decis vosotros de esta lucha de gracias y sujestiones que no podeis contradecir aunque quisierais sustraeros á vosotros mismos? ¡Ay de nosotros, si nos desentendemos de estos dogmas sacrosantos, no pudiendo cambiar de naturaleza, ni forjar una naturaleza distinta para escaparnos de la acción de Dios y de la gracia, á que generalmente se aspira por librarse del dominio de lo sobrenatural, apartando los ojos y el pensamiento de las cosas divinas! Si Dios nos deja de su mano ¿no habrá quién se apodere de nosotros? Si nó adoramos á Jesus crucificado, ¿no adoraremos idolos de barro? Si en él no ponemos nuestro corazón, ¿quién dirá que este

Sponsus, sed per Angelum ignito jaculo cor ipsi transverberavit.

La *transverberacion* del corazón de la Santa es uno de los sucesos mas milagrosos de tan bella vida, y de los mas firmemente comprobados. Hoy mismo está viva la prueba. Fué pasado de parte á parte, y tiene quemados los labios ó bordes de la herida.

Cien años despues de muerta Santa Teresa, Alonso Cano pintó el corazón de la Santa, traspasado por una flecha, y escribió en el cuadro esta mística leyenda:

Quoniam sagittæ tuæ infixæ sunt mihi.

pobre corazon nuestro, que no sabe mas que amar, convertido una vez á las criaturas nó ha de perderse en perpetuas ilusiones, sin llegar á poseer cosa alguna que le satisfaga? Serán indiferentes para vosotros muchos secretos y misterios de mi corazon, como lo serán para mí los vuestros: poco nos vá á todos en ello: pero hablad vosotros y hable yo tambien de ese combate espantoso de la vida lleno de la correspondencia de Dios con el hombre, y todos callarémos, y estarémos atentos, porque esa lucha es la vuestra, y la de todos los hombres; y porque es la lucha de todos, no puede menos de referirse á la salud eterna y á la muerte que no tiene fin.

Santa Teresa de Jesus nos ha revelado las terribles contradicciones y misterios de su existencia. Nos descubre su alma, su corazon, sus terrores y alegrías: ¿qué nó ha dicho Santa Teresa? Unas veces entre las sombrías paredes de un monasterio dá su canto de dolor el ángel humillado; otras veces se lanza á las alturas de la contemplacion, y cuenta, ya con sosegado decir, ya con trasportes de alegría, las regiones que pasa, las moradas á que sube, los grados

que adelanta, las zonas que recorre. Como sus viajes tienen mucho de pintorescos, así sus creaciones tan maravillosas son un espectáculo digno de admiración. ¿Qué palacio de mármol incrustado de oro puede compararse al *castillo* donde habita el alma querida de Dios, con moradas altas y bajas, «con lindos jardines, y fuentes, y laberintos, y cosas tan deleitosas, que deseariais deshaceros en alabanzas (1)?» Libre, oprimida, gozosa, afligida, del modo que está, se entrega en manos de Dios. Lucha con valor, y cuando vence, se abandona enamorada, y pierde hasta el sentimiento de su abandono. Como el querubín ante el trono del Altísimo, se abate, se cubre con sus alas, y se prosterna ante Jesús sacramentado. Alza el vuelo y queda crucificada; el cielo se entreabre, y la Santa se levanta de la tierra; y en esos momentos solemnes en que queda suspendida entre dos abismos, se escapa de sus labios y de su alma un cantar tan inflamado, que hubiera muerto de amor y de alegría, si Dios, como ella dice, no le hubiera interrumpido. «No se han oído mas que dos veces, una en los jardines del Obispo Valeriano y otra en las mis-

(1) *Moradas sétimas*, Cap. últ.

ticas sombras del monasterio de Avila, estos acentos del ángel humillado, sacando de sus gemidos los cánticos celestes, y sacudiendo el polvo mortal para elevarse hasta los cielos (1).»

Por fin la mató y la dió eterna vida «el amor de Dios tan poderoso y tan fuerte (2).» Las pulsaciones con que se escapaba aquella vida y el compas con que caminaba aquella muerte, túvolas Santa Teresa en una cifra de su Breviario; enigma terrible al que quitó su espanto la grande estrella que se vió resplandecer sobre el monasterio de Alba, *un rayo de color de cristal muy hermoso*, las luces resplandecientes y tiernos gemidos que vieron y oyeron las religiosas y la gente del pueblo. Asistióla Dios hasta su muerte con largos y amorosísimos coloquios, enviando de lo mas alto de los cielos el fuego abrasador que la embriaga de amores y eternas delicias, triunfando de la carne rebelde, de las pasiones y del espíritu soberbio.

No desmayemos nosotros, mis amados hermanos, ante el espantoso cuadro de esta lucha en

(1) *Etudes sur les Bollandistes*, par le R. P. Dom. Pitra, moine bénédictin de la congrégation de France, pág. 162.

(2) Vida de la Santa.

que vence Santa Teresa de Jesus por la aceptacion del martirio, por la santificacion del amor y del dolor, que son el mas grande suplicio que podemos concebir. Con los ojos cerrados echémonos en brazos del padre de las misericordias, que hará por nosotros como Dios de consolacion, lo que nosotros no podemos hacer sin su cooperacion y auxilio. Hasta que Teresa de Jesus murió para sí misma por la renuncia de todas las cosas, fué tan desventurada como nosotros; pero así que tomó su cruz valerosamente, y despreció lo que merece desprecio, y amó lo que tanto merece ser amado, entonces vió la gloria y se le dió el amor y la verdad que buscaba con tantas ansias. A nosotros llega el olor de sus virtudes suavísimas, y cerrada la puerta de su sepulcro, aún parece que despide aromas y fragantes esencias. Cuando no alcanceis sus virtudes, pedid siquiera sus lágrimas; ellas encenderán en vosotros el amor que santifican, como podeis contar con los trabajos y dolores de la espiacion mas dolorosa, que el mundo jamás ha rehusado á los mortales. Así nos lo conceda Dios, dispensador de todas las gracias. *Amen.*

NOTICIAS

ACERCA DE LA

VIDA, LINAJE, ESCRITOS, FUNDACIONES Y CULTO DE SANTA TERESA DE JESUS (1).



I.

Nació la Santa en Avila el año 1515. Fueron sus padres don Alonso Sanchez de Cepeda y doña Beatriz Davila y Ahumada. En Pastrana se conserva una nota escrita por el padre de la Santa, que dice así: «En miércoles, 28 días del mes de Marzo, de 1515 años, nació Teresa mi hija, á las cinco horas de la mañana, media hora mas ó menos, que fué el dicho miércoles casi amaneciendo.» Fué bautizada en la parroquia de San Bartolomé, á 4 de Abril. Se conserva la pila bautismal y

(1) Necesarias son estas noticias á los predicadores, ó al menos, muy convenientes. Los eruditos encontrarán en ellas no pocas novedades.

se le puso una verja, haciendo allí mismo una Capilla. En el lugar donde nació se edificó otra Capilla, que se unió al convento de Carmelitas descalzos.

El padre Ribera en la vida de la Santa, libro cuarto, capítulo primero, dice así: «Era Teresa de muy buena estatura; en su mocedad, hermosa; y aun después de vieja, parecía hartó bien. El cuerpo abultado y muy blanco, el rostro redondo y lleno, blanco y encarnado, limpio y apacible; el cabello negro y crespo, frente ancha, é igual y hermosa; cejas de color rubio que tiraban algo á negro; los ojos negros, redondos, vivos y graciosos, que en riendose, se reían todos, y mostraban mucha alegría; y por otra parte, parecían muy grandes cuando quería. La nariz pequeña, y no muy levantada. La boca, ni grande ni chica; el labio de arriba delgado y derecho; el de abajo, grueso y un poco caído, de muy buena gracia y color. Los dientes, muy menudos; la barba bien hecha; las orejas, ni grandes ni chicas; la garganta, ancha y nó alta; las manos, pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños al lado izquierdo, que le daban mucha gracia: uno mas abajo de la mitad de la nariz; otro entre la nariz y la boca, y el tercero debajo de la boca. Toda junta parece muy bien, y de buen aire en el andar; y era tan amable y apacible, que á todas las personas que la miraban, agradaba mucho.» En la version de Colonia hecha en el año 1620, encuentro algunas alteraciones,

pero que sirven para realzar esta hermosa pintura. Como muestra citamos el siguiente pasaje: *Erat siquidem statura decora et in juventute forma liberali, cujus etiam in decrepita ætate apparebant indicia; corpore toroso et candido; vultu autem rotundo ac pleno, eoque debitæ magnitudinis: colorem hic habebat candidum apte sanguineo mixtum, qui, quoties in oratione versabatur, succensus flammescebat et mirum splendorem induebat &.* Mejor es esta descripción que el retrato que hizo un lego, Fray Juan de la Miseria, por mandato del padre Gracian, Provincial de la orden. Santa Teresa obedeció, aunque no gustaba de esto: pero anduvo el lego tan torpe y la molestó tanto, sin duda por el deseo de hacer una cosa buena, que la Santa se burló del artista y de su obra con mucha gracia diciendole: «Dios se lo perdone, Fray Juan; qué fea y vieja me ha pintado!» Esto cuenta el autor del *Año Teresiano*, tomo I. Ya se conoció el poco valor del pincel; pero siquiera pudo servir el retrato para consuelo de muchos, como dice el padre Ribera.

II.

Fray Lorenzo de la Madre de Dios hizo en 1618 á instancias del padre Gracian un árbol genealógico de la familia de los Cepedas y Ahumadas. Salió con bastantes defectos. Se aplicó á corregirlos Fray M. de T.

valiéndose de los escritos de Fray Gerónimo de San José, Carmelita descalzo, y Fray Francisco de Santa Maria Pulgar, historiador de la reforma. Los Ahumadas y Girones, Ponce de Leon, Espinosa de los Monteros, los Narvaez, Guzmanes, Parejas, Arellanos, Carbajales, Zúñigas y otra porcion de ramas de noble linaje, estan entroncadas, mas ó menos, con la familia de Santa Teresa. Del apellido de Cepeda vienen los condes de Alcolea, marqueses de San Felices, los condes de Mora y Villamena, los marqueses de la Torre de las Sirgadas, Villacastel, Salar y otros, como los duques de Alba y marqueses de Villafranca. Por el apellido de Davila y por los Valdivias entroncan los marqueses de las Atalayuelas y Guardia Real, los condes de Altamira, los duques del Infantado, de Osuna y de la Roca. Las tres fajas del escudo de los Muñozes y marqueses de las Navas estan en el tercer cuartel del escudo de Santa Teresa. Fray Gerónimo de San José trabajó mucho en estas investigaciones, y dice que consultó el libro de linajes que en tiempo de Felipe IV paraba en poder de un rey de armas, y que vió documentos auténticos (1).

(1) En el siglo pasado escribió D. José de Cepeda, Toro, Torres-Montes y Gongora una *Descripcion verídica y puntual compendio de los instrumentos públicos de su archivo*. De su matrimonio con D.^a Ana de Paz y Borno vino entre otros hijos, D. Vicente de Cepeda y Paz que casó con D.^a Ignacia Ortiz de Abren. Entre

En las *Actas de Santa Teresa*, magnífico y reciente monumento publicado en Belgica, que tenemos á la vista, hay un árbol genealogico que se encabeza en estos términos:

SCHEMA GENEALOGICUM S. TERESIÆ A JESU.

III.

Hemos hecho mencion en los panegíricos de la Santa de casi todas sus obras, y ahora diremos algo de otros escritos.

La Santa fué aficionada en un principio á leer algunos libros que por entonces estaban en boga, como novelas y libros de caballerías, segun dice su confesor el padre Yepes. Y aun escribió un libro de caballeria (que no existe) como dice Gracian en las notas á Ribera, á

los hijos de este matrimonio fué uno D. Felipe de Cepeda Ortiz de Abren, que casó con D.^a Maria Agustina Alcalde y Jurado, padres de D. Manuel, que hoy lleva la casa en Osuna, de D. José, D. Ignacio y Doña Teresa de Jesus de Cepeda y Alcalde, de cuya mano recibo esta prueba autentica de su preclara genealogía. Dicha señora está casada con D. Manuel Pineda de las Infantas y de la Escalera, caballero profesor del habito de Santiago, de la de San Juan de Jerusalem, y Magistrado de la Real Audiencia de Granada. De este matrimonio ha nacido otra Teresa de Jesus. Que no se pierda un nombre tan hermoso, tanto, que él solo ilustra muchas familias que vienen de la misma estirpe: y que no se pierda el rastro de las virtudes de la Santa. A esto compromete la nobleza de los linajes.

quien se lo dijo la misma Santa. Escribió á San Juan de la Cruz y á Felipe II algunas cartas que no se conservan. Sin duda se ha perdido un libro en que daba remedios contra la melancolía; porque en el capítulo siete del libro de las *Fundaciones*, dice así: «Estas mis hermanas de San Josef de Salamanca, adonde estoy cuando esto escribo, me han mucho pedido, diga algo de cómo se han de haber con las que tienen humor de melancolía.... *Paréceme que en un libro pequeño dije algo de esto....*» También se ha perdido otro tratado en que explicaria el modo con que se le habia representado la humanidad de Jesucristo; pues en el capítulo veinte y ocho número 3 de su *Vida*, dice así: «Un dia de San Pablo, estando en Misa, se me representó toda esta Humanidad sacratísima, como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad, como particularmente escribí á V. M. cuando mucho me lo mandó.... mas lo mejor que supe, ya lo dije, y así no hay para qué tornarlo á decir aquí.»

Ademas, en la carta 32 del tomo primero (me refiero á la publicacion anotada por Palafox) dice la Santa á su hermano Lorenzo de Cepeda: «Al obispo envié á pedir el libro: porque quizá se me antojara de acabarle, con lo que despues me ha dado el Señor; que se podría hacer otro, y grande: y si el Señor quiere, acertaré á decir; y sinó, poco se pierde.» ¿Qué libro sería este? La Santa escribió esta carta el 17 de Enero de 1577; y

como en esta fecha habia ya escrito todas las obras que conocemos, nos parece que seria un nuevo libro, que ciertamente habia empezado á escribir, aunque se ignora si llegó á acabarlo.

Segun cierto vago rumor, sin fundamento bastante, se hablaba en lo antiguo de otro libro de la Santa que paraba en poder de una familia ilustre, donde se contaba algo sobre ciertas visiones sobrenaturales que no se apuntaron en los demas escritos.

Ademas, en uno de los *fragmentos* dice la Santa que enviaba al padre Gracian *una obrilla que seria de su gusto*. No hay mas noticia.

El libro de los *Conceptos del amor de Dios* está incompleto. El original manuscrito lo quemó la Santa, porque se asustó al oir las advertencias de su confesor, aunque eran, como se supone, favorables.

El célebre Bañez le mandó escribir su vida. La escribió dos veces, segun se dice. El original que se llevó á la biblioteca del Escorial sólo tiene catorce enmiendas, escritas por la Santa y por el padre Bañez. Hizo esta publicacion no poco ruido, y el libro fué delatado á la Inquisicion. El haber dado el manuscrito á la Princesa de Eboli con condicion de que no lo enseñara á nadie, fué causa de que parara en la Inquisicion. Lo examinó el padre Hernando del Castillo, fraile dominico; pero ni con esto se calmaron las malas pasiones, motivo de la denuncia. Viendo lo que, el padre

Bañez presentó nuevamente el libro al tribunal: y fué fortuna que el mismo tribunal por acallar rumores y quejas confiara al dicho padre Bañez el encargo de examinarle, recayendo una aprobacion solemne, dada en Valladolid á 7 de Julio de 1575. Con mucha ligereza toca la Santa este punto, y con mucha humildad y discrecion, en la carta que escribió al padre Rodrigo de Alvarez (la 19. del tomo I) «lo que está dicho que escribió, dice, dió al padre maestro Fray Domingo de Bañez, que es el que está en Valladolid, que es con quien mas tiempo ha tratado y trata. Él los ha presentado al Santo Oficio, en Madrid, á lo que se ha dicho. En todo ello se sujeta á la fé católica, y Iglesia Romana.»

Unas adiciones á su *Vida* se han perdido. Los originales llegaron á manos de Fray Luis de Leon, el cual, como dice en sus escritos, no vió nunca á la Santa, pero conocia muy bien su letra.

Tambien se mandó al Escorial el original del *Camino de perfeccion*; este libro se acabó en 1562; y copias de él, hechas por la misma Santa, se conservarán en Madrid, Valladolid y Toledo. En el Escorial he visto estas reliquias, y una pobre escribanía que la Santa usaba. Hace algunos años que desapareció la pluma del tintero, razon por la que ahora se enseñan tan preciosas reliquias con mas precauciones que hasta aquí.

El original de *El castillo interior* ó las *Moradas* se con-

servará en el Convento de las Carmelitas descalzas de Sevilla. Empezó y acabó este libro en 1577.

Fray Luis de Leon publicó unas *Exclamaciones* de la Santa. Unos historiadores dicen que no tienen noticia del original, y otros parece que no han hecho diligencia por saber su paradero. Hay quien dice que se hallaron en Granada en el archivo de la orden, buscando unos papeles para imprimir las obras de la Santa.

Por orden del padre Ripalda, jesuita, empezó á escribir en 1573 estando en Salamanca, el libro de las *Fundaciones*. Tardaría en escribirlo ocho años.

El original del *Modo de visitar los conventos* no existe. No se conservan tampoco los de sus poesias.

Escribió unas *Constituciones* para las monjas de Avila, que luego se hicieron extensivas á todas las monjas.

No son de la Santa unas *Meditaciones sobre el Padre nuestro*, distintas de las que conocemos por suyas en el *Camino de perfeccion*, y andan impresas en sus obras.

He aquí un resúmen de la discusion promovida.

Nicolás Antonio (Biblioth. hisp. nova) dice que este opusculo se publicó en Madrid (1615) con otros escritos de la Santa. En 1630, Baltasar Moreto las atribuyó á la Santa, diciendo que estas *Meditaciones* paraban en poder de doña Isabel de Avellaneda, mujer de don Dionisio de Cardenas, presidente del Consejo de las órdenes: y que no se hizo de ellas mencion en la *Vida* de la Santa, porque se tenian por perdidas. Nó arranca este

error de Moreto: es mas antiguo, y provino de una version latina de Santa Teresa que hizo Martinez hacia el año 1626, ó de otra que se hizo en 1620. Ello es que por esta causa se dió á las *Meditaciones* este origen, y las defendieron por de Santa Teresa el padre Marcial de San Juan Bautista en su *Bibliotheca ord. Carm. Exc.*, Arnould d' Andilly en una traduccion francesa, y Emery en su obra: *Esprit de S. Térèse*. Otros varios escritores defendieron esta opinion con argumentos absurdos.

Discretos y mesurados anduvieron los Carmelitas que en 1752 publicaron todas las obras de la Santa. Se inclinaban á creer escritas las *Meditaciones* por mano de Santa Teresa, pero ya declararon que era punto dudoso, y de la jurisdiccion de la crítica. La misma duda tuvo Butler, y el padre Gabriel de la Cruz en su version francesa. El padre Matías de San Arnoldo, en la traduccion alemana, dá un paso mas, y niega que sean de Santa Teresa: el mismo parecer siguieron los cronistas Federico de San Antonio y José de Santa Teresa. Ni los carmelitas Antonio de Jesus, San Juan de la Cruz, Gerónimo Gracian, Ana de Jesus y Ana de San Bartolomé cuentan este escrito entre los de la Santa. En el mismo silencio se encerraron Ribera, Yepes y otros biografos.

Apócrifo es el fragmento de una carta que se supone escribió Santa Teresa anunciando la expulsion de los Jesuitas.

Fué Santa Teresa profetisa y taumaturga como Santa Hildegarda, y como de esta, se tejieron con palabras de nuestra Santa, de cuyo significado abusaron perfidos traductores, siniestras profecías para derribar y condenar las instituciones que ellos perseguían. El Rev. Dom. Pitrá dice á este proposito: «Tres son las órdenes glorificadas en las Actas de Santa Teresa: el Carmelo conserva su oraculo: el Instituto de San Ignacio, su inocencia; y el orden de Santo Domingo, un misterioso porvenir, en el cual la purpura del martirio deberá teñir de encarnado su hábito blanco (1).

Ciertamente, Santa Teresa ha profetizado: pero ¿contra quiénes disparó sus saetas y anatemas? ¿Por quién y contra quién se levantó nuestra Santa? Empezando á escribir el *Camino de perfeccion*, dijo la Santa en el capítulo primero: «En este tiempo vinieron á mi noticia los daños de Francia, y el estrago que habian hecho estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Dióme gran fatiga, y como si yo pudiera algo, ó fuera algo, lloraba con el Señor, y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma, de las muchas que allí se perdian. Y como me ví mujer y ruin, imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor (y toda mi ansia era, y aun es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que

(1) *Etudes sur les Bollandistes*, pág. 156.

estos fueran buenos) determiné hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos, con toda la perfeccion que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que estan aquí hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar á quien por él se determina á dejarlo todo: y que siendo tales, cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no tenian fuerza mis faltas, y podria yo contentar en algo al Señor; y que todas ocupadas en oracion, por los que son *defensores de la Iglesia, y predicadores, y letrados que la defienden*, ayudásemos en lo que pudiesemos á este Señor mio, que tan apretado le traen á los que ha hecho tanto bien, que parece le querrian tornar ahora á la cruz estos traidores, y que no tuviese á donde reclinar la cabeza.» ¿Cómo seria posible que Santa Teresa maldijera en sus escritos las mas bellas tiendas de Israel? El pasaje citado del *Camino de perfeccion*, lo dice todo; porque esto escribió la Santa con motivo de la fundacion del monasterio de Avila, y aprovechó la ocasion para manifestar cuál habia sido y era su plan de la reforma. ¿No habia de conocer Santa Teresa á los enemigos de su santa obra? ¿á los enemigos de Dios y de la Iglesia?

«Luthero destruyente et Theresia ædificante, factum est quod Isaias, c. LV, v. 15, dicit: *pro salivna ascendet abies et pro urtica crescet myrtus.*» Act. pág. 123, col. 2.

Opinion nueva es, acaso posterior al año 1752, la que atribuye á la Santa el

«No me mueve mi Dios para quererte»

que unas veces se ha creído de San Ignacio de Loyola, otras de San Francisco Javier.

A trescientas cuarenta y dos llega el número de *Cartas* publicadas, y ademas ochenta y siete fragmentos. Se sospecha que se conservarán algunas mas. Se practican diligencias por encontrar una carta interesante, que segun ciertos antecedentes, debería existir en Badajoz. A muchas puso notas Palafox, y á otras la *re-
ligion descalza*. En 1840 estuvo en Burgos buscando cartas de la Santa el padre Lerdo: no encontró ningunas, y asi lo escribió á Bruselas en 24 de Marzo. D. Boucher propaló en sus escritos que debia haber en Burgos algunas cartas ineditas. San Juan de la Cruz rompió muchas en sus persecuciones, segun el padre Márcos de San Francisco.

Compuso la Santa unas ordenanzas para una cofradía de mujeres del pueblecillo de Calvarrasa. Nó existe el original, aunque sí una copia auténtica.

No creo que fueran de la Santa unos versos que se supone encontrados en las *Descalzas* de Sevilla. El asunto es la herida de su corazon hecha por un Angel: dice asi:

En las internas entrañas

Sentí un golpe repentino:

El blason era divino,
Porque obró grandes hazañas.
Con el golpe fuí herida;
Y aunque la herida es mortal,
Y es un dolor sin igual,
Es muerte que causa vida.

Por la muestra se conoce que no son de la Santa. No es maravilla que á Fray Manuel de Santo Tomás le parecieran de su mano, cuando en la obra que escribió con el título *La mujer grande*, los inserta por buenos y los alaba.

IV.

Aunque parecia haberse acabado la saña y persecucion de la envidia contra los escritos de Santa Teresa, no fué asi. Muerta la Santa, se hizo otra denuncia á Felipe II. El Rey dió los libros á D. Pedro Martinez de Muro, catedrático en el Escorial, para que los examinara. Los aprobó. En 1590 se repitieron las delaciones á la Inquisicion, y Fray Luis de Leon salió á su defensa. En 1594 se renovaron las delaciones, en España y en Roma, pero fueron despreciadas. En el Pontificado de Pablo V se repitieron las denuncias: otra vez fueron examinados los libros, y aprobados por Clemente VIII. Quiso Dios al fin que tuvieran término estas agitaciones para siempre, cuando la Santidad de Urbano

VIII pronunció aquel *Coelestis ejus doctrinæ pabulo nutrimur*, que canta la Iglesia en la oracion de la Misa el día de Santa Teresa.

V.

Hízose fuerte oposicion á Santa Teresa por su empeño en llevar á cabo la proyectada reforma de la órden Carmelitana. Apuntarémos algunos antecedentes.

Parece que los carmelitas observaron fielmente su regla, por lo menos hasta el año 1350. Varias causas sobrevinieron para que la fiel observancia de sus primitivas constituciones se relajara: fué la principal una epidemia que infestó la Italia y se estendió por Europa; la mayor parte de los religiosos perecieron victimas del terrible azote, y entró la laxitud, como suele suceder en toda clase de congregaciones, cuando llegan á reducirse sus miembros á tan exiguo número. Alcanzaron los carmelitas bulas de dispensa para las prácticas mas rigurosas de su regla.

Felipe II intentó hacer la reforma, pero no tuvo de quien valerse: ademas, era resistido. Cuando fué nombrado General de la órden el padre Juan Bautista Rubeo de Ravena, le escribió el Rey para que viniera á España y reformara la órden. Vino de Roma, fué á Sevilla, celebró un Capítulo, y dió á conocer su plan en las medidas que tomó: pero así que se

volvió á Madrid, se enviaron á la Córte muchas representaciones contra el proyecto de reforma, y las dificultades que se suscitaron fueron respetadas. El General fué á Avila, y á pesar de que la obra era resistida, hizo allí lo mismo que en Sevilla. Fué fortuna que llegara á Avila tan á punto, como que ya estaba Santa Teresa trabajando con igual designio que el General y que el Rey, pero con mas resultados por lo que se vió desde el principio. La Santa consultó su plan de reforma á San Pedro Alcantara, á San Francisco de Borja y á San Luis Beltran. Este le dijo pasados no pocos años (1560) viendo cómo prosperaba su obra entre tantas dificultades, que en breve se estenderia mucho la reforma y que seria una de las mas ilustres. Y asi sucedió: en 1604 esta religion se hallaba estendida en España, Portugal, Francia, Italia, Polonia, en la Persia, en la América, en las Indias orientales y en todo el mundo. En quince años fundó Santa Teresa treinta y dos conventos de monjas y de frailes: uno en Avila (1562): otro en Medina del Campo (1567): uno de frailes en Duruelo, y dos de monjas en Malagon y Valladolid (1568): otro de frailes en Pastrana, y dos de monjas en Toledo y Pastrana (1569): uno de frailes en Mancera, otro en Alcalá, y dos de monjas en Salamanca (1570): uno de frailes en Altamira, y otro de monjas en Alba (1571): otro de frailes en Roda (1572): otro en Granada y otro en la Peñuela (1573): otro en Se-

villa y uno de monjas en Segovia (1574): uno de frailes en Almodovar del Campo, y dos de monjas, uno en Sevilla y otro en Veas (1575: uno de frailes en M. Calvario y otro de monjas en Caravaca (1576): otro de frailes en Baeza (1579): uno de monjas en Villanueva de la Jara y otro en Palencia (1580): uno de frailes en Salamanca y otro en Valladolid, y otro de monjas en Soria (1581): uno de frailes en Lisboa, y dos de monjas, uno en Granada y otro en Burgos (1582). La obra se extendió tanto, que en 1585 penetraron los carmelitas en Méjico y fundaron en la provincia de San Alberto. Un año antes se habia introducido la reforma en Italia: en 1588 se celebró en Madrid el primer Capítulo General. El padre Fray Francisco de Santa Maria, historiador general de la órden, da cuenta de la reforma de la religion descalza, y noticia cabal de todas las fundaciones.

VI.

El año de 1582, estando la Santa en Alba de Tormes, conoció que se moria. Se sintió en peor estado el dia de San Miguel, y quiso trasladarse á una enfermeria que tenia reja al altar mayor. El 3 de Octubre pidió el Viático, y el 4 á las nueve de la noche, arrobada en éxtasis, hermoseado su rostro y abrazada con un Crucifijo, murió. Tenia entonces sesenta y siete

años, seis meses y siete días. Como la corrección del Calendario se hizo al año siguiente, por esta razón el aniversario de su muerte es el 15 de octubre, y no el 4. Vivió en la religión cuarenta y siete años: de ellos gastó veinte en la reforma.

Su entierro fué sencillo. Se cubrió el cadáver con un paño de brocado, y en el coro bajo, en el hueco de una pared, debajo de un arco, se enterró. Un capítulo de descalzos, reunido en Pastrana en 1585, acordó que el cadáver de la Santa se trasladara al convento de Avila, del que era priora. Las monjas de Alba se turbaron, porque estaban sorprendidas de la fragancia que salía del sepulcro, y de los milagros que allí pasaban. A esto se añadía que les pareció oír tres golpes en el sepulcro, precisamente cuando el Capítulo de Pastrana estaba deliberando sobre la traslación: mas se llevó á cabo, y el cadáver se colocó en una caja forrada de terciopelo con pasamanos de oro y plata, clavos dorados, llave y cerradura dorada. Se pusieron dos escudos de oro, uno de la orden y otro del nombre de Jesús, y una inscripción dorada que decía:

MADRE TERESA DE JESUS.

Mas los Duques de Alba llevaron á mal lo convenido en Pastrana, y acudieron á Roma para que lo hecho se deshiciera. El Papa Sixto V accedió de muy buena gana á los piadosos deseos de los Duques, y el cuerpo de la Santa volvió á Alba de Tormes, y fué colocado

en un sepulcro suntuoso á la derecha del altar mayor, elevado treinta pies sobre la tierra. Y de lo hecho se estendió diligencia ante el Duque y un escribano.

VII.

De las *Actas de Santa Teresa de Jesus*, ilustradas con comentarios por el jesuita José Vandermoere, impresas en Bruselas en 1845, he estractado las siguientes noticias sobre su beatificacion.

En 1591, D. Gerónimo Manrique, obispo de Salamanca, reunió noticias y testimonios de la santidad de Teresa. En 1595, Felipe II rogó al Nuncio para que se instruyera expediente al efecto, y acudió mandando abrir una información en toda España. Diez y seis doctores, maestros y catedráticos fueron los comisionados para estas informaciones. Acabadas, se enviaron á Roma en 1587 á Clemente VIII, con cartas del Rey que llevó el doctor Marmol Zapata, informante. De todas las Iglesias de Castilla y de Leon vinieron á Madrid diputados, reforzando á cual mas las instancias. Obispos, cabildos, academias y ciudades de toda España pedian la beatificacion de Teresa. La universidad de Alcalá, el concilio provincial de Tarragona y la universidad de Salamanca dirigieron sus súplicas á la Santa Sede. En 20 de junio de 1602 dirigió igual súplica á su Santidad el Beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia.

Dos años despues propuso á su Santidad la Sagrada Congregacion de ritos que se hicieran nuevas informaciones generales: *ut de fama sanctitatis et miraculorum Teresiæ in genere informationes instituerent*. Asi lo ordenó el Papa, encargando esta comision á los obispos de Avila y Salamanca D. Lorenzo Otaduy y D. Luis Fernandez de Cordova. Con eficacia y prontitud desempeñaron estos obispos su cometido, y enviaron á Roma las pruebas. A principios del año 1607 se ocuparon los Cardenales de dicha Sagrada Congregacion en examinar las informaciones: fueron aprobadas por unanimidad (*unanimiter ab eis firmata fuere*) y declararon al Papa, (que ya no era Clemente VIII sino Paulo V) que se podia continuar el expediente: *judicata que ea esse hujusmodi ut ad ulteriora procedi posset*. En su consecuencia, Paulo V. ordenó que se hiciera otra informacion de la santidad y milagros en particular (*in specie*) dando esta comision al Cardenal arzobispo de Toledo, y á los dichos obispos de Avila y Salamanca.

En este tiempo porfió en sus instancias el órden entero de los Carmelitas. El padre Juan de Jesus María escribió en 1609 una vida de Teresa de Jesus, que se imprimió en elegantes tipos y fué dedicada al Papa para interesarlo mas. La S. Congregacion procedió al exámen de testigos, y entretanto no cesaban de llegar á Roma reiteradas súplicas de Margarita, Reina de España (1607); de Segismundo, Rey de Polonia (1608);

de Felipe III (1610); de los proceres de los reinos de Leon y Castilla, y otras muchas de Aragon, siendo la de Bélgica una de las mas apremiantes y devotas. *Tenero devotoque venerationis et cultus obsequio ferimur erga M. Teresiam á Jesu....* asi empieza. Instando á su Santidad por la beatificacion, se dice: *vehemens nostra est efflagitatio ut V. Sanctitas canonizationem ejus non amplius differat, neque sinat ut quæ in cælo triumphat choris inserta Sanctorum, in terra cultu fraudetur qui debitus est ejus meritis.*

El resultado de todas estas gestiones y diligencias fué que por un breve de Paulo V dado en Roma á 24 de abril de 1614 se concedió el Oficio y Misa correspondiente, que es en lo que consistió la beatificacion. Se alegró mucho la España entera. El marqués de Villena, á la sazón nuestro embajador cerca de su Santidad, consiguió del Rey que se le permitiera poner en su escudo de armas el lema de Santa Teresa: *Misericordias Domini in æternum cantabo.* En Alba y en Salamanca se hicieron solemnes fiestas con públicos regocijos, y se imprimieron libros con las relaciones de las fiestas que se hicieron en Salamanca, Madrid, Cordoba, Barcelona y otras muchas ciudades. El padre José de Santa Maria reunió en un volúmen los sermones, versos y ceremonias con que se celebró el suceso en toda España, y lo dedicó al Papa. Fuera de España, Bruselas fué la ciudad en donde se celebró el acontecimiento

con mayor aplauso. Hoy es cárcel el convento de monjas donde tuvieron lugar las mas solemnes fiestas de la Bélgica; *et crimen est ubi virtus fuit*, como dice con sentido lamento en nuestros dias el ilustre Vandermoere.

Mas y mas se encendieron los deseos de los fieles, y pasaron de esto á promover el expediente de canonizacion. Paulo V la hubiera canonizado si no le hubiera tomado la muerte. A su sucesor Gregorio XV quedó reservada esta gloria, y la beata Teresa fué canonizada é inscrita en el catálogo de los Santos el dia 12 de marzo de 1622, juntamente con San Isidro Labrador, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, y San Felipe Neri.

VIII.

Muchos escritores, no queriendo perder la ocasion de ilustrar con sus escritos la admirable santidad de esta mujer insigne, cuya fama habia recorrido el mundo, escribieron su *Vida*.

Ribera merece citarse el primero.

El padre Yepes escribió: *Vida, virtudes y milagros de la B. Teresa de Jesus* (Madrid, 1776, 2 tomos en 4.º).

Fray Juan de Jesus Maria escribió: *Compendium vitæ B. V. Teresiæ a Jesu*: está en el tomo III de las obras de la Santa publicadas en Florencia desde 1771 á 1774.

Fray Federico de San Antonio escribió en italiano: *Vita di Santa Teresa di Gesù* (Roma, 1837, 4 tomos in 8.º).

Fray Juan de San Luis escribió en español: *Historia de la vida y muerte de Santa Teresa de Jesus* (Valencia, 1814, 2 tomos in 4.º).

Villefore escribió en frances: *La vie de S. Thérèse* (Paris, 1756, 2 tomos in 12.º).

Hemos citado en otro lugar los trabajos de Boucher, Emery y otros escritores franceses y alemanes, así como la Crónica ó *Reforma de los Descalzos de N. S. del Cármen*, que fué traducida al frances y publicada en Paris (1655 á 1666, 2 tomos in fol.).

Año Teresiano. Consta de 12 tomos. Obra del padre Antonio de San Joaquin (Madrid 1733 á 1766).

Bibliotheca Carmelitana.

Bibliotheca Ord. Carm. Exc. por el padre Marcial de San Juan Bautista (1730).

L'amore scambievole e non mai interrotto tra S. Teresa e la Compagnia di Gesù, por el jesuita Montoya (Luca, 1794, 3 tomos in 4.º).

Hace pocos años, en el Pontificado de Gregorio XVI, escribió el Cardenal Lambruschini unas *Meditaciones* sobre las virtudes de Santa Teresa, excelentes para avivar la piedad de los fieles, y muy ricas de doctrina.

Debo hacer especial mencion del padre Marcel Bouix, jesuita, á quien he conocido en Paris, y á quien

debo muchas noticias y explicaciones acerca de Santa Teresa y de muchos religiosos carmelitas. Es el mejor traductor que se conoce de las obras de la Santa. En 1857 las publicó en tres tomos de 700 páginas, con vista de los originales. Estuvo para esto en Valladolid, Alba de Tormes, Granada, Madrid, y algunos meses en el Escorial. Se propuso conocer la pureza de los originales. Da por separado noticias biográficas de Ursula de los Santos, Maria de San José, Maria de la Cruz, Antonia del Espíritu Santo, Ana de San José, Inés de Jesus y Ana de la Encarnacion, Maria de San Gerónimo, Isabel de Santo Domingo, Elena de Jesus, Gerónima de la Encarnacion, Catalina Alvarez, madre de San Juan de la Cruz, Ana de San Agustin, Antonia de Padilla, Estefanía de los Apóstoles, Catalina de San Juan Evangelista, y otras carmelitas que figuran en la obra de la reforma. El mayor interés de esta traduccion del padre Marcel Bouix consiste en haber restituido á su pureza la version mutilada y alterada que hizo Arnauld d'Andilly, (á quien ya hemos citado) secretario de la escuela jansenista.

Nó es raro hallar en el extranjero hombres dedicados al estudio y admiracion de nuestra glorias nacionales, que las conozcan mejor que muchos españoles. En Paris me favoreció con su amistad el Abate Le Rebours, vicario general, entusiasta de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz. En setiembre de 1858 vino á

España, y dibujó en Hontiveros, Avila, Alba de Tormes, Pastrana, y donde quiera que estuvo la Santa, ya las pilas bautismales, ya el interior y fachada de los conventos, volviendo á su patria con muy útiles trabajos. Ví su coleccion de dibujos, hecha con esmero. Tambien recogió ediciones antiguas y modernas.

Tambien tendremos nosotros en breve un excelente trabajo que se espera de D. Eduardo Gonzalez de Pedroso. El estudio de Santa Teresa ha sido el trabajo y ocupacion de su vida. Espero que su obra me obligue á rectificar algunas noticias de las que aquí doy, porque debe de ser completa, escrita con superior crítica, y con tanta copia de documentos que no deje nada que desear.

IX.

Así en escritos como en sermones llamamos á Santa Teresa de Jesus con el título de DOCTORA de la Iglesia. Esta es la razon porque muchos creen que los Sumos Pontifices declararon expresamente á la Santa por tal Doctora, condecorándola con este honor, sin ejemplo en las mujeres. No caigamos en exageraciones. Veamos cuáles sean los limites á que debe circunscribirse esta alabanza.

Si los que dan á Santa Teresa el título de Doctora de la Iglesia quieren decir que reunió la santidad y sa-

biduría de los Doctores en el hecho de recomendar los Sumos Pontífices Gregorio XV y Urbano VIII que nos alimentemos con el precioso *pabulo de su celestial doctrina*, estan en lo justo, y dicen cuanto se puede decir. Pero si de las palabras citadas se quiere sacar que los Sumos Pontífices la reconocieron por Doctora de la Iglesia y aprobaron este título, es decir demasiado. En esta exageracion cayeron Emery en el prólogo de su obra *Esprit de S. Thérèse*, página 15, el autor del artículo *S. Thérèse*, de la *Biografía universal*, Boucher en el prólogo de la *Vida de Santa Teresa*, y otros panegiristas.

Para que cualquiera sea tenido por Doctor de la Iglesia, ha de reunir tres circunstancias: insigne santidad, eminente sabiduría, y estar declarado tal doctor por decreto de la Iglesia. La última circunstancia es la que falta, pues ni el Sumo Pontífice ni el Concilio General han dado este decreto en favor de Santa Teresa. Y nó se diga que el decreto está suplido por las alabanzas que los Sumos Pontífices citados tributaron á la doctrina de la Santa; porque si esto valiera, podríamos contar entre los Doctores de la Iglesia á otros muchos santos. En la leccion VI del Oficio propio de San Francisco de Sales encontramos este pasaje: *Suis scriptis cœlesti doctrina refertis Ecclesiam illustravit, quibus iter ad Christianam perfectionem tutum et planum demonstrat.* Grande es la alabanza, pero nó puede traducirse por

un decreto que jamás han dado los Pontífices sin la debida solemnidad. El título de Doctor de la Iglesia universal es el honor mas insigne que puede decretar la Iglesia en favor de los santos, y nó suele hacerlo en medias palabras, ó dejando escapar algunas alabanzas para que se trasluzca por ellas una intencion que sin razones conocidas se disimula. San Pedro Damiano y San Bernando son los últimos Doctores de la Iglesia universal: y ni Leon XII por quien fué declarado el primero, ni Pio VIII por quien fué declarado el segundo, usaron de términos generales, sino que los honraron con un solemne decreto, para que en todo el orbe cristiano fueran tenidos por Doctores de la Iglesia universal.

Por qué razon no haya sido decorada Santa Teresa con tan insigne título, no lo debemos inquirir: pero es lícito considerar que su cualidad de mujer ha podido constituir un grave impedimento. Segun Santo Tomás, aunque la mujer reciba don de sabiduría y pueda privadamente enseñar á muchos, no puede reconocersela el derecho de enseñar á toda la Iglesia. De ordenacion divina es que la mujer esté sujeta al varon y guarde silencio en las Iglesias: por lo que San Pablo, en su primera carta á Timoteo, dice terminantemente: «Que la mujer aprenda en silencio: nó le permito que enseñe:» *Mulier in silentio discat cum omni subjectione: docere autem mulieri non permitto.*

De lo dicho no se deduce que sea cosa impropia decir por nuestra cuenta y siguiendo el impulso de los fieles y la recta interpretacion de las palabras que en su elogio pronunciaron los Sumos Pontífices, que Santa Teresa sea, como verdaderamente lo es, Maestra, Doctora, y Doctora insigne en la ciencia mistica. A ella acudieron por luces los hombres sabios, y un obispo le pidió consejos para su propia enseñanza. No cito lo que dijo el sabio Melchor Cano ni lo que la escribió el V. Avila, por no estenderme tanto. Doy que aquel obispo fuera muy humilde; pero por humilde que fuera, bien sabia que el Espíritu Santo le habia puesto en su Iglesia para que la enseñara y rigiera, y nó hubiera pedido consejos á una mujer, mas que fuera tenida por Santa, sino se hubiera formado un alto concepto de su sabiduría. Aquel obispo acertó. Gregorio XV y Urbano VIII vieron en la ciencia de Santa Teresa una doctrina celestial, y el pueblo cristiano lee las obras de la Santa con un respeto semejante á aquel respeto con que se escucha la voz de un oraculo divino.

Nó por esto diremos que á todos absolutamente convenga la lectura de todas las obras de la Santa: pues lo que dice de los mas sublimes dones de la gracia en ciertos pasajes y libros, algo de lo que escribió en su *Vida*, en el *Castillo interior* ó las *Moradas*, y algunas cartas á sus Confesores, nó son para puestas en manos de todos. El alimento es celestial y nutritivo;

pero con el sustento de las almas sucede lo mismo que con los manjares de la tierra: nó por ser esquisitos son buenos para todas las personas. Asi es que la Santa, que segun Yepes, habia alcanzado por revelacion que sus libros serian á las almas de mucho provecho, se apareció despues de muerta, segun se refiere, á la V. Madre Catalina de Jesus y la encargó dijera al Padre Gracian, que la dolia mucho que sus hijas leyeran su *Vida*. Verdaderamente la Santa quisiera haber escrito su *Vida* sin decir mucho de revelaciones; pero el Padre Gracian se obstinó en que habia de ser al contrario por encender á las carmelitas con el deseo de tenerlas, y muchas las siguieron con avidez, y las devoraron, y sufrieron muchísimas penas por no tener revelaciones, ya que en tenerlas hicieron consistir la perfeccion.

Si del daño que pudiera venir á algunos espíritus mal dispuestos ó todavía no bien preparados nada se deduce contra la bondad de la doctrina de Santa Teresa; si de nó haber sido declarada por los Sumos Pontífices Doctora de la Iglesia universal no se deduce que nó sea en realidad una Doctora, cuando reúne en tan alto grado la santidad y sabiduría de los Doctores, mucho menos se ha de creer que nó le cuadran las insignias doctorales, con que especialmente en España, se acostumbra á representarla. La Universidad de Salamanca, para venerar la memoria de Santa Teresa y honrar su claustro, la reputó en el número de sus

Doctores, y la condecoró con las insignias que se usan en la Facultad de Teología. Mas ¿dónde se conserva el decreto ú acuerdo de la Universidad? El padre Antonio de San Joaquin, en el *Año Teresiano*, (tomo V, pág. 204 y sig.) quiere puntualizar la fecha, segun un manuscrito que no se conserva, y afirmando que tuvo lugar este acuerdo en 17 de mayo de 1704. El padre Manuel de Santo Tomás supone que fué el 17 de enero: (V. *La mujer grande*). El padre Juan de San Luis en su *Vida de Santa Teresa* da por sentado el acuerdo de la Universidad, y aun habla de lo que otros no hablan, pues dice que, apoyada en una bula especial de Urbano VIII, la Universidad de Salamanca confirió á Santa Teresa el título de Doctora, coligiéndose de la relacion que hace, que los miembros de aquel cuerpo tan ilustre aderezarian alguna imágen de la Santa, ejecutando la ceremonia al vivo, poniéndole anillo, muceta ó capirote, y bonete con la borla doctoral. A pesar de todo lo referido, en ningun archivo se han hallado ni el decreto de la Universidad Salmantina, ni la bula especial del Papa Urbano VIII.

Yo no dudo del acuerdo de la celebre Universidad: porque ello es que en España muchas Universidades celebraban en lo antiguo fiestas á Santa Teresa con acuerdo del Claustro; y en algunas, en la celebracion de ciertos actos literarios en los que era costumbre repartir á los Doctores del gremio ciertos honorarios por

razon de asistencia, se señalaba á Santa Teresa su parte, como á uno de tantos.

En la escalera de la Universidad central (Madrid) hay colocado un cuadro grande de Santa Teresa.

X.

El culto de Santa Teresa fué desde los principios fervoroso y entusiasta: mas nó es cierto que desde el año 1629 se tratara de insertar su *Oficio* en el breviario romano ni de prescribirlo á la Iglesia universal. El duque de Olivares fué quien en 1634 escribió á Roma con este deseo, que halló decidido apoyo en nuestro embajador el cardenal Albornoz. Dos años despues alcanzó que se expidiera el decreto. Se duda si la petición de Olivares á nombre del Rey de España fué la primera, ó si se adelantó el Rey de Polonia á pedir á su Santidad la concesion del *Oficio*.

En 1627 se imprimió en Paris un *Oficio* propio de la Santa que concedió el arzobispo á los monasterios de carmelitas de la diocesis (1). Otro *Oficio* autorizó

(1) Adquirí esta noticia en Paris, visitando el austero convento de religiosas carmelitas descalzas, (rue de l'enfer) el 10 de agosto de 1859. Las religiosas tienen en veneracion una capa, que dicen ser de Santa Teresa, y un dedo, que me mostraron.

En cuanto á la capa, con la que, segun me informaron las carmelitas, suelen cubrirse muchos sacerdotes antes de celebrar su primera Misa, por devocion á la Santa, no encuentro justificado que perteneciera á

en 1647 el arzobispo de Milan, que se insertó en el Breviario Ambrosiano.

En el principio, la Misa era de *Communi Virginum*. Paulo V permitió que al fin de la *Colecta* se dijera: *Ita piæ devotionis et cælestis doctrinæ erudiamur affectu*. Una pequeña variacion introdujo Gregorio XV, y por último Urbano VIII aprobó esta formula: *Cælestis ejus doctrinæ pabulo nutriamur, et piæ devotionis erudiamur affectu*.

Pio VI aprobó en 1734 el *Prefacio* propio de que usan los *descalzos* en las festividades de Santa Teresa y en sus octavas, y en las Misas votivas de la Santa.

En España, la piedad de los Reyes y del pueblo honró á Santa Teresa de Jesus al par de la Iglesia. Felipe II y los sucesores de su mismo nombre, Cárlos II, Fernando VI y Cárlos III y los sucesores de estos hasta Isabel II (que felizmente reina) se distinguieron por su devocion á la Santa. Fuera de España, dieron iguales muestras otros Principes: y el de Portugal ordenó en 1665, que el dia 15 de octubre fuera dia de vacacion para los tribunales, y que la Universidad de Coimbra con su Rector á la cabeza se trasladara todos los años en procesion al Convento de Carmelitas para celebrar su fiesta.

Santa Teresa. Llegué á temer fuera la capa que tenían en Madrid los frailes carmelitas, que positivamente fué la misma de Santa Teresa: mas nó es así: hoy se conserva en el mismo convento esta preciosa reliquia.

Todas las órdenes religiosas la honraron como si hubiera sido la fundadora de cada una de ellas. Un jesuita y un gerónimo fueron los primeros que escribieron sus hechos; un agustino, Fray Luis de Leon, hizo de la Santa un soberbio elogio y dirigió la impresion de sus obras: un hijo de Santo Domingo, el padre Diego Alvarez, y uno de San Francisco, el padre Juan de Rada, defendieron los escritos de Santa Teresa de las censuras de un anónimo: otros dos padres de la congregacion del Oratorio los tradujeron al italiano, nó siendo estos los únicos traductores que podriamos citar, salidos de los claustros.

Méjico aclamó á Santa Teresa por su Patrona. Lo mismo hicieron en España sobre cuarenta ciudades segun consta del *Año Teresiano*, tomo II, pág. 149.

En tiempo de Felipe III se trató de aclamar á Santa Teresa por Patrona y abogada de las Españas. Mas siendo tan de antiguo reconocido el Patronato de Santiago, y no estando todavia canonizada Santa Teresa, se promovió una empeñada disputa, nó porque quisiera nadie oponerse á la mayor gloria y celebridad de Teresa de Jesus, sino por el temor de amenguar el honor de Santiago, partiéndolo entre los dos. Un arzobispo de Sevilla, D. Pedro Vaca de Castro y Quiñones, salió á la defensa del inclito Apóstol: y haciendo punto de honra la cuestion, D. Francisco Quevedo y Villegas, del hábito de Santiago, escribió un *Memorial* en favor

de su Patrono, y luego que le punzaron y mordieron sus enemigos, salió con otro *Memorial*, al que puso por título: *Mi espada por Santiago*. Pero ¿cómo se hablaba en este mismo escrito, encaminado, siquiera fuese indirectamente, á disminuir la gloria de la Santa? Ved aquí un pasage: «Digo, Señor (hablaba al Rey Felipe IV) que si como solo Santiago es Patron único de las Españas, lo fueran todos los doce apóstoles por razon de méritos, para ser Patrona con ellos los tiene Santa Teresa, y hoy la sobran para compatrona de muchos mundos que Dios hubiera criado, y quisiera honrarlos con tal proteccion. Para lo que en la Santa no hay méritos, ni ella los quiere, es para despojar á Santiago violentamente de lo que le dió Cristo, de lo que ganó en la guerra, de lo que le pagaron los reyes y pueblos por la fé y por el conocimiento de Jesucristo que le deben.»

Urbano VIII determinó el compatronato de Santa Teresa por un *breve* dado á 21 de julio de 1627: mas luego lo derogó en 8 de marzo de 1630, tal vez por la contienda que se habia promovido en España. Fueron muchos los papeles que se escribieron en pro y en contra, con título de *cartas, respuestas, defensas, memoriales, informaciones, sermones, discursos, un Poema, una Declamacion hispana* de retumbante estilo, y *satiras y letrillas* mas que calientes, demasías de algun descomedido, y *respuestas* como la *brusca y descortés* de Fray

Gaspar de Santa María, que se atrevió á dar este título á unos versos contra Quevedo: y en verdad que nó se les despegaba el mote que su autor les puso.

Pasaron casi dos siglos, y las Córtes generales y extraordinarias, reunidas en Cádiz en 1812, quisieron renovar los acuerdos de las antiguas Córtes de Castilla y de Leon, que en el siglo XVII declararon á Santa Teresa por Patrona, sin perjuicio del Patronato de Santiago, considerado desde los tiempos de la reconquista como el primer soldado del ejército español. Dió margen á que de nuevo se ventilára este negocio, que para celebrar la nueva Constitucion del Reino, fueron los diputados á cantar el *Te-Deum* á la Iglesia de los Carmelitas, el 21 de abril. Los *descalzos* aprovecharon esta ocasion, y siendo bien acogida su demanda, (antes de esto, Larrazabal, diputado por Guatemala, habia presentado una proposicion pidiendo á las Córtes que declararan el patronazgo de Santa Teresa) se produjeron documentos antiguos, cartas de Reyes y otras memorias. Una comision de cinco diputados dió su informe, y en 30 de junio de 1812 se publicó un decreto de las Córtes, declarando á Santa Teresa Compatrona de las Españas. Asi consta del *Diario de las discusiones y actas de las Córtes*, tomo XIV. Lástima fué que nó se guardára entonces en muchas cosas la debida reverencia á la autoridad eclesiástica.

Tambien es de sentir que en nada se conozca hoy

que tenemos por Patrona á Santa Teresa de Jesus. Lo que ordenaron las Córtes de Cádiz, como lo dispuesto en las antiguas de Castilla y de Leon, es letra muerta. Pero escribamos; escribamos mucho. El vacio que es menester llenar es inmenso: escribamos mucho: estas letras, hoy muertas, revivirán un dia. Es cierto que han perecido muchos monasterios de Carmelitas, pero hoy mismo se propagan en Francia; y los *Anales de la propagacion de la fe* nos dan noticias de las misiones que todavía conservan los hijos de Santa Teresa en tierras estrañas, á pesar del estrago de las revoluciones. Por esta razon exclama Vandermoere: *Attamen si avulsi rami, perstat truncus vigetque radix, e qua novos feliciter surculos quotannis excrescere cernimus, quos Ordinis moderatores excolunt, sartæ tectæ disciplinæ servandæ solliciti, spiritus que Teresiani tenaces. Faxit Deus ut ad Dei Ecclesiæque honorem et ad animarum bonum sancta prosperet Familia, in eaque posthuma S. Matris gloria in dies augeatur!*

SERMON

para el día

DE SAN VICENTE DE PAUL.



I.

Et mundus eum non cognovit.

Joan. cap. últ. v. 10.

Y el mundo no le conoció.

Señores: «La nave mística de la Iglesia, dice un historiador, ha sido con frecuencia agitada por los huracanes, sacudida por las olas, impelida violentamente contra los mas formidables escollos, sin que los vientos, ni las olas, ni las rocas descubiertas ó submarinas, llegáran á realizar la obra imposible de su naufragio. A veces la tempestad ha roto sus mástiles, destrozado sus velas, afligido los mas hábiles

pilotos y los mas atrevidos marinos: pero en el momento en que iba á desaparecer toda esperanza, y cuando el último grito de alarma se eleva hasta Dios, un simple marinero, hombre grande, pero oscurecido entre la multitud, saltaba al puente, exaltaba los ánimos, restablecía la seguridad con la disciplina, y asiendo el timon con mano firme, guiaba, al través del desorden de los elementos, la nave santa hacia el puerto (1).» En las borrascas que sufrió la nave de la Iglesia durante el siglo XVII, el desconocido marinero que ayudó á salvarla fué San Vicente de Paul.

La verdad religiosa tuvo siempre enemigos, pero siempre ha triunfado de ellos. El gentilismo derramó torrentes de sangre: al retirarse de la escena el antiguo mundo, arrojó millares de cristianos al circo; pero los mártires nunca son vencidos: el martirio de los fieles es la victoria de la Religion. La sociedad cristiana se constituyó dando vida al derecho político, al derecho de gentes, á todos los derechos. Fué turbada por la heregía, pero de sus anatemas brotaron las ciencias sagradas: el progreso de

(1) Orsini, *Historia de San Vicente de Paul*, cap. II

los tiempos traia el de las naciones. Una fé mas pura, un gobierno mas firme, unas costumbres mas sencillas, una paz mas asegurada, y un adelanto en todos los conocimientos humanos, nó despreciable en verdad aunque á los de nuestros tiempos se compare, esto es lo que se distingue al remate de esa era, de donde nosotros arrancamos para fijar nuestra atencion en épocas mas cercanas, y considerar lo que está pasando en nuestros dias.

Hace tiempo, Señores, que se lucha por las ideas, y tras las ideas se concitan todas las pasiones. Una parte del mundo se separó de la Iglesia y quiso reinar á parte; conquistando un poder nuevo, empuñando un cetro suyo, marchando con un movimiento propio, y hácia un destino que nó se sabe cuál será. Por esta nueva revolucion, la Iglesia quedó sola guardando toda su verdad y todo su sentimiento; mientras el mundo mudaba rápidamente de posicion y de formas, viniendo á seguida el orgullo de la razon libre, las extravagancias del entendimiento, la heregia moderna, el indiferentismo de hoy, las guerras y las revoluciones, y por último, llegandose á concitar, segun ha observado un

escritor profundo; hasta las pasiones de los hombres de Estado y de los hombres de génio, contra la verdad católica.

Para nó precipitarnos en cualquiera de estas crisis, fué necesario un esfuerzo de la Providencia; y la Providencia no quiso dejarnos perecer. Si hemos olvidado aquella dulce palabra de un sabor tan agradable en los primeros tiempos—creed hermanos carísimos,—hermanos levantará Dios con toda la fé y la caridad del Evangelio: contra los entendimientos que se extravían, se levantarán entendimientos con rectitud; contra las pasiones que se desbordan, se levantará el sentimiento cristiano, que es la mas ardiente de todas las pasiones; por los poderosos que combatan, se levantarán pequeños que defiendan; contra los grandes de la tierra, contra los hombres de Estado, contra los hombres de génio, se levantará un sacerdote que marchando por la via ática dirá á los que le pregunten—¿á dónde caminas, anciano?—voy á Roma; voy á sentarme..... sobre el trono de los Césares.

En efecto, cristianos, se ha levantado este sacerdote; San Vicente de Paul es este esfuer-

zo de la Providencia. Se han levantado estos pequeñuelos, estos seres débiles, *las hermanas de la caridad*. Para el remedio de tantas calamidades, ahí estan esas pobres mujeres que se barajan en todas las miserias de los hospitales, de los campamentos, de las epidemias, y aun en el horror de las revoluciones. Para nó necesitar de la Iglesia, el mundo de hoy se atribuye las teorías del moderno socialismo; pero la Iglesia tiene mas fuego en su caridad divina. Por último; los sabios cuentan con el imperio del mundo, y Dios confunde su sabiduría, su sabiduría que es loca.

Vamos á tender una mirada sobre el estado de la Europa y del mundo por el tiempo á que nós referimos: es imposible que mis amados oyentes no alcancen cómo y hasta qué punto, la aparicion de este santo sacerdote debió de entrar en los designios de la Providencia; aun á pesar de ese mundo que en su ceguedad le desconoce, á semejanza de Aquel de quien nos dice el Evangelista San Juan—y el mundo no le conoció.—El Señor nos ayude con los auxilios de su divina gracia. *Ave María*.

En los grandes conflictos es donde la Providencia se ostenta grande y magnífica, como lo dan á entender los mas estupendos milagros. Desde la caída del primer hombre, lo sobrenatural parece trasplantado á la tierra. Perece el mundo por el pecado, y se le promete su redencion: perdido por las vias de la iniquidad y de la idolatría, Dios salva á Israel: tras la batalla de Farsalia, muere el hombre-Dios; y entre las atrocidades del gentilismo, llueve sangre de la cima del Gólgota. De las persecuciones se levantan los santos; el martirio propaga la fé; y cuando el Norte se desploma sobre el Occi-

dente, aquellas masas de bárbaros adoran á Jesus. Afligida estaba la Iglesia con las invasiones de los Turcos; habla un hermitaño en el concilio de Clermont, y tras su palahra se arrastran al Oriente medio millon de hombres. Aquí no hay combinaciones de la política, ni estipulaciones ni tratados; nada: aquí no hay mas, sino las miserias del hombre de una parte, y el milagro de Dios, de la otra; un mundo siempre extraviado, y una Providencia que le guia por el desierto; un pueblo andando entre tinieblas, y una columna de luz que marcha delante; un mar que le niega el paso, y una mano que divide las aguas; el hambre, y el maná; la sed, y la vara de un caudillo, á cuyo golpe saltan las aguas de una peña. Siempre vereis el esfuerzo, siempre la Providencia, á medida de los conflictos.

La situacion del mundo por estos tiempos era muy apurada. En Europa la fermentacion de los ánimos era grande; todas las naciones estaban en guerra. Francia, Inglaterra, Italia y España desangrábanse en ligas y movian sus ejércitos siempre matando: cuestiones dinásticas y de territorio mermaban los tesoros y las

gentes; y sometiendo Selin la Siria y el Egipto, convocóse una Cruzada contra los turcos. Aquí principian nuevos males. Lutero conmueve la Alemania; la agitacion religiosa cunde horriblemente; tiembla la Iglesia; hubo un periodo en que ya se vió casi disuelta toda la Europa; nó deja de ser milagroso ver cómo en estos tiempos se llega á reunir una asamblea tan ilustre y memorable como la de Trento; pero ¿qué tiempos, Dios mio! Y bien, cristianos, decidme; ¿cómo se hallaba la Religion en tan amargos días? Claro nos lo dicen la dieta de Spira y la confesion de Augsburgo. Decidme, ¿cómo estaban los gobiernos? Felipe II gastaba la sangre de los Españoles y aun la de su propio hijo en los paises bajos; en Francia se rompió la paz con los hugonotes; y sucedieron las matanzas de San Bartolomé, con nuevas ligas religiosas y nuevos desastres. En Inglaterra, la Reina Isabel decapita á la de Escocia; la Alemania estaba en guerra con la Polonia; Sixto V y Gregorio XIV renuevan sus escomuniones contra Enrique IV; mientras Mahomet II dá la muerte á sus veinte y un hermanos, y arde el fuego de la guerra desde la Persia á la Italia.

El conflicto era grande. El horror que llegaron á presentar algunos pueblos, dice el P. Causino, fué mayor que el de los de Jerusalem y Samaría; porque, Señores, ¿dónde estaba el Evangelio? ¿Qué se habia hecho de la caridad del prójimo? ¿Dónde estaba el altar de los cristianos? ¿Dónde su fé? ¿Qué era del Sacerdocio? y Dios? y los Reyes de la tierra? y los pueblos? y la sabiduría? ¿Qué se habia hecho, volvemos á decir, Señores, qué se habia hecho de la caridad del prójimo, cuando vemos que para extinguir el pauperismo en los reinados de Isabel de Inglaterra, de Enrique VIII y Eduardo VI no se discurre mas que una contribucion pesada, un alistamiento odioso, y la terrible medida de las deportaciones para poblar la América del Norte? ah! nosotros no vemos mas que una disolucion encima: la guerra en los campos, la anarquía en las ciudades, los escandalos en los gobiernos, la miseria en los pueblos, un cisma en la Iglesia, y las desastrosas contiendas de los teólogos, que llegaron á batirse y morir como los hombres de guerra. Así, Señores, se inauguró en el mundo el espíritu privado, el derecho de insurreccion, el protestantismo, la

libertad de conciencia, y la cruzada contra Roma. ¿Podía darse mayor conflicto?

Pues bien, en medio de tantas calamidades levanta la Providencia al santo y sabio sacerdote, á San Vicente de Paul. Escrito estaba que Dios habia de confundir la sabiduría de los sabios y la prudencia de los prudentes. Hacía falta la verdad, porque el mundo la habia perdido; se necesitaba un evangelista, porque el cristiano habia adulterado los libros sagrados: el pastor estaba herido, y se habian descarriado las ovejas; contra los himnos de guerra era menester que sonara una voz de paz; por tantas miserias, por tantas lágrimas, por tantas calamidades como aquejaban á los pueblos, hacia falta un sacerdote santo, todo amor y todo caridad para el consuelo de sus hermanos, de los pequeñuelos del mundo, de los desgraciados de la tierra.

Pero el mundo estaba ciego, y no vió que este sacerdote era un enviado de Dios: San Vicente de Paul sufrió todas las contradicciones y males de su siglo. Viniendo á la universidad de Zaragoza se aflige del escolasticismo y de los bandos con que se oscurecian las ciencias sa-

gradas y se enconaban las pasiones: en los mares fué apresado por corsarios berberiscos: convierte á un renegado, se libra de las prisiones, y marcha á Paris: llamábale su caridad, al punto donde se juntaban más miserias. Como nosotros tuvimos una Santa Teresa que lloraba en sus *Moradas* los males del siglo, y un San Juan de la Cruz que cantaba al amor divino con una poesia muy dulce y muy tierna, más tierna y más dulce que la de Leon y Garcilaso, así San Vicente de Paul lloraba á las puertas de los galeotes y en los calabozos de los criminales. El mundo se rie de sus lágrimas, y le desprecia; porque, Señores, la humanidad es siempre aquel pueblo ateniense á quien preguntaba Arístides—¿porqué me has desterrado?—porque estamos cansados de oírte llamar *el justo, el justo....* Este apóstol quiso vengarse del mundo haciéndole bien: su celo se aumenta, y logra en breve alquilar para los criminales una casa en el arrabal de San Honorato. A despecho de la risa de ese mundo le apoya Luis XIII; el Arzobispo de Paris le pone al frente del colegio de *buenos hijos*, que se estiende por Italia y la Polonia: los mas sabios se vuelven con su pro-

teccion al modesto sacerdote: Richelieu le sirve para la proteccion de Luis XIV, á que luego se añade la mas importante del Romano Pontifice. Aquel pobre sacerdote es ya el personage fabuloso en quien á su pesar fijan muchos la vista; es el consejero de los reyes; y lo que es mas honroso y mas grande, el padre de los pobres, el amigo de la humanidad, de los desgraciados, por cuyo amor se abrasa su alma. Sí, Señores; por ese amor con que mejoró la condicion de los criminales de San Lázaro, y estableció para los forzados un hospital en Marsella: por ese amor con que fueron recogidos todos los mendigos de la capital; con el mismo amor con que se levantó el Hospital general y se cuidó de los trescientos ciegos de San Luis; con ese mismo amor con que estableció congregaciones en muchas partes, y convirtió á mas de setecientos calvinistas: con el mismo amor con que estableció misiones en Génova y en Irlanda: con el mismo amor con que fué convertido el Abad Rancé.

Y ¿es el mundo tan ciego que nó ve al enviado de Dios? Vienen despues los desastrosos sucesos de la Lorena; ¡oh, dejad al mundo que

se avenga con los Imperiales, con los Franceses, con los Españoles y con los Suecos que alternativamente arrasan el pais: interponed la sabiduría de esos tiempos y la prudencia de esos sabios..... nada. Todos ellos no supieron si no confundir la Lorena, abrasar sus ciudades é infestar á tres generaciones. Solo San Vicente de Paul acompañado de su fervorosa grey llevaba bálsamos y plata á los campamentos, consolando á aquellas vírgenes espantadas de la soldadesca, vistiendo á los pobres y remediando mil desgracias.

Nó habia conocido todavia el mundo á San Vicente de Paul?.... pues sin saberlo ese mundo, arde un fuego inestinguible en el corazon de aquel pobre sacerdote. Aquel fuego es todo amor, todo caridad: nó, esto ya lo hemos dicho. Aquel fuego es.... me estan oyendo muchas madres cariñosas; ¿saben esas madres el amor que tienen á sus hijos? nó, aun es poco. Me estan oyendo muchos sacerdotes; ¿sabe acaso el sacerdote del altar lo que pasa en su corazon al mandar un sufragio por el alma de una persona muy querida?... nó, nosotros no lo podemos comprender: tanta generosidad.... no cabe

en nuestra miseria: con un objeto, solo con uno tenemos bastante para agotar nuestro brío; y San Vicente de Paul ha menester.... todo el mundo; y puede amar á todo el mundo con ternura.

En la institucion de las *hermanas de caridad*, vemos nosotros todo este fuego, toda la fuerza de un amor tan grande. Pudieramos decir que la fuerza de esta caridad se parece á la de los rudos vendabales del Norte que estremecen las montañas; tanta expansion, nos parece que es el romperse las cataratas del cielo vertiendo á torrentes el agua sobre la tierra; la erupcion de un volcan que estremece un continente, el amor en fin, para valernos de toda la energía de una espresion geométrica, el amor elevado á su mas alta potencia, todo esto lo vemos nosotros en el pensamiento de San Vicente de Paul: y aun es mas, sí, Señores; lo diremos de una vez: tanto amor es.... su misma alma ya contenta; el suave deliquio de un amor ya satisfecho; y la dulce tranquilidad de un espiritu, que puede decirse:—todo lo he sacrificado por amor á Dios y á los hombres: ahora..... ya no me resta sino morir.—

La institucion de las *hermanas de caridad* puso cima al pensamiento de San Vicente de Paul: nosotros no podemos decir otra cosa. Desde la Señora de Marillac hasta hoy, estas virgenes amorosas y tiernas velan á la cabeza del moribundo; dan valor al desgraciado, instruyen al ignorante; corrigen, alientan, y aplican su cariñoso aliento á la fetidez de esos leprosos, cuyo contacto evitan los demas. Y esto no es raro. Por todas partes, en la época de las pasiones, en los dias de la juventud y de la hermosura, cuando todo sonrie, sin que la seducccion necesite de galas, castas doncellas se despojan de sus rosas, fragantes todavia; y crúzan por la senda en que descansan los mortales aguardando las horas del placer; y vuelan animosas, sin responder al mundo que las llama, atraidas por la plegaria del que padece, arrastradas vivamente por los sollozos de la humanidad (1). ¡Cuánta ternura! ¿Conocen los sabios del mundo á San Vicente de Paul?

(1) Voltaire, el cinico Voltaire, solo tiene elogios para las hijas de la caridad, que son capaces en la juventud de tales sacrificios. Dice asi: «Acaso no hay en el mundo sacrificio tan heróico como el que un sexo delicado hace de la belleza y de la juventud, y á veces

Murió sin ser conocido, y fué el bienhechor de la humanidad, y uno de los que salvaron á la Europa de una disolucion casi completa. Ya se ve, la tarea de remediar los estragos de su fatal sabiduría le mereció el olvido: ¡oh, ¿porqué no fué un tirano y le hubieran levantado estatuas? Pero era un pobre sacerdote, y fué menester que pasara un siglo, para que se viera escrito su nombre..... en un boletin de bibliografía. Y fué mas grande, Señores, que todos los tribunos juntos; y fué mas grande que todos los Reyes desde Samuel, y mas grande que todos los Capitanes desde Alejandro; mucho mas. Porque, Señores, hablamos con los héroes del mundo; ¿qué trabajo cuesta morir con gloria? se escuchan los suspiros; la muchedumbre saluda; ¿qué importa la proscripción, si el desterrado guarda gratas memorias de su patria? El ciudadano es un héroe; ¡qué valor! sabe que le espera la muerte: pero..... ¿quién ha reparado en el cadalso habiendo que pasar por un arco de triunfo? En último caso, retumbarán hasta del nacimiento, para cuidar en los hospitales ese conjunto de las miserias humanas, cuya vista es tan humillante para su amor propio, y tan contraria á nuestra naturaleza.»

himnos sobre la losa cineraria; caerá una siempreviva; rodará una lágrima sobre el marmol; y las doncellas echarán un crespon empapado en llanto, que luego prenderán á sus guirnal-das con una cinta fúnebre....! Pero vivir entre criminales y desgraciados, amar ardientemente á pesar del desprecio del mundo, y luego morir en el olvido; sin una posteridad que levante un grito, sin un arpa que llore, sin un siervo que rasgue sus vestidos, sin mas sepulcro que una zanja humilde ni mas lamento que el de la campana de San Lázaro que se levanta sobre el tejado de su huesa, ¡oh, este es un heroismo que no se comprende. Así murió, Señores, San Vicente de Paul: y por lo pronto, mucho peor que sin posteridad..... Vinieron tras él los negros tiempos de la revolucion francesa; y sus valerosos malhechores merodearon sacrílegos en aquellos asilos de caridad, dejando luego al salir en cada rincon una tea ardiendo!!

Pero, y su obra? oh! su obra no podia morir. Hemos dicho que la Providencia se aumenta á medida de los conflictos; y como el mundo estaba encargado de acrecer los males de la humanidad, Dios habia de multiplicar estos pe-

queñuelos que hacen bien, para que la humanidad no perezca. Asi que, en la caridad es donde ha realizado San Vicente de Paul, todo lo que podria ser una creacion la mas bella y graciosa de la poesia. A falta de angeles, castas virgenes del Señor, sagradas vestales del Cristianismo, mártires graciosas que nó se quejan, consagran su vida entera al alivio de mil desgraciados. ¿Qué consuelo no sentirá un moribundo, cuando en las medrosas veladas de su agonía sienta deslizarse por su frente la mano compasiva de una *hermana de caridad*, que le habla de Dios y reza por su alma con ternura? Y esta mano, Señores, la sintieron millares de desgraciados: sintieronla en los horrores de la Picardía y de la Champaña; la sintieron mas de quince mil paisanos en Paris; la sintieron los mismos verdugos de la revolucion que las arrastraron por las calles; sintieronla los secuaces de Marat; á principios de este siglo esta mano compasiva consoló á los españoles; en 1821 consoló á los contagiados de Tortosa; en 1834 á centenares de coléricos que morian y hasta dando sepultura á sus cadaveres; en la pasada guerra civil estas piadosas mujeres cuidaban de

los hospitales, y mas de un valiente debe la vida á sus socorros; y hoy mismo (1), en este mismo lugar, en esta misma hora, es agradable pensar que nuestras *hermanas de caridad* estarán enjugando alguna lágrima, ó dando aliento á algun miserable, cansado ya y desfallecido bajo la carga de su propia existencia. ¿Conoce ahora el mundo á San Vicente de Paul?...

En el año de 1830 se trasladaron sus cenizas; se las puso en una cama de plata; presidió el entierro el Arzobispo de Paris, y se acuñaron muchas monedas. Cuatro sacerdotes habia tocando las cruces y rosarios de los fieles; hasta los enfermos iban en sus camillas á encomendarse en el Santo; los militares dieron sus condecoraciones y los caballeros de San Luis tocaron el puño de sus espadas: una Princesa augusta adoró las santas reliquias, y hasta

(1) Aquí se podria añadir cuánto se debe á las hijas de la caridad por sus eminentes servicios en la guerra de Oriente, en la guerra de Italia, en nuestra guerra de Africa, y en las epidemias que de algunos años á esta parte nos afligen. El Sultan Abduld-Medjid quedó como subyugado por el generoso y esforzado ejemplo de estas heroínas, y les ha permitido establecerse en Constantinopla.

Prediqué este sermon antes que tuvieran lugar los acontecimientos que anoto por separado.

el Monarca dobló sus rodillas contra la tierra. ¿Ha conocido ya el mundo á San Vicente de Paul?.... Loco con su sabiduría acrecienta los males de la humanidad, y ¿qué hará para curarlos? ¿Sacar una copia del hospital de Jesus? ¿Ir al Evangelio, ó á San Vicente de Paul? No, nada de esto: el mundo cree que hasta que los fourieristas y los modernos filántropos crearon los bancos y los seguros mútuos no ha respirado la humanidad. Se pone la confianza en algunos sistemas estériles cual si fueran buenos remedios para cortar de raíz la corrupcion y el crimen; hasta que hemos tenido esta sabiduría loca, no pensaron los hombres de Estado en eso que bárbaramente se llama—moralizar el vicio—y á falta de lágrimas y de caridad, creen nuestros regeneradores que basta para extinguir la miseria, discutir un proyecto sobre nivelacion de fortunas, formular un reglamento y espedir una carta de pago.

Sin negar todas las ventajas que puedan dar estas sociedades, ventajas que nosotros encarecemos fervorosamente, porque creemos que hay siempre algun amor donde quiera que hay alguna reciprocidad, estamos muy lejos de

compararlas con los establecimientos cristianos. Nosotros daremos el diseño de una, y el más perfecto posible. La sociedad se llama un Falansterio; á sus individuos se les dá la mejor educacion ciudadana; en lugar del catecismo saben de memoria muy buenas máximas para un sibarita; en los ratos de ocio, un académico les esplica interesantes lecciones de economía, y repartidos por todas partes se leen los dichos mas célebres de Séneca y Plutarco, sin omitir aquel tan sabido de Focilides—levanta del suelo la acemila de tu enemigo, si la encontrares caída en el camino.—Pues Señores, es posible que un Falansterio se convierta en un club; y puede convertirse en cualquiera cosa, porque nosotros no hemos conocido esas sociedades si no en los libros de los utopistas. Decia el filosofo San Justino en una carta al Emperador—en vuestro pais se espone á los infantes, y despues hay personas que los crían para prostituirlos.—Por lo que vemos, ni el Gentilismo ni la filosofia sirven mucho para plantear asilos de caridad: joh, sí, esto pertenece á nosotros, esto nos pertenece esclusivamente, esto es propio del Cristianismo. Y si nó, desde mañana se puede

quitar el nombre de esta casa; ¿creeis que duraría mucho en nó llamándose de San Juan de Dios? lo que la columna de Trajano á nó tener encima la estatua de San Pedro; lo que las antigüedades del paganismo á nó estar amparadas con el manto de la Religion. Borrád de estos frisos nuestras jaculatorias, y escribid en ellos máximas de sibaritas: es posible que las costumbres se corrompan al instante. Haced que la Junta de Beneficencia, con todo su celo, con todo su amor por los miserables, celebre este aniversario con una proclama, con descargas de fusilería y cantares fervorosos; ¿qué hay en esto de extraño? con todo, con un celo mas ferviente, con una caridad mas cristiana, ha querido mas bien que haya un sacerdote que hable en el nombre de Dios; y en lugar del eco brillante de los himnos, quiere mejor escuchar el *hossanna* santo que vibra repetido por las bóvedas del templo.

El mundo, pues, que no ha conocido á San Vicente de Paul, no ha sido el mundo cristiano; ha sido el mundo gentil, el mundo filósofo, el mundo escéptico, indiferente, el mundo..... cualquiera cosa.

Hemos dicho, Señores, que se lucha por las ideas; véanse sinó las teorías del moderno socialismo en contra de la caridad cristiana. Hemos dicho que tras las ideas se concitaron todas las pasiones; y para ventilar el asilo de mil desgraciados se ha propuesto y realizado una matanza. Hemos dicho que en las grandes calamidades es donde la Providencia se ostenta grande y magnífica; y San Vicente de Paul aparece en el siglo XVII. Hemos dicho que ni el gentilismo ni la filosofía sirven mucho para asilos de caridad; y con efecto, allí no encontramos sino asilos de corrupcion, y lo mismo en nuestros regeneradores, sin encontrar el Falansterio. Por último, ahora decimos que los males de nuestra sociedad crecen, que la miseria de muchas clases marcha en aumento, que el egoismo y el hambre de goces perjudican mucho á las clases necesitadas; y es por esto por lo que en España se multiplican y estienen estas *hermanas de caridad*, instrumentos de la Providencia que sale al paso de nuestras miserias, como en otro tiempo á las calamidades de Israel. á la opresion del Occidente, al yugo de la Palestina, y á los desastres de la

Europa cristiana. Hemos dicho tambien que estaban concitados contra nosotros hasta los hombres de génio; ¡qué locura! mientras haya un sacerdote lleno de fé, la humanidad llorará menos, y Dios confundirá su sabiduría. Convinimos en que estaba concitada contra nosotros hasta la razon de los hombres de Estado; pero tenemos de nuestra parte la razon popular, la voluntad de la muchedumbre, el espíritu de las masas, el voto de la humanidad. ¡Oh, nó perecerá la obra de Dios! Nosotros sabemos menos; somos unos pobres creyentes, sin génio y sin valor; pero tenemos fé, y amamos á la humanidad. Para nuestros santos no hay estátuas ni arcos de triunfo; pero la Iglesia tiene conmemoraciones; y nuestro altar, sacrificios. El mundo se rie de los que hacen bien; ¡imbécil! pero á él no le toca sino aumentar las misérias, y luego burlarse de Arístides, y de Jesucristo. Acaso alguno haya oido hoy por primera vez el nombre de San Vicente de Paul; eso, ¿qué importa? cerca de mil desgraciados hay en esta capital á cargo de esas piadosas mujeres; preguntad á cualquiera por el Santo, y os contará su vida dándoos á besar una estampa

que lleva al cuello. ¿Para qué necesitaba San Vicente de Paul que le conociera el mundo? gloria por gloria, ¡cuánto mejor es la del catálogo de los Santos y las alabanzas de los pobres, que las pirámides orgullosas y el humo de las vanidades de la tierra!!

Pero yo me complazco al ver que no están solos en este templo los desheredados de la gran familia. Yo miro á la juventud, á la juventud de nuestros dias, y quiero pensar que aborrece ese fatal egoismo y se interesa por la desgracia: estoy viendo á muchos sacerdotes, y sabe Dios que en sus privaciones ellos son muy dignos de administrar el patrimonio de los miserables; paréceme como que llega hasta mí el piadoso latido de esos corazones que sienten; con un celo que honra mucho á los protectores de estos establecimientos, yo veo aumentarse los asilos de caridad, y que llega la súplica de nuestros poderosos hasta las hijas de San Vicente de Paul, que se sacrifican en otra parte. Yo no veo, yo no quiero ver otra cosa sino el entusiasmo ciego, sino el corazon que late, los ojos que lloran, la juventud que cree, y los desgraciados que bendicen. Oh! esto

es muy grande, Señores, lo mas grande que hay en la tierra, y es muy grande tambien aun al lado de Dios.

Roguemos al Señor para que estas obras de caridad se propaguen, en beneficio de los pobres que carecen de lo necesario, y en beneficio de tantos infelices que viven sin Religion, que nó participan ni de sus consuelos ni de sus esperanzas. Que nuestra súplica sea oída, Dios mio! para que con los grandes, con los pequeños, con los poderosos y miserables del mundo, te alabemos y bendigamos por una eternidad en la gloria. *Amen.*

SERMON

para el día

DE SAN VICENTE DE PAUL.



II.

*Spiritus Domini super me... ut
mederer contritis corde, et pre-
dicarem captivis indulgentiam,
et consolarem omnes lugentes.
Is. cap. LXI, v. 1, et seq.*

El espíritu del Señor ha reposado sobre mí, para que pueda sanar á los de corazón contrito, y predicar la libertad á los cautivos, y consolar á todos los que lloran.

Señores: el profeta Isaías nos dá á conocer el Salvador prometido, anunciando á todas las gentes, que estaban pendientes de las figuras y promesas, cuál seria su mision en el mundo, y el suceso feliz y dichoso de esta solemne em-

bajada. Con el Dios-hombre estaba el Espíritu del Señor: por el Señor fué ungido y enviado para evangelizar á los pobres, para medicinar á los contritos de corazon, y predicar la remision de los pecados, y perdonarlos, y dar libertad á los cautivos, y consolar á todos los que lloran. Por él seria anunciado el año de reconciliacion con el Señor: raería la ceniza con que se cubrian los afligidos en Sion, y pondria sobre su cabeza una corona: les daría oleo de gozo por llanto, y manto de alabanza por espíritu de compuncion y de tristeza. A su voz se poblarian los desiertos, y se alzarían las ruinas antiguas, y se renovarían las ciudades desoladas. Los hombres verían la obra de Dios y desatarían sus lenguas para alabarle: porque verian que la tierra, hermoseada con la presencia del Señor y fecundada por su divina palabra, rendiría preciosísimos frutos, como el jardin arroja sus brotes, sus flores y sus semillas. *Sicut terra profert germen suum, et sicut hortus semen suum germinat.*

El mismo Jesucristo declaró por el Evangelista San Lucas (cap. iv, v. 18) que este pasage del profeta Isaias decia relacion á él mismo y

á su mision de misericordia sobre la tierra. Él fué quien rompió los cielos, y descendió sobre la tierra, y en su presencia se deritieron los montes. Aquel sol de caridad despidió fuego y abrasadoras llamas, que levantaron incendio de amor, y dieron el ser á las mas estupendas maravillas, que atónitos presenciaron los hombres.

Pocas palabras bastan para expresar los inmensos beneficios que debemos á nuestro Salvador: pasó por la tierra haciendo bien: *pertransit benefaciendo*. Los conquistadores y los filosofos pretenden estar encargados de misiones muy altas y de la mayor trascendencia: de todos ellos nó se puede decir que hayan pasado haciendo bien; casi todos han pasado causando estragos, y apenas se encontrará la gloria humana sin los desastres y ruinas, sobre las cuales se han alzado los hombres ambiciosos. La gloria de romper cadenas, las cadenas de la ignorancia, las cadenas de los vicios, las más degradantes é ignominiosas opresiones; la gloria de sanar á los de corazon contrito, y el triunfo de consolar á los que lloran, esta es una mision más sublime, la mision del Salvador que vino á consolar la tierra. Su divino Espíritu, el con-

solador prometido, sopla donde quiere; y de su soplo nacen las obras de caridad, las virtudes heróicas, y los héroes que las practican. De su soplo han nacido los hombres heróicos, con el heroismo de la santidad; estos son los que más se han acercado á Jesucristo, modelo divino que imitaron siguiendo sus pisadas.

Deseaba, mis queridos hermanos, pronunciar el nombre de San Vicente de Paul, en cuya alma tan hermosa habitó sosegadamente el Espíritu del Señor, enamorado de ella. Los puros y encendidos afectos de su corazon amante amaron todo lo que Dios ama; porque Dios le concedió un *corazon con anchura y capacidad* para abarcar todas las cosas, y le crió con un alma *expansiva* como las *riberas del mar* (1). Solícito por todas las necesidades y atormentado por la pasion de hacer dichosos á todos los que se miraban infelices, declaró la guerra á todos los vicios; tuvo socorros á la mano para todo linage de infortunios; buscó la gloria de la Religion ultrajada; fué el misionero de las aldeas y el oráculo de los Reyes y Pontifices; el catequista

(1) Dedit Deus latitudinem cordis, quasi arenam quæ est in littore maris. Reg. lib. iii, cap. iv, v. 29.

de los niños y el legislador del Clero; el último en la casa de Dios, y el protector de la Iglesia.

Yo no se cómo hablaros de este Santo: porque si es verdad que su vida se ha escrito, es tanto lo que falta por decir, ó fué tanto lo que hizo San Vicente de Paul á impulsos del amor divino, que siguiendo la opinion de un escritor del dia, puede decirse, aunque parezca exagerado, que su vida no se ha escrito todavía (1).

(1) *Sa vie n'a pas encore été écrite*; dice L. Veuillot en su obrita titulada: *Etude sur Saint Vincent de Paul*.

Exactas y preciosas son las memorias publicadas por Luis Abelly, obispo de Rodez, antes cura de Paris, compañero del Santo en la predicacion, y su amigo íntimo: pero nó se encuentran en ellas noticias de los hombres y de las cosas de aquel tiempo; falta notable, porque San Vicente de Paul llena la primera mitad del siglo XVII. L. Veuillot estraña que el obispo de Rodez nada dijera de Bérulle, Bourdoise, Olier, Alain de Solminiac, Condren y otras muchas personas dignas de fama; sacerdotes, legos y mujeres admirables que lucharon heroicamente para sacar á la Francia del abismo de irreligion y de desorden en que la habian precipitado las guerras civiles. El Abate Orsini ha escrito recientemente la *Historia de San Vicente de Paul*. Ha suplido lo que faltaba. Ha dado noticias de Berulle, de Mad. Gondi, y de otras muchas heroínas cuyos nombres se echaban de menos. No se si habrá acertado á llenar los deseos de los mas exigentes: pero me parece que escribiendo la *Historia*, ha querido ser la mano cristiana de quien se esperaba tan bello presente para bien de la Iglesia y de la sociedad.

Se da cuenta en este libro de todas las fundaciones y

Queremos alabarle sin arte, como él amó el mundo sin medida. Sean para el Santo de Dios y el bienhechor de los pobres nuestras alabanzas, y que participen del celo y de la ternura con que él se abandonó á los sentimientos de la caridad. Nó me valdré de humano artificio ni buscaré resortes para poner en movimiento los corazones generosos: hablando de los pobres, de los enfermos y encarcelados, de los ancianos, de los huérfanos y de las madres desoladas, estoy seguro de emplear los resortes mas poderosos. Á cada miseria, una virtud: la elocuencia tiene poco que añadir. El gran efecto se consigue refiriendo los sucesos de una vida consagrada á la caridad, y pasando revista á las instituciones que planteó San Vicente de Paul para perpetuar en el mundo las obras de la caridad cristiana. *Ave María.*

obras de San Vicente de Paul. El arzobispo Et. Ant. de Boulogne, ocupándose de algunas, con relacion á las reformas del Clero de Francia, dejó poco que desear.

Collet escribió tambien una *Vida de San Vicente de Paul.*

No creais, mis queridos hermanos, que con una ó dos fundaciones, ó que citando pocos ejemplos os voy á dar á conocer á San Vicente de Paul, sus virtudes y sus obras. Esto no sería darlo á conocer. Asombraos: sabed que San Vicente de Paul fué en Francia durante medio siglo la caridad pública y la Providencia visible. La largueza y munificencia de los Reyes mas poderosos no alcanzó á dispensar al mundo tantos beneficios, como la mano de este sacerdote tan generoso: él solo elevó mas monumentos y mas utiles que los que hubiera podido imaginar el genio mas fecundo, superando obs-

táculos, venciendo resistencias, con admirable arrojo, con santo celo, con sagaz prevision y seguro conocimiento, nó solo ocupándose del presente, sino teniendo fija la mirada en el porvenir. Fué el bienhechor de su siglo y de los siglos futuros: su gloria es imperecedera como las obras de su caridad.

Perdonadme una digresion, pero que explica por sí sola toda la fuerza y vitalidad de esa virtud divina llamada caridad, de donde sacó San Vicente de Paul instituciones que vivirán tanto como el mundo.

Estaba yo el año pasado (1) en la Iglesia de San Lázaro, donde fuí á celebrar el 19 de julio la fiesta de San Vicente de Paul. Veia al Santo cual si acabara de morir: todo lo que habia en derredor era obra suya: misioneros, hijas de la caridad, hermanos de las conferencias, gentes venidas de regiones apartadas, aumentando el esplendor de una fiesta que en Francia puede decirse nacional. La Patria y la Religion contienden al parecer sobre cuál de las dos hará más honores al Santo, y sobrepujará los elogios. Nó podré decir á punto fijo lo que me pasaba;

(1) 1859.

pero sí puedo decir que mi alma, mi corazón, mis sentidos y potencias recogidas, pugnaban por sondar un misterio: el misterio de las divinas operaciones en el hombre; el misterio de la gracia que de un barro miserable hace un San Vicente de Paul. Mas ¿quién podría medir la virtud de esta sobrenatural transformación? Se podría calcular por sus efectos: pero estos mismos efectos, estas obras de la caridad de un tal santo ¿hasta dónde se estienden?

Perdido estaba sin acertar á determinarlas, cuando recibí por boca de la Iglesia una explicación que era como vaticinio de profetas y cantares de serafines. Doscientas voces, de diverso timbre, acompasadas al órgano, dulces, suaves, melodiosas y puras, cantaban en las *visperas* estas antífonas:

1. Los infelices piden agua y nó encuentran quien apague su sed; yo, dice el Señor, yo los oiré: yo, el Dios de Israel, nó los abandonaré.

2. Yo suscitaré un sacerdote fiel, que en sus obras seguirá el movimiento de mi corazón y mis deseos.

3. Sus labios serán los depositarios de la ciencia, y los pueblos recibirán de su boca el

conocimiento de la ley, porque él es el ángel del Señor de los ejércitos.

4. Yo le edificaré una casa estable, y él marchará todos los días delante de mi Cristo.

5. Yo engrasaré y embriagaré el alma de los sacerdotes, y mi pueblo será colmado de mis bienes (1).

¡Divina Religion! Divino Jesus! Espíritu de Dios! Qué hermosas son tus obras! Vos dais la santidad, y un alma santificada lo puede todo, si Dios quiere que en el poder que comunica á sus criaturas resplandezca soberanamente su gloria. Tal es el secreto de las admirables virtudes de San Vicente de Paul: por ellas triunfó del espíritu del mundo que, aunque contrario á la *santidad*, no ha podido negarle su veneración y reconocimiento. Los que quisieran que la humanidad fuera servida sin este espíritu cristiano, sin este espíritu de sacrificio, por una inclinación de la buena naturaleza, se han visto obligados á poner en el primer rango á un santo sacerdote. Nó se puede amar á la humanidad sin amar á Dios, sin pedirle, sin conocerle, sin darse á él por la fé, sin consagrarle una vida

(1) Breviaire parisien.

de abnegacion y de sufrimiento. San Vicente de Paul fué un *sacerdote fiel*; fué *suscitado por Dios*; fué como *un ángel del Señor*; y la Iglesia tomó estos pasages de la Sagrada Escritura, para hacernos comprender lo que fué por la caridad este gran santo, y las divinas cosas que hizo, impelido por ella. Dios omnipotente, Dios misericordiosísimo y muy rico en misericordias, tú criaste un hombre tan santo que fué capaz de seguir el *movimiento de tu corazon y tus deseos*. ¡Oh qué fuerza de expansion en un alma llena del amor divino! ¡Qué corazon tan grande el que se conmueve por todas las miserias y responde con sus latidos á todos los lamentos! *Dedit Deus latitudinem cordis*.

Como en los dias de angustia y decadencia suscitaba el Señor hombres extraordinarios para que fueran el amparo de Israel, así en las tribulaciones de la Iglesia levanta del polvo hombres extraordinarios que miren por ella y reparen sus estragos. Un pobre pastor de los Pirineos, (no os admireis de la oscuridad de su destino) un pobre pastor recibió en tiempo oportuno una de estas misiones providenciales; este fué San Vicente de Paul.

Una lucha terrible desgarraba las entrañas de la Francia á fines del siglo XVI: era una lucha religiosa. Templos y altares derribados, sepulcros profanados, los sacerdotes perseguidos como fieras, barbaras mutilaciones y escenas de furor cuyo recuerdo horroriza, á esto dieron lugar los que *comian el pan de la impiedad y bebian el vino de la violencia*.

Las turbulencias de la heregia no fueron el único desastre que afligió á la Iglesia: la desolacion llegó á tal punto, que los mismos que debieran de ser sus defensores, corrompidos por la heregia, alimentaron tal espíritu de hostilidad contra la Iglesia, contra el Clero, que se llenaron de oprobio. Los nobles lucian en su pecho las alhajas y objetos preciosos robados á la Iglesia, y reyes hubo que apenas dieron oidos al Clero cuando protestaba contra el pillage de los nobles, cínico y audáz, cual de tiempos turbulentos. Protestantes y católicos despedazaban la Iglesia.

Cárlos IX habia pasado á mejor vida: Enrique III habia caido bajo el puñal alevoso; Enrique IV dejaba hacer contra la Iglesia lo que sus enemigos querian. Mil folletos se escribian

para arrancar la Religion del corazon de la Francia. En esta persecucion, los que conservaron la fé quedaron abatidos, y con escaso aliento para oponer su flaca resistencia á los demolidores de las cosas santas: en cuanto al vulgo, contaminado de la heregia, creyó como siempre todas las calumnias. Los templos se vieron desiertos, y los sacerdotes dejaron de predicar. Tanto en las ciudades como en las aldeas la ignorancia habia estendido sus densas tinieblas. Se secaron las fuentes de la caridad, cuyo venero habia sido tan rico en otros tiempos: y el Clero mismo, rebajado en la universal relajacion, acobardado, empobrecido, perseguido, nó alcanzando á sustraerse á los vicios de una época tan calamitosa, dejó á la Religion sin amparo, cruzó los brazos, y en aquella corriente de indiferencia, de ignorancia, de corrupcion y flojedad, marchó á la ventura, renunciando al honor y á la gloria de procurar el esplendor de la Iglesia en los tiempos aciagos que corrian.

Á fines del siglo XVI nació San Vicente de Paul para remedio de tantos males (1). Abrazó

(1) Nació en 1576, en Pouy, cerca de Acqs, en

el sacerdocio; y las esperanzas que hizo concebir el nuevo ministro del Señor estuvieron á punto de desvanecerse, porque viniendo de Marsella á Narbona cayó en manos de corsarios berberiscos, y le llevaron á Tunez. Soportó las vejaciones de la mas dura servidumbre con admirable paciencia, siendo vendido en públicos mercados y tratado como las bestias, convertido en propiedad de un pescador, enagenado despues á un médico, pasando despues á ser esclavo de un fanatico, quien se empeñó en que fuera musulman, y por último viniendo á poder de un renegado italiano, á quien convirtió el Santo, alcanzando por este medio su libertad (1).

los limites de las Landas, hacia los Pirineos. Sus padres, Juan de Paul y Beltrana de Moras, tenían seis hijos; Vicente era el tercero. Tenían pocos bienes de fortuna, pero muchas virtudes. Vicente era niño cuando cuidaba del rebaño de sus padres: los montes y los valles le hablaron de Dios en ese hermoso lenguaje que entienden las almas puras, y sacó enseñanzas divinas del rico y sorprendente espectáculo de la naturaleza.

(1) Por una carta del Santo, escrita en Avignon en 1607 (24 de julio) se saben los trabajos que sufrió en su cautividad. Debió ser apresado á los 28 años de edad. El año de 1600 fué ordenado sacerdote. Su cautividad duró dos años.

San Vicente de Paul fué á Roma. Deseaba trabajar: la entereza de su edad y de su caracter le inspiraban deseos vehementísimos de aplicarse al trabajo para remediar en cuanto pudiera males gravísimos. ¿Á qué se inclinaba especialmente? á todo. El Santo vió en Francia las ruinas de la Iglesia, del Clero, de las costumbres, de todo en fin. Viendo en Roma la fundacion de los Padres del Oratorio deseó establecerla en Francia, y todas las fundaciones que pudiera, de todas clases, porque las necesidades eran muchas. Una de las que más le affligieron fué la desolacion y abandono de las parroquias mas inmediatas á Paris, por la incuria y negligencia de los curas de aldea. Ya era preciso obrar y decidirse por algun partido: aquellos feligreses abandonados vivian casi en el olvido de Dios, y el Santo quedó al frente de la Iglesia de Clichy la Gareme (1), donde en menos de un año reconstruyó el templo. Hizo

(1) He visitado este pueblecillo, donde se mantiene viva la memoria de San Vicente de Paul, su Cura. Saliendo de Paris por el camino de hierro del Oeste, se descubre á mano derecha. Tiene muy corto vecindario, y casi el mismo que dejó San Vicente: ni crece ni mengua.

maravillas en esta parroquia y en la de Chatillon. A su ejemplo fuéronse formando muchos párrocos celosos, y ved aquí de pronto un mal inmenso remediado. Un mal párroco es peor que un ejército enemigo; porque un ejército enemigo, decia un obispo frances, panegirista de San Vicente de Paul, es un torrente que pasa: pero un mal pastor es un torrente que se detiene, cuyas aguas fetidas corrompen la tierra y los pobres frutos que produce (1).

A raiz de esta primera obra de su solicitud pastoral, ved, Señores, otra mas grande: la de las misiones. El Santo se encaminó á Folleville, diócesis de Amiens. Dió principio á su mision el dia de la Conversion de San Pablo, del año 1617: los frutos fueron tantos, que fué preciso llamar otros sacerdotes para que oyeran las confesiones, que nó podia uno solo. No creais, Señores, que esto fuera un suceso comun, que nó mereciera contarse entre las obras del nuevo apóstol de la Francia; porque la mision de Folleville fué un gran acontecimiento en la historia de la Iglesia: de ella arranca una Congregacion religiosa, la de las Misiones, que en

(1) Mongin, Ev. de Bazas, *Œuvres*, 1745.

memoria de este pequeño ensayo, celebra todavía con solemnidad el dia de la Conversion de San Pablo.

La fama del infatigable sacerdote que corregia en pocos meses con su actividad el abandono de medio siglo, se estendió como un olor de santidad. De lejos acudian las gentes por el deseo de oirle; oyendole, querian conocerle y tratarle; y asi que le conocian y trataban, quedaban como sujetos ó encantados, y tenian que mudar de vida. Los Santos predicán y convierten sin tener que hablar: sale de ellos una virtud que todos ven menos ellos mismos: asi es que el convencimiento general de que Vicente de Paul ablandaría los corazones mas que fueran duros como peñascos, le trajo con alegría del mismo Rey Luis XIII, al destino de limosnero general de todas las galeras de Francia. Gracias á Dios, el pastor de los Pirineos ocupa ya un puesto brillante: es un cargo de suma importancia: por fin se ve el merito premiado: San Vicente de Paul está..... á la cabeza de una poblacion de reprobos. Reforma las cárceles: mejora la condicion de los presos: los encarcelados le tienen por un ángel. «El espíritu

de Dios está en él, decia uno de los convertidos, porque levanta al que está caído, consuela al que padece, y vuelve á Dios al que de él se ha apartado.»

Ya veis en esta serie de acontecimientos encadenados la mano de Dios que ordena sabiamente las cosas. Cuando Dios quiere elegir instrumentos útiles para una obra suya, los acerca y combina de manera que puedan servir á sus designios: como cuando quiere desbaratar planes, desordena, dispersa ó hace incompatibles las haces de conjurados, ó procura que los unos á los otros se hagan fuego. Dios dispuso que se encontraran en un punto San Vicente de Paul y San Francisco de Sales. Estas dos almas sublimes se buscan, se adivinan, se unen. «Vicente, tocado por la dulce majestad que brilla sobre la frente del santo obispo de Ginebra, creyó, segun dijo, contemplar el Salvador del mundo conversando sobre la tierra. Francisco de Sales descubre en Vicente de Paul el cielo unido á la prudencia; la ciencia embellecida por el candor, y el arte divino de gobernar las almas. El uno toma por regla y por modelo el mas santo de los pontifices, el otro confia al sacerdote mas virtuo-

so la direccion de las hijas de la Visitacion (1).» Cuarenta años estuvo San Vicente de Paul á la cabeza de estas religiosas: él las inspiró aquel amor divino y el espíritu de sacrificio, que forma el carácter distintivo de tan santa institucion.

¿Creeis por ventura fija la atencion del santo sacerdote en los vicios y necesidades sin cuento de una ciudad tan populosa como Paris, ó que le abrumba el torbellino de los negocios sin dejarle pensar en otra cosa? Nó hubierais comprendido entonces la mision de este santo, ó creeriais que lo de atribuirle un corazon ancho y un alma expansiva como el mar, desde una á otra ribera, nó pasaria de ser una figura retórica, puesta con mas ó menos arte, para asegurar el éxito de este panegírico. No, hermanos míos: habeis de entender á la letra el pasage ya citado de la Sagrada Escritura: *Dedit Deus latitudinem cordis, quasi arenam quæ est in litore maris*. Consagrado en Paris al servicio de

(1) Ant. de Boulogne, *panégyrique etc.*

En 1620 fué nombrado San Vicente de Paul superior del convento de la Visitacion. Una Santa, Madame de Chantal, estableció uno en Paris y otro en San Dionisio. Por sus instancias, por las de San Francisco de Sales, y por las órdenes del cardenal de Gondy, obispo de Paris, aceptó este cargo San Vicente de Paul.

Dios y al amor de sus prójimos, nuevos planes, todos grandes, como suyos, le traen desasosegado. El Santo ve que todo se hace por las ciudades, donde si abundan los males de todo género, tambien abundan las luces y los recursos: pero echa una mirada á las aldeas, á los campesinos, y se aflige considerando su ignorancia, la triste condicion de su vida, y la más triste aún de su muerte, sin las dulzuras del consuelo, que raras veces llevaria á los infelices en sus últimas horas, una Religion que habia caido en desuso.

Paréceme ver á San Vicente de Paul alzar al cielo sus ojos llenos de lágrimas, estender sus brazos, arrancar hondos gemidos de su pecho y exclamar como Jesucristo: *Misereor super turbam*. «Yo tengo lastima de este pobre pueblo, tan hambriento y necesitado de enseñanza como susceptible de impresiones virtuosas: sus grandes males me mueven á compasion: *misereor super turbam*.»

Toda su solicitud se convierte hacia el pobre pueblo que vejetaba en la irreligion y la ignorancia. Mas ¿cómo podria remediar el Santo tanta miseria? Él habla, y á su voz, como en

otro tiempo á la voz de Salomon, multitud de obreros infatigables se alistan bajo sus banderas: entresaca y recluta sus milicias de la gente de Israel, las prepara y disciplina, y marcha á pelear ¿contra quién? contra las tinieblas que se retiran en su presencia, como la noche ante el sol. *Elegit operarios de omni Israel* (1). De aquí resultaron las Conferencias eclesiásticas, de las conferencias resultaron los Seminarios, y de los Seminarios ha salido el Clero mas ilustrado y virtuoso que ha tenido nacion alguna. Traer al buen camino á los eclesiásticos relajados lo tuvo San Vicente de Paul por negocio desesperado; instruir á los que habian envejecido en la ignorancia, tiempo perdido. No quedaba otro arbitrio que trabajar para el porvenir, preparando á la juventud que aspirára á la carrera de la Iglesia con sólidos estudios, con una educacion piadosa, infundiéndola el verdadero espíritu eclesiástico, que es lo primero que falta en las épocas de relajacion (2).

(1) Reg. lib. III, cap. IV, v. 29.

(2) El obispo de Beauvais fué el primero que estableció las conferencias para preparar ordenandos. San Vicente de Paul los preparaba. El arzobispo de Paris

«La verdadera virtud, dice un escritor elegante (1), es como el ámbar: tiene algo de magnético que atrae.» Una juventud escogida, así por la educación como por el nacimiento, acude á las conferencias: nó ya en busca de destinos ventajosos y lucrativos que la deshonrara, sino para adquirir la sabiduría y enriquecer su alma de virtudes, conquistando un día, ya en puestos elevados ó humildes, la superioridad á que debe aspirar el Clero en todos los países del mundo, para esplendor de la Iglesia y ornamento del Estado. La Religión y la Patria estaban interesadas en esta grande obra; y desde que sonó la hora de esta reforma, comenzó á verse el sacerdocio tan honrado, que pudo indemnizarse con creces del antiguo desprestigio. Sabios doctores de las Sorbona fueron los colaboradores de San Vicente de Paul (2): de las conferencias salió un sacerdote de ejemplar virtud y sabiduría que dotó á la Francia con el gran Seminario de San Sulpicio, establecido en Paris, del cual han salido muchos eminensiguio tan buen ejemplo, y sucesivamente los preladoss de todas las diócesis.

(1) Orsini, *Vida de San Vicente de Paul*.

(2) Messier y Duchesne entre otros.

tes prelados (1): á estas conferencias acudió el génio mas grande que ha tenido la Francia, el ilustre Bossuet (2), y en breve asistieron á la que habia establecida en los claustros de San Lázaro todos los sacerdotes mas distinguidos que vivian en Paris. Luis XIII comprendió la suma importancia de las conferencias; el Cardenal de Richelieu exortó al Santo á que continuara su grande obra (3). «Vicente, dice Bossuet, era el alma de estas asambleas, donde

(1) El Abate Olier. He visto el gran Seminario de San Sulpicio: allí estan los retratos de los muchos obispos que han salido de tan ilustre casa. De palabra se dignó enterarme de su historia, allí mismo, el Sr. Arzobispo de Bourges.

(2) Escribiendo Bossuet al Papa Clemente XI se gloriaba de haber adquirido *en estas conferencias, en que Vicente difundia la unción y la luz, el gusto de la ciencia eclesiástica y de la sólida piedad.*

(3) Hizo mas. Dijo un dia al superior de San Lázaro. «Deseo vivamente que la Iglesia de Francia tenga buenos obispos, porque sé cuánto interesa á la Religión que el sacerdocio sea respetable. Lo que me decis de las conferencias me hace considerarlas como un sagrado plantel de donde puedo sacar sabios y virtuosos prelados. Indicadme los que os parecen dignos de ser promovidos al Episcopado, y los propondré al Rey.» En esto se conoce cuánto adelantaba San Vicente en la reforma de la Iglesia: indicaba los que le parecian dignos, y pasaba las listas al ministro del Rey con riguroso secreto.

él derramaba la unción y la luz: *pium cœtum animabat Vincentius.*»

Con la sencillez de un niño y la sabiduría de un gran maestro preside y dirige San Vicente de Paul estas asambleas espirituales: eleva los pensamientos mas sublimes, dulcifica los sentimientos mas delicados; la Religion recobra su antiguo espíritu, torna el sacerdocio á la fiel observancia de sus cánones, y la elocuencia sagrada, estragada y corrompida como lo estaban todas las cosas, se rejenera y recobra la sencillez primitiva y su antigua majestad. Lo que decia San Vicente de Paul á aquellos buenos sacerdotes parecia nuevo á fuerza de estar olvidado. Que era menester preparar con la pureza de la vida el efecto de los discursos; que la autoridad de la virtud podia solamente sostener la autoridad de la palabra; que la ciencia hincha y la caridad edifica: esta doctrina enseñaba el Santo; y los jóvenes levitas, penetrados de estas máximas sencillas, salian del nuevo cenáculo abrasados en el amor divino, para seguir las tareas del Apostolado, sufrir sus trabajos y renovar sus prodigios. Ellos reparten el pan de la divina palabra en los pue-

bloos pequeños: eligen los principales focos de corrupcion, para hacer guerra á los vicios: buscan las familias enemistadas y las unen con vínculos de caridad. Por donde quiera que van se oyen gemidos de compuncion; los penitentes lloran sus pecados al pie de los altares: el hogar doméstico se alegra con el abrazo de los parientes reconciliados; el campo estéril florece y da ricos frutos. «¡Oh qué hermosos son los pies de los que evangelizan la paz (1)!»

Asi es como cumplen estos sacerdotes el mandato de Cristo, *id, predicad el Evangelio á toda criatura*. Débiles oradores de las córtés y de las grandes ciudades, ah! ¿qué somos nosotros al lado de estos hombres apostólicos? ¿Qué podremos valer en ningun sentido predicando á los cuerpos científicos, á los Principes y Reyes, si nó predicamos á la multitud? Como hombres aguerridos y probados en los combates del Señor salieron á predicar en la poblacion diseminada por los campos, en los talleres, en los campamentos y en las cárceles. San Vicente de Paul ordena sus legiones, y recoge

(1) *Quàm speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bonam. Ad Rom. cap. x, v. 15.*

copiosos frutos del constante trabajo de estos obreros evangélicos. Cuatro mil soldados fueron instruidos en la Religion por estos sacerdotes, y cayeron á sus pies para confesar sus pecados y dar principio á una nueva vida. Convirtieron en los hospitales á ochocientos mahometanos, y acabaron en algunas provincias con la simiente del cisma y de la heregia, entrando la Religion como de golpe á vivificar y regenerar muchos pueblos donde el error estaba estancado, y la mentira sustentada por la usurpada autoridad de ilegítimos pastores.

Pero esta milicia era capaz de acometer mayores empresas: su infatigable caudillo habia conseguido de ellos que «se resolvieran á vivir como peregrinos en la tierra; que se hicieran *locos* por Jesucristo; que cambiaran sus costumbres, mortificaran sus pasiones, buscaran á solo Dios, sufrieran y trabajaran, nó para gobernar y mandar, sino para servir, nó para vivir en delicias, sino para ser probados como el oro en el crisol: *tanquam aurum in fornace* (1).» Llegó el momento de la prueba. San Vicente de Paul levanta los ojos y descubre á

(1) Disposiciones que exigia San Vicente de Paul.

lo lejos nuevos pueblos que reclamán los auxilios del apostolado. En Irlanda los hijos de la fé estan expuestos á perderla por violencias y seducciones: una epidemia aflige la Polonia, y el Rey pide misioneros y auxilios (1): en Italia, los pobres y los apestados piden socorros: en Tunez y en Argel sucumben los esclavos y cautivos agobiados por sus cadenas: en Madagascar hay un gran pueblo sentado en tinieblas y sombras de muerte (2). ¿Cómo remediar tantas necesidades? San Vicente de Paul envia misioneros á la Italia: muchos perecen, pero sus cenizas fueron la semilla que los produjo en abundancia: de allí salieron las congregaciones de Cerdeña. El Santo envió misioneros á la Irlanda, que oyeron ochenta mil confesiones: el tirano Cromwel los persiguió con fiereza. El Santo envió misioneros á Tunez y Argel, que pusieron en libertad á mil y doscientos esclavos. El Santo envió misioneros á Madagas-

(1) Fué Casimiro V. San Vicente los envió. Lambert, gefe de esta mision, murió heroicamente en Varsovia, víctima de su caridad.

(2) Todos los misioneros que en cuatro expediciones envió San Vicente, murieron: unos de calor, otros en la travesía, otros degollados.

car: los primeros lazaristas murieron en la travesía; una tempestad acabó con los segundos; los de la tercera expedición no fueron mas afortunados: ¿habrá misioneros que se atrevan á formar la cuarta colonia para emprender un viaje con todas las probabilidades de sufrir el naufragio ó el martirio? Sí: la cuarta expedición avanza sin miedo; el mar está en bonanza, el tiempo sereno; surca intrepida las olas, y sin quiebras ni averías llega felizmente á las playas africanas: *aqueæ multæ non potuerunt extinguere charitatem.*

¿Quién os parece mas admirable? San Vicente de Paul preparando el corazon de tantos jóvenes sacerdotes y excitando su celo para hacerlos capaces del heroísmo, ó estos varones apostólicos, siempre fieles y dóciles al mandato de su superior (1)? Es obra divina la de las mi-

(1) Citemos un ejemplo sublime. Mandando San Vicente de Paul á Mr. Nacquar que se pusiera al frente de una misión entre gentiles, le decia: «nuestra congregación ha sido elegida para ir á servir á Dios en la isla de San Lorenzo, llamada Madagascar, y la congregación ha puesto los ojos en vos, como la víctima mas escogida que tiene para rendir homenaje á nuestro soberano Criador, y para que presteis este servicio con Mr. Gondrée. ¡Oh mi muy querido Señor! ¿qué dice vuestro corazon á esta noticia?.... Solo la humildad es

siones, y sobre todo, cuando son entre infieles. Hay mucho que hacer para preparar las almas á tan duras pruebas, para privar al corazon de las más tiernas afecciones, como es superior á toda ponderacion el esfuerzo contínuo de magnanimidad y constancia á que se ven obligados los que, dejando patria y familia, van por el amor de Dios á civilizar pueblos bárbaros, á salvar pueblos idólatras (1). Este triunfo es tan grande, que si la Religion nó lo hubiera alcanzado tantas veces, acaso se podría decir que el bárbaro y el idólatra nó pueden salir por semejante medio, de la idolatría ni de la barbarie. Pero la caridad hace milagros; se multiplica, crece, se extiende; y San Vicente de Paul, quebrantado por los desastres que sufrieron las misiones, pero consolado con los

capaz de merecer este don. *Necesitais grandeza de alma, fé como la de Abraham, la caridad de San Pablo, el celo, la paciencia, la discrecion y pureza de San Francisco Javier.*»

(1) Hablando de las misiones dice el impio Raynal: «Jamás se ha hecho tanto bien á los hombres con tan poco mal.» A este propósito dice Montesquieu: «Siempre será bello gobernar á los hombres haciéndolos dichosos.» Dice Buffon: «Nada es tan honroso para la Religion como haber civilizado las naciones con las armas de la virtud.»

refuerzos que traia la juventud á los lazaristas para continuar la obra, nó desmayaba: su confianza en la Providencia crecia; y al ver otro ejército nuevo de ordenandos, candidatos del martirio, exclamaba con el Salmista: *Propatribus tuis nati sunt tibi filii* (1).

Ya no le basta á San Vicente de Paul ser el misionero de los pobres, el maestro de la juventud, el predicador de los infieles, el reformador de las cárceles y presidios, el redentor de los cautivos, el restaurador de los templos y de la disciplina eclesiástica, el fundador de los Seminarios, de las conferencias espirituales y de tantas congregaciones religiosas, el regenerador de la elocuencia sagrada y de las públicas y privadas costumbres, el consejero de los Reyes (2) y el mentor de los obispos: su corazon pide mas; su caridad es insaciable: quiere ser San Vicente el tutor y el padre de los pobres. Ya mira como suyas las necesida-

(1) Ps. 4, v. 17.

(2) Entró en el Consejo de conciencia, ó eclesiástico, con el Cardenal Mazarino, el Canciller Segnier, y el gran penitenciario de Paris. Chocaba á los cortesanos la sotana raída de Vicente de Paul. Estuvo diez años ejerciendo el cargo.

des de estos infelices: se abrasa de amor á vista de tantas miserias; recurre á la oracion, llora amargamente, levanta las manos al cielo como para obligarle á venir en su auxilio, y el cielo, entreabriéndose, dejó escapar un rayo de la misericordia infinita, que vino sobre el Santo y le dió la luz que deseaba. Determina asociar á su ministerio de caridad un instrumento poderoso; válese de la mujer, que por su natural es sensible, compasiva y piadosa, para dar mayor ensanche á sus planes. Pronto logra reunir en su derredor multitud de damas cristianas: el sexo débil está ya interesado en favor de su obra: he aquí nuevas asambleas de caridad. Idea feliz: equivalia á multiplicar los recursos: esto era lo mismo que descubrir un nuevo mundo. Recoger huérfanos, rescatar cautivos, dotar doncellas, proporcionar trabajo á la clase indigente, establecer escuelas, asistir hospitales, crear ó fomentar industrias, reparar los desastres que vienen sobre los infelices con motivo de incendios, naufragios y otras calamidades, ¡oh, qué campo tan vasto para ejercer la caridad! Nuevas Paulas, Marcelas y Fabiolas sacrifican sus riquezas y vienen á vivir

de limosna y con el trabajo de sus manos para socorrer tantas miserias. Nó. se ha podido quitar á estas piadosas mujeres el nombre que les dió el pueblo: el de *hijas de la caridad* (1). San Vicente de Paul como que insistia en llamarlas *siervas de los pobres*: el pueblo insistió en darlas el nombre de *hijas de la caridad*; y es el nombre que ha prevalecido.

Al rededor de San Vicente se reunen en poco

(1) Madame le Gras, por otro nombre, Luisa Marillac, fué la primera. El 25 de marzo de 1635 hizo voto, en union con otras tres ó cuatro jóvenes cristianas, en manos del Santo, de servir á los pobres por toda su vida, como ya habian principiado á hacerlo, por lo menos desde el año 1629. Este proyecto fué muy trabajado, y el Santo se detuvo mucho, como aparece de sus cartas á la Marillac, hasta conocer la voluntad de Dios. Decia San Vicente: «Las hijas de la caridad no son religiosas, sino jóvenes que hacen la vida de seglares. Son vecinas de las parroquias bajo la inspeccion de los curas; y si nosotros tenemos la direccion de la casa en que estan reunidas, es porque Dios ha querido, para crear esta humilde congregacion, servirse de la nuestra. Entre estas mujeres y las religiosas hay una diferencia; y es, que la mayor parte de estas solo buscan su propia perfeccion, mientras aquellas se ocupan como nosotros en la salvacion del prójimo..... Las siervas de los pobres tienen por monasterios las casas de los enfermos, por celda una pobre cámara, por capilla la Iglesia de una parroquia, por claustro las calles de la ciudad, por clausura la obediencia, por reja el temor de Dios, y por velo la santa modestia.»

tiempo doscientas damas ilustres que escogen un hospital para teatro de su celo: *humillan sus almas delante de los pobres y los enfermos*, y prodigan á los menesterosos todos los socorros de la humanidad y los consuelos dulcísimos de la Religion. Los pobres confiaron en la Providencia; y consolados por el amor de tan santas almas, deseaban morir, creyendo y esperando con fé viva y esperanza firme, en los eternos consuelos de la infinita misericordia.

La necesidad de amar, el hambre y la sed que atormentaban á San Vicente de Paul no estaban satisfechas: su santo amor no dice «basta.» Parecíale poco socorrer familias enteras, parroquias sin número, reformar antiguas instituciones y fundar otras nuevas. La Lorena es un teatro de horrores. Guerras, persecuciones á la Iglesia, anarquia, incendios, epidemias, hambres, todos los males juntos aflijen á este pais. San Vicente despliega todos sus recursos; ordena sus legiones; envia sacerdotes, pastores, misioneros, médicos, hijas de la caridad, trigo, dinero, ornamentos sagrados, instrumentos de labranza, hilas, drogas, obreros, y todo lo necesario. Unos predicán la paz, otros curan

heridos, otros asisten enfermos, otros dan sepultura á los cadáveres, levantan las cabañas de los pobres, reedifican templos, reaniman la agricultura decaída, surten de provisiones los mercados, y entre todos estos celosos operarios se pone coto á tanta desolacion, y se evita la ruina de mas de veinticinco pueblos. La Lorena respira y bendice á San Vicente de Paul. Obra admirable! Los que veian trabajar al Santo con su acostumbrada actividad para ocurrir á los desastres de la Lorena, exclamaban: *cosa imposible!*

Imposible? Pues hizo mucho mas; el cuadro no está completo. Sabed, mis queridos hermanos, que tan aflictiva situacion duró muchos años, y que los habitantes de la Lorena, en guerra con la Francia, no recibian mas consuelos que de la caridad de Vicente. Añadid á esta inmensa carga, que al mismo tiempo pudo proporcionar iguales recursos al Artois, al Maine, á Berri, castigados del mismo modo que los pueblos de la Lorena; que acogió y alimentó á los infelices católicos irlandeses, que acosados por la persecucion se refugiaron en Francia. Sabed que pudo proporcionar pan y asilo á fa-

milias y comunidades que de una y otra cosa carecian, y socorrer legiones de guerreros, cuyos sacrificios ni agradecia ni recompensaba la patria.

Hemos acabado ya? No: los mismos horrores de la Lorena se repiten en la Picardía y en la Champagne: la guerra intestina y la guerra exterior: el pais presentaba una espantosa imagen de la muerte. Si para la caridad hay imposibles, este será uno de ellos. San Vicente de Paul no tiene recursos, ni tesoros, ni graneros, ni casi operarios. Ora al Señor: pide con vivas instancias; se ofrece como víctima: muchas veces presenta su vida, lo único que tiene, esperando y deseando que el Dios misericordioso la acepte. Es necesario hacer un esfuerzo supremo para que cesen la inclemencia del cielo, y el rigor de los elementos, y la ira del hombre. El Santo vela de noche como de dia; el Santo espera; pone en movimiento su piadosa asamblea; habla, exorta, ruega, pide con una elocuencia que penetra el alma; con una caridad que arde; él insiste, promete, conjura, amenaza: si nada adelanta con sus discursos, llora; y contemplando exausto el tesoro de los pobres,

que es la caridad, hace hablar á sus lágrimas. Antes se cansaria el cielo de aflijir con sus rigores aquellas miserables provincias, que San Vicente de Paul de buscar auxilios y tocar los resortes mas gastados, hasta que respondan á sus vehementísimas excitaciones y calorosísimo llamamiento. La caridad se excita: nó se sabe de dónde salen tantos recursos: lo cierto es que por espacio de diez años fueron socorridas estas desgraciadas provincias con prodigalidad y largueza. El Santo nó se habia prevenido en los años de abundancia para tener con qué hacer frente á la miseria en los años estériles, como hizo en otro tiempo José, el ministro de Faraón, para abastecer el Egipto. El Santo nó tenia la virtud de convertir las piedras en panes, ó de multiplicarlos bajo el cuchillo que los partia; y sin embargo, há lugar á preguntar ¿con qué mágico secreto pudo sostener aquella eterna contribucion para alimentar á los infelices moradores de la Lorena, de la Picardía, de la Champagne, á los irlandeses emigrados, á los soldados inutilizados en la guerra, á los conventos y á los hospitales? Busquemos este secreto en las economias, pri-

vaciones y sacrificios que se impuso, é impuso á los demas; en la dulzura de sus insinuaciones á que nadie sabia resistir; en aquel arte divino con que sabia inspirar la misericordia; en la confianza y abandono con que se entregaba á la Providencia; y en aquel poder que habia recibido del cielo, sinó para multiplicar el pan de los pobres, para multiplicar las almas caritativas, y mudar en tierno y compasivo el yerto y duro corazon del rico avariento.

Que vengan pruebas y tribulaciones sobre este santo sacerdote; nó le abatirán. Vengan más guerras, más agitaciones y trastornos politicos, y disípanse los ánimos con las intrigas, y resientase la máquina del Estado, y estén los ciudadanos divididos, y crezca, con los desórdenes y violencias, y con el desconcierto público, el número de los pobres. En medio de esta sangrienta revolucion, San Vicente de Paul es del partido de los pobres, que es siempre el partido á quien le toca perder en las convulsiones sociales. El Santo predica la paz, llora al pié de los altares, y se levanta para presentarse delante del trono y pedir con una intrepidez y energía que asombra á los cortesanos,

en favor de los pobres. San Vicente de Paul pierde el tiempo; habla en vano. Los negocios de Estado no dejan que se piense en otra cosa. Los pobres nó pueden prometerse otro alivio que el que les proporcione la caridad de su salvador, el amor de su padre. El Santo alimenta mas de dos mil pobres en su casa de San Lázaro: diariamente socorre catorce mil enfermos: funda un monte de piedad, que es el asilo de ochocientos jóvenes: de manera, que en estos apuros, falta el trigo á los ricos, pero nó falta á los pobres de San Vicente.

¿Falta el trigo á los ricos? pues aquí de los nuevos trabajos y amarguras. El Santo es acusado de tener parte en las calamidades públicas; de favorecer los impuestos y contribuciones tan pesadas que tenían abrumado al pobre pueblo; de ser corrompido y flojo como los cortesanos á quienes reprendia con libertad evangélica; de buscar los favores de la Corte, cuando por abogar tan celosamente en favor de los necesitados, nó temió exponerse á perder el favor de los ministros del Rey (1). Á las calum-

(1) San Vicente de Paul se expuso á caer en desgracia para con Richelieu. Este gran ministro, que lle-

nias siguen los ultrajes, á los ultrajes, las persecuciones. ¡Oh qué cosas tan estupendas permite el Señor para que los Santos crezcan en santidad y el pueblo cristiano los venera de rodillas hasta en vida, antes de venerarlos sobre los altares con el hermoso aparato que sabe prepararles la Religion! Sabed, hermanos míos, que por dos veces fué saqueada la casa de Vicente de Paul; que otras dos veces fué indignamente tratada su sagrada persona, y que el que á tantos salvó de las garras de la muerte, tuvo que huir de Rennes y de Burdeos, para poner á salvo su vida. Nó os asombreis: el mundo es así; y bueno es, muy bueno, que la virtud nó esté segura de las recompensas del mundo, y que las más nobles acciones nó cuenten con la miserable gloria de nuestros aplausos.

vaba él solo el peso de los negocios de Francia y de Europa, decia que nó sabia cómo Vicente de Paul podia trabajar tanto, y le invitaba á descansar.

Se indispuso con Mazarino diez años despues de haber desagradado á Richelieu. El Santo lograba cambiar algunos acuerdos que tomaba el Consejo en materias eclesiásticas, y en otras de suma importancia. Solia decir Mazarino que Vicente de Paul era *un hombre todo de una pieza*; queriendo significar que era incapáz de plegarse á las circunstancias, sordo al favor, é insensible á las exigencias y manejos de la Côte.

Los ultrajes de que fué objeto el más caritativo de los hombres inspiraron á Vicente de Paul el pensamiento de vengarse á su manera. ¡Qué venganzas acostumbran los Santos! Por aquel tiempo, los niños reciennacidos, fruto del libertinage ó de la miseria, yacían abandonados en las calles, hasta que la poca y mala policía que habia en París (1) los recogia y formaba pesados expedientes, retardando el auxilio que sin perder tiempo necesitaban. Muchos morian por falta de alimento; otros, degollados para servir en operaciones mágicas y en bárbaros experimentos, que el furor de vivir ha inventado algunas veces; los más morian sin recibir el bautismo (2). Una ley prohibia tocar á estos niños, hasta que llegaban, tarde ó temprano, los empleados del Chatelet: y esta ley alejaba de los pobres niños abandonados la mano de la compasion, ya que nó la del crimen. Vicente de Paul resolvió hacerse cargo de esta

(1) En París no habia por entonces alumbrado público. Las calles estaban llenas de lodo y de ladrones. Los teatros se abrian á las dos, y se cerraban en invierno á las cuatro y media de la tarde, para que los concurrentes pudieran encerrarse en su casa antes de anocheecer.

(2) Así lo refiere Mongin, obispo de Bazas, en su *panegirico* del Santo.

familia (1). Las hijas de la caridad fueron su consuelo, proporcionándole y facilitándole todo lo que era preciso para acometer tan santa empresa. Los niños fueron recogidos: pero andando el tiempo se hizo la carga tan pesada, que aquellas heroínas desfallecieron. Desamparar aquellos niños era una cosa horrible: pero llegó el caso de nó poder costear siquiera su lactancia. En tál apuro se pensó formalmente, aunque con vivísimo dolor, en abandonarlos. Pero el Santo no permitió que se dejara caer el primer establecimiento para los infelices expósitos. Convoca en seguida á todas aquellas nobles damas cristianas; se rodea de ellas y de la gran turba de criaturitas exánimes; toma la palabra, y con una elocuencia divina, les dice:

(1) Se suele representar á San Vicente de Paul teniendo en los brazos uno ó dos niños. Han dado lugar á esto los cuentos de M. Capefigue. Este escritor, queriendo embellecer á su capricho la historia de San Vicente de Paul, la ha falsificado. Ha supuesto que el Santo iba á media noche, con frios y nieves, recogiendo niños de las calles. Esto no está justificado. No salía de noche. No se organizó el servicio de esta manera. Capefigue, escribiendo lo que él llama *Diario del Establecimiento*, lo ha inventado todo. El abate Maury en un panegírico supuso que el Santo libró á un preso de las galeras cargándose con sus cadenas. Otro hecho falso.

«La compasion y la caridad os han hecho adoptar estas pequeñas criaturas por vuestros hijos; habeis sido sus madres segun la gracia, ya que los abandonaron las que son sus madres segun la naturaleza. Ved ahora, vosotras, si quereis tambien abandonarlos. Dejad en este momento de ser sus madres para ser sus jueces. La vida y la muerte de estos pobres niños estan en vuestras manos: yo mismo voy á recoger vuestros sufragios: ya es tiempo de pronunciar su sentencia, y de saber si nó quereis tener para ellos entrañas de misericordia. Estos inocentes vivirán si sois compasivas; mas por el contrario si los abandonais, perecerán sin remedio (1).» Siguió al discurso un torrente de lágrimas: ya no era menester votar. Medraron los niños siendo trasladados al castillo de Bicetre; despues á una casa del arrabal de San Lázaro; y tan santa

(1) «¿Quién era, dice M. d'Arnaud, (citado por Orsini) quién era ese modelo de almas compasivas, de verdaderos héroes de la virtud, de verdaderos cristianos? Un sacerdote de origen humilde.... A este sacerdote debemos la conservacion de cerca de diez mil individuos, que nuestro libertinaje y nuestra barbarie condenaban todos los años á la muerte en el momento de venir al mundo.... ¡Oh nombre querido y sagrado para las almas compasivas!! Vicente de Paul, tú has sido el mejor de los hombres.....»

institución quedó asegurada para siempre en Francia y en todos los países cristianos. San Vicente de Paul dejó á sus hijas entre otras máximas, la siguiente:

«Las hijas de la caridad han sido instituidas en la tierra para representar la bondad de Dios con los pobres y menesterosos: deben, pues, escuchar sus lamentos como verdaderas madres, es decir, con dulzura, con compasion, con amor.»

Amorosas y compasivas oyeron en esta ocasión los gemidos de los pobres huérfanos, expuestos á una muerte segura; y obedecieron á las inspiraciones de su padre espiritual, arrebatado por su santo celo. Resplandeció en tan difícil prueba el amor tan tierno de las hijas de la caridad hacia estos pobres niños, y la virtud de la obediencia, que es virtud hermosa y de inestimable precio. Ellas tenían de la obediencia una nocion exacta, porque el Santo les habia dicho: «¿Habeis visto alguna vez un hermoso vestido de brocado de oro? ¡Qué bello y qué brillante! Pero si le añadís carbunclos, esmeraldas, rubíes, estas piedras preciosas aumentan su precio de una manera considera-

ble..... Hijas mías, siempre que hagais alguna cosa por obediencia, la adornais de un diamante.» Y nó solo fué posible este milagro de la caridad, sino que fueron posibles otras muchas hazañas de que no se las creia capaces, como ir á las guerras, barajarse con los soldados en los campamentos, asegurar su virtud en los mayores peligros, afirmar su vocacion en medio del siglo y su infernal barahunda, cosas de que ya nadie se asombra, porque son comunes los rasgos heróicos en las hijas de la caridad, y todo el mundo los presencia. Cuajados de diamantes estan sus vestidos, y son de brocado de oro, por más humildes que á nuestros ojos parezcan.

Una nueva tribulacion viene sobre la Iglesia: pero aún vive San Vicente de Paul para defenderla y consolarla. Aparece el Jansenismo: su cabeza en Francia intenta atraerse al padre de los pobres. En su vanidad creyó buenamente que tan importante conquista no le costaría nada; mas al penetrarse Vicente de lo sutil y peligrosa que era esta heregía, disfrazada con las apariencias del celo por la Religion, la denunció por todas partes, la persiguió, hizo es-

cribir libros contra ella, y nó dejó piedra por mover hasta conseguir que fuera condenada (1).

Nació esta falsa doctrina de los vicios dominantes de aquella época de turbaciones políticas y guerras civiles. El catolicismo acababa de alcanzar grandes triunfos sobre la heregía protestante; se calculó con acierto lo que sería de la Reforma, la mala ventura de luteranos y calvinistas. Nada de resistir al catolicismo victorioso, ni separarse de sus banderas. El Janse-
nismo agradaba á los políticos de entonces y á

(1) El Abate Olier, discípulo de San Vicente, escribió contra los jansenistas en estos términos: «Ellos enseñan que jamás deja el hombre de hacer el bien sino porque le falta la gracia, y nó atribuyen el pecado al abuso de la libertad. Que sin ella *los mandamientos de Dios nos son imposibles*. Ved qué doctrina y qué pretexto para los negligentes y libertinos. Ellos han venido, dicen, para humillar á los hombres, enseñándoles que la gracia es el principio de todo: como si la Iglesia nó nos lo enseñara. Ved qué humildad es ésta, que hace que el pecador no se acuse jamás de ser la causa entera del mal, sino que acuse á Dios, como si Dios no quisiera que hiciésemos el bien, el bien que él nos manda, y por cuyo cumplimiento murió en una cruz y derramó toda su sangre.»

El historiador de M. Olier añade, que este lenguaje impío vino á ser popular. Muchos hablaban así en el tribunal de la penitencia excusando sus faltas: y se citaba el ejemplo de una persona, que en vez de acusarse diciendo: —He cometido tres pecados contra tál mandamiento,—dijo: —Me ha faltado la gracia tres veces.—

todos los enemigos de la liga, que podian vivir como protestantes, jactándose de ser muy católicos. Pero San Vicente de Paul sigue los pasos á la heregía; penetra en la Sorbona, y la sigue el Santo; es su sombra que la persigue, hasta que cae condenada por la Santidad de Inocencio X (1). Hermoso triunfo. El Santo

(1) Vicente de Paul habla en el Consejo, suplica á la Regente del Reino, ruega á Mazarino que nó dé los beneficios eclesiásticos á los que fueran sospechosos de esta heregía, insta á los obispos de Francia para que pidan al Papa una bula de condenacion, y vió colmados sus deseos. «Nadie duda, (dice Bossuet en su carta á las religiosas de Port-Royal) que la condenacion de estas proposiciones (las de Jansenio) sea canónica. Puede añadirse que basta á un cristiano oirlas sin prevencion para horrorizarse.»

Si el Jansenismo sobrevivió á este golpe, culpa fué de los que nó imitaron el celo de San Vicente de Paul. De devoto ignorante y estúpido, semi-pelagiano y molinista, le calificaron los jansenistas, y de importuno por tanto como apuró á los obispos para que resistieran aquella doctrina. «Sois un ignorante» le dijo su paisano Duverger de Hauranne, el abad de Saint-Cyran, verdadero patriarca de la secta. Los jansenistas fueron fieles á este odio contra el Santo, pues habiendo sido canonizado, el Parlamento de Paris, en 4 de enero de 1738, suprimió la bula de canonizacion. La Francia entera hubiera sido deshonrada por sus propias manos, si el Rey no hubiera anulado el decreto del Parlamento en lo que miraba á la impresion y distribucion de la bula. Además de los errores contenidos en esta doctrina, errores sutiles, pero que puso de manifiesto San Vicente de Paul queriendo atraer á sus sectarios amo-

obraba y hablaba como inspirado por Dios, así cuando trataba de curar las heridas y llagas de la clase pobre, de los menesterosos y desamparados, como cuando era menester buscar sólito el remedio de los males de la Iglesia.

Sinó supieramos por boca de nuestra Santa Madre la Iglesia que el *Espíritu del Señor habitaba* en este venerable sacerdote; sinó hubieramos visto que el Dios de Israel se valió de este Santo para *apagar la sed* y hartar el hambre de los pobres; si nó le hubieramos visto seguir las inspiraciones de Dios y *el movimiento de su corazón y sus deseos*; si sus labios nó hubieran sido los *depositarios de la ciencia*; si los pueblos nó hubieran recibido de su boca el *conocimiento de la ley*, San Vicente de Paul no

nestándolos y reprendiéndolos *in spiritu lenitatis*, el Rey no debía tratar con indulgencia á los jansenistas condenados por Roma, habiéndose estrenado la pluma de Jansenio en escribir su *Mars Gallicus*, desvergonzada diatriba contra los Reyes de Francia. Al fin de su vida parece que sometió su famoso libro *Augustinus* al juicio del soberano Pontífice: pero los apelantes y reapelantes nó dieron muestras de docilidad, ni se reconciliaron con Vicente de Paul, á quien despues de canonizado y siendo objeto de universal devoción, nó le querian llamar santo, ni que en el aniversario de su muerte se celebrara otra Misa que la *Misa de difuntos*. Obs- tinacion ridícula, por más que fuera tambien lamentable.

hubiera edificado una *casa estable*; ni hubiera ordenado tantas fundaciones religiosas, ni preparado numerosas falanges y legiones de sacerdotes, soldados, vírgenes, escritores, obispos, que luego se esparcieron por el mundo «como una especie de red y de cadenas que se entrelazaban con maravilloso artificio:» *quasi in modum retis et catenarum sibi invicem miro ordine contextarum* (1). Levantó la obra de su casa con ayuda de Dios, y encomendó al cuidado de Dios la ciudad que habia edificado; sirviendo de fundamento las esmeraldas y rubíes de las virtudes, «piedras preciosas que habian sido aserradas á una misma regla y medida:» *omnia lapidibus pretiosis, qui ad normam quandam atque mensuram..... serrati erant* (2).

Lejos, pues, de ser San Vicente de Paul un hombre de cortas luces como se complacian en suponer los jansenistas, picados de iluminismo, fué por el contrario el hombre de todos los talentos, puesto que tuvo, como dice uno de sus biógrafos, aunque forzando la frase, «el talento del cielo, y el génio de la misericordia.» Sin

(1) Reg. lib. III, cap. VII, v. 17.

(2) Ibid. v. 9.

tener recursos que dar, él mismo se daba, que era lo mismo que derramar tesoros. Cuando sus fuerzas estaban agotadas, abria los brazos, abarcaba dos ó tres provincias afligidas por algun azote, y apretándolas contra su corazon, les daba á beber de su sangre. Nó hubo calamidad ni desastre sin remedio cuando lloraba el Santo; y si nó tuvo la virtud de hacer que descendiera del cielo la lluvia y el rocío, sí tuvo la de suplir uno y otro cuando el cielo se los rehusaba. San Vicente de Paul venció imponderables dificultades. Por regla general se dice y se observa que al bien jamás le falta su contradiccion: y si es natural que á un bien mayor se le oponga una contradiccion mas grande, la obra de San Vicente de Paul debió de sufrir el rudo y perenne embate de inmensas contradicciones. Pero el Santo, acostumbrado á vencerlas, pensó en vencer la última y la más formidable de todas, la contradiccion del tiempo, que todo lo consume. El tiempo es una lima que va carcomiendo y gastando poco á poco, sin sentir, que nunca derriba de golpe, pero que nó interrumpe su obra de destruccion. El tiempo nó se arrebatá; sigue constante su marcha; jamás se para; va lamiendo

lo que quiere destruir; tiene mucha espera, y una fé ciega en el resultado que busca. ¿Qué mella haria el tiempo en las instituciones que San Vicente de Paul dejó planteadas á su muerte?

Digámos mas bien que San Vicente de Paul en sus muchas y admirables fundaciones imitó al labrador que prepara la tierra, abre su seno con el arado, le confia las semillas, la cultiva con esmero, y muere antes de recojer todos los frutos que puede rendir, pero cierto de que deja á su posteridad una heredad muy pingüe y productiva. Nó digo esto porque nó alcanzara el Santo el tiempo de las cosechas: su vida fué muy larga, y empezó á trabajar, como hemos visto, desde su juventud: sino porque habiendo puesto á su obra el sello de la inmortalidad, nó pudo alcanzar el progreso y estension de sus ricas fundaciones, que se propagaron despues de su muerte, que florecieron y se multiplicaron entre las ruinas del tiempo, y á través de sus tristes vicisitudes. Tiene la caridad y las obras que la caridad inspira un cierto carácter que las permite aspirar á la inmortalidad. El apóstol San Pablo nos ha dicho: *Cha-*

ritas nunquam excidit: la caridad nunca muere. Y San Vicente de Paul, contemplando la verdad que encierra este oráculo, nó se contentó con recojer limosnas y juntar auxilios pasajeros, si no que puso todo su interés en dar á todo el bien que hacia una accion durable y fecunda; miró el porvenir y los infelices y menesterosos que nunca habian de faltar, y los vió consolados por esta caridad que es inmortal en el cielo y en la tierra. Nada deseó tan de veras San Vicente de Paul como perpetuar el apostolado de su caridad, y la influencia de esta divina virtud, manifestada en tantas obras y monumentos.

Ahora bien, ¿fué acaso una institucion pasagera el apostolado que planteó San Vicente, asi para la educacion del pueblo como para la instruccion de las clases elevadas? ¿Qué son hoy aquellas misiones compuestas en un principio de solo tres personas (1)? ¿No se han estendido

(1) A San Vicente y al Abate Portail se agregaron desde luego dos sacerdotes de Amiens, Francisco Ducondray y Juan Bautista de la Salle, y á poco les siguieron Juan de Becu, Antonio Lucas, Juan Brunet y Juan de Horgny, deseosos de evangelizar á los pobres habitantes de las aldeas. Luis XIII aprobó esta congregacion en 24 de abril de 1626, y la confirmó al año siguiente.

prodigiosamente? De aquellos ilustres misioneros ¿no han salido nuevas fundaciones religiosas, consuelo de los pobres, asombro del mundo (1)? Admirable y divina Religion que así propaga las beneficios, buscando la instruccion del pueblo y la mejora de sus costumbres. ¿Qué suerte sería la del pobre pueblo sin esta caridad que le ha proporcionado la enseñanza cristiana? La más infeliz de todas. La ciencia orgullosa nó penetra en las clases inferiores: solo la Religion las mira con preferencia, y es la única que puede ilustrar á todos, como el sol, que á nadie priva de su luz.

Su solicitud por asegurar perpetuamente la enseñanza y educacion de los que habian de ser pastores de la Iglesia de Dios, nó fué menos viva que la que mostró por el bien temporal y espiritual de su rebaño. Á San Vicente de Paul deben su existencia mas de sesenta Seminarios Tridentinos. Él hizo en Francia lo que San Carlos Borroméo en Italia. Admirables son las luces y las virtudes que salen de esas casas,

(1) Este Juan Bautista de la Salle que menciono en la nota anterior, es el fundador de las *Escuelas cristianas*. Institucion admirable sobre todo encarecimiento.

donde se mantiene el espíritu del Sacerdocio. San Vicente de Paul trabajó con la mayor constancia en dotar á la Iglesia de grandes y virtuosos obispos, y mientras estuvo en el Consejo de la Regencia, trazó el camino que fielmente se siguió en tiempos posteriores. Por su consejo se sacaron los prelados de los seminarios, de los hospitales, de las misiones, de los humildes catequistas; y estos fueron los que dejaron una memoria ilustre por los dones de su munificencia, por las leyes sinodales á que se atemperó la disciplina eclesiástica, y por los útiles establecimientos que son todavía el honor de las diócesis de Francia.

San Vicente de Paul perpetuó tambien el ministerio de la caridad. Pobres y desgraciados habrá siempre; por esta razon, el ministerio de la caridad debe de ser perpetuo. Ocioso me parece hablar de estas heroínas que conoce todo el mundo. Son las siervas de los pobres, las madres de los huérfanos, las hijas de la caridad. Lo mismo desempeñan en la oracion las funciones de María, que en la barahunda de negocios y cuidados, las de Marta. San Vicente de Paul hizo á la posteridad tan bello presente,

y hasta los mundanos admiran en estas mujeres la austeridad de su sacrificio; porque se vé que todo lo hacen por Dios, todo por la virtud, todo por amor al prójimo, todo en favor de la humanidad, y nada por su interés personal, nada por su fortuna, nada por atraerse el favor ó la consideracion pública. Cooperadoras son del sacerdocio en el ministerio de la caridad: y de la misma rama que ha dado tantos frutos, han brotado las *Conferencias*, obra admirable y muy estendida, que está salvando muchas almas, aliviando muchas miserias, y que es por lo menos, en los pueblos de relajadas costumbres, la levadura que los regenera.

Ninguna de las instituciones que planteó San Vicente de Paul ha caído al suelo por falta de apoyo; el transcurso del tiempo nó las ha destruido, ni siquiera desnaturalizado. Ni las cárceles, ni los hospicios, ni los hospitales, ni las casas de expósitos, ni los seminarios, ni las misiones, ni las conferencias espirituales, nada de esto ha desaparecido: por el contrario, todo vive, todo florece, todo se estiende, todo prospera. Existe todavía en Sainte Reine el religioso hospicio para los caminantes, donde

socorria San Vicente de Paul á cuatrocientos enfermos y á veinte mil caminantes por año, que venian de todos los paises y de todas las religiones: en pié se conservan otras muchas fundaciones, como la de *Hijas huérfanas*, la de las *Hijas de la Magdalena* para mujeres arrepentidas, la *Casa de la Providencia*, la de la *Union cristiana*, la de la *Propagacion de la fé*, la de las *Hijas de Santa Genoveva*, y la de las *Hijas de la Cruz*. San Vicente de Paul planteó algunas fundaciones, intentadas en vano por Enrique IV y Maria de Médicis. Juzgad, Señores, de la fecundidad, del génio, del talento, de la caridad, en fin, de San Vicente de Paul, cuando sin ser mas que un pobre clérigo pudo establecer un hospital general que un Rey como Enrique IV nó pudo siquiera sacarlo de cimientos, apesar de su amor á los pobres, y que María de Médicis nó pudo sostener arriba de seis años, apesar de su espendidez y magnificencia.

Preciso es reconocerlo: San Vicente de Paul encontró muchas miserias en su siglo, pero tambien muchos recursos. En una época de guerras civiles y extranjeras, hubo muchos soldados cristianos: en época de turbulentas facciones,

hubo príncipes de costumbres enteras, amantes de la justicia, como Luis XIII y Ana de Austria: en época de apostasías, muchas conversiones: en época de relajacion, muchas virtudes y ejemplos edificantes. Richelieu y Mazarino, como hombres de Estado, tenían miras muy elevadas; nó despreciaban el porvenir, ni á los hombres que como Vicente de Paul, para el porvenir trabajaban. Y si volvemos los ojos al santuario, descubriremos á San Francisco de Sales, á San Francisco Regis, á Berulle, Olier, la Sale, Abelli, Vialart, Solminiac, Condren, multitud de nombres ilustres ó santos. ¿Qué podían temer del tiempo las obras de San Vicente de Paul, teniendo impreso un sello de inmortalidad? La caridad nunca muere: *Charitas nunquam excidit*. Ni ¿qué atentados pudiera temer tampoco de la mano del hombre?

¡Ah, hermanos míos! la mano del hombre es mucho mas temible que la mano del tiempo. Sabed que se alzó un dia, irreverente y osada, y que se atrevió en un momento de delirio á tocar á las *hijas de la caridad*, lanzándolas de los hospicios y de los hospitales. Este horrible disparate se cometió en los dias de la revolucion

francesa. Fué el colmo de la imprevisión, y hubo que corregir tal desacierto. Los hospitales cayeron en manos codiciosas: el patrimonio de los pobres se mermó considerablemente á fuerza de dilapidaciones y robos sacrílegos; nada respetaban las gentes mercenarias, los ciudadanos atéos que se consagraron á la beneficencia: la miseria crecía con asombro, y nó bastaba la contribucion para tapar la boca de los pobres enfurecidos. La revolucion tuvo que capitular con las *hijas de la caridad*, y se turbó al escribir una carta á la Superiora general. Nó quisiera que tuvieran el mismo reglamento, ni el mismo hábito, ni el mismo carácter, pero sí que hicieran lo mismo que antes, y más, si podia ser. Quería la revolucion una reforma del piadoso Instituto, para que resultara acomodado al carácter del siglo (1): pero nó se pudo menos de decir en dicha carta á la Superiora «que los socorros necesarios á los enfermos nó podían

(1) El carácter del siglo ó sea el espíritu revolucionario de la época era hostil á la Religion y enemigo de la santidad. En el Louvre se alzó una estatua al Santo con esta inscripcion: *A Vicente de Paul, filósofo frances del siglo XVII*. Para los revolucionarios, San Vicente no pasaba de ser un *filántropo*, como entonces se decia.

ser administrados sino por personas consagradas al servicio de los pobres, y dirigidas por el *entusiasmo* de la caridad; y que los únicos establecimientos de la República en donde se administraba con algun celo, eran donde se habian conservado algunas antiguas siervas de esta sublime institucion, cuyo solo objeto es formarse en las prácticas de una caridad sin límites (1).» Las *hijas de la caridad*, sin consentir dejar sus hábitos ni su regla, volaron á salvar á la Francia. La República arrepentida y avergonzada hubiera hecho cualquier cosa por borrar de sus anales este recuerdo que la haria mucho mas execrable, si ella misma nó hubiera querido lavar tan torpe mancha.

El suceso demostró el carácter de perpetuidad inseparable de tan santas instituciones. *Charitas nunquam excidit*: la caridad nunca muere. Lo que habia levantado el Espíritu del Señor permanece y subsistiria á pesar de los siglos. Estas obras admirables salieron como de la nada; y se man-

(1) En 1801 dirigió esta carta el Consul de la República á la Superiora de las *hijas de la caridad*. Se dijo la verdad desnuda. En el sobre fué donde quedaron estampadas las ridículas preocupaciones de la época, pues decia asi: *A la ciudadana Dulau*.

tenian y se multiplicaban sin apurarse jamás los subsidios, que al parecer procedian de una fuente empobrecida y enjuta. ¿Cuál era la mano invisible que hacía tan grandes cosas, y que contra toda probabilidad de duracion las conservaba? acaso la ambicion? nó: la ambicion destruye: ¿acaso la vanidad? nó crea la vanidad las grandes cosas. En cuanto á los sentimientos que nó nacen de la Religion, por más nobles y elevados que sean, su esterilidad y pobreza nos la manifiestan á cada paso sus obras. La mano de la caridad divina fué la que por el ministerio de San Vicente de Paul obró tantas maravillas. El Espíritu del Señor habitaba en él: él permanecia en la caridad, y por esto vivia en Dios, y Dios en él: *Qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo*. Dios es inagotable fuente, y el corazon del santo hombre era como el canal de donde las aguas salian en abundancia para regar las tierras áridas y fecundar los campos incultos.

Adorémos, mis queridos hermanos, al Dios misericordioso que ha derramado sobre nosotros, sobre la Francia como sobre la España, en todo el mundo, tantos beneficios. Venerémos

á un santo en quien habitó el Espíritu del Señor, y pidamos al Padre de las misericordias de quien toda consolacion procede, que nos ilumine con su gracia para comprender los milagros de la caridad cristiana; y que nos levante á la altura de la santidad, para que seamos capaces de hacer algun bien en el mundo, por amor á Dios y á los hombres. Hacedlo así, Dios mio, para que gocemos de tu amor en la tierra y vivamos de tí eternamente en el cielo. *Amen.*

SERMON

para el día

DE SAN JUAN DE DIOS.



Verti me ad alia..... contemplatus sum omnes labores hominum. Eccles. cap. iv, v. 1 et 4.

Volvíme á otras cosas.... y puse mi consideracion en todas las miserias y trabajos de los hombres.

Señores: la mayor de las virtudes es la caridad. El Santo Job pensaba en la brevedad de la vida y en las muchas miserias que la rodean, y de sus meditaciones se saca la necesidad de esta virtud, cuya práctica alivia y disminuye los males del mundo, y asegura al hombre caritativo una vida inmortal y bienaventurada. *Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miseriis.* Una som-

bra es la vida, segun el lenguaje de los libros santos: y Píndaro decia: «es el sueño de una sombra.» Como una flor, fresca y lozana al abrir el dia, dice Job, que al caer de la tarde se marchita y muere, asi es la vida del hombre, que nunca permanece en un mismo estado: *nunquam in eodem statu permanet*. Suframos por Dios, y padezcamos por él, y sigamos su ejemplo: que asi como se dió por nosotros dándonos su vida, asi debemos poner nuestras almas por nuestros hermanos, y usar de misericordia con los que padecen. El Señor nos dió su ejemplo para que sigamos sus pasos: *sequimini vestigia ejus*: seguidlos, hermanos míos, y sereis imitadores de Dios. *Imitatores Dei estote*.

La enseñanza del ejemplo es sin duda la más eficaz de las enseñanzas: pero suelen los hombres poner á Dios y aun á los santos á mucha distancia de las demas criaturas, para aquietar su conciencia, si nó se mueven á imitar en su conducta á aquel divino dechado de toda perfeccion, si nó se muestran dispuestos á secundar las sublimes virtudes de que nos dejaron tan hermosos ejemplos las almas justas. Vanas

sutilezas del amor propio; reflexiones son estas inspiradas por la pereza. El hombre, cuya soberbia es tan alta que se remonta á los cielos, plega sus alas y se echa por tierra, teniéndose por incapaz de elevarse en el órden moral una línea mas de lo que buenamente y sin grandes esfuerzos ha podido subir. ¿Quereis estimular á cualquiera para que emprenda animoso el áspero camino de la virtud? Os responderá que es polvo, miseria, vil gusano de la tierra, y que el heroismo de la perfeccion es para pocos: pero tocad á este mismo siquiera en un cabello, y le vereis, como al Júpiter de la fábula, disparar rayos.

Mas nó valen estos subterfugios con que quisiera el hombre hacer inutil la enseñanza del ejemplo, tan solo porque es sublime: de Dios nos viene el ejemplo, y de Dios nos viene el precepto. «Si uno de nuestros hermanos cae desgraciadamente en la pobreza, dice el Señor, nó endurezcáis vuestros corazones, sino alargadle vuestra mano y prodigadle vuestros socorros..... Habrá siempre pobres entre vosotros; por eso os mando que los auxiliéis, y les deis benigna acogida como á vuestros herma-

nos (1).....» «Hijo mio, nó niegues la limosna al pobre, nó apartes de él tus miradas, ni desprecies su miseria: nó le hagas mas amarga su situacion por tus desvíos, ni le des motivo á maldecirte; porque el Señor oirá sus quejas, y condescenderá con los votos que el pobre hiciera contra tí (2).....» «Haced bien, dice Jesucristo, á los mismos que nó lo merecen, para que os asemejeis á vuestro Padre celestial, que hace salir el sol y que alumbra á los buenos y á los malos, y que caiga el rocío sobre los justos y pecadores (3).»

Estamos, pues, obligados á emprender el camino de la virtud á pesar de sus asperezas: la enseñanza del ejemplo que nos excita, está autorizada con expresos y terminantes mandatos; y nó vale decir que la santidad no sea la vocacion de todos los hombres, cuando por el contrario, nos dice el Señor por el apóstol San Pablo: *Hæc est voluntas Dei, sanctificatio vestra* (4): «La voluntad de Dios es la santificacion de todos.» ¿Cómo es que nó entraron en

(1) Deuteron. cap. xv, v. 7 et 11.

(2) Eccli. cap. iv, v. 6.

(3) Matth. cap. v, v. 45.

(4) I. ad Thessal. cap. iv, v. 3.

discusion los pecadores convertidos para ponderar su desdicha y poquedad, si no que desde el punto que se hicieron cargo del precepto y del ejemplo, ya no pensaron en otra cosa que en restaurar en sus personas el ejemplar de Cristo, y seguir las pisadas de los santos? ¡Oh almas valerosas! ¡Con qué ímpetu acudisteis á sofocar los pensamientos veleidosos y vanos, y pusisteis manos á la obra con toda diligencia, despreciándolo todo, y yendo derechas á Dios sin volver atrás la cara! Ni os arredró la consideracion de vuestros pecados, antes os sirvió de poderoso estímulo pensando en el infierno que mereciais. Ni os retrajo la consideracion de vuestra indignidad, porque cuando los pecadores se arrepienten de veras, yá nó los mira el Señor como indignos, y nó atiende á lo que fueron por sus pecados, sino á lo que son por su arrepentimiento. Yá no desconfian; ya no temen: creen, esperan y aman, y quedan transformados por la gracia. El hombre viejo se transforma y se hace un hombre nuevo. La gracia hace todos los dias estos milagros. Creedlo, mis queridos hermanos, y asi nó desespereis de vuestra conversion. Convertíos al

Señor; queredlo así, y esto bastará para que seais santos.

La vida de San Juan de Dios, aunque ofreciera desde su principio algunos hermosos rasgos de aquella caridad en cuyos incendios se abrasó aquella alma escogida, ¿no es cierto que empezó tejida de lances y aventuras como la de muchos hombres aventureros y sin seso? Anton Martin y Pedro de Velasco, á la postre convertidos por Juan de Dios, ¿no fueron hombres de mala fama y costumbres, crueles y vengativos, y pasaron de pecadores públicos á públicos penitentes, á fundadores de hospitales, con asombro y edificacion de los que vieron en ellos ejemplos tan sublimes de religion y de caridad?

¡Oh religion divina, religion hermosa! Aliéntanos y dános vida para que nos aprovechemos de tu celestial enseñanza. De la que hoy nos das intento aprovecharme en este dia, glorioso para la Iglesia, y glorioso para la España; y ojalá que el Señor preste á mi palabra aquella energía que nadie sabe resistir cuando Dios lo quiere. Acaso vuestros corazones no hayan menester mas que este discurso para quedar

abrasados en el santo fuego de la caridad. Que el Señor me conceda esta gracia por intercesion de la Santísima Virgen. *Ave María.*

Al mas alto grado de santidad vemos elevado á un hombre oscuro, nacido en humilde cuna, pobre pastor, soldado mercenario, sentenciado á una horca, mercader necesitado, escarnio del vulgo, reputado por necio, y encarcelado por loco. Esto no se pudiera entender si nó vieramos todos los dias cómo saca la Providencia de las tinieblas la luz, y cómo ensalza á las mayores honras lo que descansa en ruines y vilísimos fundamentos. Cuando considero la materia de que estan labradas las más firmes columnas de la Iglesia, exclamo con alegría: nuestro Dios es el mismo que hacía en otro

tiempo de las piedras hijos de Abraham; es el mismo que convertia las sombras en resplandores para guiar en su peregrinacion al pueblo de Israel.

Mirad qué principios los de su vida para esperar cosa buena. De muy tierna edad abandona la casa paterna, en busca de aventuras (1). Lo que cuentan los historiadores del Santo, de haberse tocado las campanas de Santa Maria *con superior oculta mano* en el nacimiento de

(1) Nació en Montemayor (Portugal) el 25 de marzo de 1495, siendo sus padres Andrés Ciudad, y la buena Duarte, cuyo nombre se ignora. Cuando dejó la casa paterna apenas tendría nueve años de edad. Hay quien dice que se fué de su casa siguiendo á un pobre sacerdote á quien hospedaron sus honrados padres.

Otros omiten esta circunstancia, y á mi ver van mas fundados: porque siendo el sacerdote tan pobre, como que hacia el camino á Madrid con limosnas, nó es de presumir que agravara su triste situacion con nueva carga. Y dado que hubieran pasado las cosas de otro modo, el niño Juan no hubiera quedado en el desamparo que le veremos en la villa de Oropesa.

Otros alegan la escasez de medios que habia en su casa, y dan á entender que el niño quiso aliviar á sus pobres padres de toda carga, retirándose. Reflexion es esta impropia de la edad. Que se fué es lo cierto; y que los historiadores de los hombres célebres por algun concepto, han solido mostrar el mayor empeño en tomar los sucesos de la niñez, hayan sido como quiera, por señales precursoras del valor, santidad ó sabiduría, en que, pasando años, vinieron á ser consumados.

este portentoso niño; de haberse visto una columna de luz y otros prodigios, repetición de los asombros que se vieron en el nacimiento de San Carlos Borromeo, Santo Domingo de Guzman, San Benito y San Bernardo, San Vicente Ferrer y San Camilo de Lelis, todo esto, si fundamento tuvo, parecería visiones de imaginaciones acaloradas, al ver qué temprano comenzaba á dar de sí otras muestras, tan diferentes de las que pensó ver y oír entre las nieves y la aspereza cierto humilde hermitaño de la sierra de Oca. Y tanta razon habia para dudar de la ventura y dichoso paradero de un niño, que inexperto y ligero se sale de su casa como un polluelo de su jaula, seducido por el encanto de una peligrosa y casi siempre funesta libertad, cuanto que la amargura y desconsuelo de sus padres llegó á su colmo. Á los veinte dias de la fuga de su hijo, murió la infeliz Duarte, como otra Raquel por la ausencia de Benjamin: más infeliz fué la suerte de Andrés Ciudad, que sobrevivió á uno y otro quebranto; y esto fué lo que le llevó á Lisboa, donde tomó el hábito en el convento de San Francisco, y allí murió.

Mientras estos desastres en su familia, otros sinsabores le acarreaba su vida errante. Viéndose perdido en Oropesa, se acomodó de pastor: expuesto á la inclemencia del tiempo, llegó á fortalecerse; y con la edad y los trabajos vino á ser muy emprendedor y animoso. Tramar proyectos era para Juan Ciudad sabroso entretenimiento, ya que nó digamos necesidad imperiosa ó exigencia de su génio. Tuvo el deseo de mejorar de fortuna, y se fué con la gente que levantó el Conde de Oropesa, para defender á Fuenterrabía, atacada por los franceses. Se distinguió en las armas, como un hombre avezado á los peligros. En una empresa arriesgada estuvo para perder la vida, y le salvó la Virgen: en otra estuvo para ser colgado de un árbol, y tambien le salvó la Providencia, como que le destinaba para tan grandes cosas (1). Nó fué menester otra experiencia para

(1) Estando en la frontera francesa se atrevió á ir solo, montado en una yegua, en busca de provisiones. Cayó en un barranco, dió contra unas piedras, quedó sin sentido, y comenzó á arrojar sangre por la boca. Nadie le pudo socorrer sino la Virgen, á quien invocó con fervor, y pudo incorporarse á sus compañeros. Esta fué la primera empresa. La segunda fué, que custodiando el botin cogido al enemigo, se vió cercado de

que se disgustara de la vida militar, y se volviera á Oropesa, y tornara á su oficio de pastor: pero como génio inquieto que no subsistía mucho tiempo en un mismo parecer, otra vez volvió á tomar partido con las tropas del Conde, pasó á Alemania al servicio del Emperador Carlos V, defendió la Hungría, amenazada del Turco, y acabada aquella expedicion volvió á España, visitó el sepulcro del apóstol Santiago, de Gálicia pasó á Portugal, saludó á su patria sintiendo su alma oprimida de tristeza, y vino á Sevilla, donde se ocupó en la pastoria, oficio que tantas veces habia emprendido y abandonado segun su natural inconstancia. Preciso será convenir con los historiadores, que creyeron descubrir en la aficion de Juan de Dios á la pastoría, ciertas inclinaciones á la pastoral solicitud en que habia de abrasarse su generoso corazon por la salud de las almas (1). Al menos, el ejercicio

franceses, y nó lo pudo defender; mas puesta en dúa su fidelidad, fué condenado á la horca, librándose por medio de un caballero que intercedió en su favor.

(1) El gran Lope de Vega, en una cancion que dedicó al Santo, dice asi:

Que tú, como segundo
Moises, en los ganados te enseñaste
A tantos, que de Dios despues guardaste.

de pastor al que de tiempo en tiempo se convertia, fué la profesion de Abel, y de Jacob, y de Moises, y de David. Jesucristo es llamado el Pastor supremo. La cristiandad es un rebaño; los fieles son las ovejas; Jesucristo es el pastor.

Pero Juan de Dios habia llegado á la edad de cuarenta años, y nada habia hecho mas que seguir una via incierta, á merced de varios accidentes, sin plan fijo, sin norte seguro. Un gran corazon, el espíritu de sacrificio, esto solo tenia. Deseó sacrificarse por una gran causa: pero cuál fuera esta, lo ignoraba. Habia errado muchas vocaciones: cuál fuera la voluntad de Dios, no lo sabia. Que estaba aburrido del mundo, pesaroso de su vida aventurera, afligido de recordar la angustia que devoraron sus padres con tan temprana ausencia, y tan arrepentido de sus pecados que le arrancaban lágrimas, esto era lo que sabia y repasaba en su corazon. Entretanto, se habian pasado cuarenta años inutilmente: puerilidades, fútiles objetos era lo que habia perseguido aquel su corazon, criado para mayores cosas (1). ¿Será po-

(1) *Cúmque me convertissem ad universa opera quæ fecerant manus meæ, et ad labores in quibus frustra su-*

sible que en edad ya algo avanzada se convierta á Dios para ser un gran santo, y un poderoso arrimo de la Iglesia, y una providencia especial para el menesteroso y enfermo, este infeliz vagabundo, que siguiendo su natural humor habia corrido á lejanas tierras en busca de la fortuna?

Ciertamente. Pues si Saulo perseguidor de Jesus fué derribado en tierra, y David adúltero se convirtió, y Maria Eipciaca se apartó de sus disoluciones, como Agustin de sus liviandades y Cipriano de sus hechicerías siendo adorador de los demonios, ¿cuánto más era de esperar este prodigio en el héroe portugues, que nó cayó en semejantes excesos, aunque mucho le hiciera caer de su primitiva inocencia la vida militar y la conducta licenciosa de sus camaradas (1)? Pues esta fué la sazon y coyuntura

daveram, vidi in omnibus vanitatem et afflictionem animi.
Ecoles. cap. ii, v. 11.

(1) El Padre Croisset dice que Juan de Dios cayó en los mayores desórdenes á causa del mal ejemplo: pero el Ilmo. D. Fr. Antonio de Govea, primer historiador del Santo, no asiente (escribió en 1659) á esta opinion; solo admite cierto grado de relajacion en su conducta, como distraido. En la *Vida del glorioso Padre San Juan de Dios* que escribió el Padre Fr. Manuel Trincheria (1773) sigue á Govea. El maestro Francisco

en que la caridad, rebosando de su corazon, le inspiró la firme resolucion de darse todo entero al amor de Dios y de los hombres con extraordinaria vehemencia. Amaneció para nuestro héroe un nuevo dia: Dios le iluminó con su gracia, y le dejó ver el camino de perfeccion y de santidad á que le llamaba. Quien le viera salir de Sevilla con intencion de pasar á Africa á pelear contra los moros, y luego detenerse en Ceuta por nó dejar abandonada á una pobre familia que vivia en el destierro, creeria que nó era llamado á esta expedicion sino por la misma veleidad y desasosiego que le llevó en otro tiempo de los campos de Oropesa á los campos de Alemania: mas viendo que por sacar adelante á aquella desgraciada familia se aplicó á trabajar como un peon en la fortaleza de la plaza, y que faltándole este recurso vendió su capa para dar algun socorro á aquellos infelices,

de Castro escribió una Vida del Santo en castellano: en latin escribió otra Vida Arnaldo de Raise, y otra D. Juan Tamayo de Salazar. En frances la escribió Girardo de Villethierry (Paris 1691) y en italiano, Hilarion Perdicaro (Palermo, 1666). Castro, Govea y Trinchería escribieron en castellano. En las obras del V. Avila anda impreso un compendio de la vida de San Juan de Dios, escrito por Pedro Luis de Muñoz.

es razon pensar de otra manera. La caridad es un fuego, que suele á veces caminar sin que nadie le vea, por debajo de tierra, y va caldeando las entrañas, hasta que al fin hace explosion y levanta al cielo sus voraces llamas. Así Juan de Dios lloraba en Ceuta la desventura de aquella familia socorrida con su trabajo, como lloraba la triste suerte de los bárbaros mahometanos metidos en region de tinieblas, como lloraba la desgracia de un amigo suyo que apostató de la fé y se fué á Tunez el desdichado (1), como lloraba sus pecados y los de todos los hombres, deseando con todas las veras de su corazon dar la vida por Jesucristo. Aquel fuego santo daba llamaradas, y en esto se conocia que Dios habia entrado en su corazón, y se habia de él posesionado, y que por esto ardía.

Con estos pensamientos métese en un barco, penetra en alta mar, se alborotan las ondas, y se declara en el estrecho una tempestad recia. Aterrados los pasajeros á vista del peligro, nuestro Santo les propuso que le arrojaran al mar y se calmaría, pues él estaba cierto de que

(1) Fué Gonzalo Diaz, natural de Evora, amigo particular y compañero del Santo.

sus muchos pecados le causaban aquel enojo, y de que con licencia de Dios se ensoberbecia la naturaleza para confundirle, cual merecia. Despues saludó á la Vírgen, y se calmó la borrasca: brilló serena la estrella de los mares, y llegando la nave á Gibraltar, el Santo se refugió en el templo, puerto seguro y tranquilo para los que navegan en el mar proceloso de este mundo.

De aquí vino á Granada obedeciendo á la voz de Dios (1). ¿Sería para grandes cosas? Asi lo deseaba Juan de Dios; quien esperando que la Providencia le abriera caminos, siguió el que se habia trazado en Gibraltar, abrazando una piadosa industria con la mira de hacer mucho bien. Púsose á mercader de libros devotos, y compraba libros profanos y malos para apartarlos de la circulacion; daba estampas, atraia compradores, y ponderando la bondad de su mercancia, enseñaba buena doctrina. Nó era Juan de Dios revendedor de libros, sino apóstol incansable que trabajaba para bien y utili-

(1) Se cuenta que se le apareció un niño muy agraciado con una granada abierta en la mano, y en medio una cruz, y que oyó decir: *Juan de Dios, Granada será tu cruz.*

dad del prójimo. Y ved aquí, mis queridos hermanos, por el diseño de esta empresa que acometia un solo hombre, con poquísimos dineros, metido en una casilla junto á la puerta de Elvira, y habiendo de sacar de tal industria el miserable jornal que necesitaba, ved aquí que un hombre solo y pobre intenta la obra mas grande y beneficosa con que es necesario hacer frente á los propagadores del mal sobre la tierra. Esta es la obra de la Iglesia. Los fieles y buenos católicos que hacen de su vida una especie de milicia, consagran sus talentos, sus plumas y los demas dones que han recibido de la mano de Dios, á estender el reino de la verdad y disputar su imperio á los errores. Recojer malos libros y facilitar la propagacion de libros piadosos y de doctrina muy sana, esta es hoy la obra de muchas empresas católicas, que el Señor bendiga. Haced vosotros algo, mis queridos hermanos, por el honor de vuestra Religion, por la gloria de Dios, por la causa de la verdad, y por la salvacion de las almas. Todos podreis hacer alguna cosa, porque andan el mismo camino los libros buenos que los malos; la casualidad ó la malicia llevará á vuestras

casas los últimos; y en cuanto á los primeros, el celo religioso, secundando las miras de la Providencia, nó dejará de ponerlos al alcance de vuestra mano. Escojed , pero escojed bien: y asi como no dudariais en deshaceros del falso amigo y traidor disimulado que os acechara para quitaros la vida, asi hariais bien en arrojar á las llamas el escrito inmoral é irreligioso, arma homicida que asesta tan fieros golpes, y cuya envenenada punta se interna en el corazón con cierta manera de suavidad, que al desprevenido engaña, y al complice deleita, y á todos asesina. Nó hagais caso á los que digan que es menester leer de todo; pues los que esto dicen no leen mas que lo malo, y á ello se inclinan: al paso que los que se abstienen de leer libros prohibidos, tienen mucho amor á los buenos, y con ellos se deleítan, y de su doctrina viven, y por sus máximas se arreglan, y segun su recta sabiduría componen sus discursos y gobiernan sus entendimientos. Seguid á San Juan de Dios, y nó á los que pregonan por buenas las obras en que se enseña á pecar, ni á los hombres extraviados que se afanan por privarnos de los consuelos de la Religion, y se recrean en

hostilizar la Iglesia que fundó Jesucristo, y perturbar hondamente la sociedad cristiana.

He aprendido por la experiencia de muchos casos, cuánto se sirve á Dios en esta ocupacion santa. El que tiene á honra ser discípulo de Jesús y se gloria en tomar sobre sí alguna parte de las fatigas del apostolado, consigue tales aumentos en su fé, y acrecienta su caridad en tal grado, que se le allana el camino de la virtud, y Dios recompensa su celo con abundantísimas gracias. Que digan los que facilitando un buen libro hayan conseguido despertar un alma, excitar un remordimiento, atajar un escándalo, desterrar un vicio, ó reanimar la fé, si hay en el mundo satisfaccion alguna que con esta se compare; y si nó han sentido descender sobre ellos la misericordia de Dios, paga generosa de la misericordia que con los desdichados pecadores ejercieron.

La misericordia de Juan de Dios, su celo por la Religion, su amor á los pecadores sus hermanos, y el fervor propagandista por cuyo medio su alma siempre contrita se desahogaba, atraieron las misericordias del cielo. El tesoro escondido va á revelársenos: ha llegado el mo-

mento en que hasta las últimas reliquias del hombre viejo van á desaparecer. El mundo lo vió con asombro: y nosotros, aunque narremos sucesos antiguos, y de muy pocos ignorados, lograremos conmoveros. Preparáos contra nosotros, y ved si podeis resistir el sencillo relato y las triviales consideraciones á que los acontecimientos que voy á referiros se prestan.

Señores; nuestros destinos estan en la mano de Dios, y su providencia en la salvacion de los hombres se nos da á conocer por disposiciones no menos sencillas que admirables. Dios pone unos hombres cerca de otros, y asi los salva. Ya los junta desde la infancia en los bancos de una misma escuela, ya concierta que se encuentren á la misma hora de emprender un viaje; ó los mete en unos mismos negocios que dan margen á sucesos, en la apariencia fortuitos, siendo tantas las maneras y combinaciones de que la suerte de los hombres depende, que sopena de cerrar los ojos, es preciso reconocer que Dios gobierna el mundo segun estos planes. Pone al sabio cerca del ignorante, al hombre de fé cerca del incredulo, al caritativo junto al necesitado, al compasivo junto al cruel,

al elocuente y persuasivo junto al entusiasta, y así aviene los extremos, valiéndose, lo mismo de las oposiciones que de las afinidades, para el gobierno del mundo. Á veces crea un sentimiento misterioso, que llamamos *simpatía*, y lo pone entre caracteres opuestos para que recíprocamente se atraigan. En la vida de los santos abundan estos encuentros y felices combinaciones, arregladas por la mano de Dios. La Providencia fué quien trajo á Agustin del error á la verdad, del Africa á Milan, de las lecciones de los retóricos paganos á la catedra en que predicaba San Ambrosio. La Providencia llevó á Gerónimo á las catacumbas de Roma para que se conmoviera con el pavoroso silencio de la muerte, reinando en millones de sepulcros. Y viniendo á tiempos mas cercanos, por semejantes medios se obró la conversion de Ignacio de Loyola; y los estragos que hizo la fatal guadaña en el antes hermoso rostro de una reina, llevaron á la santidad á un Francisco de Borja. Pues he aquí que el Señor, infinitamente misericordioso, hecho cargo de las excelentes disposiciones y deseos de Juan de Dios, trae á su lado al hombre que necesita: y este hombre,

deparado por la Providencia, fué nada menos que el venerable Juan de Avila, acostumbrado á misiones providenciales; porque fueron muchísimas las almas que se convirtieron á Dios, merced á la vida ejemplar y á las fervorosas exortaciones del *apóstol de Andalucía*. Dícelo á las claras su *Epistolario espiritual*; enséñalo el mismo Duque de Gandía: publícalo la fama, que por *apóstol* le tiene, y apóstol que ablandó el empedernido pecho de innumerables pecadores.

Hacia el venerable Avila el panegírico del glorioso San Sebastian, martirizado con saetas, y en el mismo sermon ponderaba el amor de Dios á los hombres, y lo acreditaba con infinitas pruebas: porque era la costumbre del apóstol de Andalucía nó bajarse del pulpito sin tratar del amor de Dios, asunto capital de todos sus discursos. Juan de Dios le escuchaba con atencion religiosa; y como solo esperaba una *palabra encendida, la palabra de Dios, que es fuego para los que esperan en él* (1), se sintió dominado y subyugado por la uncion del santo

(1) *Omnis sermo Dei ignitus..... sperantibus in se.*
Prov. cap. xxx, v. 5.

sacerdote, que nó tuvo necesidad de forzar la materia para entrar en su terreno favorito. Él convirtió la lluvia de saetas que los verdugos tiraban al Santo, en otra lluvia de saetas, que con mucha dulzura y suavidad rompian el pecho de los pecadores, abriendo puertas al amor divino. Los buenos ejemplos, los desengaños, las santas inspiraciones de la gracia, y los deseos, saetas son que nuestro Dios amantísimo nos envia. Las muertes repentinas, los acaecimientos milagrosos, los grandes peligros, los avisos secretos y llamamientos interiores, son saetas penetrantes: y de golpe hiere al pecador el amor divino, y traspasa su corazon de parte á parte, y consume lo que en él encuentra de terrenales afectos, tan pronto como el pecador se determina á dar de mano á los engaños que le retenian en su antigua vida, y á proseguir la senda del amor.

¿Quién diría que llegaba tarde la palabra del venerable Avila, dicha con penetrante unción y caridad suavísima? Todo al contrario: llegaba muy á tiempo, y ahora vereis qué asombro. Los prodigios que se vieron en Pablo, y en la Magdalena, y en Agustin, y en Felipe Neri, y

en Teresa, se repiten con mas frecuencia de lo que se cree. ¡Oh si fuera posible que penetramos en los arcanos de esas almas que fugitivas del mundo buscan el amparo de la Iglesia para hablar con Dios, y bendecirle, y anonadarse en su soberana presencia, y darle gracias por los trabajos que les envia! ¡Qué de cosas tan buenas diríamos! ¡Qué de almas arrancadas del barro de este mundo y ansiosas de traspasar los cielos! ¡Qué de corazones heridos, y cuántas flechas doradas, y cuántas entrañas derretidas á la violencia del amor divino! ¡Qué conceptos tan hermosos, hijos de la inspiracion, y qué suspiros de lo hondo del pecho, y qué lágrimas, manando del cristal de los ojos como fuentes!

Mas lo que pasó en Juan de Dios no fué cosa de misterio, sino que fué público y conocido de todo el mundo; porque las lágrimas hicieron represa, y se despeñaron como torrentes; nó fué en su mano comprimir los sollozos, de que nacieron desamparados gritos: el dolor de sus pecados era tan vivo, que le hizo prorrumpir en fuertes exclamaciones: ni el amor de Dios le cabia en el pecho, ni Juan de Dios ca-

bia en la Iglesia: y se salió como loco, golpeándose con una piedra como San Gerónimo en el desierto, arrojándose al lodo como San Benito á las zarzas, confesando á voces sus pecados y pidiendo misericordia, como el publicano del Evangelio. El amor es loco, pero un loco muy sublime, que como dice San Bernardo, inspira locuras del mismo género: y aunque locura y sabiduría en el comun sentir nó se compadecen, esta sublime demencia que inspira la locura de la Cruz, es sabiduría, segun el dicho del Apóstol: «Si alguno quiere ser sabio, hágase loco.» *Siquis videtur inter vos sapiens esse in hoc sæculo, stultus fiat, ut sit sapiens* (1).

Por tál le tuvieron las gentes, y le compadecieron unos, mas se mofaron otros. Á los pies del venerable Avila fué donde apareció Juan de Dios como era en realidad, un hombre arrepentido de haber ofendido al Señor, llorando su ingratitud por los singulares beneficios que habia recibido de la infinita misericordia, que veia amontonarse los años sobre su cabeza sin hacer aquello para que Dios le habia criado, sin llenar la importante mision que le corres-

(1) I ad Corinth. cap. iii, v. 18.

pondia; un penitente, en fin, que quisiera en poco tiempo resarcir lo perdido hasta aquel dia, teniéndose por traidor, ruin, ingrato y digno de los mayores ultrajes. Nó se los escasearon en verdad, bien que en la apariencia él no dejaba de hacer cuanto pudiera para merecerlos. Como loco fué conducido al hospital, y maltratado, y azotado despiadadamente; lo que junto con las penitencias y mortificaciones que le habian demacrado hasta el extremo, tomábalo el Santo por grandísima dicha. A tales extremos le condujo su humildad (1).

Si un hombre tan respetado como lo era de todas las gentes el venerable Avila no hubiera dicho—*Dios tiene destinado á Juan para grandes empresas*—nó se yo quién más que él le hubiera sacado de aquella dura cárcel. Mas con tan buena fianza y lo que ya se sabia de la sublime caridad del hasta entonces tenido por loco, el loco pasó plaza de cuerdo, el loco granjeó para sí reputacion de sabio, el loco fué ve-

(1) De la humildad de Juan de Dios, dice con singular gracia Lope de Vega en la cancion citada:

¡Qué peregrino modo
De hallar á Dios, el despreciarse tanto!
Portugues y humillarse, causa espanto!

nerado por santo. A tales extremidades lleva el amor de Dios y de los hombres: tanto arrebatada y saca de quicio. Por esto decia San Lorenzo Justiniano: *Vidimus sapientem pro nimietate amoris infatuatum*: vimos al sabio como infatuado, loco, á causa de su excesivo amor. Tan allá fué el Santo á impulsos del amor divino, que dió sus vestidos á los pobres, y se quedó desnudo y descalzo, y dispuesto á dar por ellos la vida, que ya no le quedaba otra cosa.

Granada fué desde este momento el teatro de sus glorias (1). Vivía en continuos ayunos y penitencias, y esperando que la voluntad de

(1) Omitimos decir que fué á Montilla á tratar con el venerable Avila; de aquí pasó al santuario de nuestra Señora de Guadalupe, que está en Estremadura, haciendo el viaje descalzo, descubierta la cabeza, con un baston, y sustentándose con el producto de la leña que hacia en el monte, y vendia en cualquiera pueblo. Maravillas vieron los de Fuente-ovejuna, y los de algunos lugares de Sierra-Morena, adonde se encaminó el Santo. Fué á Oropesa aunque le pillaba muy á trasmano, y allí curó milagrosamente á Ana de la Torre, lamiéndola unas ulceras con muchísima caridad: y por huir de los aplausos, se vino á Baeza, con noticia de que su padre espiritual y sabio maestro Juan de Avila estaba predicando en dicha ciudad. A poco tiempo le despidió diciendo: «Hermano Juan, volveos á Granada, para donde os llamó Dios cuando le visteis en figura de niño y os dijo: *Juan de Dios, Granada será tu Cruz.*» Y obedió al punto.

Dios se declarara, preparábase con la oracion. Heríale esta luminosa reflexion de San Buena-ventura: «Si quieres vencer las tentaciones, pasiones y aflicciones, procura ser hombre de oracion. Si deseas conocer los engaños de Satanás y librarte de sus lazos, procura ser hombre de oracion. Si quieres seguir con alegría el camino de la virtud y pasar los trabajos sin trabajo, procura ser hombre de oracion. Si quieres no distraerte y desterrar de tu alma todos los pensamientos malos; si quieres bañarla en devocion, llenandola de santos pensamientos, procura ser hombre de oracion. Y finalmente, para ahuyentar todos los vicios, alcanzar todas las virtudes, y llegar con rectitud á la cumbre de la perfeccion y santidad, procura ser hombre de oracion (1).»

De la oracion salia bañado en lágrimas y muy consolado, cuando leyó el siguiente rotulo fijado en una puerta: *Esta casa se alquila para pobres.* ¡Qué rotulo! Á este rotulo se debe que San Juan de Dios fuera el fundador de una órden hospitalaria. En sustancia, este rotulo y la señal de la Cruz que el Santo puso encima

(1) *Medit. vit. Christ.*

de la puerta, vino á ser en breve en muchas naciones y éslo al presente, la inscripcion y enseña de los muchos hospitales que para alivio de los menesterosos ha consagrado la Religion. Él no tenia dineros, ni muebles, ni ropas, ni nada de lo que vulgarmente se necesita; pero tenia tanta fé en la Providencia, y era á sus ojos el pobre una persona tan sagrada por razon de su misma pobreza, que nó se intimidó poco ni mucho, ni reparó en las dificultades de la empresa. Unas cosas trajo de limosna, otras tomó al fiado; á unos tocaba en el corazon con palabras, y abrian la mano; iba y venia cargado con efectos y enseres para la casa, y acarreaba los enfermos echándoselos á la espalda. El tullido, el manco, el hidrópico, el leproso, el ciego, el mudo, el paralítico, el huérfano, el exposito, el herido, el demente y el incurable aguardan en las salas una cama vacante, en la puerta ocasion de entrar, en las calles, en el atrio de los templos ó en sus miserables albergues, la mano de un ángel ó la del *hermano Juan* que los saque de su hediondez y miseria (1). Y salien de su infeliz estado por seme-

(1) En una carta escrita por el Santo al caballero

jantes medios. Ya era Juan de Dios el médico de sus cuerpos y los curaba solícito: ya curaba sus almas poniéndoles delante la Pasion dolorosísima del Señor para que sanaran meditándola: ya tomaba una espuerta y ataba dos ollas en los cabos de una soga que se echaba al cue-

Gutierre Laso, que vivia en Málaga, decia así hablando del hospital: «Habeis de saber, hermano mio muy amado, que son tantos los pobres que aquí se llegan, que yo mesmo muchas veces estoy espantado, cómo se pueden sustentar; mas Jesucristo lo provee todo y les dá de comer.... Hay aquí tullidos, mancos, leprosos, mudos, locos, perlatieos, tiñosos, y otros muy viejos, y muchos niños; y sin estos, otros muchos peregrinos y viandantes que aquí se llegan, y les dan fuego, y agua, y sal, y vasijas para guisar de comer. Y para todo esto no hay renta; mas Jesucristo lo provee todo... y el dia que no se halla tanta limosna que basta... tómolos fiado, y otras veces ayunan. Así que de esta manera estoy aquí empeñado y cautivo por Jesucristo, y debo mas de 200 ducados de camisas, y capotes, y zapatos, y sábanas y mantas, y de otras muchas cosas que son menester en esta Casa de Dios, y tambien de crianza de niños que aquí echan. Así que, hermano mio, viéndome tan empeñado que muchas veces no salgo de casa por las deudas que debo, y viendo tantos pobres mis hermanos.... estoy muy triste; mas confio en solo Jesucristo, que él me desempeñará, pues sabe mi corazon..... No dejeis de rogar á Jesucristo por mí, que me dé gracia y esfuerzo para que pueda resistir y vencer al mundo, y al diablo, y á la carne, y me dé humildad, y paciencia, y caridad con mis prójimos, y me deje confesar con verdad todos mis pecados, y obedecer á mi confesor, y despreciarme á mí

llo, y llegada la noche, salia por las calles diciendo: *hermanos, una limosna para vosotros mismos.* El Santo llevaba áuestas á un pobre; cae en tierra, y un ángel le socorre. El mismo ángel abastece de pan el hospital. Un pobre, casi muerto, se le ofrece á la vista: va á socorrerle; repara al lavarle los pies en sus sagradas llagas, y conoce ser la Majestad de Cristo, que súbito se ilumina con divinos resplandores. Tan vivo era el resplandor, que los enfermos pensaron que el hospital era presa de las llamas. ¡Santa casa que fuiste fundada por San Juan

mesmo, y amar á solo Jesucristo..... Lo que tiene y cree la madre Santa Iglesia, así lo tengo yo, y creo, y de aquí no salgo, y echo mi sello, y cierro con mi llave.»

Por otras cartas que escribió á la Duquesa de Sesa se sabe los apuros que pasó, pues en una dice que estaba «renovando la casa que estaba muy perdida y se llovía, y con esta obra estoy en grande necesidad.» Los Duques de Sesa ayudaron mucho al Santo. También escribió al Conde de Feria y al Duque de Arcos. Por estas cartas se sabe que el Santo estuvo en Córdoba recogiendo limosnas, y en Cabra donde vivía la Duquesa de Sesa, y en Alcaudete, salvo cuando le sucedía empeñarse (como le sucedió en Córdoba, por socorrer á una familia necesitada; ó en Alcalá la Real donde lo pasó muy mal el Santo, porque estuvo cuatro dias enfermo, se empeñó en tres ducados para ciertos pobres, y además no pudo pedir, porque halló á los principales de Alcalá muy revueltos contra el Corregidor.

de Dios! En tus paredes reflejó la Majestad del Dios vivo; le tuviste en el padron de los pobres enfermos que á tu sombra eran amparados; el fuego de lo alto bajó sobre tí, y con pan del cielo se sustentaron tus pobres, servidos por ministerio de ángeles. *¡Oh charitas! oh charitas! oh charitas!*

Ved, mis queridos hermanos, de lo que es capaz el hombre, mas que haya llegado á una edad avanzada. Y si la vida de Juan de Dios, sembrada de tan varios y raros accidentes, nó prometia á los principios ser lo que fué andando el tiempo, bien conocereis en este ejemplo lo que da de sí la caridad, y la fuerza que tiene esta virtud. Sería menester que se nos borrarán todas las ideas que tenemos recibidas desde que nacimos, para dudar de la fuerza de esta sublime virtud, por la que el hombre asciende hasta Dios, así que Dios ha descendido hasta él. La caridad junta á Dios con el hombre, derriba las barreras que separan el cielo de la tierra, y borra entre los hombres las diferencias que los distinguen en nobles y plebeyos, ricos y pobres, sabios é ignorantes, dichosos y desdichados. Por eso en el hospital

de Juan de Dios que la caridad ha fundado y donde la caridad reina, vemos juntos á los pobres de Jesucristo asistidos por arzobispos, y condes, y duques, y damas principales, y caballeros de prez, y eclesiásticos, y nobles, y pecadores convertidos, y reyes que ofrecen dadivas, y nobles señoras que se desnudan de sus joyas. Allí los pobres de todas enfermedades, allí los santos de todas las virtudes, allí los ángeles desempeñando su oficio de abogados, allí los milagros, allí la Providencia visible, allí los resplandores del cielo, allí Jesucristo con la librea del pobre, tomando plaza en la enfermería que tomó en alquiler para los pobres, el mayor de todos. Nosotros no somos mas que uno en el Señor, los ricos, los pobres, los libres, los esclavos, los sanos y los enfermos. Una es la cabeza, que es Jesucristo, y nosotros debemos ayudarnos los unos á los otros, como miembros de un mismo cuerpo. Esta maravilla de verse todos juntos, auxiliándose con aquella eficaz ternura que nace del amor, solo se ve en nuestra santa Religion: porque fuera de ella, los ricos estan á un lado, los poderosos viven aparte y evitan el contacto

de los miserables harapos de la pobreza, los pobres perecen, los enfermos yacen desamparados, y Dios permanece apartado de unas gentes que nó le tienen por su Dios y Señor, en el hecho de nó practicar la virtud y nó tener compasion del enfermo y menesteroso. Así, nó os asombreis de que Jesucristo se apareciera á San Juan de Dios, porque Dios es caridad, y le hace fuerza para venir en auxilio del hombre que la practica, ya de un modo invisible, ya de un modo visible. Nó os admireis de que viniera Jesucristo como pobre, porque pobre quiso nacer, y vivir y morir, y declaró que lo que se hiciera por amor á los pobres por su amor se haría, y que dar de comer al hambriento y de beber al sediento sería lo mismo que aplacar el hambre y la sed que Jesucristo padeció por nosotros. Nó os admiréis de que Jesucristo se presentara como enfermo, pues tomó sobre sí nuestras enfermedades, y la enfermedad que más le aquejó y por lo que sufrió mortales desmayos, fué el tierno amor que nos tenia, y la compasion que nuestras necesidades le inspiraban.

Jesucristo vino á San Juan de Dios, así como

el Santo iba en busca de los pobres, para darse á ellos todo entero. Solo entregándose por completo á los santos arrebatos de la caridad, y saliendo al frente de las infinitas necesidades que se padecen, sin tener medios para satisfacerlas, es como se puede dar á entender la eficacia y poderosos recursos que tiene esta virtud. Lo que de ella enamora es que sin tener nada es inagotable; que con miserables ochavos levanta palacios para la indigencia; que con los relieves de la comida de los ricos alimenta á millones de pobres. Fuera Juan de Dios un potentado como sus buenos amigos los Duques de Arcos y de Sesa, y el milagro de la caridad no sería tan estupendo. Mas era menester que se viera lo que puede dar de sí el corazón de un hombre cuando Dios le anima, y esto fué lo que tuvo Juan de Dios: un gran corazón, un corazón sensible á las desgracias, tierno, compasivo y animoso: nó tenía otros bienes, nó otras rentas, ni mas mina que esta, de la que salia el oro en barras, ya bruñido y pulimentado. Por las necesidades que socorrió y los ningunos medios que tenía para socorrerlas, se puede formar idea de la intensidad de

su amor, y de la fortaleza que acreditó poniéndose á trabajar por el amor de Dios y de su prójimo. En el mundo son siempre muchas las desdichas; y querer remediarlas un desdichado, por fuerza ha de parecer intento sublime ó temerario. Asi como se califica de insensato al hombre que en un combate, estando solo y desarmado, arremete á ciento, asi en tanta calamidad y miseria, ver que un miserable levanta bandera y hace un llamamiento á todos los pobres y enfermos para socorrerlos y alimentarlos, y sanarlos sin tener nada, parece cosa insensata. Y fué asi juzgada la empresa de San Juan de Dios; por cuya razon tuvo al principio tantos émulos y enemigos declarados, como devotos y admitadores despues (1).

(1) El P. Trincheria en su libro titulado *Pasmosa vida, heróicas virtudes de San Juan de Dios*, dice hablando de los que acusaban al Santo por sus desatinos y locuras. «Decian que la cortedad de medios, la estrechez de las salas, y los vapores arrojados de tantas enfermedades distintas, bastaban para producir contagiosas epidemias. Esforzaban esto con haber visto al patriarca con demostraciones de loco por las calles: publicaban con la mayor malicia por toda la ciudad estos dicterios, y de ellos se valia el demonio para estorbar las limosnas. ¿Qué otra cosa puede avivar esta empresa tan gigante, decian, en un hombre medio desnudo, descalzo, sin capa, sin sombrero, y cargado con un

Hay pobres que á poco que se les ayude, pueden salir de su estrechez: ya proporcionándoles el calor de sus parientes, ya dándoles alguna cosa para levantar su industria decaída. Pero ordinariamente el pobre se acobarda y se aflige, y no espera que los tiempos cambien para él. Aquí de la caridad, hermanos míos, para sostener y confortar á los pobres, para que sean honrados y laboriosos, y esperen en Dios. Por su cuenta tomó Juan de Dios á estos infelices, que no vinieron á total ruina, gracias á sus amorosos cuidados.

Mas no olvidemos, mis queridos hermanos, que no tardan las enfermedades en seguir á la pobreza, y á todo esto junto, la soledad y de-

esportillo ó capacha, sino una declarada locura, ó frenesí bastante exaltado?

Alquilar una casa grande, poner cuarenta y seis camas (así empezó, pero luego se aumentó el número, así como el hospital fué trasladado de la calle de Luceña á la de Gomeles, y así fué creciendo y prosperando) traer á cuantos impedidos encuentra para curarlos, dar de comer á una multitud de gentes tan numerosa, como el conjunto que para todo esto es preciso, y sin hacer caso de embarazos procurar el aumento cada día, ¿qué otro impulso puede tener sino un delirio, un desvario?» Desvario, si, pero sublime desvario. Jamás han empezado los santos á hacer sus obras ateniéndose á un presupuesto.

samparo del pobre enfermo. La enfermedad es de por sí asquerosa, y en los pobres se hace mas repugnante. Las gentes mas acomodadas, rodeadas de satisfacciones y placeres, en fuerza de pasar agradablemente una vida holgada y regalona, contraen tales hábitos de delicadeza, que se ahogan y no pueden respirar en la triste vivienda de los pobres; huyen del espectáculo de la miseria, y les causan horror los gemidos del enfermo desvalido. (1) Pues á estos vino San Juan de Dios, atraído por sus lamentos, muerto de amor por consolarlos y socorrerlos; con los brazos abiertos, trayéndoles medicinas y prodigando los tesoros de su caridad. Vivimos, señores, en un siglo privilegiado entre todos los siglos, en cuanto á la manera y extension con que se practica la caridad. Contad si podeis las instituciones que se organizan con este fin, la multitud de gentes desinteresadas, puestas á su servicio, y esa numerosa milicia que recluta la Iglesia en todas las clases de la sociedad, compuestas de personas de todo

(1) A estos reprende el Señor diciendo: *Non te pigeat visitare infirmum: non desis plorantibus in consolatione, et cum lugentibus ambula. Eccli. cap. vii, v. 38 et seq.*

sexo, edad, estado y condicion. Considerad el interés que en ella ponen los gobiernos; los estudios que se hacen, mas que nó sea por celo de Religion y sincero amor del prójimo, para reglamentar la beneficencia, y considerad por último que por buen ó mal camino, unos por agradar á Dios, otros por impedir lo que se ha llamado (¡qué horror!) el *monopolio de la caridad*, todos han venido á convenir en que es preciso socorrer al pobre, hasta quitar de las ciudades al menos el triste espectáculo que presenta la mendicidad, hasta acabar con el pauperismo, como piensan los mas delirantes. Pues bien, á pesar de todo, aún se ven algunos pobres, muchos, que para mover á compasion se presentan en público mutilados, horribilmente mutilados, más muertos que vivos, unos sin brazos, otros sin piernas, otros sin lengua, otros sin ojos, llevados en roñosos jumentillos, arrastrados en carretones, ó arrastrándose ellos mismos por el suelo, ó ya con muletas, ó guiados por perros, ó tocando una campanilla si ellos son mudos, ó guiados por un lazarillo mudo pero con vista si ellos son ciegos. Ya veis, señores, que el espectáculo doloroso y repug-

nante que ofrecen estos mendigos, á pesar del siglo en que vivimos, no es enteramente raro; y que no falta circunstancia para hacerlo ingrato á los ojos de todos aquellos que abriguen en su corazon sentimientos de humanidad.

Y si esto sucede hoy ¿qué sucedería hace tres siglos? ¿qué sucedería en los tiempos que alcanzó San Juan de Dios? El reino estaba empobrecido; las guerras eran frecuentes; la obra de la reconquista de España no estaba todavia bien asentada; no se atajaba la emigracion de españoles á las Américas, arrastrados por el incentivo del oro: la ocupacion de guerrear habia servido para criar habitos de holganza; hormigueaban los aventureros, y ya hemos visto cómo el ilustre hijo de Montemayor pagó su tributo al uso que reinaba por entonces, tomando plaza entre las tropas del de Alba y Oropesa (1). La gloria y los desastres de la patria

(1) Santo y muy santo era ya Juan de Dios, y dando consejos á un tal Luis Bautista que desde Jaen se los pedia, sobre si iria á Valencia ó á otra parte, le escribió: «Si yo supiera de cierto que acá aprovecharíais para vuestra ánima,... os mandaria que os viniesedeis... mas paréceme que seria mejor correr ahora algunos dias crugia, hasta que viniesedeis muy bien hecho, sujeto á trabajos y dias de muy mucha mala

habian crecido á la par; y ahora comprendereis cuántos mendigos habria y cómo se esforzarian por excitar la compasion de las almas sensibles, no habiendo asilos para tantos, nó siendo posible precipitar la grande obra en que á la sazón estaba empeñada la Iglesia, es á saber, la fundacion de hospitales, hospicios y casas de refugio, que á toda prisa fundaba. El siglo XVI fué el siglo de los santos fundadores, y uno de ellos, el que sobrepujó á todos, fué San Juan de Dios.

Figuráos cuántos serían los infelices haraposos de que el Santo se veria rodeado. Unos eran no mas que restos de hombres, y tan desfigu-

ventura... y (si pensais ir á Valencia) os informareis ahí de los peregrinos que pasan para un cabo y para otro: ahí os dirán qué tal está esa tierra de Valencia. Si fuereis á Valencia, vereis el cuerpo santo de San Vicente Ferrer, pues que me parece que andais como barca sin remo y..... como piedra movediza. Bueno será que vais un poco á..... pasar mala vida, hambre, y sed, y deshonras, y cansancios, y angustias, y trabajos, y enojos..... que si acá venis, habeis de pasar todo esto..... cuando vengais á la casa de Dios, que sepais conocer el mal y el bien: mas vos..... si supieseis que con esa ida os habiadeis de perder, mas valdria volver aquí ó á Sevilla, donde nuestro Señor Jesucristo más os guiase..... Y si os parece de correr agora el mundo y buscar alguna aventura, donde Dios mejor se sirva, haced todo como quisiere y fuere servido, como aquellos que van á las Indias á su ventura.»

rados que nó se les conocia. Unos decian quié-
nes habian sido sus padres, cuál era su patria:
un manco se serviría de la mano de un ciego,
y á este le prestaría sus ojos: y á esto se redu-
ciría el consuelo de amigos y parientes, sin
poder contar otro apoyo. Cantaban unos y sus-
piraban para mover los corazones con el triste
canto, y mostraban al transeunte sus úlceras, y
se apiñaban en derredor suyo, en el átrio de los
templos. Voces lamentables, *voces desquiciadas*
del natural como dice el maestro Alejo Vene-
gas, hacian llegar otros á los oidos de la mul-
titud distraida, para llamar la atención hacia
su miseria: y muchísimos infelices, una gran
turba en cada pueblo, estaban espuestos á to-
das las molestias del frio, del calor, del polvo,
del viento, de la nieve, de la lluvia, del ham-
bre, de la desnudez y de los mayores rigores.
Figuráos, Señores, qué mision la de San Juan
de Dios, tan difícil de llenar, y si para cum-
plirla no se necesitaba toda su caridad, y abra-
zarse á la humanidad doliente con aquel amor
tan ciego y confiado que pareció locura.

Añadid á esto una preocupacion que aun en-
tonces dominaba respecto de ciertos enfermos.

La lepra era una enfermedad terrible, y la mayor desdicha del leproso era el abandono en que se veia. Tiempos atras, la Iglesia mejoró su suerte: solamente la Iglesia cuidó de los leprosos; mas si bien mejoró su situacion é impidió que su abandono fuera completo, se mantuvo esta preocupacion por mucho tiempo. ¡Infelices de los leprosos sin la caridad de Jesucristo que dió al mundo una Santa Isabel, Reina de Hungría, que con sus mismas manos los curaba, y un San Juan de Dios que los tomaba en brazos y los ponía sobre sus hombros! Gentes habia entonces que huian de los leprosos, teniéndolo á deshonra, y nó tenían reparo en acoger á los asesinos, en proteger á los facinerosos, en hacer buena cara á los ladrones, en admitir á los adúlteros en su casa y en su mesa. Figuráos los trabajos que pasaría San Juan de Dios con estos infelices, en un tiempo en que para muchas personas preocupadas, la condicion de criminal y hombre malvado venia á ser en realidad mucho mejor que la condicion de enfermo. Si ya no se expulsaba como en otro tiempo á los leprosos, de las ciudades, de las casas, de los festines y hasta de los caminos públicos,

al menos se evitaba su encuentro, y este desvio no estaba exento de dureza y crueldad. ¿Qué sería de estos infelices sin la caridad de un San Juan de Dios que los llamaba hermanos, amigos, hijos, y que se abrazaba con ellos, y miraba en el pobre la persona de Cristo?

Porque nó es licito tomar la caridad como un sentimiento propio del hombre, que se complace en hacer el bien, refiriendo á sí y á su satisfaccion propia el bien que hace. Hacer el bien por Dios y mirar en el pobre á Jesucristo, este es un deber que nace de la caridad, esta es la caridad. Dice el Señor que el que recibe á sus apóstoles al Señor recibe, y otro tanto se puede decir de los enfermos: *qui recipit vos, me recipit*. Del mismo modo podriamos, mudando tan solo una palabra, aplicar á los enfermos lo que de los apóstoles dice San Gerónimo: *ut in suscipiendis INFIRMIS unusquisque credentium Christum se suscepisse arbitretur* (1). Pues esto hacia San Juan de Dios: buscaba á Jesucristo en la persona del pobre, y sin duda por esto lo encontró; como los que nó miran en el pobre mas que la miseria, el espectro de la miseria los si-

(1) Lib. I in Matth. cap. 10.

gue á todas partes. Ordenemos la caridad, mis queridos hermanos, á ejemplo de San Juan de Dios.

Y si de la pobreza y enfermedad de los cuerpos subimos á considerar la podredumbre de las almas, ¿cuánta caridad, y paciencia, y fortaleza, tuvo que acreditar San Juan de Dios para llevar adelante la santa y dificultosa obra que habia emprendido? Porque al fin, el poner una mesa al necesitado, disponer una cama al enfermo, vestir al desnudo y dar posada al peregrino, nó encuentra repugnancias por parte de los pobres, que esto es lo que buscan. Pero obligar á los pecadores á que dejen sus pecados en que tienen tanto gusto, labrar á vivo fuego las heridas de una carne voluptuosa, alcanzar del hombre cruel y vengativo que se convierta en manso y resignado, traer á la penitencia al que vivió en regalos, convertir en caritativo y dadivoso al que fué duro avariento, y en emprendedor y laborioso al que miraba con tedio y repugnancia los trabajos, esto, Señores, es tan admirable, que excede toda ponderacion.

Antes he alabado el interés que hoy ponen todos los hombres que de la beneficencia se

ocupan, ya en escritos, ya en proyectos, ya como filósofos, ya como hombres de administracion y de gobierno, para mejorar la suerte de las clases menesterosas. Ya miren este punto como cristianos y se ocupen de la beneficencia para agradar á Dios, ya se ocupen de socorrer á los pobres y abolir la mendicidad como quien barre la inmundicia de las calles, el bien se hace, y los que lleven una intencion santa tendran su recompensa, y los que nó, eso pierden. Mas yo no puedo menos de aprovechar esta ocasion que me parece muy oportuna y que se brinda, para compadecerme de la ceguedad de los que solo atienden al socorro de los males fisicos y se desentienden de los morales, párandose en las miserias corporales, y nó en los pecados, que son la lepra del alma. Estos quieren hospitales, hospicios, casas de asilo, manicomios, cárceles y presidios en tan buen pie de salubridad y decencia, y cuentan humano trato, como por desgracia no los tenemos todavía en España: estos quieren, en fin, cajas de ahorros y otra multitud de establecimientos muy utiles, para preservar á unos de la pobreza, sanar á otros de sus enfermedades, y cortar al cri-

minal los vuelos, no dejándole que de nuevo se eche sobre la sociedad, como el milano sobre su presa. Mas ¿se pone el mismo interés en la salvacion de sus almas? Dudo, y á mi parecer con razon, que tál cosa entre en sus doctrinas. En sus doctrinas entra el moralizar estas clases necesitadas: en sus doctrinas entra, todo lo mas, nó rechazar el saludable influjo de la Religion: pero la filosofia, y la politica, y la administracion, tocadas del sensualismo y materialismo reinante, dan la preferencia á las necesidades del cuerpo sobre las necesidades del alma. El pecado no inspira el mismo horror que una llaga ó una apostema, aunque el Señor quiere que nos horroricemos á su vista, más que á la vista de una serpiente; porque sus dientes, como dientes de leon, matan las almas (1): no se castiga tanto al escandaloso y mal hablado porque ofenda á Dios con sus improprios y blasfemias, como porque ofrece un espectáculo repugnante y ofende á la cultura de un pueblo decente y moderado.

(1) Quasi á facie colubri fuge peccata..... dentes leonis, dentes ejus, interficientes animas. Eccli. cap. xxi, v. 2 y 3.

Error de mucha trascendencia es este, mis queridos hermanos, y yo espero que será de todos conocido. Reducir el número de los pecadores es reducir el número de los desgraciados, de los pobres, de los enfermos, de los expósitos, de los criminales, de los mendigos y vagabundos: porque el pecado trae la disipacion y la holganza, padres de la pobreza: el pecado engendra los vicios, y de aqui las enfermedades: el pecado puebla las casas de caridad de niños desamparados, y rompe los vinculos legitimos del matrimonio que sustituye con ilicitos tratos, y mantiene las casas de prostitucion, origen de tantísimos males. El pecado trae guerras y epidemias asoladoras, pudiendo asegurarse que no hay plaga en el mundo ni la hubo jamás, cuya razon de ser no estuviera en el pecado. Dígase claramente si no es el pecado el que ha labrado las armas homicidas, inventado las pócimas venenosas, aguzado las lenguas de escorpion y los puñales, y secado la vida de muchas generaciones en su fuente, y abierto ancha puerta á los delitos: dígase, en fin, si no ha sido el pecado el que puso los cimientos de las cárceles, y el que forjó

las cadenas, y el que levantó las horcas, y el que hizo necesarios los afrentosos patibulos. Y siendo esto así ¿en qué piensan los que tratando de remediar los males de la mísera humanidad no se cuidan de llevar la oportuna medicina á la causa principal de que proceden? ¿Quereis que se mantengan verdes y sanas las ramas de un árbol, estando enferma y dañada su raiz? Y nó pongais desatino sobre desatino diciendo que vais á abolir el pauperismo y á limpiar la tierra de males: porque si esto no sucederá aun atacando el mal por lo derecho, es decir, dando vida, salud, tono y vigor al espíritu, figuráos lo que pasará si se yerra la cura, cuidando del cuerpo solamente, y nó pensando en el alma.

San Juan de Dios miraba á los pobres como se deben mirar, por lo que son, nó como aparecen á los ojos de una filosofía prostituida y degradada hasta lo sumo. Pero algunos ¡inhumanos! no se ocupan de los pobres sino como se ocupan de los focos de infeccion para sanearlos y que no dañen á la salud pública, y por esto quieren que esten bien tratados: y si hay muchos, idean guerras para emplear el

sobrante: su asistencia es un ramo de policía, y ya veis cuánto se aja la dignidad de los pobres, hasta en el mismo interés que por ellos se demuestra. De otra manera filosofaba el Santo Job sobre sus miserias y las de los demás pobres. Ellos son, se decia el acabado modelo de la virtud de la paciencia, ellos son, como nosotros, imágenes de Dios; y acaso hayan conservado esta imagen con mas fidelidad impresa en sus almas, que nosotros en las nuestras.

Señores, si á esta filosofía se diera oídos, tendríamos la esperanza de que se remediarian mas pronto y mejor los males de los pobres. Si á nuestros ojos no es la pobreza sagrada, ¿qué vendrá á ser la dignidad del pobre si nó le miramos mas que en tanto que nos podemos librar de sus iras en el día de una revolucion, ó de sus miasmas en el tiempo de una epidemia? Nó, no los miremos así: esto no es caritativo, ni es humanitario, ni filantrópico, ni generoso: esto es puramente egoista. Miremos á los pobres como criaturas formadas á la imagen y semejanza de Dios: Jesucristo los redimió como á nosotros; ellos participan de unas mismas gracias, tienen la misma fé, y estan sujetos á la

misma ley. Por ellos como por todos murió Jesucristo, por él viven segun la gracia, con Jesucristo moriran, con Jesucristo resucitarán, y con Jesucristo reinarán en la gloria: porque el haber participado de sus oprobios y sufrimientos en la tierra, los acerca mas que á nosotros para que sean partícipes de sus consolaciones en el cielo. Y el mirarlos asi fué lo que granjeó á Juan de Dios el título de padre de los pobres, y el renombre de Santo. Por esto convirtió á nueva vida tantos pecadores, y de los más tachados se sirvió, haciéndolos cooperadores en su ministerio, y columnas de su santa obra. Fama gozaban de crueles, impúdicos y vengativos Anton Martin y Pedro de Velasco; el Santo les habla, les reprende, los enternece, échase á sus pies, pone entré los dos el Crucifijo, se perdonan y se aman, resueltos á emprender nueva vida. «Gracias, Dios mio, exclama el Santo: los dos se han salvado» (1).

(1) Anton Martin fundó un hospital en Madrid, y Pedro de Velasco, otro en Sevilla. El primero dejó fama de santidad en la Religion, y los dos fueron los sucesores del Santo en la órden hospitalaria.

Leon X aprobó esta institucion como una simple sociedad, en 1520. Pio V. la concedió algunos privile-

Ni ¿cómo sería posible que San Juan de Dios no se apiadara antes que todo de los males del alma, cuando tanto se asemejaba su amor al que tuvo Jesucristo por los infelices pecadores? El imitó la dulzura y mansedumbre del que por los pobres toleró ultrajes, la misericordia del que por ellos se cargó con el peso de sus iniquidades, la caridad del que por nosotros se abatió hasta nuestros pies, y soportó las fatigas de una vida de dolores y una afrentosa muerte. Fué la compasion, nó el horror que la pobreza le inspirara, lo que le hizo pensar en aquella cruzada para combatir los males y desdichas del mundo. Nó fueron los pobres á sus ojos serpientes envenenadas ó bestias feroces que deberia retirar de los parajes públicos y del centro de las ciudades, para que nó inco-

gios: Paulo IV. la confirmó en calidad de órden religiosa en 1617. Los hospitalarios hacen los tres votos de obediencia, castidad y pobreza, y el cuarto voto es el de servir á los enfermos. Ni hacen estudios ni reciben órdenes sagradas: hasta los incrédulos han elogiado esta institucion. «Parece haberse instituido expresamente en el origen del Protestantismo (dice Bergier en su *diccionario de Teología*, art. *Caridad*) para demostrar contra los reformadores la utilidad y necesidad de los votos monásticos.»

modasen á los que pasean en coche, ni molestaran con importunos ruegos al transeunte, ni ofrecieran, á los que gozan, el repugnante espectáculo de la miseria. Miras mas altas se llevaba, practicando la caridad con tál heroismo; pues haciendo de la asistencia de los pobres una profesion religiosa, un deber, el más sagrado de los deberes, volvía por su dignidad, y recordaba á los que no tenían tales pensamientos, que todos los hombres somos hermanos en Jesucristo, todos hijos de un mismo padre, todos iguales, todos herederos de un mismo reino.

Como divinizado quedó San Juan de Dios á fuérza de ejercitar la caridad con tál abnegacion, que bien puede servir á los mortales de ejemplo. La caridad produce sus naturales efectos, y uno de ellos es acabar en el hombre virtuoso la transformacion que habia principiado, desde el punto que quiso dispensar á la virtud una acogida benévola. A esta primera señal siguieron los más ardientes deseos: á los deseos las obras; á las obras los prodigios, los milagros, con todos los caractéres que acompañan á las maravillosas creaciones de la gracia, que

son sobrenaturales y divinas. Los éxtasis y arrobamientos, los coloquios amorosos, los resplandores celestes siguen á la caridad cuando es tan sublime: y los moradores de la patria celestial apetecen entrar en comunicacion y trato con los héroes de la virtud, que desde este lugar de destierro suspiran por llegar á la vida que nó tiene fin. Finalmente, el mismo Dios que volvió en otro tiempo la espalda á los israelitas impíos, y no quiso las primicias del trigo que le ofrecieron; que miró sus perfumes como una abominacion y despreció sus fiestas y su Sábado, volvió su amorosa mirada hácia este varon justo que se sacrificaba por los pobres de Jesucristo, y aquella mirada le transformó en un ángel del cielo.

¡Un ángel, Dios mio! El que conocimos errante aventurero, sin domicilio fijo y tan versatil en sus propósitos! Levantarse de este modo, y sacudir su miseria y el polvo del mundo, saliendo de mendigo á padre de los pobres, y siendo en vida venerado como un justo que más participaba de la naturaleza angélica que de la terrestre! Es cierto, como en el sagrado libro de los Proverbios se nos dice, que «El cie-

lo está muy alto y la tierra muy profunda» (1) pero, Señores, ¿es esto lo que os maravilla? Vosotros conocéis cuánta es la grandeza de Dios, y cuánta la debilidad humana: pero vosotros estais viendo en el ejemplo de San Juan de Dios, de cuánta elevacion son capaces los hombres. Metedlos en lo mas hondo de este valle de lágrimas: como ellos amen á Dios y quieran ir á él, tomarán por asalto el puesto mas encumbrado del Empíreo. Justo es que os maravilleis. Siguiendo la historia de los primeros cuarenta y dos años de San Juan de Dios ¿quién pensaría que los últimos catorce años de su vida habian de coronar su gloriosa existencia con tan glorioso remate? Justo es que os maravilleis, porque de ordinario se llega por grados á la santidad y se camina por el camino de la perfeccion por sus pasos contados: pero cuando Dios quiere, un defensor de la verdad, un hombre que ha de conversar con los ángeles y ha de restaurar en los hombres la imágen de Dios ennegrecida por el pecado, un hombre con semejante destino, se puede formar en un dia,

(1) *Cælum sursùm et terra deorsùm*. Prov.: cap. xxv, v. 3.

como se forja una estatua. La gracia como la naturaleza presentan á nuestros ojos muchos ejemplos de elevaciones repentinas. La tierra tiembla, y en el sitio donde habia una llanura, descuella una montaña improvisada.

Señores, lo que me resta que decir, nó lo podreis oir sin derramar lágrimas, que iran á juntarse con las del pueblo dichoso que lloró la muerte de este gran Santo, y las de los pobres que hoy viven agradecidos á sus beneficios, y bendicen su memoria. No puedo atravesar el umbral de esta santa casa que lleva el nombre de San Juan de Dios, sin sentirme conmovido: aqui todo habla al cristiano; desde el enfermo socorrido por la caridad, hasta la piedra insensible de sus cimientos. El que sea capaz de permanecer indiferente en presencia del mas tierno y patético espectáculo que nos ofrece nuestra Santa Religion, bien puede contarse por el mas desgraciado de los hombres. Yo doy mil gracias á Dios de no poder ahogar mis sollozos; yo no puedo contener mis lágrimas; yo no quiero contenerlas. Yo no se si es el dolor ó la alegría el afecto que me domina: mas lo que se ciertamente es que no soy dueño de mi mismo.

«No permita Dios que yo me separe de mis queridos pobres, decia el Santo, ya cercano á la muerte: con ellos he vivido, y con ellos he de morir.» Solo la obediencia pudiera arrancarle de su lado, para morir en otra parte (1). Estaba á punto de espirar, y los coros de ángeles esperaban llenos de gozo recibir su alma bienaventurada. La ciudad consternada con el amago de tan terrible pérdida, estaba sin razon y como fuera de sí, dirigiendo al Altísimo fervorosísimas preces: los pobres estaban inconsolables. Muchos habia que hubieran ofrecido á Dios el sacrificio de su vida, por salvar la de aquel santo que se habia precipitado en medio de las llamas para salvar á sus enfermos, que dias an-

(1) Doña María Osorio, esposa de García de Pisa, vió al Santo tan falto de medios en su última enfermedad, que le ofreció su casa con vivas instancias para que en ella fuera mejor asistido. El Santo se negó, como hemos dicho: pero la señora, que era muy piadosa, discurrió apelar al señor arzobispo, á ver si conseguia del Prelado que ordenara al Santo aceptar tan caritativa oferta. Asi lo hizo el Prelado, que era á la sazón D. Pedro Guerrero, y fué obedecido. El Santo pidió que le llevaran á todas las salas del hospital para despedirse de sus pobres. Escena tiernísima. El arzobispo le administró el Viatico, y se hizo cargo de sus deudas. Murió el 8 de marzo de 1550 á las 8 de la mañana.

tes se habia arrojado en el Genil por salvar á un niño, y habia sostenido á un desesperado en el acto de procurarse la muerte. Todo el mundo lloraba; y con tan rico caudal de lágrimas regó la ciudad de Granada el árbol de la caridad, que plantó en sus deliciosos jardines la mano de San Juan de Dios. Solo el Santo no lloraba; quiso quedarse solo para hablar con Dios: él tenia su conversacion en los cielos: «Jesus! Jesus!» decia apretando con sus manos el Crucifijo: «Jesus! Jesus! en tus manos encomiendo mi espíritu!»

Aquellos momentos fueron terribles para el pueblo. ¿Eran estas las últimas palabras del Santo? Su alma bendita ¿habria ya volado á los cielos? El Santo habia espirado; pero se quedó por largo rato vestido y de rodillas, abrazando el Crucifijo. Hasta despues de su muerte fué caritativo con los que le amaban, pues quiso consolarlos por algun tiempo, conservando por milagro las apariencias de la vida. Era ya cadáver, y los pobres no lo creian: como estaba arrodillado, pensaban que rogaba por ellos.

¿Y pensais que al presente, puesto en la presencia de Dios nó rogará por todos los peca-

dores? Yo renuncio á hablar de la pompa de sus funerales (1), porque al duelo y tristeza de la España entera siguieron los cánticos de alegría, y la Iglesia levantó altares al héroe de la caridad.

Ni muere el que en la memoria de los hombres vive, y el que reina con Jesucristo en los cielos. De nuestro Santo podemos decir lo que se decia de los primeros mártires al escribir su

(1) Fueron celebrados con gran pompa. Llevaron el cadáver los padres Franciscanos y los Minimos. Asistieron el arzobispo y el cabildo catedral, todo el Clero, la Chancilleria, los inquisidores, la nobleza y el pueblo entero, todas las Cofradías, y los pobres y hermanos del hospital que fundó el Santo. Rodeaban el féretro veinticuatro jurados de la ciudad; pero antes de marchar el entierro, los que sacaron el cadáver de la habitacion hasta la puerta de la calle, fueron los marqueses de Tarifa y de Mondejar, el conde de Tendilla, el Capitan general, el marques de Cerralvo, el Señor de Campotejar, D. Pedro de Bovadilla y D. Juan de Guevara. En el convento de San Francisco de Paula se celebraron unas solemnes exequias, con oracion fúnebre. Estos obsequios duraron nueve dias. El Santo fué enterrado en la capilla de los Pisas. Años despues fué trasladado al santo hospital. Se imprimió un libro dando noticia de las honras con que la ciudad de Granada agradecida mostró su filial amor y devocion á tan gran Santo.

Dios honró el sepulcro de San Juan de Dios con muchos milagros; por lo que fué beatificado por Urbano VIII en 21 de setiembre de 1630, y canonizado por Alejandro VIII en 15 de octubre de 1690.

epitafio:—Juan de Dios no ha muerto, sino que vive sobre los astros: su cuerpo descansa en esta tumba.—Ni han venido á tierra sus hospitales, ni ha sido olvidado de los pobres, ni le han faltado sus devotos, ni él ha dejado de obrar milagros para sanar las enfermedades de cuerpo y alma. Nuevas órdenes religiosas han venido á reemplazar en España á los humildes hospitalarios; pero nuestro Santo no ha desaparecido inundado por las nuevas é impetuosas corrientes de la caridad que se desbordan en nuestra patria, cayendo despeñadas, como un torrente, de las cumbres del Pirinéo. Ahora toca á los extranjeros venir á pagar en la misma moneda el servicio que les hicieron en el siglo XVI nuestros pobres hospitalarios. Las reliquias que ahora traemos de San Vicente de Paul, son como un cambio de las que pidió con devota solicitud la Reina de Francia Doña Ana de Austria, á los hermanos de San Juan de Dios. Seguid, mis queridos hermanos, el espíritu de la Iglesia, que tiene alabanzas para todos los héroes, y que nos estimula de mil maneras á la práctica de la virtud. Vosotros sois pobres y necesitados, cada uno por su estilo:

animáos con la esperanza de remediaros; y tanto, que podreis abastecer y dar ayuda á muchos menesterosos. Si estais en pecado, podeis santificaros y santificar á vuestros hermanos: de la glacial indiferencia podeis salir al amor de Dios y del prójimo. Vuestra transformacion puede hacerse: podeis trasformaros, convirtiéndoos al Señor. Basta con que así lo queráis: empezad nueva carrera, y vereis cómo seguís el nuevo camino que teneis abierto y despejado á costa del cielo de tan santos exploradores. Empezad y seguid: luego vereis cómo el fin es semejante á los principios. No es preciso que seamos héroes desde el primer día: esto seria pedir mucho á nuestra flaqueza. Empezad siquiera por tener compasion del pobre y darle una bendita limosna: esto poquito que por él hiciereis con amor os irá ganando insensiblemente en favor suyo, hasta que la caridad venga á ser en vosotros un impulso irresistible que os domine. Y entonces vereis confirmado, que la limosna es el camino mas corto y mas fácil para llegar al cielo. Así sea por los infinitos méritos de nuestro Señor Jesucristo. *Amen.*

SERMON

para el día

DE SANTO DOMINGO DE GUZMAN.



*Sapientia hominis lucet in vultu
ejus, et potentissimus faciem
illius conmutabit. Eccles. cap.
VIII, v. 1.*

La sabiduria del hombre luce
en su rostro, y el Todopode-
roso hará que resplandezca.

Señores: tan bien como empezó para la Iglesia el siglo XII, tan mal acabó, convirtiéndose en lamentables desastres sus anteriores triunfos, y presentándose las complicaciones mas terribles, en pos de las cuales no se divisaba mas que un triste y negro porvenir. Á las victorias de los Cruzados siguieron los triunfos de Saladino, y nuestros caballeros quedaron vencidos, sin conservar en la Siria mas que algu-

nos pies de tierra. Las esperanzas que se habían concebido de una reconciliación entre la Iglesia griega y la latina se disiparon. Millones de cristianos fueron reducidos á esclavitud, y las armas de los turcos, dueñas de una parte de la Europa, amenazaban el resto.

Pero estos desastres que había sufrido la Europa cristiana, sus derrotas en Oriente, y su debilidad ante el infiel, todos estos males eran insignificantes al lado de los males interiores que aquejaban á la Iglesia. El abuso de las riquezas había relajado la disciplina: el Clero estaba corrompido por el fausto y la avaricia: la simonia había echado hondas raíces: la sed de honores y dignidades amenazaba echar á pique la obra de San Gregorio VII. emprendida y sostenida con aquel tesón y perseverancia de que dió tales pruebas un Pontífice tan santo. San Bernardo había muerto sin poder acabar con los escándalos y heregías; y aunque fué su aparición un prodigio de la gracia, un solo hombre no lo podía hacer todo. Fué una columna de la Iglesia; secundó con firmeza los designios del Pontificado; proyectó y ejecutó en beneficio de la humanidad lo que su elevado

espíritu concebía: ilustró los Concilios; y opuso con gran fruto á los errores, á la corrupcion y barbarie de su tiempo, su gran sabiduría, sus eminentes virtudes, y la fuerza irresistible de su palabra. Fué su elocuencia sencilla y popular como la elocuencia de San Bonifacio, el apóstol de los alemanes, y á su ejemplo, creó pueblos nuevos (1): pero no consiguió todo lo que deseaba, y se quejó amargamente de los escándalos que no pudo corregir (2). Yo creo, Señores, que San Bernardo anunciaba á Santo Domingo. La Providencia suscita ahora un hombre extraordinario, y otro despues, que se dan la mano y forman una cadena ó un muro para defensa de la Iglesia. Unos son los precursores, otros los continuadores, unos los maestros, otros los discipulos, unos los padres, otros los hijos, todos ministros de Dios, todos miembros de esta ilustre familia de los santos y los sabios,

(1) V. el *panegirico de San Bernardo*, tom. 1, pág. 205.

(2) Decía San Bernardo en carta al arzobispo de Leus: «Los adolescentes, reciensalidos de la escuela, son promovidos á las dignidades eclesiásticas á causa de la dignidad de su sangre. Ellos pasan de la férula de sus maestros á mandar en el Clero; más contentos, algunas veces, de verse libres de las disciplinas, que de haber adquirido alguna autoridad.»

cuyos nobilísimos hechos saben á la nobleza de su prosapia. Extraño nos parece que hirvieran los vicios cuando los triunfos de la Iglesia debieran haber traído pingüe cosecha de virtudes. En pago de haber traído á los pies de Jesus pueblos infieles, y de haber suavizado bárbaras costumbres, y de haber poblado desiertos y roturado incultos eriales haciendo prosperar la riqueza pública, los favorecidos se aprovecharon de estas ventajas para corromperse, y minaron los cimientos de la Iglesia. Este fué el premio de los bienes espirituales que les proporcionó su misericordia, y de los temporales que les repartió con largueza. Ni el rico se reconocia agradecido á Dios, ni el pobre se inclinaba ante él, resignado con su suerte. El pobre queria ser rico; el rico, más rico aún: el poderoso no decia *basta*, y el más miserable no ponía coto á sus deseos. Vosotros, Señores, podeis formaros una idea cabal de los males de entonces por los de ahora, que son aun mas graves. Al fin, en aquel tiempo, la ambicion, la codicia, la sed de riquezas, eran conocidas por su propio nombre. Eran un mal contagioso, y *mal* se las llamaba. Pero hoy esta sed es poco menos

que un deber para muchos, y nó se afrentan de proclamarlo. En manos de los enemigos de la Iglesia todos los medios son buenos para hostigarla: cuando una parte del Clero, participando de la corrupcion general, abusaba de las riquezas, se hostilizaba á la Iglesia por estos abusos: cuando la Iglesia, segun su natural propension, regeneraba las costumbres y se hacia, lo que ella es siempre, la Providencia del pobre y la consoladora y reparadora de todos los infortunios, se la perseguia y despojaba de todos los bienes temporales para que no pudiera hacer todo el bien que hacia antes: y ahora que la Iglesia es pobre, se la insulta. Asi debe de ser y asi conviene que sea. Entiendan todos que la Iglesia no dejará nunca de sufrir persecuciones, ni que sea pobre, ni que sea rica, ni que sea caritativo el Clero, ni que esté endurecido por la avaricia. Hiciera la Iglesia el sacrificio de su poder espiritual, consintiera en suicidarse, lo que es imposible, y sería rica, sin que lo llevaran á mal sus enemigos: nó por otra razon los ministros protestantes son ricos, y los católicos pobres. Aquellos abdicaron su poder espiritual, y por esto deben de ser ricos: los

católicos no, y mientras no abandonen la direccion de las almas, es menester que no tengan huelgo y que vivan reducidos al mezquino salario que como por gracia se les otorga.

De lo dicho podreis colegir qué clase de enemigos se levantarían contra la Iglesia á fines del siglo XII.

La Santa Sede se ocupaba á la sazón en reformar abusos, y reunió para esto en el espacio de medio siglo tres concilios generales. La reforma se iba haciendo, pero muy lentamente: males añejos y tan arraigados oponían á los remedios la mas cruda resistencia. En tan criticos momentos, cuando los sucesores de Gregorio VII pugnaban por atajar tan graves desórdenes con la exposicion de perecer en la demanda, un acontecimiento sobreviene, y de tal manera extraño y peregrino, que él bastó para fecundar la simiente de las heregías, y proporcionar una bandera comun á todos los enemigos de la Iglesia. Ved aquí el suceso.

Por el año 1160, Pedro Valdo, rico comerciante de Lyon, conversaba con algunos amigos; y durante su platica, cayó un rayo, y mató á uno de ellos. El comerciante se aterró;

se fué á su casa, distribuyó sus bienes á los pobres, y se consagró al servicio de Dios. Cualquiera diría que este hombre llegaría por este camino á ser un santo como Domingo de Guzman ó Francisco de Asis: mas tomó diferente rumbo, y el orgullo le cegó y le extravió lastimosamente. Con principios de santo, Pedro Valdo, hombre extraordinario, no llegó á ser mas que un perturbador público. Él se creyó llamado á reformar la Iglesia, que era la preocupacion dominante; de aquí pasó á creer que la Iglesia no se podia salvar á sí misma; que los bienes temporales la habian debilitado desde los tiempos de Constantino en adelante; que el Pontífice y todos los prelados eran los Escribas y Fariséos; que el Clero no debia ser propietario de diezmos ni de tierras; que era pecado dotar las Iglesias y conventos; y por último, que él, Pedro Valdo, era el destinado por la Providencia para reedificar la Iglesia de Dios, sobre sus primitivos fundamentos. De aquí nació la heregía de los *Valdenses*, asi llamados, por el nombre de su patriarca. Ellos practicaban la pobreza, juzgando que con capa de austeridad y apariencias de virtud podrian hacer

con buen éxito guerra á la Iglesia, sin poder recibir el menor daño de la parte del Clero, apegado á los bienes terrenales.

Esta heregía resucitó otra: el *maniqueismo*, el viejo maniqueismo. No he podido averiguar qué parentesco existiera entre los valdenses y maniqueos, conocidos en los últimos tiempos con el nombre de *albigenses*. Esta heregía es de origen oriental; nació en el siglo III de la Iglesia, y reconoce la existencia de dos principios eternos, uno autor del bien, otro del mal. Duró mucho, porque no llegó á formar una sociedad pública: se mantuvo en el secreto, y fué protegida por las tinieblas. Cuando reapareció en el siglo XII, se estableció en Francia con cierta publicidad, se alió con los valdenses, y murió para siempre. Si á estas heregías se juntan los errores de Abelardo, el cisma del Emperador Federico I, y las guerras provocadas por los albigenses, nos formaremos una idea de los apuros de la Iglesia, única esperanza de salvacion en los grandes conflictos.

¿Qué hará Dios en vista de tan graves escándalos y perturbaciones? ¿Castigará, ó perdonará? La misericordia prevaleció en sus eternos

consejos, y envió Pontífices como Inocencio III para que gobernaran la Iglesia, y santos como Francisco de Asis para que quitaran la mascara de hipocresía á los discipulos de Pedro Valdo, y Prelados como el Español Acebedo, y apóstoles como Domingo de Guzman para arrancar de cuajo la simiente de la heregía y perpetuar en una ilustre institucion el ministerio de la palabra, y nobles guerreros como el conde de Montfort que vencieran á los albigenses en los campos de batalla.

Separemos de entre todos estos héroes al que es objeto de este panegírico, á Santo Domingo de Guzman, asombro del mundo, terror de las heregías de Occidente, sosten de la Iglesia, esperanza de la Europa, gloria de España. Yo estoy seguro de que os encendereis en amor por nuestra santa Religion, asi que conozcais, por la vida de nuestro santo, de qué naturaleza son los héroes que ella cria. No son estas cosas de las que se explican de un modo natural y sencillo. No llegó Santo Domingo á la cumbre de su celebridad y poderío, como explicamos el de otros hombres diciendo:—nació muy á tiempo; su naturaleza se conformó al genio y costum-

bres de su siglo: le favoreció la época: tuvo hábiles maestros; cayó en buenas manos; alcanzó larga vida.—En Santo Domingo de Guzman no encontraremos un tal concurso de felices circunstancias puestas á mano. Con decir que el siglo le era contrario, y que en su vocacion hubo mucho de indeterminado y de incierto, vereis claramente la mano de Dios, que es la que guia los pasos del hombre por los mas difíciles caminos. Vuestras almas se inundarán de gozo en esta gloriosa festividad. Mi alma se enardece y se desata mi lengua cuando pronuncio el panegírico de un santo, á quien amo como á hermano, á quien venero como á fundador de una órden religiosa, á quien sigo como á apóstol de la verdad, á quien elogio como á controversista, y á quien admiro como á defensor celosísimo del Pontificado y de la Iglesia de Jesucristo. Mas no fieis en mi entusiasmo: fiad en los auxilios de la divina gracia que acostumbramos á pedir siguiendo el ejemplo de Santo Domingo de Guzman, por intercesion de la Santísima Virgen. *Ave Maria* (1).

(1) En efecto, Santo Domingo de Guzman fué el primero que en sus sermones acostumbró á pedir los

De la noble estirpe de los Guzmanes nació santo Domingo en la villa de Calaruega: el resplandor de una estrella iluminó su frente al recibir el bautismo (1): y como destinado por Dios

auxilios de la gracia por mediacion de la Virgen María, y nosotros seguimos invariablemente el mismo plan, diciendo la salutacion al fin del exordio.

(1) Nació en 1170. Sus padres fueron Félix de Guzman y la beata Juana de Aza. Calaruega es una pequeña villa de Castilla la Vieja, cerca de Osma y de Aranda de Duero. Su nacimiento fué anunciado por una señal que pareció de significacion misteriosa. Su madre tuvo un sueño, en el que se la representó que tenia en su vientre un perro el cual llevaba en la boca una tea ardiendo, y que queria escaparse de su seno para abrasar la tierra. El beato Jordan de Sajonia, compañero y sucesor de Santo Domingo, da cuenta de

para tan altos fines, la Iglesia fué su primera maestra. De ella y en ella aprendió á orar, y ya se sabe que la oracion es la mejor escuela,

este prodigio en la *vida* que escribió: *In visione monstratum est, quod catulum gestaret in utero, qui facem ardentem in ore portabat, et de ventre egrediens omnem orbem succendere videbatur.* (El ejemplar que tengo á la vista contiene las adiciones del beato Humbert y de Bernardo de Guido).

Fr. Constantino, obispo de Orbiato, en la *vida* que escribió, dice: *vidit in somnis se catulum gestantem in utero ardentem faculam bajulantem in ore, qui egressus ex utero totam mundi faciem inflammabat. In quo quid daretur intelligi, nemo qui Prædicatorem in catulo, in ardente vero facula divinum eloquium sacra attestante scriptura designari recordatur, ignorat.*

Sobre el prodigio de haberse visto una estrella en su frente al tiempo de recibir el Bautismo, dice este último historiador: *Videbatur enim ei quod puer Dominicus stellam præfulgidam haberet in fronte, quæ splendoris sui irradiatione multimoda totum orbis ambitum illustrabat.* Humbert exponiendo este pasaje, dice: *Quod daretur intelligi, quod dandus foret quandoque in lucem habitantibus..... &.* Y añade; *ipse enim quasi stella matutina fulsit in mundo, visaque est cum eo nova lux quædam oriri sæculo, cujus claritas jam diffusa est ubique terrarum.*

Haciendo la apología de *nova religione et prædicatione Bononiensum canonicorum*, congregacion compuesta de varios Institutos religiosos, por lo que se llamó *dulcis mixtura bonorum*, me ha parecido que su autor, Jacobo de Vitriaco, alaba el órden de Santo Domingo, parte de dicha congregacion, segun estas palabras: *unanimiter laborantes ut animas peccatorum de faucibus Leviathan extraentes, postquam ad scientiam erudierint multos, fulgeant tanquam stellæ in perpetuas æternitates.*

donde se aprende la verdadera sabiduría. Cuando fué á Palencia y pisó las losas de su Universidad, más que necesidad de aprender, tenía ya aptitud para enseñar. Él penetraba con facilidad en las ciencias humanas; no le costaba trabajo ahondar en sus secretos, ni sus secretos le satisfacían; porque él buscaba la sabiduría de Dios, que es Jesucristo. Ningun filósofo se la podía enseñar; y temeroso de consumir la flor de su juventud en estudios que no alcanzaban á apagar la abrasadora sed que le devoraba, buscó los arcanos de la Teología, escarpado monte hacia donde las almas superiores tienden el vuelo. Era muy jóven; pero así que abrió su corazón á la verdadera ciencia y sus oídos á la palabra de Dios, ansioso de recibirla, aquella ciencia le pareció tan rica, y esta palabra le pareció tan dulce, que se privó del sueño por nó dejar de estudiar, de juegos y distracciones porque la hora de reposar la pasaba en el templo, y se abstuvo del vino en las comidas durante muchos años (1), para beber con toda castidad de aquel río caudaloso de la divina

(1) *Cogitavit á vino tunc abstrahere carnem suam.*
B. Jord. in vita B. Dominici.

sabiduría, como ciervo sediento. Pasaba su vida en una oracion continua y en un trabajo asiduo. Dios premió sus afanes, «inspirándole, como dice un historiador, un tal espíritu de sabiduría y de inteligencia, que pudo resolver sin trabajo las mas dificiles cuestiones (1).» No fué el *doctorado*, sino el heroismo, el grado superior de esta carrera: asi es que viéndose España aflijida por el hambre, Santo Domingo de Guzman dió á los pobres todo lo que tenia; dió sus vestidos; y no teniendo otra cosa que dar, vendió sus libros anotados por su mano, y aun quiso venderse á sí mismo para rescatar á un cristiano, cautivo entre los infieles. Esta sí que es sabiduría; ninguno es verdadero sabio mientras no sea capaz de desprenderse de su biblio-

(1) Thierry de Apolda. Este fué un religioso dominico, aleman, á quien M. Zamora, sétimo maestro general del orden de los *Hermanos predicadores*, encargó que recogiera los trabajos anteriores sobre la vida de Santo Domingo, sin perdonar los fragmentos y piadosas leyendas que no se habian recogido, por los que las personas piadosas se interesaban. En 1288 apareció esta nueva *Vida de Santo Domingo de Guzman*, donde se incluyó la tierna y sencilla relacion de Sor Cecilia, de que hablaremos á su tiempo. Esta nueva historia está escrita con mucho amor, aunque nó con mucho orden. Es mas extensa que las otras que he citado.

teca. Esta fué la sabiduría de los santos niños Justo y Pastor, quienes así que supieron á Jesucristo, tiraron los cartones de la escuela (3) en que aprendian las primeras letras, y volaron al martirio predicando la divina sabiduría.

La vida de Santo Domingo no fué aceptada: la renuncia de su libertad no fué aceptada: pero Santo Domingo pedia y buscaba el sacrificio. Dar los bienes que se poseen, no es verdadero sacrificio para las almas generosas: este no es mas que el primer paso en la carrera de la abnegacion cristiana: pero el noble desprendimiento de los que poseen como si no poseyeran, indica la generosa disposicion de dar hasta el alma, por una causa cualquiera que sea digna del sacrificio.

En la edad florida de la juventud, que ya se junta con el destello fuerte de la razon, lo que desea saber el hombre que se siente capaz de grandes cosas, es, cuál sea esa gran causa por

(3) *Justus et Pastor..... projectis tabellis quibus prima litterarum rudimenta continebantur..... christianos se esse publicè profitentur, et pro Christi fide..... tormentorum cruciatibus sese ultrò offerunt.* Tomado de los libros que San Isidoro y San Ildefonso escribieron con el mismo título: *De viris illustribus*. De estos libros di noticias en el *panegírico de San Ildefonso*, t. 1, pág. 199.

la que deba sacrificarse. Mientras nó la conozca, estará sufriendo noche y dia. Querrá que se abra delante de sus pies un camino, ancho ú estrecho, derecho ú tortuoso, escabroso ú llano, que le invite á seguirlo. Querrá que el cielo se lo revele, y preguntará cien veces á su corazon á ver si responde una vez siquiera, deseoso de conocer en sus misteriosos movimientos é impulsos, cuál sea la voluntad de Dios. Todos tenemos en este mundo un puesto señalado; y tanto á nosotros como á nuestros hermanos importa mucho que acertemos con nuestra vocacion, y que ocupemos la plaza que nos corresponde: ya ocupada, el honor de cada uno consiste en no desertar cobardemente, procurando llenar sus deberes con la mayor exactitud. Queramos ser hombres útiles y pertenecer á esta milicia: si no lo queremos, el egoismo, el miserable egoismo dará cuenta de nosotros, y nos hundirá y nos matará despues de hacernos pasar por el desprecio, que es el peor de todos los oprobios.

Esta era la situacion del descendiente de los Guzmanes, cuando la Providencia llevó cerca de sí á un español ilustre, á D. Diego de Ace-

bedo, preclaro varon, aventajado en talentos y virtudes, y cuyos merecimientos son muy superiores á su fama. Acebedo revelará á Domingo su destino, y le llevará, por caminos desconocidos, al lugar en que Dios le espera. El teatro está lejos; el camino es largo; el papel que ha de desempeñar es difícil: parecerá que nó emprende derecho la jornada: pero él llegará á tiempo de derrotar á los albigenses, de convertir hereges, de reformar el Clero, de fundar una milicia de santos, cayendo á los pies de su Dios y Señor, resuelto á cumplir su santa voluntad. Llegará á tiempo, no lo dudeis.

Entretanto, bullian en las cabezas proyectos de reforma, y los buenos prelados que tenia la Iglesia pensaban en restituir á su antiguo vigor las reglas de la disciplina eclesiástica. Los Sumos Pontífices instaban á los obispos para que aplicaran un correctivo á las costumbres del Clero, prometiéndose que por este medio mejorarían mucho las costumbres públicas. Entre los planes que proponian, era el primero sujetar una parte del Clero á la vida común, con lo que amarian la pobreza, ejercitarían la paciencia, se unirían con los lazos de la fraternidad, y

propagarian la virtud entre los fieles. La regla de San Agustin seria excelente para el buen regimen del Clero, ó se podria sacar de la vida de los Apóstoles el ejemplo y la regla de la nueva comunidad.

Martin de Bazan, obispo de Osma, secundando con mucho celo los planes de la Santa Sede, convirtió los canónigos de su Iglesia catedral en canónigos regulares: y deseoso de mantener el rigor de la disciplina por medio de sacerdotes de vida ejemplar y austera, resolvió traer á su cabildo á Domingo de Guzman. Acebedo, prior del cabildo, ayudó á Bazan en esta reforma: y por esta razon, fué la persona encargada por el obispo para atraer á Domingo al capitulo de los canónigos regulares.

Algunas explicaciones sobre la eterna lucha del bien y del mal; la pintura de los males que afligian á la Iglesia; las calamidades presentes, la desconsoladora perspectiva de un mas triste porvenir, bastarian para ponerlos de acuerdo. De una ojeada creyó ver el estudiante de Palencia cuál era su deber, y dónde estaba su puesto. Él obedeció y marchó al punto á reparar las ruinas de la Religion, á resucitar con

su ejemplo las virtudes apostólicas, y á volver por la dignidad del Sacerdocio, rebajada por tantos escándalos en el concepto de muchos.

Como una llama que ondea, como una estrella que dá hermosos resplandores, como un perfume delicado y suave, así apareció entre sus hermanos Domingo de Guzman; el primero por la santidad, el último por la humildad de su corazon. No tardó en ser el cedro que crece, ó la oliva que arroja sus brotes, ó el platano que dá sus frutos, puesto á la corriente de las aguas. De un libro aprendió el modo de llegar á una perfeccion muy grande (1): él supo llegar á una difícil pureza de conciencia, y caminar sin temor de equivocarse por todos los senderos del bien. Él se perfecciona mas y mas; aprende en la oracion más que en las aulas; en la experiencia más que en los libros. Pasan algunos años, y el obispo Bazan muere: Acebedo pasa á ocupar en el obispado de Osma la silla de Bazan: Domingo sale á predicar, desempeñando el cargo de Acebedo: los unos van detras

(1) Fué el de las *Collationes*, escrito por Casiano, muy apropiado para formar Santos. De él hemos hablado al principiar esta obra, en la *Introduccion*, á la cual pusimos por título: *Origenes del panegirico*.

de los otros camino de la gloria, mientras se labran las nuevas columnas de la Iglesia y se multiplican los agentes de aquella reforma radical, por la que los buenos cristianos suspiraban.

Domingo de Guzman está ya en disposicion de emprenderla. Renunció al rango, y á las dignidades y bienes de fortuna, y ya puede fundar un órden religioso que tenga por base la pobreza. De las aulas y de los retiros espirituales salió pertrechado con las armas de la sabiduría, y ya puede predicar y convertir. Vivió largos años sujeto á las prácticas de la vida comun, y ya sabe la manera de imponer esta sujecion á los hermanos que podrá congregar en un mismo instituto, animados del mismo pensamiento. Él es capaz de dejar su patria, porque todo lo ha dejado, y porque Dios, cuando quiere criar un apóstol, le infunde este desapego á tal ó cual pais determinado; pues sin esto, el hombre no tendria fuerzas para renunciar enteramente al pueblo en que nació, y cuya lengua habla. Domingo de Guzman se siente con fuerzas para descender de las alturas de la oracion á luchar en la arena; y por si algo le faltaba por conocer acerca del

siglo, Acebedo, que era su amigo, su obispo, su protector, y en parte su guía, le inicia en los misterios del siglo; le hace conocer la época, que es una cosa del mayor interés para los fundadores y reformadores; le muestra de lejos lo que era entonces el teatro de los mayores desórdenes y de los mas vergonzosos escándalos, y lo que seria despues teatro de proezas, de acciones magnanimas y de gloriosos triunfos. El obispo de Osma tomó el camino de Francia, se internó en Alemania, y Domingo de Guzman le siguió (1).

El mediodia de la Francia presentaba un cuadro lastimoso, y todo el reino. Bajo la denominacion de albigenses, una nube de henriquianos, petrobrusianos, arnoldistas, valdenses, arrianos y otros muchos herejes devoraban la viña del Señor. Unos querian abolir los Sacramentos, otros destruir el culto de la Santísima Virgen, otros desterrar toda devocion, todos acabar con la Iglesia. El conde de Tolosa, señor de algunas provincias, favorecia á estos here-

(1) El viaje fué á Dinamarca, á desempeñar una comision de Alfonso VIII, rey de Castilla. Esta circunstancia no es de interés para el *panegírico* de Santo Domingo.

jes; y aunque el Sumo Pontífice tenía sus legados para remediar los estragos de la heregia, nada podian hacer: porque algunos obispos no les prestaban apoyo, unos por flojedad, otros por indiferencia, otros por estar contaminados con la mancha de la heregia. El Clero no tenía ascendiente sobre los pueblos; ni podia ser que lo tuviera, cuando muchos eclesiásticos se avergonzaban de serlo, y se presentaban en público sin insignias clericales, y hasta disimulando la tonsura con artificio.

Vergüenza y tristeza os causará esta relacion; pues ¿qué sería la afliccion del obispo de Osma y de Santo Domingo de Guzman al pisar estas provincias infestadas por tantos errores y tanto género de iniquidades? Fueron á Roma; se echaron á los pies del grande Inocencio III; juntos lloraron las horribles persecuciones de la Iglesia, y clamaron al cielo pidiendo socorro: el Papa los bendijo; atravesaron los Alpes, y volvieron á Francia. Ellos vieron con dolor cuánta verdad encerraba la pintura hecha por el Sumo Pontífice de los males de la Iglesia. «Aquellos á quienes San Pedro ha llamado para que participen de su solicitud en la guarda y

defensa del pueblo de Israel (decía Inocencio III) no vigilan por la noche y descuidan el rebaño. Ellos duermen, y están retirados del combate mientras que Israel se ve acometido por Madian. El pastor ha degenerado en mercenario: él se apacienta, mas nó apacienta el ganado: toma para sí la leche y la lana de las ovejas, mas deja que los lobos hagan lo que quieran, y no defiende de sus enemigos la casa del Señor. Huye de la perversidad pudiendo destruirla, y por traicion, viene á protegerla. Casi todos han abandonado la causa de Dios; y muchos de los que nó la han abandonado, son inútiles y nó sirven para defenderla (1).»

Los legados de Su Santidad eran tres monjes de mucha importancia: uno era Arnoult, abad de Citeaux, y los otros, Raoul y Pedro de Castelnau. Vinieron á las provincias de Aix, Arlés y Narbona, con plenos poderes para reprimir la heregía. En mas de un año que llevaban de trabajar, no habian adelantado siquiera un paso: y desalentados estaban conferenciando un dia bajo los muros de Montpellier, cuando supieron que los dos españoles, Acebedo y Do-

(1) Cartas de Inocencio III.

mingo, habian llegado á la ciudad, de vuelta de su expedicion á Roma. El conocimiento que tenian de las virtudes del obispo de Osma y de su vasta capacidad, y la noticia que tenian de la caridad de Domingo, el cual habia convertido á un hereje á su paso por Tolosa, impulsaron á los legados apostólicos á tener una conferencia con los sabios y santos españoles. Los legados estaban abatidos, y prontos á adoptar la mas desesperada de las resoluciones, la de informar á la Santa Sede sobre la inutilidad de sus esfuerzos, y renunciar un cargo que no habian acertado á cumplir.

De este modo cuenta un historiador tan interesante entrevista: «Acebedo preguntó sobre los usos y costumbres de los herejes. Se enteró de cómo atraian las gentes á su secta, que era por la via de la persuasion, por la predicacion, y por las apariencias de santidad, al paso que los legados estaban rodeados de un aparato fastuoso, con acompañamiento de lacayos y sirvientes, caballos y equipajes. Entonces les dijo:—Hermanos míos, nó es este el mejor medio para sacar fruto. Me parece imposible persuadir á estos hombres con palabras que no se apoyen

en ejemplos. Finjiendo pobreza y austeridad es como los herejes seducen las almas sencillas..... Combatid, pues, el ejemplo con el ejemplo, oponed á una finjida santidad la verdadera religion: nó se triunfa sin la humildad de la impostura de estos falsos apóstoles.—Los legados le dijeron: buen padre ¿qué consejos nos dais? Y él les respondió: haced vosotros lo que yo voy á hacer ahora mismo (1).»

(1) El beato Jordan de Sajonia refiere el consejo de Acebedo en estos términos:

Non sic fratres, non sic arbitror procedendum: impossibile videtur mihi homines istos solis ad fidem reduci verbis, qui potius innituntur exemplis..... Clavum clavo retundite, fictam sanctitatem vera religione fugate, quia fastus pseudoapostolorum evidenti vult humilitate convinci..... Dicunt ei ¿quod ergo das consilium, bone pater? Quibus ille, quod me videritis facere, faciatis.

Doy el nombre de conferencia á la que los legados apostólicos tenían, y nó el de Concilio, 1.º porque nó hallo conformes á los historiadores: 2.º porque nó está probado que asistieran los doce legados que con el mismo objeto tenia la Santa Sede en toda la Francia; y 3.º, porque tampoco está probado que asistieran al menos los obispos de las provincias inmediatas. Con sentimiento me aparto del parecer del B. Jordan de Sajonia, mi principal guia. Me apoyo, ademas de lo dicho, en el testimonio de los padres J. Quietif y J. Echard, quienes en su obra titulada *Scriptores ordinis Prædicatorum recensiti*, dicen sobre esta disputa: *Jordanus, Humbertus, Theodoricus, Bernardus Guidonis CONCILIUM vocant: Constantinus, Trivetus, Petrus Sernensis, hac voce abstinent: et omnibus attentis COLLOQUIUM tantum*

Al punto Acebedo ordenó á los de su comitiva que se volvieran á Osma con los equipajes y aparato de que estaba rodeado, y resolvió quedarse en Francia para trabajar contra los albigenses. Los legados hicieron lo mismo; y sin reservarse mas que los libros necesarios para la controversia, se pusieron bajo las órdenes del obispo de Osma, abrazaron la pobreza, y marcharon á pie á predicar en aquellas desgraciadas provincias la fé de Jesucristo.

Ved aquí, mis queridos hermanos, un consejo que salvó el honor de la Iglesia, y dió vida al religioso instituto que bajo la direccion de Santo Domingo de Guzman habia de convertir tantas almas á la fé. Domingo fué transportado desde las orillas del Duero á los montes pirineos, desde Francia á Dinamarca, de Dinamarca á Roma, de Roma á Montpellier, para levantar en Francia las ruinas de la Iglesia, y excitar la religion en Europa. El teatro está lejos, como

habeatur per me licet. Por esto uso de la voz *conferencia*, conforme con la que emplea tambien el mas moderno de los historiadores, el padre Lacordaire. Su *Vida de Santo Domingo* está escrita rigurosamente por la pauta de las antiguas, segun he visto comparándolas letra por letra: y el padre Lacordaire se va con esta opinion, y dice: «Ils délibéraient á Montpellier.»

hemos dicho; el camino es largo; el papel que ha de desempeñar es difícil; parecerá que no emprende derecho la jornada; pero él llegará á tiempo de derrotar á los albigenses, de convertir herejes, de reformar el Clero, de fundar una milicia de santos. Dijimos que llegaria á tiempo, y ya habeis visto en qué ocasion tan oportuna llegó á Montpellier: cuando abatidos los legados de Inocencio III, trataban de resignar en las manos del Sumo Pontífice un cargo que nó habian sabido desempeñar con el acierto que de su ardiente celo y notoria capacidad se esperaba.

Desde este punto, las fuerzas no se consumen ya en la inaccion, sino que se desenvuelven y multiplican. El abad de Citeaux sale para la Borgoña á presidir un capitulo y á traer operarios evangélicos. Acebedo, los legados, Domingo y otros sacerdotes españoles toman á pie el camino de Narbona y de Tolosa. Se detienen en los pueblos á predicar; á los católicos, en las Iglesias; y á los herejes, en casas particulares, proponiéndoles conferenciar sobre las cuestiones que entonces se ventilaban. Santo Domingo, que es desde este momento la gran

palanca de la reforma, en sus conferencias con los albigenses, parecia un San Agustin disputando en Africa con los donatistas y maniquéos. Los católicos fueron tan deferentes hacia sus contrarios, que en varias ocasiones quisieron ser presididos por los herejes: así fueron atraídos los que de buena fé estaban en el error, porque no es todo perversidad en los enemigos de nuestra Santa Religion, sino que hay mucha parte de ignorancia.

¡Ah Dios mio! ¡cómo enseñas á los hombres que basta querer, querer de veras, para que no se pierda tu causa, pues sabes recompensar con largueza el celo de tus apóstoles! Estos nuevos que predicán en Caraman, en Béziers, en Carcassona, en Verfeuil, en Fanjeaux y en todos los pueblos vecinos á Tolosa, hacen maravillosas conquistas. Caraman se indigna contra los herejes, y quiere arrojarlos con violencia. Béziers retiene por mucho tiempo á los misioneros católicos; otros pueblos se desconsuelan cuando los apóstoles se retiran para predicar en otra parte. En Fanjeaux someten herejes y católicos á la prueba del fuego las memorias escritas por ellos y Santo Domingo: el

fuego decidirá qué doctrina debe de condenarse. El manuscrito de los herejes arde y se convierte en cenizas; el de Santo Domingo no se quema. Por dos veces es arrojado al fuego, y otras tantas las llamas lo respetan, y lo despiden, en presencia de la asamblea. Los herejes quedaron atonitos. Santo Domingo brillaba en medio de la opaca nube formada por las heregias, como *la estrella de la mañana en medio de la niebla*. Y como era entre los herejes la mujer uno de los medios mas poderosos para estender las tinieblas, Santo Domingo de Guzman se propuso inutilizar esta arma, atrayendo á las damas principales, que logró reunir en el monasterio de *Prulla*. El mismo pensamiento tuvo San Francisco de Asis fundando la *Porciuncula*. Á los pies de Santo Domingo cayeron en un dia nueve damas ilustres, como en las conferencias de Fanjeaux se rindieron á la verdad ciento y cincuenta herejes en un dia, y en las de Pamiers, los valdenses (1). Todo es movimiento y vida; la reforma cunde; la restau-

(1) Protegia á estos herejes el conde de Foix. Durante de Huesca se convirtió, se vino á Cataluña, y fundó una congregacion que se llamó de los *pobres católicos*.

ración se hace sentir; el error desmaya; el apostolado católico triunfa. Pero en medio de estos triunfos, Acebedo muere; los monjes de Citeaux se retiran á su monasterio; los sacerdotes españoles que fueron á Francia con el obispo de Osma, se volvieron á España: Raoul, uno de los legados del Papa, muere; otro legado, Pedro de Castelnau, habia de morir á manos de un asesino: un solo hombre quedó en pie, para sostener la batalla con la heregía y librar mil batallas contra el infierno. Este hombre fué Santo Domingo de Guzman, jóven todavía, extranjero, sin autoridad, sin amparo, y fué milagro que no sucumbiera.

Pero el asesinato de Pedro de Castelnau fué la señal de una guerra espantosa.

El conde de Tolosa era protector de la heregía, como hemos dicho. Él asoló monasterios, destruyó Iglesias, arrojó de sus sillas á los obispos de Carpentras y de Vaison, ultrajó y escandalizó al de Orange. Juró nó hacer justicia á ningun católico, y amparó en su territorio á todos los malvados que de diversas provincias acudian á las tierras de su dominio, los que robaron los vasos sagrados, mataron sacer-

dotes, y cometieron todos los crímenes y los mas horrendos sacrilegios que podemos imaginar. Los condes de Foix y de Comminges, el vizconde de Bearn y el rey de Aragon Pedro II, eran sus aliados: el conde de Tolosa podia contar ademas con los Ingleses: la tirania que ejercia era sumamente odiosa, y el asesinato de Pedro de Castelnau, ejecutado por orden suya, colmó la medida del profundo aborrecimiento que se habia granjeado por tan infame conducta. No hubo desafuero que nó cometiera; no hubo injusticia que nó patrocinára.

No se detuvo Su Santidad en proceder contra el conde de Tolosa asi que supo el asesinato de su legado y los horrendos crímenes del protector de los albigenses. Escribió á los condes, barones y caballeros de Narbona, Arlés y otras provincias, declarando excomulgado al conde de Tolosa; y á sus vasallos, libres de los juramentos de fidelidad. Asimismo escribió al rey de Francia, al arzobispo de Lyon y al de Tours, y á otros muchos prelados, y encargó al abad y monjes de Citeaux que predicaran la Cruzada contra los herejes.

La guerra se empeñó; hubo asaltos de ciu-

dades y batallas sangrientas. El conde Simon de Monfort, noble católico, caballero de gran temple, corazon intrepido y generoso, alma esforzada, acaudilló las cruzadas, y ante la fortaleza de Muret derrotó por última vez á los albigenses.

¿Qué hacia entretanto Santo Domingo de Guzman? Dentro de la plaza de Muret estaba orando al Señor por el triunfo de las armas católicas, como oraban otros siete obispos y tres abades esperanzados en el favor del cielo. En lo alto de las murallas, viendo la derrota de los herejes, dieron gracias á Dios por tan asombroso triunfo, y luego se abrazaron al noble y valeroso conde Simon de Monfort: el guerrero entró descalzo en la plaza de Muret, dió á los pobres el caballo y armadura con que habia combatido, y se encaminó hacia el templo para dar gracias á Dios por tan señalada victoria (1).

(1) Algun historiador moderno ha supuesto que Santo Domingo estuvo al frente de los Cruzados animándolos al combate con un Crucifijo, y añaden por prueba que el Crucifijo se conservaba en Tolosa cubierto de saetas. Esto ha resultado falso. Los historiadores contemporáneos no dan motivo para tales suposiciones. El B. J. de Sajonia dice: *Eo tempore quo ibi cruce signati fuerunt, mansit S. Dominicus usque ad*

Los que se alistaron bajo aquellas banderas de la caballería cristiana cumplieron sus deberes, defendiendo la libertad de la Iglesia: en cuanto á Domingo de Guzman, apareció como un hombre evangélico, que tenia puesta su confianza en la predicacion, en los medios persuasivos, y en la divina gracia. Durante la guerra sostuvo la fé católica predicando sin cesar, sin arredrarse por la desigualdad del combate: él mismo parecia contribuir á hacerlo mas desigual, huyendo de Tolosa donde muchos le favorecian, y residiendo más tiempo en Carcassona donde todo el mundo le era contrario. Él buscaba las ignominias y afrentas por Jesucristo; y cuando le amenazaron con

obitum comitis Montisfortis verbi divini sedulus prædicator. Multas in illis diebus pertulit ab iniquis injurias, superavit et insidias. Es verdad que estaban muy unidos Domingo de Guzman y Simon de Monfort; sed remota inter se divisisse videantur, ut comes ferro hæreticos domare aggrediretur, Dominicus illis ab errore revocandis gladio spirituali, nempe, verbo Dei accinctus, totus et unicè incumberet..... In expugnatione castrorum non apparet Dominicus. Por lo demas, en querer una guerra tan justa, hacian perfectamente los católicos. Más manso y humano que Acebedo, no seria Santo Domingo: y sin embargo, viendo el estado de las cosas, habia exclamado el obispo de Osma alzando los ojos al cielo: Domine, mitte manum tuam, et tange eos.

quitarle la vida, dijo á sus perseguidores: «no me mateis de un golpe, cortad mis miembros uno á uno; hacedlos pedazos; ponedlos en monton delante de mí, y luego arrancadme los ojos, y muera anegado en mi sangre, ó como gustéis.» Esta indiferencia ó desprecio de la vida asombró á los herejes, y Santo Domingo, cual si nó estuviera cercado de peligros, siguió predicando de dia, de noche, en las Iglesias, en los campos, en los caminos; renunció tres obispados, los de Béziers, Conserans y Comminges; renunció posesiones y rentas; vivia con frugalidad, despreciaba la gloria del mundo, se alegraba en los oprobios, y en medio de los mayores peligros, marchaba con serena intrepidez.

Lo que deseaba con ardor Santo Domingo de Guzman era perpetuar en una institucion religiosa el ministerio reparador y activo de la divina palabra: y como la guerra era un obstáculo á sus miras, nada solicitaba con tanto ahinco como el restablecimiento de la paz, saliendo triunfantes los cruzados. Con vivas ansias lo pedia á Dios; y la oracion de los fieles en comun, organizando coros que respondieran á los coros de los Angeles, esta sublime devocion á

la cual dió Santo Domingo una forma tan sencilla como sublime instituyendo el *Rosario*, no tuvo mas fin que alcanzar la paz de la misericordia de Dios y el triunfo de la fé católica. Sirva esto de contestacion á los que viendo á Santo Domingo de Guzman del bando de los cruzados, han querido suponerle hombre de instintos belicosos, y caudillo en las guerras contra los albigenses. Era estrella resplandeciente en medio de las tinieblas, nó rayo ú espada que brillara en el calor de los combates. ¿Porqué no habia de ser el amigo íntimo del conde de Montfort? ¿Porqué no habia de ser el más terrible adversario del conde de Tolosa? El Santo defendia la libertad de la Iglesia con las armas de Jesucristo: el Santo defendia la causa de la justicia. Si la guerra no hubiera estallado, los tiranos no hubieran dejado un católico en las provincias del mediodia: la guerra fué justa, saludable y necesaria. Absurdo es y de los mas grandes pretender que estemos siempre con las manos atadas para que se nos sacrifique. ¿Nó ha de haber nunca razon para dar cumplimiento á estas palabras de Jesucristo:—*Non veni pacem mittere sed*

gladium?—Lo que es necesario, que en los casos de un conflicto semejante, cada uno desempeñe bien su oficio, y llene su deber; el soldado con sus armas sin ensañarse, y el sacerdote con las suyas, con celo, con buen espíritu, sin flojedad. Que nadie deserte de su puesto; que todos combatan; porque en las causas que son de Dios, todo hombre debe de ser soldado: *omnis homo miles*.

Algunos hombres elocuentes y de costumbres singularmente amables se unieron á Santo Domingo, atraídos por la eficacia de su palabra y obedeciendo á la misma inspiracion. Ved aquí, hermanos míos, la milicia de Santo Domingo de Guzman: estas son las huestes que capitanea. Se visten de un mismo habito, y se sujetan á una misma regla. Yo creo que esta es la luz que sale de la discusion: del polvo de los combates salen estos apóstoles: en las guerras se forman estos heraldos de la paz: la luz luce en las tinieblas. Ya ha conseguido el vencedor de los albigenses abatir la audacia de los herejes y conmover con su palabra todos los espíritus: él confunde de viva voz á los que se atreven á sostener el combate cara á cara, y

lanza sus escritos como rayos á los que le combaten de lejos. En Santo Domingo de Guzman, la palabra y la accion caminan á la par, porque nacen de un mismo pensamiento y se enderezan á un mismo fin. La una se asocia á la otra, y juntas constituyen el nervio del Apostolado. La accion no es eficaz si no se sostiene con la palabra, asi como la palabra no produce sus frutos si la accion no la fortifica. Por esta razon se servia Santo Domingo de Guzman de la una y la otra, disputando, enseñando, exortando, y saliendo á la defensa de pueblos y naciones, valiéndose de todos los medios que su caridad le proponia. Á semejanza de aquel artifice que construyó el Arca del Testamento, empleando ricos y diversos materiales á cuálmás preciosos, asi este reparador de la Iglesia y firme defensor de la fé, aprovechó todos los elementos útiles y empleó los más ricos materiales, sin perdonarse trabajo ni molestia hasta llevar su obra al último grado de perfeccion. Por nó perdonar medio alguno, en cierto dia entró Santo Domingo con los seis compañeros que ya tenia, en la cátedra de un celebre doctor que habia en Tolosa, para oír

humilde sus explicaciones: pero el sabio maestro se detuvo al ver aquellos siete varones apostólicos vestidos de blanco y negro; reflexionó; y acordándose de que aquella mañana mientras dormía en su mesa de estudio vió en sueños siete estrellas pequeñas que fueron creciendo y alumbrando la Francia y el mundo, creyó que aquellos apóstoles eran las siete estrellas de la vision misteriosa, cuyo significado se le revelaba.

Una circunstancia faltaba á la obra de Santo Domingo, y sin ella no podria ser perfecta. Todos los grandes pensamientos, para ser fecundos, han de traducirse en instituciones: y lo que da vida á las instituciones y las mantiene, es la fuerza de la autoridad. Donde más esta verdad resplandece es en la Iglesia; porque como es una sociedad tan perfecta, autoriza y consagra lo que es bueno para que subsista y se perpetúe, como desautoriza y condena lo que en su infalible criterio reputa pernicioso, para que muera. Como el centro de los astros es el sol, así las siete estrellas que vió aparecer en el cielo de la Iglesia el sabio de Tolosa, gravitaban hacia el Pontificado. De

aquí habia de salir la sentencia que aprobara ó condenara la institucion religiosa, casi delineada ya en el mediodia de la Francia por el apóstol español y su naciente familia. ¿Sería aprobada? Nadie pudiera en aquel tiempo asegurarlo, ni mucho menos: en vista de lo cual, Santo Domingo hizo su segundo viaje á Roma.

Ea, hermanos míos, aprovechar quiero esta ocasion para desvanecer una de las preocupaciones que se han hecho cundir en estos últimos tiempos para combatir á los Papas. Á miras particulares de los Pontífices romanos se ha querido atribuir la fundacion de los institutos religiosos, firmes columnas del Pontificado y de la Iglesia. Pero los Papas nó los crearon: nó aparecieron en el mundo segun los planes y proyectos que hubieran ideado. Ved, Señores, lo que siempre ha sucedido. Un hombre cualquiera recibe una inspiracion superior; vende sus bienes, huye al desierto, ó cruza los mares; quiere realizar sus designsios; asocia á su pensamiento algunos hombres á quienes toca en el corazon, y si por ventura el ensayo corresponde al plan preconcebido, entonces se postra á los pies del Vicario de Jesucristo, es-

perando que censure ó bendiga su obra. Si la bendice, ya está cierto de su mision: si la anatematiza, no hay mas remedio que someterse á su fallo y condenarla. «El pensamiento de fundar los institutos religiosos, dice un escritor católico, lumbrera de España, no ha salido ni del Papa ni de sus ministros. Hombres desconocidos se levantaron de repente de en medio del pueblo; en sus antecedentes nada se encuentra que pueda hacerlos sospechosos de previa inteligencia con Roma; su vida entera atestigua que obraron guiados por la inspiracion que surgió en sus cabezas, nó consintiendoles reposo hasta haber ejecutado lo que les prescribia. Para nada entraron ni entrar pudieron designios particulares de Roma: la ambicion no tuvo en esto ninguna parte (1).»

Es cierto que tales fundaciones han sido el sosten de la Iglesia, y que en el tiempo á que nos referimos, fueron muy convenientes para salvar á la sociedad de las crisis que atravesaba: pero sobradas razones tenia la Silla Apostolica, nó digo para irse despacio en crear ins-

(1) Balmes, El Protestantismo comparado con el Catolicismo, &, tom. III, pág. 112 y sig.

titutos religiosos si ella los creara, sino hasta para aprobar los planes que á menudo presentaban tantos y tantos presuntos fundadores y reformadores como á la Corte de Roma acudían, protestando adhesion é impetrando *breves*. Ascéticos, pero con feas y aun horribles extravagancias se presentaron los llamados *Apostólicos*, profesando horror al matrimonio, pero viviendo con desenfrenada licencia. Estos seducían á las gentes sencillas presentándose vestidos con un traje muy miserable. Empezaron hipócritas, mas luego se unieron á los famosos bandidos llamados Corterales, y todos vinieron á serlo, incluso el renombrado conde de Tolosa. En cuanto á los valdenses, ya hemos dicho cómo empezaron, llamandose *los pobres de Lyon*, viviendo en extrema pobreza, mal cubiertos de miserables andrajos, y luego se señalaron por su desprecio á la Iglesia, siendo enemigos de la Religion, escandalosos, malvados, y tan amigos de revueltas y trastornos, que se hicieron incompatibles con la tranquilidad pública. No era, pues, esta la ocasion en que la Santa Sede acogiera indistintamente á todos los que solicitaran bulas para encerrarse

en un claustro, diciendo que iban á llorar los males del siglo, ú á oponer ejemplos de austeridad para corregir el vano alarde de las riquezas, ó la soberbia y profusiones de los mundanos. No se podia entonces sin peligro dar carta blanca á los que se presentaran vestidos con cualquiera librea, y menos si era de lana burda, so color de restauradores de la Iglesia, cuando decian muchos temerariamente que la Iglesia no se podia salvar á sí misma, y que ellos habian recibido del cielo la mision de salvarla. Es verdad que Domingo de Guzman no podia ser confundido con los herejes y malvados, á quienes derrotó ó convirtió con santo celo. Harto se sabia que él no era de los lobos disfrazados con piel de oveja; y nadie le conocia tanto como Inocencio III, que era el mismo Pontífice que ocupaba la Silla de San Pedro, cuando once años atrás estuvo con Acebedo por primera vez en Roma. Nó por esto dejó de producir graves dificultades el plan del insigne predicador de la fé, pues al pronto pareció que iba á perturbar el gobierno de la Iglesia y á trastornar la gerarquia.

Santo Domingo de Guzman solicitaba la apro-

bacion de una órden religiosa que tomára á su cargo de un modo especial la predicacion del Evangelio: el Papa se detuvo; y aunque incierto y perplejo, significó su repugnancia. La predicacion fué cometida por Jesucristo á los Apóstoles, y de los Apóstoles pasó á los Obispos: por tanto, asignar á un nuevo instituto, á un nuevo órden, lo que al Episcopado pertenece desde los primeros dias de la Iglesia, parecia introducir un trastorno en el regimen de la Iglesia, ó tolerar una especie de usurpacion de atribuciones, en daño de los obispos. Es verdad que los obispos, no pudiendo desempeñar las tareas de su ministerio, delegaban á algunos sacerdotes y los instituian sus cooperadores en el ministerio de la palabra; y como los errores cundian y la semilla de los apóstoles se iba acabando, no era posible atenerse á unas reglas que hubieran contrariado las ricas inspiraciones de la gracia, haciendo inutil de un golpe la elocuencia, la uncion, la sabiduría, el celo apostólico y las virtudes que resplandecian en Santo Domingo y en sus ilustres compañeros, llamados por Dios sin duda alguna para ejercer las nobles funciones y cargos del apostolado.

El Santo Padre se inclinaba á condescender con los deseos de Santo Domingo, por virtud de estas consideraciones: pero el Concilio de Letran, recientemente celebrado, prohibió el establecimiento de nuevas órdenes monásticas, por haberse multiplicado hasta el exceso, y ser motivo de confusion. La decision del Concilio era un obstáculo poderoso. En esta ansiedad, el Pontífice tuvo una vision. Dormia en su palacio de San Juan de Letran, y vió en sueños que la basilica se caia, pero que habia un hombre (y este hombre era Santo Domingo) que arrimado á una de las paredes del templo, la sostenia con sus hombros. Y no fué menester mas. Llamó á Domingo, y para nó ir contra el Concilio que prohibia la creacion de nuevas órdenes monásticas, le ordenó que marchara con sus compañeros al Languedoc, y que escogiera una de las reglas antiguas, la que le pareciera mas propia para formar la nueva milicia, con que deseaba dotar á la Iglesia. Quiso la fortuna que antes de partir se encontraran en Roma Francisco de Asis y Domingo de Guzman: no se conocian, pero se entendieron, se abrazaron, y se despidieron para no verse mas,

hasta que por acaso se encontraron en Cremona: pero aquel encuentro de los dos caudillos que habian de acabar con los valdenses y los albigenses, aquel abrazo que estrechaba á los héroes de una sublime empresa y agrupaba las columnas de la Religion para defenderla y reforzarla, fué un acontecimiento tan dichoso y de tan buenos resultados, que sin duda lo ordenó la Providencia.

¿Cuál fué el nombre de esta nueva institucion? El mundo conoce á los hijos del glorioso Santo Domingo de Guzman con el nombre de los *hermanos predicadores* (1): y gracias á Dios, ellos han perseverado en todo tiempo unidos

(1) Santo Domingo usaba de un sello que decia:—*Sello del hermano Domingo predicador*.—Este era el nombre que para su orden queria, por ser significativo y adecuado á las taréas de su vida apostólica. ¿Cómo le obtuvo? He aquí una relacion muy curiosa. El Papa Inocencio tuvo necesidad de escribir á Santo Domingo: llamó á un secretario, y le dijo: «Escribid sobre tales cosas al *Hermano Domingo y á sus compañeros*» y deteniéndose un poco, le dijo: «Nó escribais asi, sino de esta manera: *Al Hermano Domingo y á los que predicán con él en el pais de Tolosa*» y parándose de nuevo, dijo: «Escribid asi: *Al Maestro Domingo y á los Hermanos Predicadores*.» Con tál nombre fué definitivamente señalado el nuevo Instituto, segun refiere Etienne de Salanhac, ampliando con esta curiosa relacion lo que escribe el B. J. de Sajonia.

intimamente con el sagrado vinculo de la fraternidad, para nó desmentir que son hermanos como su patriarca lo quiso: ellos han permanecido adictos á la Santa Sede con la fiel adhesion de hijos sumisos; y devorados por el fuego de la caridad, han esparcido dentro y fuera de los claustros un dulce y celestial perfume que ha trascendido al pueblo cristiano. El pueblo ha amado siempre á los predicadores de la palabra divina, anunciada con el calor de una persuasiva elocuencia: y los hijos de Santo Domingo de Guzman, á ejemplo de su fundador, han sido siempre atletas invencibles de Cristo, que emplearon contra los enemigos de la fé las armas espirituales, la palabra de Dios, arma mas penetrante que la espada mas aguda. Los *hermanos predicadores* han sufrido con ánimo sereno los insultos, las desgracias, las persecuciones, los destierros, sin cejar en sus santos propositos, sin dejar de predicar el Evangelio, sin dejar de combatir á los enemigos de Cristo. Su santo patriarca nunca dejó de la mano el baston que le dió San Pedro ni el libro que le dió San Pablo, cuando se le aparecieron en una vision y le dijeron: *Ve y predica: ese es tu des-*

tino: á este tenor se ha conformado la conducta de sus hijos. La historia ha contado sus trabajos. «Todas las riberas han guardado la huella de su sangre; y todos los ecos, el sonido de su voz. El indio, el japonés y el chino, separados del resto de la tierra por las costumbres y el orgullo mas que por el camino, se han detenido para oír á estos maravillosos extranjeros. El Ganjes les ha visto comunicar á los párias la sabiduría divina; las ruinas de Babilonia les dieron una piedra para reposar su cabeza, y pensar un momento, enjugándose la frente, en los dias angustiosos. ¿Qué arenas ó qué florestas nó les vieron? ¿Qué lengua nó hablaron? ¿En qué llagas del alma ó del cuerpo nó pusieron la mano? Y mientras daban una y otra vez la vuelta al mundo, sus hermanos llevaban la palabra en los Concilios y en las plazas públicas de Europa; escribian de Dios, mezclando el genio de los padres de la Iglesia al de Aristóteles y Platon, el pincel á la pluma, el cincel del escultor al compás del arquitecto, levantando bajo todas las formas estas famosas *Sumas Teológicas*, diversas por los materiales, únicas por el pensamiento, que nuestro

siglo vuelve á leer, y está cerca de amar (1).»

Yo me dejo llevar, Señores, de la admiración, contemplando las rápidas conquistas que hizo esta nueva religion en todo el mundo, porque no tengo paciencia para recorrer sucesivamente los capitulos de esta edificante historia. Yo me dejo á Santo Domingo en Roma haciendo milagros, resucitando muertos, predicando en el palacio de Su Santidad ante un numeroso auditorio las epistolas de San Pablo, y explicando al pueblo las Santas Escrituras. Yo le veo retirarse de Roma y juntarse con los primeros hermanos predicadores, «españoles, ingleses y franceses, y hacerse entre sí el reparto del mundo. Yo los veo partir sin dineros, á pie, con un baston y algunos libros, y diseminarse en diversas provincias y naciones para predicar la palabra de Dios y fundar conventos. Á pie atravesó Santo Domingo los Alpes muchas veces, y á pie los repasó otras tantas para volver á Roma, donde fundó los conventos de San Sixto y Santa Sabina. Reunió en pocos meses cien religiosos en San Sixto, el que

(1) Lacordaire, *Mémoire pour le rétablissement en France de l'ordre des Frères prêcheurs*, chap. II.

habia necesitado doce años de trabajos para formar diez y seis discipulos: el Santo pudo decir: «el pequeño hilo de agua se ha convertido en un rio, y el rio ya se asemeja al mar (1).»

Siempre es el movimiento mas veloz al fin que al principio: *motus in fine velocior*. La obra habia llegado á su madurez, y tanto en el orden de la gracia como en el de la naturaleza, el momento de la sazon es la coyuntura oportuna en que los frutos se precipitan, y dan ciento por uno. La obra material y formal de la reforma estaba en su apogéo; y por ir todo conforme, hasta la edad de Santo Domingo brillaba con ese esplendor de la madurez, nó exenta de encantos y atractivos. «Su cuerpo como su alma, habian tocado en aquel término de la vida en el que la vejez no es todavía mas que una perfeccion y una gracia del vigor (2).»

(1) *Ecce factus est mihi trames aquæ abundans, et fluvius meus appropinquavit ad mare. Eccli. cap. xxiv, v. 43.*

(2) Lacordaire, *Vie de Saint Dominique*, chap. xi, pág. 207.

Añadamos á estos apuntes el retrato que de Santo Domingo hizo por el mismo tiempo Sor Cecilia, interesante por la sencillez y prolijidad de los detalles. «Su estatura, dice, era mediana; su cuerpo era delgado: su rostro, bello y un poco colorado por la sangre: sus cabellos, y barba, y sus ojos, hermosos. Le salia

Vigor y entereza que habia de tener el Santo en la plenitud de sus dias, si os habeis persuadido de la importancia de su mision sobre la tierra. La vida del hombre se acorta ó se alarga segun conviene á los eternos designios que nó siempre podemos descifrar: mas cuando el Señor elije un instrumento y nos deja ver con claridad que aquel instrumento es necesario para ejecutar sus planes, lo salva por milagro de aciagas contingencias, y lo preserva, para que entendamos que él es el Señor, y que á su voluntad nada se resiste. Vigor y entereza de que el Santo necesitaba para reglamentar su milicia; para reunir una y otra vez á sus discipulos y redactar las constituciones de su órden; para instituir el órden tercero; para edificar monasterios; para hacer viajes tan penosos como el que hizo á España; para fundar el convento de Tolosa; para dirigir las fundaciones de Italia, Alemania y Polonia; para visitar

de la frente como una cierta luz que radiaba y le atraia el respeto y el amor. Estaba siempre contento, menos cuando le movia á compasion la afliccion agena. Tenia las manos largas y bellas, y una gran voz, noble y sonora. No fué jamás calvo; tenia su corona sacerdotal siempre entera, y á trechos, algunos cabellos blancos.»

el convento de Paris; para estar en continuo movimiento, sin quejarse del hambre ni de ninguna molestia, sin omitir en sus viajes ninguna de las practicas piadosas, acostumbradas en la clausura. Vigor y entereza de que el Santo necesitaba para atraer á sus banderas á un San Jacinto, prendado de la gracia de sus discursos; á un Ceslas, celoso propagador del nuevo instituto, aunque nó tuviera la valentía, el arrojo, ni aquella grandeza de alma de San Jacinto, que plantó la bandera de los Guzmanes junto á los pueblos de la Tartaria Rusa. Fuerza necesitaba para realizar cumplidamente el pronóstico encerrado en este pasaje de las Santas Escrituras: *Penetrabo omnes inferiores partes terræ, et inspiciam omnes dormientes, et illuminabo omnes sperantes in Domino* (1): «Penetraré hasta en las últimas partes de la tierra, y miraré á todos los que duermen, é iluminaré á todos los que esperan en el Señor.» Fuerza tuvo para atraer á su orden á los sabios como el bienaventurado Reginaldo, y el doctor Conrado: lo mismo penetraba las intenciones de los sabios, que leía en la cara de la juventud,

(1) Eccli. cap. xxiv, v. 45.

ingenua y sencilla, el secreto de sus inclinaciones. Su mirada calaba hasta las raíces del alma; y si descubría en lo más profundo ciertas señales con que Dios marcará á los futuros apóstoles, abría la boca para decir una de esas palabras en que los jóvenes indecisos creen descubrir la voluntad de Dios, tendía la mano sobre sus cabezas, y caían á sus pies sin replicarle, para recibir de sus manos el hábito de los *hermanos predicadores*: «su palabra era tan poderosa, que ninguno podía decirle ¿porqué haces esto?» *Et sermo illius potestate plenus est: nec dicere ei quisquam potest: ¿quare ita facis* (1)? ¡Ah Señores! con menos fuerza, es decir, con menos santidad, con menos celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas ¿cómo hubiera podido cultivar la mística viña del Señor, y hacer que fuera fecundo en raras virtudes un campo estragado por los añejos vicios que acabamos de deplorar? Hortigas, espinas y maleza, estos eran los frutos que el mísero campo llevaba: destruida estaba la cerca de piedras: *Ecce totum repleverant urticae, et operuerant superficiem ejus spinæ, et maceria lapidum des-*

(1) Eccles. cap. viii, v. 4.

tructa erat (1): pero vino Santo Domingo de Guzman, atacó de frente á la heregía, hasta derribar sus baluartes; trabajó en la reforma del Clero hasta conseguirla; iluminó á los ciegos, y conmovió á los insensibles; penetró en las masas del pueblo; y lo que nó hizo la Cruz, lo hizo la espada; lo que nó hizo la lengua, lo hizo la pluma; lo que nó hizo este ó aquel obispo, complice ó indiferente y flojo, lo hizo la mujer cristiana; lo que nó hizo el Clero ignorante y corrompido, lo hizo el Clero virtuoso y sabio; lo que nó hicieron aquellos condes y señores embrutecidos y malvados, lo hicieron Montfort y los suyos, nobles caballeros que pelearon por Cristo hasta derramar su sangre generosa.

¡Ah Dios mio! ¿Porqué nó nos dejais ver algunos hombres como Santo Domingo? Lo que está sucediendo es tristísimo: es una desgracia verdadera. Ya no se crián hombres tan extraordinarios; y semejante esterilidad, lo confieso, me provoca algunas veces á la desesperacion. Si hace ocho siglos era tan deplorable el estado de la Iglesia, Dios la consuela con el refuerzo

(1) Lib. III Reg. cap. VII.

de tan ilustre español: «la niebla llenaba el templo del Señor,» *Nebula implevit domum Domini* (1): pero al mismo tiempo, con el socorro de Santo Domingo de Guzman, puede decirse que la oscuridad se disipó, apareciendo en medio de la niebla esta estrella refulgente: *sicut stella matutina in medio nebulae*. Pero hoy, nos faltan agitadores, grandes agitadores, que sean capaces de torcer el curso de los sucesos, de luchar frente á frente con el siglo: nos falta este grande espectáculo; y si tarda en presentarse, nosotros olvidaremos y otros nó comprenderán las maravillas que concibió y supo ejecutar el poder del genio. El genio de la revolucion moderna, genio envidioso, como todo lo que es pequeño, no ha perdonado á los ilustres hijos de Santo Domingo de Guzman. De nada les valieron sus recientes servicios en America, donde hicieron oficios de tribunos, clamando contra el despotismo, y pidiendo en favor de los indios, tratados como bestias de carga, la libertad, la propiedad, la personalidad, y los mas sagrados derechos, sin los que tanto se rebaja y envilece la condicion humana. Los

(1) Lib. III Reg. cap. VII.

misioneros de Santo Domingo consiguieron excitar en Europa los sentimientos de humanidad en favor de aquellos infelices esclavos, y despertar el espíritu público á fuerza de lágrimas, de exortaciones fervorosas y de amargas quejas. Los que se titulan amantes de la libertad y quieren pasar plaza de humanitarios, no debieran haber llevado la injusticia hasta el punto de exterminar á los defensores de tan sagrados derechos.

Mas ¿cómo perdonarlos? Á unos hombres que con el baston en la mano y el breviario debajo del brazo arrancan de Italia ó España, atraviesan las fronteras de los árabes, hablan á los griegos, llegan hasta las riberas del mar negro y del Danubio, establecen misiones en Irlanda, en Escocia y en Dinamarca, y contribuyen á civilizar la America, á unos hombres asi, es menester exterminarlos. No se puede tolerar á un fraile dominico como Suso, cuya cabeza pusieron á precio los infieles por ser hombre dotado de irresistible elocuencia: no se puede tolerar á un San Jacinto, de cuyas improvisaciones brotaban templos y monasterios: no se puede tolerar á un Taulero, cuyas lágrimas ablanda-

ban las piedras: no hay valor para tolerar la existencia de un Instituto que ha producido sabios y santos como Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino, y portentos como San Vicente Ferrer. No les vale haber pedido en nombre de la Religion, y de la humanidad, y de la civilizacion cristiana de que eran apóstoles y mártires, la libertad y los derechos de que á sus hermanos los indios los despojaban la tiranía y la codicia: era menester que sucumbieran: la envidia es el odio á las cosas grandes. Con esos adversarios no se puede luchar: es preciso que la institucion perezca. Los enemigos de la Iglesia hubieran sido destrozados en el campo de las controversias por la aguerrida milicia de Santo Domingo de Guzman: convenia acabar con esos predicadores y controversistas, con esos doctores angélicos, versados en las ciencias divinas y humanas, diestros en la polemica, que al asomo de un peligro «estendian sus alas para proteger á la Iglesia, como los Querubines estendian las suyas para proteger el Arca» *sicut Cherubin expandebant alas super locum arcæ, et protegebant arcam et vectes ejus desuper* (1).

(1) Reg. lib. III, cap. VII.

Concluyo, Señores, con esta amarga censura de actos impremeditados y violentos, á los que se debe la supresion de una órden ilustre. Los pueblos que van delante de nosotros en la carrera de la civilizacion se apresuran á restablecer el órden de los *hermanos predicadores*; y al reaparecer en un pais que les fué contrario, se les indemniza con una honrosa acogida de la injusticia con que fueron tratados. Otra vez estan les domínicos en Tolosa, para tener razon perpetuamente contra el obcecado Raimundo, protector de los albigenses (1). «El órden de Santo Domingo tiene un misterioso porvenir, en el que la purpura del martirio deberá teñir de encarnado su habito blanco (2):» y si las tinieblas de una nueva barbarie, pronta á salir de en medio de las modernas revoluciones, llegaran á estenderse en Europa, sería menester que el Señor, por un rasgo de su infinita misericordia, suscitara nuevos atletas de la fé, apóstoles vigorosos de la divina palabra, que brillaran como estrellas en medio de las nieblas

(1) Me refiero á la fundacion del padre Lacordaire, hoy provincial del órden de Santo Domingo.

(2) R. Dom. Pitrá: *Études sur les Bollandistes*, pág. 156.

de una caliginosa tempestad. Las últimas palabras que pronunció Santo Domingo poco antes de morir, indicaban como un vago presentimiento de la perpetuidad de su obra (1). Imitemos, Señores, á aquellos buenos cristianos que en los funerales de Santo Domingo de Guzman, primero lloraron y entonaron cantares tristísimos, estando junto á su cadáver con la cabeza inclinada hacia el suelo, oprimidos por la tristeza; pero que despues, pensando en la gloria de que gozaría su Santo Patriarca y en el porvenir de aquella nueva religion, ya no vieron al Santo vencido por la muerte, ni su obra aniquilada, y cantaron himnos con transportes de alegría, asi que vieron con toda certidumbre que á las pasajeras adversidades de los tiempos sucederian favorables mudanzas.

Yo os diré, para acabar, estas palabras del bienaventurado Jordan de Sajonia: «Roguemos al Padre de las misericordias, para que ayudados por

(1) Murió en Bolonia á seis de agosto de 1221, un viernes á la hora del mediodia. Poco tiempo antes, hablando con particular afecto á unos estudiantes de la Universidad, les habia dicho: «Mis queridos amigos, ahora me veis en completa salud; pero yo moriré antes del dia de la Asuncion de Nuestra Señora.»

este espíritu que gobierna los hijos de Dios, y marchando sobre las huellas de nuestros antepasados, lleguemos nosotros por un camino derecho á la eterna patria adonde el bienaventurado Domingo nos ha precedido.» Asi sea por los infinitos meritos de Ntro. Sr. Jesucristo. *Amen.*

SERMON

para el día

DE LA VÍRGEN DEL ROSARIO.



Oportet semper orare et nunquam deficere. Luc. cap. xviii, v. 1.

Es menester orar siempre, y nó desfallecer.

Señores: la necesidad de la oracion está reconocida por todos los hombres, cristianos ó nó cristianos, con tál que conserven algun apego á la religion que practiquen, sea verdadera ó sea falsa. Porque sean los hombres que se quiera, han de verse á menudo rodeados de necesidades, han de padecer hambre ó sed, reveses de la fortuna, tribulaciones y contratiempos, y grandes amarguras que acibaran el alma con

hiel, absintio y veneno. Y por poco apego que tengan á su religion, y por oscuro que sea el conocimiento que tengan acerca de las relaciones del Criador y las criaturas, nó dejarán de reconocer que hay un Dios omnipotente, que podrá remediar sus necesidades si de ellos se compadece, viéndolos desamparados. Y ¿quién puede pensar que Dios, siendo todopoderoso, haya de complacerse en vernos atormentados, y que nó querrá poner en nosotros sus ojos de misericordia, viéndonos aflijidos y llorosos, y con las manos levantadas al cielo en ademan suplicante? Pues esto es bastante para que todos los hombres reconozcan la conveniencia, la necesidad y eficacia de la oracion. Ciertos estamos de que ninguno, á nó ser procediendo contra toda razon, osará abrir su boca para protestar contra estas palabras de los libros santos: *Oportet semper orare, et numquam deficere*: «conviene orar siempre, y no desmayar.»

Esceptuamos á los luteranos y calvinistas y á otros herejes, los que diciendo que el hombre caído por el pecado de Adan no puede cumplir la ley divina, ó que la observancia de algunos preceptos es imposible, han venido á negar la

utilidad de la oracion. Ved, mis queridos hermanos, si será cierto que la heregia protestante conspira á la negacion de toda verdad religiosa, cuando ni la necesidad y utilidad de la oracion, por todo el mundo reconocidas, se han salvado del insensato y bárbaro furor de los pretendidos reformadores. Estos han ido mas allá que los gentiles; porque los gentiles oraban; y á su manera, conversaban con los dioses, y confiaban tornarlos propicios á sus ruegos.

Es cierto que en el estado presente, la observancia de la ley es muy difícil, es moralmente imposible, sin el especial auxilio de Dios. Ordinariamente, Dios no concede estos auxilios sino al que se los pide. Segun San Agustin, Dios concede unas gracias sin que se le pidan, tales como las primeras gracias excitantes, los llamamientos á la fé ó á la penitencia: otras no las concede sino á los que las piden, como muy especialmente, la gracia de la perseverancia (1). Tan necesaria como es el alma al cuerpo para vivir, así es necesaria al alma la oracion, dice

(1) *Deum nobis dare aliqua etiam non orantibus, ut initium fidei: alia non nisi orantibus præparasse. Lib. de Perseverantia, cap. 5.*

San Juan Crisostomo. «Pedid y recibircis,» dice el Señor: este fué el resorte que tocaron los santos para recibir tan abundantes gracias como recibieron: esta es la puerta en que nó llamaron los que vivieron exaustos de dones y en la mayor pobreza. Nó obtuvieron socorro, porque nó clamaron: nó fueron oídos, porque nó pidieron: porque dijo el Señor: *Clamabit ad me, et ego exaudiam eum..... Rogabis eum, et exaudiet..... Clama ad me, et exaudiam te..... Invoca me et eruam te* (1). «Clamará á mí, y yo le oiré: pí deme, y yo te oiré: invócame, que yo vendré en tu auxilio y seré tu protector.»

Y ¿hubo jamás alguno que orando al Señor fuera desoido y despreciado? ¿*Quis invocabit eum et despexit illum* (2)? El Señor oyenuestras suplicas, y al punto responde: *adhuc illis loquentibus, ego audiam*; dice el Profeta. «Bendito sea Dios, exclama el Santo Rey David, que nó desoyó mi oracion, ni apartó su misericordia de mí: *Benedictus Deus, qui non amovit orationem meam, et misericordiam suam a me* (3).

(1) Ps. xc, v. 15. Job. xxiii, v. 27, Jerem. cap. xxxiii, v. 3. Ps. xlix, v. 15.

(2) Eccl. cap. ii, v. 12.

(3) Ps. lxy, v. 20.

Y cuando nó nos otorgara el Señor la gracia que le pedimos, bien puede asegurarse, dice San Bernardo, que nos concederá otra gracia que nos sea de mayor utilidad. Porque el Señor es muy suave y muy dulce, y tiene muchas misericordias para todos los que le invocan: *multæ misericordiæ invocantibus te* (1). Al que necesita sabiduría, le da sabiduría; el Señor reparte sus dones con liberalidad y largueza; da á manos llenas, como dice el apóstol Santiago, *dat omnibus affluenter*, segun su riqueza que es infinita, y segun la abundancia de sus misericordias, que nó tienen número. Á ello le impulsa su misma infinita bondad: porque la bondad es difusiva por naturaleza, y tiende á comunicarse (2).

Y si tanta fuerza tiene la oracion individual, cuando vá acompañada de los requisitos necesarios para que sea oida, figuráos qué poderosa será la oracion en comun de todo un pueblo, que se une en deseos, que articula las mismas

(1) Ps. LXXXV, v. 5.

(2) *Ciò avviene, perchè la bontà di sua natura è diffusiva, onde Dio, che per natura è bontà infinita, ha un desiderio sommo di comunicare a noi i suo beni, e la sua felicità. S. Alfonso de Liguori, Opere spirituali.*

preces, que entona los mismos cánticos, que rinde á Dios este público testimonio de su fé y de su piedad. Y como uno de los requisitos de la buena oracion sea la perseverancia, de aquí el que la oracion en comun sea el medio más expedito para que perseveremos en ella. La devocion del *Rosario*, la mas popular de las devociones, ha venido á ser la señal distintiva de los pueblos y de las familias cristianas. Rezando el Rosario, expresamos todo lo que hay de solidido en nuestra fé, de tierno en nuestra devocion, de confiado en nuestra esperanza, de solícito en nuestra caridad. En los infortunios es consuelo, remedio en nuestros males, prenda de seguridad en los peligros, y en nuestras alegrías, universal concierto de alabanzas.

La esplanacion de estas indicaciones será la materia de este discurso, que ofrezco en honor de la Santísima Virgen, por cuya mediacion imploro los auxilios de la divina gracia. *Ave María.*

El *Rosario* quiere decir lo mismo que *ramillete de rosas*, ofrecido á la Vírgen, á quien llamamos en nuestro idioma cristiano, la *rosa mística*. De la naturaleza, de donde se toman los similes y figuras para ponderar el fruto precioso de las virtudes, hemos tomado las rosas para tejer la corona de la Vírgen. Despues de habernos elevado en alas de la fé á lo mas alto del cielo para sorprender en las estrellas del firmamento la bella imágen de María; despues de haberla visto en la dulce claridad de la aurora, en el ardiente fuego del sol y en el melancólico resplandor de la luna, hemos bajado

á la tierra, y la hemos visto tambien en el rocío y sus perlas, en la rosa y el lirio, en la oliva y el cedro, en el incienso y la miel, en el cristalino espejo de las fuentes, y en la yerba de las praderas con sus mil colores. El *Rosario* no es ofrenda indigna de la Virgen María: en este precioso hacecillo, de suavísima y celestial fragancia, se juntan las oraciones de todos los fieles, y se contemplan todos los misterios de nuestra Santa Religion. No temais, hermanos míos, la aridez y severidad de los preceptos y de los misterios; no huyais del camino de la virtud, por ingrato y espinoso: porque bien mirado, el camino es una pradera de mil colores, y podemos cumplir el deber del sacrificio tejiendo para la Virgen una corona de rosas. Temo ajarlas con mis manos y marchitarlas con mi aliento: es muy delicada y muy santa la mano que juntó el primer manojo, compuesto de las odoríferas flores que esmaltan el campo de la Iglesia; pero á ello me obliga la necesidad de buscar en los arcanos del *Rosario* los arcanos de la oracion.

La oracion debe de ser piadosa, humilde, confiada y perseverante: mucho cuesta á nues-

tra flaqueza perseverar en la oracion; y por esto se ha buscado en la asociacion de los fieles el remedio á tamaño inconveniente. La reunion de las familias para orar; las cofradías, que tanta parte tienen en las preces públicas; el pueblo cristiano, presidido por sus sacerdotes, y elevando á Dios su alma en el interior de los templos; las procesiones, cruzando las calles ó los campos, he aquí otras tantas manifestaciones del culto católico, en perfecta armonía con los sentimientos religiosos, y muy oportunas para excitar la piedad y la humilde confianza que se anidan, aunque á menudo languidecen y se resfrian, en los cristianos pechos. Estas procesiones en que todo un pueblo sigue los estandartes de la Vírgen, ó las imágenes de sus santos patronos, ó la insignia bendita de la *Cruz*, son del todo necesarias. Si la guerra, el hambre, las epidemias, las inundaciones, los terremotos, las sequías ó cualquiera calamidad pública aflige á una comarca, entonces el pueblo entero, obedeciendo á un impulso espontáneo, sigue á sus sacerdotes en rogativa pública, mira al cielo en quien pone su esperanza, suspira, canta, reza ó llora; cada devoto expresa

en su semblante la consternacion del pueblo, en sus gemidos la compuncion del que llora sus pecados, y en sus preces la devocion y el amor de los que tienen fé en la divina misericordia de un Dios clemente. Israel sacaba en procesion el *Arca* del Testamento; nosotros, guiados por la Santa Cruz y agrupados al redor de María Santísima, marchamos en procesion rezando el *Rosario* y cantando la *letanía* de la Virgen. La institucion del *Rosario* tiene una antigüedad de siete siglos; mas nó porque no se hubiera ideado en los primeros dias de la Iglesia esta forma de la oracion, dejaron los cristianos de orar en comun, llevando en procesion la estatua de la Virgen. Desde que la Iglesia salió de las catacumbas, usó de su libertad ofreciendo á los ojos del pueblo este sublime espectáculo: los pontífices, los sacerdotes, las vírgenes, ya sin temor á los verdugos, desplegaron al viento los estandartes de su fé. Los cristianos celebraban los triunfos de su *Religion*, y se gloriaban ostentando en presencia de los gentiles que ya no los podian perseguir, las señales de tan completa victoria. Los Cirilos, Crisóstomos, Atanasios y Ambrosios, formaban

en estas filas: Gerónimo, Efren y el Damasceno componian otro grupo en estas procesiones, en las que nó faltaban los más elocuentes panegiristas de la Madre de Dios. ¡Qué bello seria poder contemplar el gozo de aquella milicia de Cristo, libertada de los calabozos y arrancada de la garra de los leones! Dignas eran sus manos de llevar el estandarte de la Virgen: aquellas manos habian arrastrado cadenas, y conservarían la señal de sus anillos, como un brazalete de honor.

Ya supondreis, Señores, que teniendo los cristianos la costumbre de volver su corazon á María, se valdrian, para saludarla, de la misma salutacion del Angel: mas nó hubo en esta devocion la regularidad y solemnidad que vino á darle la institucion del *Rosario*. Ved el principio que tuvo. La guerra de los albigenses, tan horrorosa en Francia, fatigaba á Santo Domingo de Guzman, intrepido defensor de la fé católica. Á los furores de la heregia oponia el Santo con éxito venturoso la predicacion del Evangelio, y de aquí el empeño que puso en fundar un instituto que tomara á su cargo la obligacion de anunciar al pueblo la divina

palabra. Pero la guerra de los albigenses era un obstáculo para que semejante instituto se creara: era menester que los ánimos se aquietaran, y por esto el Santo pedia al Señor de todas veras el bien de la paz. Obedeciendo, sin duda, á una secreta inspiracion, instituyó Santo Domingo esta manera de rezar que con el nombre del *Rosario* se extendió por toda la Iglesia, para alcanzar el restablecimiento de la paz y el triunfo de la fé (1). Y nó fué maravilla que lo consiguiera, porque el Santo formó el *Rosario* de las tres oraciones mas santas que puede la tierra elevar hasta el cielo: el *Pater noster* ha salido de la boca de un Dios; el *Ave María*, de la boca de un ángel; y el *Gloria Patri* es el grito de la Iglesia, esposa inmaculada del Cordero. Este grito se elevaba hasta el cielo; y el clamoreo de un gran pueblo reunido que oraba por la exaltacion de la fé católica y por la paz de la Iglesia, quedó satisfecho. Él repetia sin

(1) *Ce fut dans le bout d'obtenir la paix et de hâter le triomphe de la foi, que Saint Dominique institua, non sans une secrète inspiration, cette manière de prier qui s'est, depuis, répandue dans l'Eglise universelle sous le nom de Rosaire. Lacordaire, Vie de S. Dominique, chap. vi, pag. 118.*

cesar la salutacion angélica; y para evitar la distraccion, Santo Domingo distribuyó las salutations en series, y á cada una de ellas unió el pensamiento de uno de los misterios de nuestra Redencion, que fueron para la Vírgen motivo de alegría, de dolor ó de triunfo. La primera Cofradía del *Rosario*, propagando entre las muchedumbres la meditacion de los misterios dolorosos, gozosos y gloriosos, que juntan la gloria y tormentos de Jesus con la gloria y tormentos de la Santísima Vírgen María, alcanzó en breve un solemnísimo triunfo, un triunfo popular. «El pueblo cristiano conserva de siglo en siglo esta devocion con increible fidelidad. Las cofradías del *Rosario* se han multiplicado hasta lo infinito.» ¿Quién no ha oido al Clero y al pueblo en las Iglesias rezar el *Rosario* á dos coros? «¿Quién no se ha encontrado alguna de esas procesiones de peregrinos que van pasando con sus dedos las cuentas del rosario y entreteniendo el fastidio del camino con la repeticion del nombre de María?» Lo mismo hacen en el campo los jornaleros, y sazonan el trabajo de cada dia con la salutacion angélica. «Siempre que una cosa cualquiera alcanza la perpetuidad

y la universalidad, es porque encierra necesariamente una misteriosa armonía con las necesidades y destinos del hombre. El racionalista se sonríe viendo desfilar estas gentes que dicen y repiten una misma palabra; pero el que está iluminado con una luz mejor, comprende que el amor no tiene mas que una palabra, y que diciendola siempre, no la repite nunca (1).» Pensarán que exageramos creyendo que esta devocion encierra misteriosas armonías con las necesidades del hombre cristiano, porque nunca tarda en aparecer lo que las necesidades de la naturaleza reclaman, y el *Rosario* nó fué instituido hasta el siglo XIII: como si nó hubieramos dicho bastante acerca de las procesiones y públicas rogativas que conocemos en la Iglesia desde el primer día de su libertad. Ellas fueron como los albores ó primeros indicios de esta institucion, que el tiempo habia de aclarar y confirmar. El sentido comun que busca en la

(1) *Le rationaliste sourit en voyant passer des files de gens qui redisent une même parole: celui qui est éclairé d'une meilleure lumière comprend que l'amour n'a qu'un mot, et qu'en le disant toujours il ne le répète jamais. Lacordaire, Vie de S. Dominique, chap. vi, pag. 121.*

antigüedad mas remota el origen de lo que es universal y de lo que puede ser perpetuo, ha podido excusar las opiniones aunque poco fundadas y corrientes, que han atribuido la institucion del *Rosario* á San Benito, á Pedro el hermitaño, al venerable Beda, ó á cierto monje llamado Pablo, todos anteriores á Santo Domingo de Guzman. El ejemplo que nos cita Eriman de una dama piadosa que en los primeros siglos de la Iglesia recitaba sesenta veces al dia el *Ave María*; lo que nos dicen Paladio y Sozomeno, historiadores de los primeros siglos, de ciertos anacoretas que se servian de unas piedrecitas para llevar la cuenta de sus oraciones, señales y documentos son que confirman lo que en abono de la institucion del *Rosario* hemos dicho, y de sus secretas armonías con la naturaleza del hombre (1). De semejante industria se valian los pobres religiosos que ó no sabian leer, ó no podian recitar el Salterio de memoria: mientras roturaban las tierras rezaban sus

(1) En la tumba de Santa Gertrudis de Nivelles, muerta en el siglo VII, y en la de San Norberto, muerto en el siglo XI, se encontraron algunas de estas piedrecitas ensartadas, que parecian como los granos ó cuentas de un rosario.

oraciones; y si habian de seguir el órden acostumbrado por los sacerdotes cuyo rezo estaba distribuido en horas llamadas canonicas, de alguna manera se compondrian los pobres hermitaños para imitar el Salterio. En cuanto á las gentes del pueblo, designaban el número de oraciones por cierto número de clavos que se ataban á la cintura.

Ya veis, Señores, que en el pueblo cristiano, en sus practicas piadosas, en sus oraciones, estaba como el embrion del *Rosario*. Perdónese que hablemos así: nó creemos que Santo Domingo lo inventó, y de proposito nó hemos empleado esta palabra. Las grandes instituciones de la Iglesia nó aparecen un dia, de repente, como una novedad de hoy, que nó se sospechára ayer. Del costado de Jesus salió la Iglesia con instituciones que nó han perecido, y con el germen al menos de las que aparecieron más tarde, y de las que nó moriran. Lo que hizo Santo Domingo de Guzman (y esta fué su gloria) fué dar una forma á esta institucion, cuyo germen precioso llegó á descubrir en las practicas y devociones del pueblo cristiano. El Santo repitió tantas veces el *Ave María*, que

llegó á formar quince decenas: al principio de cada decena puso la oracion dominical, y al fin la doxologia á las tres adorables personas, ó sea el *Gloria Patri*. Estas quince decenas son correspondientes, como se ha dicho, á los quince principales misterios del Salvador, en que tuvo parte la Santísima Vírgen; y estas ciento y cincuenta *Ave María*, por ser tantas como los Salmos de David, han dado al *Rosario* el nombre de *Salterio de la Vírgen*. «Asi considerado, el rosario es como un compendio del Evangelio, una historia abreviada de las grandezas, de los triunfos y sufrimientos del Hombre-Dios, y otra historia de las alegrías, de los privilegios y dolores de su santa madre (1).»

Contemplad, pues, al descubierto los arcanos del rosario; ellos nos explican los arcanos de la oracion, y nos revelan las armonías que guardan con los misterios de nuestra Religion y con las necesidades de nuestra naturaleza. No podreis desconocer cuánta sabiduría ó qué golpe de inspiracion supone una institucion tan admirable: de los labios de Santo Domingo brotó

(1) *Culte catholique de Marie*, par M. Paul Saueret, tom. premier, xviii.

la formula sencilla en que apareció condensada la sabiduría de muchos grandes maestros, la piedad de todos los devotos, la inspiracion del pueblo cristiano. No habia de componerse el Rosario de esas flores de pasajero aroma y efímera existencia, flores de un dia, que son por la mañana las delicias y pompa del jardin, que á la tarde se marchitan, y á la noche mueren: para ser ofrenda digna de la Virgen, rosa mística, estrella que precedió á la aurora y que nó ha de tener ocaso, el *Rosario* habia de ser una corona de perpetua vida, de inagotable fragancia: por esto no fué tejida esta corona embalsamada con las flores que rindió el jardin de la Iglesia en el tiempo de Santo Domingo. Las grandes almas que aspiran en el campo de la Iglesia este aire templado de la devocion, aire que consuela porque es puro y vivificante, y trasciende á rosas que antes que los ojos advina el alma, estas almas grandes nó se contentan con las flores de una sola estacion, para tejer una corona de honor y de perpetua alabanza á la Santísima Virgen. En este precioso ramillete de rosas, que llamamos *Rosario*, debieron entrar algunas flores de las primeras

edades: y tál fué la inteligencia y esmero con que procedió Santo Domingo de Guzman, solícito por asegurar á la devocion de la Vírgen una eterna primavera.

Ríanse en buen hora el incrédulo, el orgulloso y el libertino de los que siguen esta devocion y ofrecen á la Vírgen María este sencillo y devoto homenaje, que á ellos parecerá insulso, y hasta sin gracia. Comprendemos lo que es la irreligion y la impiedad de unos, y la flojedad de los que por pereza y desidia no siguen la costumbre de rezar el Rosario: mas lo que nó toleramos es que se crea contrario á las verdaderas nociones de la belleza esta formula sencilla, pero admirable, de la oracion pública. La repeticion del *Ave María* parecerá al hombre indiferente, monótona y sin gracia; mas lo que para los indiferentes es insipido y frio, nó lo es para un corazon amante. De repeticiones se compone el lenguaje del amor; y ni el amor conyugal, ni el amor filial, ni el amor maternal, ni el amor fraternal, (por nó mentar el amor culpable) jamás se han cansado de este lenguaje. Bueno será que los incredulos se rian de la eficacia del *Rosario* instituido en honor

de la Virgen María y para obtener por su intercesion la paz de la Iglesia, cuando Santo Domingo logró ver armado el brazo del piadoso y arrojado conde de Montfort, que triunfó de los albigenses. El *triunfo de la Santa Cruz* fué en la memorable batalla de las Navas de Tolosa, que tuvo lugar el dia de la Virgen del Cármén. Rezando el *Rosario* estaba la cristiandad, cuando exclamó San Pio V inspirado por la Virgen: «la flota de los cristianos ha vencido:» y venció en aquella hora á los turcos en la horrible batalla de Lepanto. En los dias de Nuestra Señora de las Nieves y de la Asuncion, ganó dos batallas contra los turcos el emperador Carlos VI. La de Belgrado, dada por el principe Eugenio, el levantamiento del sitio de Corfú, la libertad de Alemania, de Italia y de la Europa entera, amenazada por trescientos mil bárbaros, todos estos triunfos, que ocurrieron en los dias de alguna festividad de Nuestra Señora, responden á la devocion y confianza que el pueblo cristiano ha puesto siempre en la Santísima Virgen. Y esta confianza, sea dicho para mortificar al incredulo, no pasa: hace cincuenta años que los españoles derrotaron en la memorable bata-

lla de Bailen á los ejercitos franceses en el dia de la Vírgen del Cármén: pues bien, la historia dice á las claras en quién esperó el soldado bisoño y el pueblo inerme para derrotar al ejercito contrario. Por esta razon, Señores, en este dia en que celebra la Iglesia la festividad del *Rosario*, todos los que tengan un corazon cristiano, sean españoles, italianos, alemanes ó franceses, todos los que tengan corazon de soldado, todos los que tengan amor á su nacion y á las glorias de su patria, deberian en este dia saludar á la Vírgen de las *Victorias*, porque con su auxilio las ganaron sus ejércitos (1).

Ríanse racionalistas y volterianos de una devocion que ellos, grandes filósofos y personajes eminentes, desdeñan y dejan para uso del pobre pueblo, ignorante y bajo: pero sepan que el gran Condestable de Montmorency rezaba el

(1) La fiesta de *Santa María de las Victorias* fué instituida por San Pio V en accion de gracias por la célebre victoria de Lepanto, que tuvo lugar el primer domingo de octubre de 1571. Dos años despues, Gregorio XIII cambió este título por el de *fiesta del Rosario*, y aprobó un *oficio propio* para todas las Iglesias que tenian algun altar dedicado á la *Virgen de las Victorias*. En 1716, Clemente XII estendió á la Iglesia universal la fiesta del Rosario.

Rosario mientras comandaba ejércitos: sepan que el gran Rey Enrique IV. de Francia rezaba todos los sábados el Rosario y la Corona los domingos. Ríanse de esta devocion, propia de pequeñas almas; pero sepan que sorprendido un personaje de haber encontrado á Luis XIV sólo en su cámara rezando la corona, el gran rey le dijo: «nó os sorprendais; esta es una práctica que me enseñó la Reina mi madre, y nó faltó á ella ningun dia.» Ríanse de esta devocion vulgar, pero sepan que uno de los mas sabios y penitentes solitarios de Port-Royal, araba la tierra, segaba el trigo, sentábase al sol para rezar el Rosario, y por la noche estudiaba los Santos Padres y la lengua hebréa. Ríanse, si les parece, del sabio Arnauld, genio admirable en letras y ciencias, que iba siempre armado de su Rosario. ¿Son acaso de la talla de estos grandes hombres los que de la devocion y la piedad hacen burla? ¿Serán capaces de tener en poco á un Miguel Angel, cuyos grandes rosarios que llevaba siempre en sus viajes se pueden ver todavía en su casa de Florencia (1)? Ríanse de

(1) Al menos se enseñaban en 1840. Podríamos dar sobre la devocion de otros artistas eminentes inte-

la devocion del rosario los hombres indiferentes ó irreligiosos; pero sepan que el impío Volney, á pesar de haber desdeñado como todos los de su escuela la devocion del rosario, se puso á rezarlo cierto dia en que navegaba, viendo el naufragio encima: por una feliz inconsecuencia, prefirió entonces la devocion que nace de la fé, á su habitual escepticismo. Los alardes de despreocupacion y los arranques temerarios de la

resantes noticias. El célebre Gluck, por ejemplo, desde que brillaba por su voz, siendo niño, en la catedral de Viena, nó dejó su rosario, aunque llegó á ser maestro de dos reinas, y admirado en el mundo por sus talentos. En los grandes conciertos de los palacios, se retiraba con disimulo á cualquiera rincon, sacaba el mismo rosario que le dió en Viena el P. Anselmo, y rezaba la corona. Y el célebre Mozart hacia lo mismo. En cierta ocasion escribió á su madre diciendola, que el dia en que su sinfonia en *sol menor* debia de ser ejecutada en un concierto religioso que se celebró en el palacio de las Tullerías, se fué al *Palais-Royal*, tomó un sorbete, y despues rezó su corona, á fin de lograr que su composicion fuera bien acogida del público parisien.

Si hubieramos de citar ejemplos de sabios, filósofos artistas, poetas, músicos, matemáticos y politicos contemporáneos, no acabariamos jamás. Léase el elogio que hace de Nicolas Fergola el P. Ventura, y se avergonzará el que pueda creer que hay en la devocion alguna cosa pequeña. M. Montalembert se preparaba con estas practicas antes de subir á la tribuna. Nuestro Donoso Cortés interrumpia las ocupaciones mas graves para rezar el rosario.

impiedad no son en muchos casos otra cosa que actos violentos del hombre contra sí mismo; porque el hombre es naturalmente religioso; porque el alma es naturalmente cristiana. Antes que ponerse en tortura y martirizar la propia conciencia, es mucho mejor, y (mírenlo bien) mucho mas sublime, hacerse los sectarios y apologistas de una devocion sencilla; porque siendo asi que de la devocion nace la confianza en Dios, la devocion deberá formar los grandes caractéres; y los grandes caractéres, las almas de temple, los grandes hombres, grandes por la confianza cristiana que es el asiento de la verdadera grandeza, jamás se contradicen en los peligros. Volney se contradijo por fortuna, temiendo á la muerte: á buen seguro que hubiera tenido que desmentirse en un caso parecido el célebre Gluck, el cual, llevando consigo á todas partes su rosario, solia decir: «este es mi breviario de músico.»

Esta palabra, Señores, salida de los labios del inmortal artista cristiano, debe de reconciliar á los hombres tenidos por superiores, con la devocion del rosario. No es el rosario el dogal de la supersticion echado al cuello para so-

focar en los hombres eminentes el talento, el génio, la sabiduría: nó es cadena de ignominiosa esclavitud; es cadena de flores, guirnalda de rosas, corona de fragantes virtudes, que nó deprime las frentes, sino que las adorna, las embellece, y aun las levanta. No es el rosario, como ya hemos dicho, una supersticion, sino como un compendio del Evangelio, una historia abreviada de las grandezas, triunfos y sufrimientos del Hombre-Dios, y otra historia de las alegrías, privilegios y dolores de su santa Madre. Para el músico y el artista puede ser su breviario; y todo el mundo conoce que el rosario es el libro del ignorante que nó sabe leer, del mendigo, de la madre que instruye á sus hijos, asi como es tambien el libro más cómodo del viajero. Todos celebramos, Señores, que se faciliten los métodos de enseñanza, y una de las invenciones mas útiles para enseñar á los ciegos la Geografía, ha sido la formacion de mapas con relieves, para que valiéndose del tacto, lleguen á conocer la situacion de las montañas y aprendan á seguir su direccion, y el curso de los mares: pues bien, ha muchos siglos que la Iglesia proporcionó á los pobres

ciegos la instruccion religiosa por medio del rosario, poniéndolos á leer por los dedos en este libro. Tampoco hay un libro mas barato: ya no se compran rosarios, á no ser los de gran valor: los rosarios se dan; y las bibliotecas económicas nó lograrán nunca hacerse tan populares, ni darse á tan bajo precio, como esta gigantesca empresa que la Iglesia sostiene sin dispendios, cuyos productos reparte sin costos y sin trábajo, y que tanto valen y en tanto se estiman, ya que nó por su valor intrínseco, que es insignificante, por las indulgencias, que superan el valor de los tesoros mas codiciados. ¡Ah, Señores! sin este libro ¿qué sería de los ancianos que empiezan á perder la vista y ya no pueden leer? Conforme se va acabando la vida, se va sintiendo mas y mas la necesidad de orar, de orar siempre y nó desfallecer en la oracion: *oportet semper orare et nunquam deficere*: y ¿qué hará el pobre anciano, nó pudiendo consolarse con alguna lectura cristiana? Tomará su rosario, hablará con Dios, y pasando lentamente las cuentas, entretendrá su soledad, y gastará las peores horas del dia ó de la noche en plácida calma. Otro tanto hacen los enfer-

mos; y este es el libro de que echan mano los sacerdotes, cuando estan imposibilitados para cumplir la carga del *Oficio divino*.

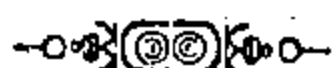
¿Entendeis bien ahora, Señores, cómo hemos ido penetrando en los arcanos del rosario y en los arcanos de la oracion? Ó ¿pensabais acaso que el rosario, como insignia cristiana, nó tendría misterios, y misterios que tocan por un lado en los misterios de la Religion, y por otro en las necesidades del hombre? Mas yo quiero acabar, y acabo contento, porque es posible que haya conseguido revelar, aun á los devotos, alguna de las armonías que tiene con los sentimientos religiosos esta sencilla y sublime devocion. Yo os recomiendo á todos este modo de orar y el uso del rosario: es un arma poderosa contra el infierno. Esta devocion es buen recurso para adormecer el dolor, y para endulzar el trabajo: finalmente, para las almas puras, es el libro de la noche: de la noche, Señores, consejera del mal, y complice del demonio! ¿Cuántos habrá que despreciarán estas practicas, y sin embargo, les deberán la castidad de sus hijas, la fidelidad de sus esposas y la virtud de sus criados? Sed fieles, hermanos mios, á la

piadosa costumbre que habreis adquirido del ejemplo de vuestras madres, y hallaréis gracia ante el trono de la Virgen Santísima, objeto de este culto. Postráos ante sus altares y exclamad con la confianza de nuestros santos: Ó Virgen, gloriosa, atiende á mis ruegos. Yo te presento, ó mi reina, una corona de rosas, escogidas entre las mas suaves del jardin místico de la Iglesia. Yo te pido la gracia de Dios, que en tí ha resplandecido; la fé que nos justifica, la caridad y las obras con que hemos de agradecer tus favores. Protéjeme, madre mia; cuando yo rezo tu rosario, y pido que ruegues por nosotros los pecadores, siempre confieso que eres *madre de Dios*. Yo te ensalzo y alabo cuanto puedo, y espero que me ayudarás en la vida y en la muerte para alcanzar en la gloria las promesas de tu Santísimo Hijo. *Amen.*

SERMON

para el día

DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.



Scitis quid fecerim vobis? Joan.
cap. xiii, v. 12.

Sabeis lo que he hecho con
vosotros?

Señores: hablando en términos generales, el corazon se toma por cosa interior y profunda, como cuando se dice: «los montes serán transportados al corazon del mar (1):....» «El hijo del hombre estará tres dias y tres noches en el corazon de la tierra (2).» Tambien se toma el corazon por la sabiduría; y á este propósito

(1) Ps. xlix, v. 5.

(2) Matth. cap. xii, v. 49.

leemos en el sagrado libro de los Proverbios: «el hombre sin corazon es un insensato.» Decir «un hombre de corazon...» es ponderar el valor; como decir «un hombre sin corazon» es decir que su flojedad y cobardia llegan hasta el extremo. Tambien expresamos por esta palabra los pensamientos mas reconditos y secretos, y en este sentido decimos que Dios escudriña y penetra hasta en los mas ocultos pensamientos del alma: *qui scrutatur etiam intimas animi cogitationes* (1). De ordinario se toma esta palabra por la voluntad, por los deseos y resoluciones: en este sentido decimos que ponemos nuestro corazon en Dios, y lo retiramos de las criaturas; que Dios sondea nuestros corazones. Convertirnos es apartar nuestro corazon del mundo y ponerlo en Dios: conversion que no puede hacerse, si Dios no cambia nuestros corazones por medio de su gracia. En este sentido exclama el Santo Rey David: *cor mundum crea in me Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis* (2). «Señor, crea en mí un corazon nuevo y limpio, y renueva mi espíritu en mis

(1) Ps. VII, v. 10.

(2) Ps. L, v. 11.

PARA EL DIA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS. 363
entrañas.» Para hallar gracia delante de Dios es menester que le presentemos un corazon contrito y humillado; *cor contritum et humiliatum*: para que podamos hacer alguna cosa buena es necesario que el Señor toque nuestros corazones: *et ut boni aliquid agant ipse tangit corda fidelium*; y se contenta, en pago del infinito amor que nos tiene, con la ofrenda y entrega de este pobre corazon nuestro, que él ha tocado, reformado, regenerado y convertido, infundiéndonos su gracia. *Fili præbe mihi cor tuum*. «Hijo mio, dáme tu corazon:» dice el Señor con un acento suave y amoroso que penetra en las entrañas.

En este sentido, se puede decir que Dios tiene un corazon; y si sois capaces de elevaros en alas del amor á las alturas de la contemplacion, vereis qué abismos hay en la divina esencia: abismos de sabiduría, pielagos de luz; su poder es inmenso; su fecundidad es inagotable; su misericordia es infinita; nadie puede investigar sus caminos; y caben en sus juicios enigmas tan temerosos, que son comparados á un grande abismo: *judicia Dei abyssus multa*. Las profundidades de su sabiduría, los misterios de su

providencia, los arcanos de su esencia divina, lo infinito de sus atributos, su santidad, su justicia, su poder, su misericordia, ved aquí un abismo sin fondo: penetrar en él seria lo mismo que penetrar en el corazon de Dios. No es este, Señores, un estilo hiperbólico: la Sagrada Escritura atribuye á Dios un corazon: asi se dice que *Dios se afligió en su corazon*: de David se dice que *fué formado segun el corazon de Dios*: de otros santos se dice que *siguieron el movimiento del corazon de Dios y sus deseos*.

Pero esta devocion, que nos trae á adorar el Sagrado Corazon de Jesus, Dios y hombre verdadero, no consiste solamente, mis queridos hermanos, en amar y honrar con un culto especial el Corazon de Jesus, este corazon de carne, semejante al nuestro. Su objeto es el amor inmenso del Hijo de Dios á los hombres, por quienes se entregó á la muerte, y por quienes se sacrifica en la Eucaristía. Y si para mantener viva la devocion necesitamos un objeto sensible ¿qué objeto mas digno ni mas propio para excitarla que el Corazon de Jesus? Este es, dice Santo Tomás, la fuente y el asiento de aquel amor inmenso del Salvador á los hombres:

queremos que este amor sea el objeto de la devocion mas tierna y afectuosa.

La ternura de Jesus que se nos da en el augusto Sacramento de la Eucaristía es el motivo principal de esta devocion: la reparacion del desprecio que se hace de ella es el fin principal: el Sagrado Corazon de Jesus, encendido en amor, es el objeto sensible: un sacrificio afectuoso y ardiente hacia la persona del Salvador debe de ser su fruto y resultado. Ojalá que consiga disponeros á tan hermoso sacrificio, como lo espero de los auxilios de la divina gracia.

Ave María.

La amabilidad del Corazon de Jesus nos obliga á amarle. Toda la santidad y perfeccion de un alma consisten en amar á Jesucristo, que es nuestro Dios, nuestro Salvador, nuestro soberano bien. Hay hombres, dice San Francisco de Sales, que colocan la perfeccion en la austeridad de la vida, otros en la oración, este en la frecuencia de Sacramentos, aquel en las limosnas, pero todos se engañan: la perfeccion consiste en amar á Dios con todo nuestro corazon. Amémosle, que asi seremos hombres de oracion y de penitencia, y seremos limosneros y caritativos. La caridad es el cimiento de

todas las virtudes; amemos á Dios, y el amor nos arrastrará por todas las sendas del bien: él allanará todas las asperezas que se nos presentan en la carrera de la virtud. Nuestra voluntad será fuertemente solicitada; nuestra alma se complacerá en abrazarse con el bien; nuestro corazon estará como ganado por la mano. Por esta razon decia San Agustin: «ama, y haz lo que quieras.» Demás conocia el Santo que por el amor se atraen el Criador y la criatura, y que el amor divino, sin quitar la libertad, hace oficios de cadena que con dulces lazos aprisiona las almas. Dándonos su corazon amabilísimo, Jesucristo nos atrae; y amando á Jesucristo, aseguramos el amor de su eterno Padre: porque dice el Señor: «El que me ama, será amado de mi eterno Padre.» *Ipsse enim Pater amat vos, quia vos me amastis* (1).

Mas ¿quién podrá penetrar en los secretos y profundidades del amor de Dios á los hombres? No lo consiente nuestra limitacion, ni nuestra ingratitud. Dios nos ama desde la eternidad. «¡Ó hombre, dice el Señor: considera que yo he sido el primero en amarte! Tú no existias,

(1) Joan. cap. xvi, v. 27.

y ya yo te amaba: desde que soy Dios, te amo: desde que yo me amo, te amo tambien.» Ved aquí una razon poderosa que debiera obligarnos al amor, aparte de que Dios sea el Sumo Bien. Por el supremo dominio que tiene sobre todo lo criado, le debe la criatura amor, adoracion y reverencia: este es el primer título de donde nuestra obligacion arranca. Y como si esto no bastára, hé aqui hermanos míos, que el Señor se nos anticipa, que el Señor nos ama el primero: ¿qué hacemos que nó le seguimos?

Pero el Señor veia nuestra deslealtad y mala correspondencia; y conociendo que habiamos de ser interesados y codiciosos, nos enriqueció con muchísimos dones, y quiso ganarnos para sí á fuerza de beneficios. Él puso en nuestras almas su imágen y semejanza: con esto parecia que tomaba posesion de nosotros, y nos honraba con una señal nobilísima, que nos daba el derecho de llamarnos hijos de Dios. Puso en las almas la luz del entendimiento y el amor de la voluntad, haciendonos capaces de conocerle y de amarle: y nos hizo señores y reyes del mundo, por ver si nos sometiamos gustosos á la ley de su obediencia y vasallaje. Nos amó para que

le amásemos, y fué su mismo amor quien con tal profusion nos repartió sus dones. Dotónos el Señor de un cuerpo con sentidos, habiendo criado los cielos y la tierra por amor al hombre. Para nosotros son esas magnificencias. Cielo, estrellas, fuentes, rios, mares, llanuras y montañas, flores y frutos, todo lo que es necesario para la vida del hombre, cuanto es útil ó bello, todo es obra del amor, y al amor nos obliga. «Señor, decia San Agustin, todo lo que veo en el cielo y en la tierra me habla y excita á que te ame: porque todo lo habeis criado por amor á mí.» El Abad Rancé sentia su corazon abrasado de amor, cuando desde el retiro de su celdilla solitaria contemplaba las colinas, oia el alegre murmullo de las fuentes y el cantar de los pájaros, ó alzaba la vista á los cielos admirando las maravillas que Dios ha criado por amor al hombre. Hasta los cielos pregonan la gloria del Altísimo, y la naturaleza insensible entona himnos de alabanza á su Criador; pues ¿qué hará el hombre? Quien contemple la naturaleza no puede ser ateo; y no sé quien pueda ser tan desgraciado, que á la vista de un espectáculo como este no se sienta dominado por

una especie de éxtasis religioso, ó nó experimente un involuntario estremecimiento del que no se puede libertar el espectador á cuyos ojos se ofrece una escena tan sublime. Santa Magdalena de Pazis, teniendo una flor en la mano, se sentia abrasada en el amor divino, y decia: «El Señor pensó en la eternidad criar esta flor, porque me amaba.» Esta flor venia á ser para la Santa como un dardo de amor que heria su pecho dulcemente, y la unia á Dios. Efectos admirables producía algunas veces en Santa Teresa el espectáculo de la naturaleza, que la embelesaba; la Santa se volvía á Dios llena de temor por sus defecciones y olvidos, creyendo que los árboles, las fuentes, las aves, las praderas, y todas las maravillas de la creación, la echaban en cara su ingratitud. «¿Puedo yo amar tan poco, decia Santa Teresa, á quien tanto ha hecho para que yo le ame mucho?» Más duramente se trataba y con mayor enojo se reprendía cierto solitario, que paseando por el campo creía que las yerbas y flores le acusaban de ingratitud hacia Dios. Él veía cómo hasta las flores miran graciosamente á los cielos como para dar á Dios gracias del rayo de

sol que las envia; él veia cómo la naturaleza se muestra agradecida al Señor de todo lo criado, y esplendida ó risueña para alegrar el corazon del hombre: con esto se enardecia el piadoso solitario, y pisoteaba las flores y las golpeaba con su baston, diciendo: «callaos: me estais diciendo que Dios os ha criado por amor á mí, y que yo no le amo: ya os he comprendido: callad, y nó me repliqueis.»

Pero ¿serán estos los únicos dones ó los más ricos que hayamos recibido de la mano de Dios? Nó, mis queridos hermanos: los dones de la gracia, la vida espiritual, todo un paraíso de delicias, valen infinitamente mas que todos los tesoros de la tierra. En comparacion de los bienes del cielo, no son sino lodo y cieno los bienes de aqui abajo. Si quereis apreciarlos en su justo valor, exclamad con San Ignacio de Loyola: *¡Quâm sordet mihi tellus cûm cœlum aspicio!* «¡Qué vil me parece la tierra cuando levanto los ojos al cielo!»

Mas no creais que tan preciosos bienes pusieron el colmo á la liberalidad de nuestro Dios. Su infinito amor á los hombres le arrastra; y ya colocado en la pendiente, de unos en otros

favores, pasa á darnos hasta su propio Hijo. Y no fueron nuestros méritos los que le obligaron á tanto sacrificio; fueron nuestras miserias: fué la compasion que de nuestras desdichas tuvo; el amor que nos tenía le hizo violencia. *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret*: «de tál modo amó el Señor al mundo, que entregó á su Unigénito para que no perezca el hombre, sino que alcance la vida eterna.»

Más todavía. El Hijo del Eterno se dió á nosotros; *semetipsum dedit*: él se ofreció á la muerte porque quiso: *oblatus est quia ipse voluit*. Dejó el aparato de su grandeza y majestad, y tomó la forma de siervo. Escogió vida de dolor, de angustia y de ignominia: á qué extremos le llevó el amor!

Y como esta inocente víctima era víctima voluntaria, lejos de retardar el día de su suplicio, lo hubiera anticipado si así hubiera convenido: tál era la vehemencia de sus deseos. El *justo* no abrió su boca para lamentarse de aquella suprema desventura que le aguardaba despues de una vida de afrentas y trabajos, sino para decir: «He deseado con deseo comer

con vosotros la Pascua en la vispera de mi muerte.» *Desiderio desideravi.*» Notad, mis queridos hermanos, la vehemencia del amor de Jesus, en esta palabra que se repite. Cuando Jeremias pinta las amarguras de la hija de Sion, dice asi: *Plorans ploravit in nocte, et lacrymæ ejus in maxillis ejus:* «llorando lloró» con lo que nos da á entender que lloraba sin consuelo, estando como anegada en un mar de lágrimas. Asi, cuando el Señor, en su deseo de padecer por los hombres para redimirlos del pecado y de la muerte, dijo á sus discípulos: *desiderio desideravi*, «he deseado con deseo comer con vosotros la Pascua antes de mi muerte,» usaba de un language que no puede menos de penetrar el corazon, porque expresa de la manera mas viva la ardiente sed en que su alma se abrasaba. No importa que la muerte sea en un infame patibulo, ni que el pérfido le venda, ni que el enemigo le insulte, ni que mirándole el verdugo lleno de ira mueva la cabeza: él desea con los mas vivos deseos morir por los que ama. ¿Qué cosa sino el amor pudiera llevarle á tál extremo? El amor, dice San Bernardo, no se inquieta por lo que conviene á la dignidad

del amante, sino por manifestarse á la persona amada: *amor est dignitatis nescius*: de esta naturaleza y calidad fué el amor de Jesucristo. Considerándole San Francisco de Paula, exclamaba asombrado: *oh charitas! oh charitas! oh charitas!*

Pero Jesucristo hizo mucho mas que consentir los ultrajes y afrentas con que le ofendieron sus implacables enemigos: hizo mucho mas que exponer su excelsa dignidad á todo linaje de oprobios. Jesucristo nos amó y nos ama hasta con *exceso*: *propter nimiam charitatem*; de caridad nimia, ó amor excesivo habla el Apóstol San Pablo. Jesucristo, en fin, nos amó y nos ama hasta parecer insensato, á causa de su excesivo amor: porque dice San Lorenzo Justiniano: *Vidimus sapientem pro nimietate amoris infatuum*: «vimos al sabio que se habia vuelto como loco á causa de su excesivo amor.» Y ¿quién era este sabio? ¡Ah hermanos míos! la misma sabiduría; la Sabiduría Eterna!... Esto consideraba la pecadora arrepentida, la Magdalena, que halló gracia postrada á los pies de su dulcísimo Jesus: ¿quién como ella podría sondear las entrañas y profundidades de este misterio del amor divino? Ciertó, dia cayó en

éxtasis teniendo un Crucifijo en la mano, y embebida en estas meditaciones exclamaba: «¡Ó Jesus mio, vos estais loco de amor! yo lo digo y lo diré siempre; estais loco de amor, ó Jesus mio!....» Pero no, dice San Dionisio Areópagita, esto no es una locura, sino el efecto ordinario del amor, que es poner al amante fuera de sí, para darse todo entero á la persona amada. ¡Ó si los hombres, mirando á Jesus crucificado, se detuvieran á considerar el amor que nos tiene! ¡De qué amor nó seríamos inflamados viendo correr la sangre y levantarse llamas que salen del corazon de Jesus cual podrían salir de un vasto incendio! ¡Qué dicha la de podernos abrasar con el mismo fuego que sale de Jesus! Cada gota de sangre que sale del corazon de Jesus es un dardo que puede herir á los corazones insensibles, ó una centella que puede inflamar las almas mas heladas. Estos dardos, llamas, centellas, inspiraciones, hacen dulce violencia, pero violencia al fin, que principia ó acaba en los pecadores el milagro de su conversion y sincero arrepentimiento. Acabad en mí este milagro, Dios mio; este milagro que vos principiásteis trayéndome al pie de tu cruz,

teñida de vuestra sangre, y regada de mis lágrimas.

El venerable Avila, tan lleno de amor divino que nunca dejó en sus sermones de hablar del amor que Jesus nos tiene, escribió en su *Tratado del amor* estos tan apasionados sentimientos: ¡Ó mi divino Redentor! Vos habeis amado al hombre hasta tal punto, que el que considera este amor nó puede menos de amaros; porque vuestro amor hace violencia á los corazones, segun el Apóstol San Pablo: *Charitas Christi urget nos*.

Tenemos, pues, mis queridos hermanos, que el amor de Dios á los hombres se manifiesta por los esplendidos dones con que nos ha favorecido, tanto en el orden de la naturaleza como en el orden de la gracia. Y tanto nos amó el eterno Padre, que dió por nosotros á su Unigénito: y tanto nos amó el Unigénito del Padre, que él mismo se dió á nosotros, y se ofreció como víctima voluntaria por nuestros pecados. Y como si nó fuera bastante generosa la oblación de esta Hostia tan pura y tan santa, Jesucristo tomó la forma de siervo y permitió que los hombres ultrajaran su majestad: se

preparó á la muerte sufriendo tantos oprobios. Jesus nos amó hasta el exceso; su caridad fué excesiva, como dice San Pablo, y su amor pareció locura. Despues de todo, mis queridos hermanos, es tanto el amor de Jesus, que nos hace violencia: *Charitas Christi urget nos*. ¡Ah hermanos míos! esperad en vuestra salvacion: venid á Jesus, doblad la rodilla delante de la enseña gloriosa de la Cruz que ha vencido al mundo: mas que vuestro corazon esté endurecido, mas que tengais tibieza espiritual, venid un dia y otro dia, venid siempre; pedid, importunad, no desmayeis, que al fin sentireis la violencia que hace Jesus, y descenderá á vuestras entrañas el calor de la vida espiritual que nace del corazon amorosísimo de Jesus.

El amor de Jesus hace violencia á los corazones; ¡cuán sublime será su principio! ¡cuán noble su origen!

El origen y principio del amor de Jesucristo á los hombres es su mismo amor al eterno Padre. Así es, que en la noche de la última cena dijo á sus discipulos: «Para que conozca el mundo que yo amo á mi Padre, ea, vamos.»

Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem, sur-

gite, eamus. En la noche de la Cena, el divino Maestro dió á sus amados discípulos las pruebas mas tiernas de su infinito amor. Él no desdeñó los mas bajos oficios de servidumbre, lavándoles los pies; él observó las ceremonias de la ley; él instituyó el último sacramento de su amor; él reveló profundos secretos al discípulo amado; él se entristeció, él ofreció á todos los hombres participacion en su reino; él instituyó sacerdotes y levantó á los que creyeran en su mision y en su palabra á una dignidad semejante á la suya; él les dio á comer y beber de su cuerpo y de su sangre; él los amó hasta el fin; él preparó tan celestial banquete para despedirse de sus amigos, de los que habia amado en el mundo: y para que conocieramos de qué naturaleza y condicion es el amor que nos tiene, dijo á sus discípulos: *Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem, surgite, eamus:* «Para que el mundo conozca que yo amo á mi Padre, levantáos, ea, vamos.....» Pero ¿adonde? ¿Seria á tomar posesion del reino de Israel para indemnizarse de las injustas persecuciones sufridas y condescender con los deseos y espectacion del pueblo israelita? *Surgite, eamus:* «ea, vamos.»

¿Adonde? ¿Seria á prepararse algun triunfo como el de su entrada en Jerusalem? El pueblo queria siempre milagros, que sanara enfermos y resucitara muertos: ¿querria Jesus confundir la incredulidad y obstinacion del pueblo con un milagro mas estupendo que los otros? *Surgite, eamus.* ¿Adonde? ¿á sofocar las conjuraciones contra su persona? á derribar el trono de los Cesares? á trocar su tunica por la purpura de los Emperadores? *Surgite, eamus:* «ea, vamos.» ¿Adonde? ¿Seria á repetir en otra montaña el milagro de su Transfiguracion gloriosa? *Surgite, eamus:* «ea, vamos;.... vamos, amigos; vamos..... vamos á morir!»

¡Qué amor tan grande! ¡Qué muerte tan generosa! Nadie puede comprender cuán grande es este amor, ni cuán ardiente es el fuego que abrasa el corazon de Jesus. Si en lugar de una muerte, hubiera sido necesario sufrir mil muertes, amor tenia para sufrirlas todas. Si en vez de morir por todos los hombres hubiera sido preciso morir por uno solo, por uno solo se hubiera sacrificado. Si en vez de estar tres horas pendiente de la Cruz hubiera sido necesario que estuviera hasta el dia del juicio, amor

tenia para todo esto, y mucho mas. Cosa admirable, Señores! Á cada paso se nos recomienda que meditemos la pasion de Jesus, para que á vista de los tormentos del Justo y de las án-
sias de su muerte, se ablanden nuestros duros pechos y se vuelvan agradecidos á quien con tal generosidad se sacrifica por nosotros. Esta meditacion es indispensable al cristiano; sin ella no sabrá amar á su Dios y Señor: sin ella no hay para él verdadera Religion, por mas que la confiese con la boca. Por el contrario, la frecuente meditacion de los acerbísimos dolores y tormentos que sufrió nuestro amabilísimo Jesus, le hará irreconciliable enemigo del pecado, y querrá espiarlo con lágrimas de sangre á los pies de su Redentor. Él seguirá á Jesus en los lances mas penosos, en las crueldades que sufrió, y oirá los amorosos gemidos de la víctima, y recogerá palabras memorables, palabras las mas dignas de ser conservadas y trasmitidas á las edades mas remotas. Estas palabras han dado el ser á muchos santos, han fundado Iglesias, han convertido grandísimos pecadores, y han allanado en diversas partes del mundo los triunfos de la Cruz. Alegráos

en el Señor, mis queridos hermanos; cuando los hombres consideran los misterios de amor que encierra la pasión dolorosísima de Jesús, al punto hallan remedio á sus dolencias, y se consuelan padeciendo con el hombre de todos los dolores, que ha de sanarnos: ya se consideran como enfermos que vienen al Médico, como hijos que se echan á los pies del Padre mas amoroso y lleno de misericordia. Sus corazones, antes insensibles y frios, son atraídos por el Sagrado Corazon de Jesús; desde aquel punto sienten en toda su fuerza lo que es y lo que vale esta tan hermosa Religion, y lloran sin consuelo á los pies de Jesús, y luego se consuelan de haber llorado: porque entra en el corazon de los pecadores la esperanza del perdón, y se desprende el hijo arrepentido de los brazos de su bondadoso Padre, derramando copiosas lágrimas, y diciendo para sí con alegría:—El Señor me ha perdonado!—Un Dios muriendo por los hombres, ¡ah Señores! esto no se resiste.

Mas ¿cómo creereis, mis queridos hermanos, que siendo tan útil y necesaria la meditacion de la pasión y muerte de Jesús, nó sea sufi-

ciente para darnos á conocer todo el amor que el Señor tiene por nosotros? Tened por seguro, hermanos míos, que el amor de Jesus fué superior á lo que se nos dá á entender por sus acerbísimos dolores y sufrimientos: no se pudo ver en su pasion todo lo que el Señor nos amaba. Un hombre dá la vida por la Religion ó por la Patria, y dá una prueba acabada de su adhesion. El amor que guardaba en su pecho para defender la una ó la otra era tan vivo, tan intenso, que le llevó al sacrificio: podemos apreciar en el mártir la estension de un amor tan generoso; pero Jesucristo, muriendo por nosotros, no nos dió á conocer toda la estension del suyo. Las almas deseosas de penetrar en el recondito misterio del amor infinito de Jesus, le siguieron hasta el Calvario: mas ¿qué vieron? Un cadáver clavado en una cruz; la cabeza caída sobre el pecho; su cabellera en desorden; el rostro descompuesto, el cuerpo desplomado; cerrada estaba su boca, y sin lumbré aquellos divinos ojos. No parecia Dios; y estaba tan desfigurado, que no parecia hombre. Pero el instinto, este sentido tan seguro, las retiene al pie de la Cruz, en la esperanza de descubrir el,

gran misterio. Descubren al fin la llaga del costado, y los mas ricos secretos se muestran patentes á sus ojos: el anhelo de estas almas amantes quedó satisfecho: por la llaga del costado descubren el corazon de Jesus (1), asiento de prodigios, explicacion del amor infinito, y fuente perenne de gracias y misericordias. Porque del Sagrado Corazon de Jesus ha salido la Iglesia: en él descubren las almas amantes la Sion celestial y la mistica ciudad fundada en un alto monte; allí está el Apostolado, allí el Sacerdocio, allí la ciencia sublime de las almas; allí los Sacramentos; y en el agua y la sangre que salen del costado de Jesus, está el agua del Bautismo, y la sangre que engendra los martires. De allí toman su fuerza los héroes de la Religion, los que la confiesan, los que la enseñan y sustentan: allí han nacido los grandes pensamientos que han dado vida á las grandes

(1) *Ad hoc enim perforatum est latus tuum, ut nobis patescat introitus. Ad hoc vulneratum est cor tuum, ut in illo, et in te ab exterioribus perturbationibus absoluti, habitare possimus. Nihilominus et propterea vulneratum est, ut per vulnus visibile, vulnus amoris invisibile videamus. ¿Quomodo hic ardor melius ostendi potest, nisi quod non solum corpus, verum etiam ipsum cor lancea vulnerari permisit? S. Bernardus, Serm. 3 de Passione.*

instituciones. Allí está la fuente de agua viva, la leche de que se alimentan los niños, el pan de los fuertes, y el vino que hace á las almas castas. Allí está la fortaleza para sostener al hombre en sus desmayos, y la medicina para curar sus enfermedades. El soldado cristiano toma su valor de aquel corazon potentísimo, y la vírgen cristiana su fuerza en las tentaciones, como el atribulado la resignacion en sus desventuras, el enfermo en sus agudos dolores, y el defensor de la fé en los mas rudos combates. Allí..... pero ¡ah hermanos míos! esto es como descubrir un nuevo mundo. Industria ha sido de las almas mas fervorosas sacar con piadosas manos el corazon de Jesus, para que se pueda manifestar en algun tanto el fuego interior en que nuestro amante se consume. Considerad, hermanos míos, en esas gotas de sangre y en esas centellas que parten del corazon de Jesus, el fuego del amor que le abrasará por adentro. Juzgad cómo será este amor, cuando los que le han sentido han suspirado por el martirio, han querido los sufrimientos, han practicado la penitencia, se han pertrechado de penetrantes cilicios, y se han paseado sobre

PARA EL DIA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS. 387
carbones encendidos como sobre una alfombra
de rosas.

Pero ¿de qué manera, ¡ó mi amante! pagaria
yo vuestro amor? La sangre debe de ser pagada
con sangre. Que yo padezca contigo, ¡ó Jesús
mio! Clavos, lanza, corona de espinas, nó ofen-
dais, crueles, las manos, los pies, el corazón y
la cabeza sacratísima de Jesús: herid mas bien
nuestros corazones para que sintamos amor y
compasion hacia nuestro Dios. ¡Ó Señor, que
habeis robado tantos corazones insensibles dán-
donos el vuestro amantísimo, infundidnos vues-
tro amor, embriagadnos con el vino misterio-
so; golpead, herid, y derribenos en tierra una
flecha de vuestro divino amor. Que todo el
mundo sepa que yo tengo el corazón herido.....
¡Ó mi amor! ¿Qué habeis hecho? ¿Has venido
para curarme, y me has herido? ¿Has venido
para enseñarme la regla de la vida y me has
vuelto como insensato? ¡Ojalá que yo partici-
para de esta demencia, suspirando por la Cruz,
y amando los tormentos que me invitan á
amarte!

Para llegar al perfecto amor de Jesucristo,
esta devocion es utilísima, tierna y consola-

dora. El corazon de Jesus inflama las almas y consuela á los pecadores. De la pasion del Señor meditada sacamos la certidumbre del perdón, la fuerza en las tentaciones, la esperanza del paraíso. No venir á Jesus como las almas amantes, mirar con indiferencia estos misterios del amor divino, es privarse de los consuelos mas dulces, y permanecer apartados de la única Religion que tiene la virtud de santificar al hombre. Esta es la razon porqué el Apóstol San Pablo llama *excomulgado* al que no ama á Jesucristo. El que ama, quiere ser amado. Si Jesus pone en nosotros su corazon ¿no se llamará ofendido si ponemos el nuestro en las criaturas? *¿Ad quid amat Deus nisi ut ametur?* dice San Bernardo: «¿para qué nos ama el Señor sino para que nosotros le amemos?» Los tormentos de su pasion fueron excesivos, porque su amor era tambien excesivo: y ¿reservaremos para tal amor tan desleal correspondencia? Consideremos que Jesucristo pudo salvarnos sin morir en una cruz; pero como dice San Juan Crisóstomo, *quod sufficiebat redemptioni non sufficiebat amor:* «lo que bastaba para obrar la redencion no era suficiente para lo que

su vehementísimo amor exigia.» Amad, hermanos míos, á este Señor tan amoroso y tan bueno, que nó perdonó sacrificio, que sufrió ultrajes y desprecios, que arrojó por todo, que *deseó* morir, que derramó la sangre de sus venas, y que nos ofrece su corazon, por tál de conquistar el nuestro. Este amor de Jesus es tan generoso, tan apasionado, tan tierno, tan vivo, que parece abrasadora llama que ondea con el viento y quema lo que toca. El mismo Señor nos dice con un lenguaje que nó comprenderán los cristianos indiferentes, los corazones de hielo: *Ignem veni mittere in terram; et ¿quid volo nisi ut accendatur* (1)? «Yo vine para encender en los hombres el fuego sagrado del amor divino; y ¿qué quiero yo sino que prenda?» No pongais obstáculos á que la voluntad del Señor se cumpla en vosotros: nó resistais á la gracia; consúmase la concupiscencia á vivo fuego, que Jesus quiere reinar en vosotros por amor, y pagar el vuestro con un reino eterno. ¿Porqué dudais? *¡Oh si scires mysterium Crucis!* «¡Ó si supieras el misterio de la Cruz!» decia el apóstol San Andrés al tirano que intentaba hacerle

(1) Luc. cap. xii, v. 49.

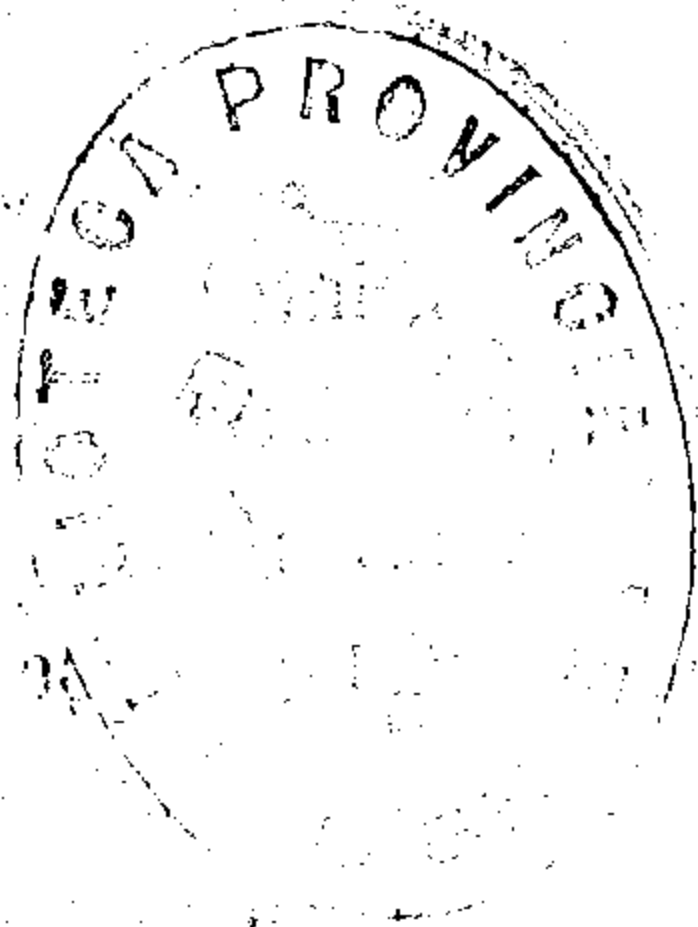
renegar de Jesucristo. A este modo podemos deciros nosotros: *¡Oh si sciretis mysterium Cordis!* «¡O si supierais vosotros el misterio que encierra el Sagrado Corazon de Jesus!»

Yo acabo exortándoos á meditar todos los dias la pasion del Señor: vuestros corazones se batirán entre sí, como por la fuerza de emanaciones divinas que proceden del Corazon de Jesus. Tened en vuestra habitacion mas secreta alguna imágen de Jesus que proteja vuestro sueño, y á la que podais convertiros en la vigilia. Besadla en vuestras meditaciones, y decid al Señor: Ó mi Jesus, vos habeis muerto por mí, y yo, ¡ah Dios mio! yo no os amo!..... Si un amigo sufre por otro ultrajes, violencias, prisiones, él gusta de que la persona que recibió tanto beneficio no lo olvide, sino que piense mucho en ello, y hable á menudo y con reconocimiento. Por el contrario, él sufre si nó quiere pensar, ni hablar, si nó dá muestras de leal y agradecido á tan señalados favores, ó si paga con negra ingratitud los bienes que se le han dispensado. De la misma manera, Jesucristo se complace en que nos ocupemos de su pasion, y sufre de ver que por nuestro desvio y

mala correspondencia hacemos inutil en nosotros la gracia de la redencion. ¡Qué gran consuelo hallariamos en la hora de la muerte si durante nuestra vida hubieramos meditado mucho en los sufrimientos y muerte de Jesus! ¡Con qué facilidad se convierte el moribundo á estas meditaciones, cuando han sido durante su vida el tema de sus pensamientos, y digámoslo así, su idea fija! Pero ¡qué repugnancias sentirá para ocuparse de los trabajos que por él sufrió el Redentor de la vida, si nó hizo de estas meditaciones su cotidiano alimento! Nó lo dejemos todo para la última hora. Amémosle desde ahora, amémosle siempre, abracémonos á Jesus, y llevémosle con nosotros para vivir y morir con él. El que es devoto del Corazon de Jesus, lo es tambien del Corazon de la Virgen María. ¡Qué bella meditacion! Jesus muriendo por nosotros; la Santísima Virgen intercediendo por nosotros, como madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra! ¡Ó sagrados Corazones de Jesus y de María! ¡Qué bella muerte si lográmos la dicha de morir abrazando á Jesucristo Crucificado y á la Virgen Santísima! El Señor tendrá compasion de nosotros, si

procuramos vivir con tál arreglo y vigilancia, y con tan cristianas disposiciones, que sea nuestra vida preparacion á una dichosa muerte. Hermanos míos, este es el camino que nos llevará derechos á la eterna bienaventuranza. *Amen.*

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



ÍNDICE

DE LOS SERMONES PANEGÍRICOS CONTENIDOS EN ESTE
TOMO SEGUNDO.



Páginas.

<i>Sermon I para el día de SANTA TERESA DE JESUS. Sobre el Camino de perfeccion.</i>	5
— <i>II Sobre la reforma de la orden Carmelitana. Fundaciones de monasterios.</i>	31
— <i>III Sobre la Transverberacion del Corazon de Santa Teresa de Jesus . . .</i>	61
NOTICIAS ACERCA DE LA VIDA, LINAJE, ESCRITOS, FUNDACIONES Y CULTO DE SANTA TERESA DE JESUS.	91
<i>Sermon I para el día de SAN VICENTE DE PAUL.</i>	127
— <i>II para el día de SAN VICENTE DE PAUL.</i>	153
<i>Sermon para el día de SAN JUAN DE DIOS . . .</i>	213
— <i>para el día de SANTO DOMINGO DE GUZMAN.</i>	275
— <i>para el día de la VÍRGEN DEL ROSARIO.</i>	335
— <i>para el día del SAGRADO CORAZON DE JESUS.</i>	363

FIN DEL ÍNDICE.



FÉ DE ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>lin.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
18	3	<i>investigables</i>	<i>investigabiles</i>
117	8	Bernando	Bernardo
226	10	Eipciaca	Egipciaca
238	10	demencida	demencia

